

STARGATE

Sellada y sepultada para siempre está la llave al futuro de la humanidad.



Lectulandia

En 1928 se descubre en Egipto un anillo de metal que resulta ser una puerta a través del universo. Sesenta años después el gobierno de Estados Unidos investiga este objeto, y llama al Dr. Daniel Jackson, un arqueólogo que no cree que los egipcios pudieran construir la Gran Pirámide, para que los ayude a descifrar las inscripciones que la cubren. Finalmente la clave de la operación de la puerta es descubierta, y junto con el militar Jack O'Neal cruzan la misma para descubrir un planeta lleno de arena y una civilización primitiva, descendiente de egipcios, pero pronto se dan cuenta que son dominados por un ser inquietante... Ra.

Version novelizada de una de las películas de ciencia ficción más impactante de todos los tiempos, Stargate. Esta novela fue escrita por los creadores originales de la película el director Roland Emmerich y su productor Dean Devlin.

Lectulandia

Dean Devlin y Roland Emmerich

Stargate

Puerta a las estrellas

ePUB v1.2

Huygens 08.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Stargate*
Dean Devlin y Roland Emmerich, 1994
Traducción: Esther Gómez Parro
Diseño/retoque portada: Huygens

Editor original: Huygens (v1.0 a v1.2)
Original: Ariel_neomatrix
ePub base v2.0



A un millón de años en el cielo está Ra, dios sol. Sellada y enterrada para siempre su Puerta de las estrellas.

STARGATE
Dean Devlin & Roland Emmerich

Episodio I

Año 8000 A. de C.

Lo único que faltaba era el ojo de la bestia, pero cuando estuviera acabado ese ojo le vería, cobraría vida. Pintó la piel del animal de naranja y negro, y con un pedazo de piedra caliza garabateó sobre el muro las pezuñas y la cornamenta. Era una imagen tosca, pero sabía captar el pánico de la gacela, el terror de verse atrapada: la boca abierta para balar, el torso torcido en plena huida, las patas al galope buscando un camino por donde escapar.

El chico había camuflado su propia piel oscura con rayas y símbolos extraños, utilizando para ello la misma pintura que había empleado para inventar a la gacela. En la lobreguez de la cueva, hundió el hueco extremo de una larga caña en un cuenco de tinta y se acercó a la pared. Levantó la vista y en lo alto del muro vio otro ojo, el de un humano blanco, pintado como un icono. Y comenzó la caza pronunciando el nombre del animal al que iba a acechar: Khet.

Ante esta señal, el anciano que permanecía en la boca de la caverna se sentó sobre el suelo de guijarros e inició un monótono canto. Este hombre de lengua barba, vestido con pieles de animal, era el jefe del clan y el maestro del joven. Su canto era la lenta y rítmica salmodia cantada en el lenguaje de las gacelas, el canto que la tribu siempre murmuraba cuando estaba de caza. El muchacho llevó la caña hueca a la altura de la cuenca vacía del ojo del animal, ciñó sus labios al otro extremo de la misma y sopló la tinta para crear el ojo. Bajo el hechizo del canto del anciano, el chico sintió que el animal revivía lentamente. Muy pronto se verían el uno al otro, él y la gacela.

El cazador debía guardar la misma inmovilidad que los muros de piedra de la gruta en que estaba, pues de no hacerlo corría el peligro de echar a perder esa parte de la cacería que en ese mismo instante tenía lugar fuera, en el valle. En ningún momento notó el chico que se moviera, pero por su constante poder de concentración avanzó inconscientemente hacia su presa. Era la misma técnica que empleaban los cazadores en el campo. A los mejores se les llamaba *Los que caminan sin ser vistos*, y formaban un grupo de élite dentro de la tribu. Su símbolo era el blanco y solitario ojo que había pintado encima de la gacela. A estos cazadores selectos les sorprendía e intimidaba la increíble paciencia de este muchacho de diez años durante la cacería y su poder para controlar la mente de los animales. Pero esta capacidad no era sino una de las muchas cosas raras de este extraordinario chiquillo, una razón más para temerle.

Externamente, el chico parecía hallarse en estado catatónico, como dormido de pie. No había el menor indicio de la intensa lucha mental que estaba librando. El

animal pintado estaba continuamente a punto de huir; percibía que el muchacho percibía todos los impulsos de la gacela, todos sus pensamientos, pero no manifestaba nada, permaneciendo absolutamente inmóvil. Los cazadores de la tribu pasaban toda su vida aprendiendo a ocultar el miedo y la excitación que les provocaba la proximidad de los animales. Pero cuando esta «magia» se apoderaba del chico de forma natural, tanto en la gruta como en el campo abierto, la gente decía que había nacido sin corazón. De hecho, rara vez el muchacho había manifestado emoción alguna; ni rabia, ni miedo, ni amor.

Cuando se deslizó hasta tener la gacela al alcance del brazo, advirtió que el canto del anciano se hacía más lento aún, convirtiéndose en un zumbido alucinatorio. Con absoluta firmeza, levantó sus delgados pero fuertes brazos por encima de la cabeza, sosteniendo en una mano un puntero y en la otra un pesado martillo de piedra. Entonces, sin ninguna señal de acuerdo aparente, el anciano y el chico gritaron al unísono el nombre del animal, ¡Khet! Veloz como el rayo, el muchacho puso el puntero en la pared y lo golpeó con el martillo, abriendo un profundo corte en el muro pintado. La hendidura recién hecha llegaba directamente al corazón de la gacela.

Momentos después, el viejo se irguió y entró en la cueva para examinar la obra de su joven discípulo, y comprobó que la cacería en el campo tendría buen éxito. Contento y emocionado, contempló los ojos inigualables del muchacho, una mezcla de pardo y ambarino, levantó el bastón de mando hasta situarlo encima de su cabeza a modo de salutación y pronunció el nombre del joven:

—¡Ra!

Sentado al sol, en la boca de la cueva, vio al anciano bajar por el escarpado sendero y cruzar el terreno desértico hasta llegar al lugar donde la tribu había instalado el campamento. Después del mediodía habían encendido una hoguera y el muchacho se dedicó a contemplar cómo los penachos de humo se elevaban hasta fundirse con la brisa, donde se diluían y desaparecían. Pronto se oyeron a lo lejos los cuernos de los cazadores y vio a los niños del campamento salir corriendo para recibir a los héroes que regresaban. Cuando culminaron la última duna, observó que llevaban un par de gacelas atadas por los pies a dos largos palos que los hombres portaban a hombros.

Cuando el anciano vio lo que llevaban, levantó su bastón de mando y a voz en cuello recitó el saludo de alabanza. Los cazadores le devolvieron el gesto y toda la tribu volvió la mirada a la cueva abierta en la ladera de la montaña. Fundidos en un solo ser, todos saludaron al extraño muchacho cazador de ojos color pardoambarino. El chico les devolvió el saludo con indiferencia.

Esa noche, después de que toda la tribu se regalase a conciencia en el banquete,

los cazadores empezaron a bailar alrededor de la hoguera central. Llevaban máscaras de madera con agujeros, espectrales cascos pintados a imitación de los animales de su mundo: el hipopótamo, el chacal, el toro, el halcón y la gacela. Como siempre, el muchacho se mantenía a distancia de los demás. Encontró una gran piedra lisa alejada de la hoguera y se sentó allí a observar el ritual desapasionadamente, fijándose en lo mucho que se asustaban los hombres cada vez que se les ponía delante una de aquellas máscaras animales. Cada vez que uno de los danzarines se salía del círculo en torno al fuego y agitaba la cabeza delante de los espectadores, todos (y no sólo los niños) daban un respingo y chillaban atemorizados.

En un momento dado, el bailarín con cabeza de chacal irrumpió en el anillo de espectadores, dispersándose éstos en todas direcciones y gritando. Fue bailando hasta la roca en la que se hallaba sentado el joven, con intención de meterlo de lleno en la celebración dándole un buen susto. El bailarín sacudía la cabeza y emitía una serie de sonidos guturales estremecedores, pero el muchacho no se inmutó. Mirando por la boca de la máscara, el hombre se encontró con los ojos del muchacho. Un instante después era el cazador adulto, no el niño, quien se asustaba. Retrocediendo y dando traspiés, regresó al círculo de danzarines junto al fuego. Aunque todos fueron testigos del incidente, a nadie le pareció extraño. Todos los miembros de la tribu trataron por turno de acercarse al muchacho, para que se uniera a la vida que le grupo compartía. Muchos volvieron aterrados al verle de cerca.

El joven no tenía hacia ellos mala voluntad. De vez en cuando sentía algo similar a la gratitud, aunque bien sabía que en más de una ocasión habían hablado de matarlo para tranquilizar a las madres. Simplemente les consideraba de una especie más primitiva y, aunque ignoraba adónde ir, sabía que estaba destinado a ser una de esas personas raras que la tribu encontraba de tanto en tanto, uno de esos individuos que viven al margen de cualquier grupo.

Y mientras continuaba el ardor y el ruido de la danza del fuego, se produjo un hecho misterioso que pasó inadvertido a toda la tribu. Esa noche había luna llena, una luna que se tornaba amarillenta y mortecina en el horizonte. Si hubiese sido una noche más tranquila, seguramente habría visto alguien aquella gran forma triangular deslizándose en el cielo, proyectando una sombra sobrenatural perfectamente perfilada sobre la mitad superior de la luna llena. Durante un instante permaneció así, eclipsando el brillo de la luna antes de sumirse en el negro cielo de la noche. Al percibir la alteración, el chico se volvió para mirar a sus espaldas, pero la sombra ya había desaparecido.

Horas después, mientras el campamento dormía, la misma sombra silenciosa volvió a pasar por delante de la luna. Algo merodeaba por el campamento, acechando, esperando. Tan sólo un grupo de chacales, siempre alerta para no ser cazados, lo notó. Aullaron y salieron corriendo. El chico abrió los ojos y los clavó en

su fetiche, un cráneo de ave que se bamboleaba atado como una veleta en la cúspide de su tienda (una piel de animal amarrada a unas cuantas estacas que le daba sombra en las tardes largas y calurosas). Una brisa misteriosa recorrió el campamento y desapareció repentinamente. El joven se incorporó lleno de curiosidad. Al poco volvió a sentir otra ráfaga de viento, sólo que esta vez no se desvaneció, sino que se convirtió en un viento incesante cuya velocidad y fuerza aumentaban lentamente. A los pocos segundos ya era un ventarrón que despertaba a todos los miembros de la tribu. Soplando cada vez con más violencia, derribaba unas tiendas y alzaba otras. Entonces se levantó el Anciano, recorrió el campamento y se puso a gritar por encima del ruido de la tormenta, ordenando que se retiraran todos a la caverna de la montaña.



Una luz fascinante apareció en lo alto; un haz de luz perfecto, tan radiante como el sol que brillaba al norte del campamento. A medida que se extendía lentamente hacia ellos, los miembros de la tribu empezaron a huir de la luz, aterrorizados. El Anciano, con su imperiosa presencia, resistió valientemente, instando a todos los que encontraba a que corrieran hacia la montaña.



El primer impulso del muchacho fue obedecer al Anciano y marcharse con los demás, pero se fue girando poco a poco y empezó a caminar hacia la luz. Su curiosidad tenía más fuerza que su miedo. El Anciano le ordenó que se pusiera a salvo, pero el chico siguió avanzando, en medio del caos de la luz y viento, hasta traspasar los límites del campamento. Miró directamente a la cegadora luz blanca que irradiaba desde lo alto y, cuando tendió una mano hacia ella, sintió, quizá por primera vez en su vida, una emoción que no podía ocultar ni dominar. Era verdadera emoción, la emoción que acompaña al sentimiento de liberación; la emoción que es lógico sentir cuando se nos revela el propio destino.



Episodio II

El Cairo, 1928



En los destartalados suburbios de El Cairo, la llamada del muecín a la oración de la tarde, desde el minarete de la mezquita de *Jebba al-Sa'laam*, resonó en los últimos tejados de una ciudad que apenas había cambiado en los dos últimos siglos. Un recién limpiado Rolls Royce Imperial Touring Sedan de 1924, propiedad del Ministerio de Antigüedades egipcio, pasó a toda velocidad ante las últimas casas de las afueras en dirección al largo y duro desierto. Siguiendo la carretera del sur que conduce a Gizeh, el automóvil viraba bruscamente cada vez que adelantaba a una camioneta llena de obreros o de productos agrícolas.

El mensaje de Taylor, aun siendo estupendo, no podría haber llegado en peor momento. El profesor Langford se hallaba en mitad de una entrevista con el ministro egipcio del Interior. Su Excelencia seguía hablando sin parar del cambiante clima político y de lo mucho que arriesgaría él personalmente si ampliaba a Langford el permiso para continuar las excavaciones que le patrocinaba el gobierno británico. Langford, que era sueco, llevaba en el país el tiempo suficiente para leer entre líneas lo que intentaba decirle el ministro. Quería dinero en efectivo, lo bastante para que le compensara asumir «el grave riesgo personal». Langford, que se había hecho experto en las técnicas árabes de negociación, contraatacó de inmediato. Así pues, fingiendo estar más irritado de lo que realmente estaba, empezó a hablar a gritos de todo el dinero que había gastado y de los muchos puestos de trabajo que él y su equipo habían creado. Se puso de pie y aporreó el gigantesco escritorio ministerial de cedro, recordando a su regordete y bigotudo amigo todas las dificultades y promesas rotas que había tenido que soportar en el país más frustrante del mundo. Fue en ese instante cuando se abrió la puerta y entregaron el mensaje a Langford. El despacho escrito a mano puso fin a la entrevista.

Langford,

¿Estás sentado? Tenemos algo. Probablemente una tumba. Demasiado pronto para confirmarlo.

Las excavaciones continúan.

Todo muy emocionante. Te sugiero que traigas tú aristocrático trasero EN

SEGUIDA.

No vengas con ningún cabezahueca del ministerio.

Mantengamos esto en secreto el mayor tiempo posible.

Taylor

Doblando de nuevo la carta, Langford sintió que se le revolvían las tripas por el lenguaje tan poco diplomático empleado por su capataz. Sabía que la nota (una negligencia de Taylor el no sellarla) la habrían leído ya diez pares de ojos por lo menos antes de llegar a sus manos, y que el ministro, a quien tan amablemente sonreía ahora, estaría al tanto de su contenido en menos de diez minutos. Tenía que darse prisa. Tal como se propagaban los rumores en El Cairo, lo más probable era que, o se apresuraba, o antes de la noche ya habrían montado una tienda turística al pie mismo de las excavaciones. Excusándose para marcharse, bajó las escaleras volando y encontró al chófer que tenía asignado para llevarle a casa. En árabe macarrónico le explicó el nuevo itinerario y le dijo que le daría una buena propina por conducir deprisa. Al cabo de unos minutos ya habían pasado por el lujoso Sheppard's Hotel, habían recogido a su sesuda hija de nueve años, Catherine, e iban dando bandazos por el congestionado centro de la ciudad en dirección a los jardines del zoológico, espantando a los peatones a su paso. Langford hundió los dedos en el apoyabrazos de terciopelo del coche y no volvió a respirar con normalidad hasta que se hallaron fuera de la ciudad, en la carretera del sur.

Catherine, un osado diablillo con trenzas, se asomó al compartimento del chófer por el cristal de separación para practicar su árabe con él, dando unos chillidos horrorosos ante cada posible colisión. Hacía casi tres meses que había llegado a El Cairo para estar con su padre cuando parecía inminente el descubrimiento de algo importante. Aprendiz prodigiosa, para entonces ya se había convertido en una especie de experta en jeroglíficos, visitando el Museo Egipcio casi a diario, fastidiando o encantando al personal con cientos de preguntas. Con el pelo recogido en una trenza y sus gruesas gafas, parecía destinada a ser una dignísima rata de biblioteca. Una vez que se hallaron en plena carretera, volvió a sentarse y abrió un enorme volumen titulado El Antiguo Egipto.

En el asiento trasero, conteniendo la emoción con toda la fuerza de su educación victoriana, el profesor C. P. Langford, miembro de la Sociedad Exploradora de Egipto y del Real Museo Británico, parecía la imagen perfecta del caballero arqueólogo, con polainas, pantalones caqui ajustados a la rodilla y chaqueta deportiva. En condiciones normales no se vestía así para el trabajo de campo y deseaba poder cambiarse antes de ver a Taylor y a los demás. Sólo se había puesto aquella ropa para impresionar a los funcionarios egipcios.

Langford y Taylor se conocieron en Luxor en 1920, mientras visitaban Egipto por

primera vez. Langford procedía de una familia aristocrática de un barrio elegante de Londres, mientras que Taylor era un vulgar y caótico estudiante de la Universidad de Pensilvania que había abandonado la carrera para alistarse como voluntario y luchar en la primera guerra mundial. Después del armisticio, había enviado un telegrama a su casa pidiendo dinero y con él pasó algún tiempo recorriendo Grecia y Palestina antes de acabar en Egipto. En Luxor, Langford se hospedaba, naturalmente, en el lujoso Winter Palace. Taylor, obligado a ajustarse a un presupuesto más modesto, iba allí todas las tardes haciéndose pasar por huésped porque el hotel tenía retretes con taza y el International Herald Tribune. Ambos hombres pasaron varias tardes explorando Beban el Malook (el Valle de los Reyes), llevando Taylor la mayor parte de la conversación. Pero fue la visita al Templo de Ti, más al norte, lo que cimentó su asociación.

No lejos de las grandes pirámides, adyacente en la famosa Pirámide Escalonada, se halla el Templo de Ti, el único monumento a gran escala erigido en honor de un personaje no perteneciente a la realeza. Supervisor de las Pirámides, Escriba de la Corte, Astrónomo Oficial y Consejero Especial de varios faraones, Ti era también conocido como «Señor de los Secretos». Langford y Taylor pasaron una semana entera escudriñando la tumba y escrutando los relieves y frisos magníficamente conservados que adornan el lugar del enterramiento. Cuando Langford pasó disimuladamente una propina al guardián de la tumba, éste les permitió acceder a una colección poco conocida de fragmentos de papiros desenterrada por Mariette, el francés que había excavado la tumba cuarenta y cinco años antes. A partir de estos fragmentos, ya antiguos en el momento en que Ti se hizo cargo de ellos, ambos hombres desarrollaron la teoría de que había algo enterrado a mitad de camino entre la Pirámide Escalonada y una de las grandes pirámides de Gizeh, probablemente la de Keops. Los papiros aludían a una «epidemia», «pesete» o «demonio» que había sido robado y «transportado a otro lugar». Las claves eran escasas y las posibilidades de éxito bastante remotas. Si los buenos ciudadanos de Estocolmo (fascinados como estaban por el reciente hallazgo de la tumba de Tutankamón) hubieran sabido antes lo increíblemente arriesgada que era esta apuesta y las pocas posibilidades que tenía, jamás la habrían financiado.

Pero lo hicieron. Cuando Langford regresó a El Cairo en marzo, llevaba consigo la garantía de casi un millón de coronas suecas. Al cabo de tan sólo seis semanas de trabajo de campo descubrieron una pequeña cámara mortuoria. Langford, que supuestamente era la «mitad diplomática» del equipo, fue inmediatamente a la ciudad e invitó a todos los corresponsales de periódicos extranjeros y a varios dignatarios del gobierno a que presenciaran la apertura de la tumba. Incluso Howard Carter, el arqueólogo más famoso del mundo, hizo un hueco en su agenda y llegó desde Luxor, donde llevaba tres años catalogando el contenido de la pequeña tumba de

Tutankamón. Así pues, una hermosa mañana del mes de mayo se abrió la entrada y los dos hombres penetraron a rastras. Sería muy interesante hoy día contar con una grabación de lo que hablaron en el interior. Cuando salieron, sonriendo forzosamente y muertos de vergüenza, llevaban consigo lo único de interés: un gato momificado que aún se conservaba en su tosco ataúd de madera. Fue un día grande para la prensa internacional. Aparecieron largos y mordaces artículos sobre el hallazgo del «Minino Tut». Fue una experiencia humillante y degradante para Langford, que se había imaginado a punto de alcanzar la fama eterna por sus contribuciones a la ciencia.

Avanzando ahora hacia el sur, con la franja verde del Nilo a un lado y el inmenso Sáhara al otro, Langford no pudo por menos de pensar de nuevo en la inmortalidad. Nunca se sabía lo que se podía encontrar. Pero en ese momento aparecieron ante su vista las Grandes Pirámides, las únicas maravillas que quedan en pie del mundo antiguo, y el caballero arqueólogo recuperó la perspectiva. El impresionante tamaño de estas estructuras ubicadas en la planicie de Gizeh, las pirámides de Mikerinos y Kefrén, y sobre todo la de Keops, hizo que Langford se riera de sí mismo. Qué insignificante parecía su proyecto ante aquellas obras eternas. Pero esto lo pensó antes de ver lo que encontró.

Antes de que las llantas dejaran de rodar, las botas de Langford ya pisaban la grava del terreno. Con Catherine revoloteando tras él, subió hasta el borde de una pequeña meseta de piedra y tierra sedimentaria que tenía muchos años de antigüedad. Pero la meseta se había transformado; había sido excavada por cientos de obreros árabes que el equipo había contratado durante los últimos meses y que sacaban un cubo de tierra cada vez que doblaban la espina dorsal. Ahora no era más que un pequeño valle de poca profundidad salpicado de herramientas y dividido en parcelas graciosamente demarcadas con estacas de topógrafo. Casi trescientos empleados egipcios estaban trabajando allí aquel día, casi todos lugareños vestidos con jaiques (túnicas largas de algodón blanco) y turbantes improvisados.

El grueso de la actividad se realizaba en el otro extremo. Largas columnas de polvo ascendían en espiral allí donde los obreros vaciaban la arena sobrante y las rocas despedazadas. En cuanto descargaban las espuestas, daban media vuelta y se dirigían a un pozo mucho más grande de lo normal. Al borde de este pozo se había instalado un par de grúas de madera y en aquel momento estaban insertando las cuerdas en las poleas. Los hombres se preparaban para levantar algo del fondo. Algo que debía de pesar mucho.

—Papá, el tesoro está allí —le dijo Catherine en sueco, señalando las grúas y la multitud de obreros.

—Vamos a ver a Ed Taylor primero. —Langford divisó a su socio junto a un grupo de hombres inclinados sobre una mesa de trabajo a la puerta de la «tienda-despacho». Al parecer estaban examinando algo.

Langford, famoso por contar chistes macabros en varios idiomas, llevaba varios minutos puliendo una de sus ocurrencias. Cuando se acercó lo suficiente para que el grupo de oyera de lejos, probó suerte.

—Ed, si hemos encontrado un cementerio de animales, dimíto.

Tal y como se temía, nadie se rió. En realidad, ni siquiera hicieron el más leve intento por cortesía. Pero lo que realmente sorprendió a Langford fue que ninguno de los hombres se había fijado tampoco en su ridícula indumentaria de «caballero explorador». La intensa concentración del grupo le dio a entender que no se trataba de un hallazgo corriente. Él y Catherine se enfrascaron inmediatamente en la acción.

—No sabemos descifrar este escrito. Echa un vistazo.

Taylor hizo un hueco para que Langford se adelantara y mirara la gran lámina de papel extendida sobre la mesa. Estaba cubierta con una serie de extrañas marcas, calcos obtenidos frotando una superficie de piedra tallada. Langford tardó poco en comprender por qué los hombres estaban tan perplejos. Pero ante la sorpresa de todos, Catherine fue la primera en hablar.

—No son jeroglíficos reales —dijo en inglés.

—Por lo menos no pertenecen a lo que estamos acostumbrados a ver.

—Taylor —dijo Langford, inquietándose de repente—, ¿de dónde han salido estos símbolos?

—Te lo enseñaré.

El capataz avanzó a grandes zancadas hacia el lugar donde se estaba excavando. A poco menos de treinta metros del foso donde se concentraban casi todos los obreros gritándose instrucciones, Taylor se detuvo ante lo que parecía ser un gigantesco tablero de piedra. Tenía unos noventa centímetros de altura por unos seis metros de anchura, y era del mismo color gris que la grava en la cual estaba apoyado.

—Es una estela funeraria —explicó Taylor—. La más grande que he visto en mi vida. Cuando alguien entierra algo con una piedra de este tamaño es porque quiere mantenerlo oculto.



Langford, nervioso, anduvo alrededor de la piedra, inspeccionando los grabados de la superficie. Verdaderamente era un hallazgo único en el mundo. La piedra no sólo llamaba la atención por su tamaño, sino que la superficie esculpida era un ejemplo supremo del arte de tallar la piedra en el Antiguo Egipto. La cara del monolito estaba organizada a modo de diana, con una serie de coronas circulares concéntricas. La más externa contenía 39 caracteres escritos en el extraño lenguaje

que Taylor le había enseñado. En el interior de la siguiente aparecían símbolos que estaban claramente relacionados con la escritura del Antiguo Egipto. Por lo visto eran una versión muy temprana y burda de lo que más tarde sería la escritura jeroglífica. A continuación había un anillo con curiosas líneas enarcadas que cruzaban la superficie de la piedra en distintas direcciones. Algunos de los puntos en que se cruzaban estas líneas se hallaban marcados, en tanto que otros no lo estaban. Daba la sensación de que se trataba de una forma arcaica de geometría. Sin embargo, era el grabado del mismísimo centro lo que definía la piedra como obra maestra.

Langford se inclinó sobre la piedra para observar mejor el motivo central. Sobre un fondo de líneas geométricas en forma de arco y escrupulosamente labradas, había unos grabados simétricos de la diosa Nut. Con la espalda arqueada para sostener el cielo, amamantaba a los hijos de la Tierra mientras éstos navegaban debajo en la Barca de los Millones de Años. Entre estas hermosas imágenes, en el centro mismo de la piedra, había un cartucho como los de los jeroglíficos de estilo clásico. En el interior de esta especie de cartucho rectangular, que encerraba un nombre o palabra sagrada, se repetían seis de los extraños jeroglíficos del anillo externo. ¿Deletreaban estos caracteres el nombre de algún faraón prehistórico? ¿Se trataba de un mensaje?

—Qué raro —musitó Langford, que estaba especializado en escritura egipcia. Meneó la cabeza y se incorporó de nuevo, examinando durante unos instantes el segundo anillo antes de dirigirse a Taylor y a los demás—. Esta franja interior es algo más legible. Esto de aquí podría ser el símbolo de años... mil años... el cielo, las estrellas o algo parecido... vive Ra, el dios sol. Pero ¿cómo demonios interpretas los símbolos externos?

Cuando se inclinó para estudiar esos símbolos, se hizo la misma pregunta que Taylor y los otros llevaban haciéndose toda la tarde. ¿Hemos descubierto un idioma desconocido? Y si es así, ¿quiénes fueron sus creadores?

—¿Qué son esos signos de ahí? —preguntó Catherine, revolviendo la colección púlcramente amontonada de «hallazgos casuales», todos ellos etiquetados, metidos en bolsas y catalogados.

—Son fragmentos de herramientas, cazoletas y objetos que utilizaron los trabajadores para enterrar esta piedra —explicó Taylor—. Pero mira esto —dijo, levantando un medallón de oro repujado con un *udjat* (símbolo que era mitad pájaro y mitad ojo humano) que entregó a Catherine—. Estaba envuelto en un trozo de tela en el centro de la piedra.

—Por fin has encontrado algo bonito —dijo Catherine, deslumbrada.

—El Ojo de Ra —intervino Langford, agachándose para examinar más de cerca el dibujo del medallón. Se lo devolvió a Catherine antes de hablar con Taylor—. Es muy, pero que muy raro encontrar este motivo en una joya. Tal vez perteneciera a un sacerdote.

Catherine observó el hallazgo a la luz, admirándolo hasta que los hombres se perdieron en su conversación. Entonces se desabrochó la cadena que llevaba al cuello y se colgó el medallón.

—Taylor, si es una lápida, ¿qué has encontrado enterrado debajo?

En ese instante salió un grito del foso y doscientos obreros empezaron a tirar de las sogas de las poleas. Langford quería acercarse más, pero Taylor lo sujetó por el hombro y lo llevó a lo alto de un montículo situado en un lateral del foso.

—Confía en mí. Éste es el mejor sitio.

Todos los que se encontraban en la polvorienta hondonada, desde los científicos más cultivados hasta los jornaleros más pobres, eran conscientes de que estaban siendo testigos de un acontecimiento muy notable: la exhumación del hallazgo arqueológico más raro de todos los tiempos. Respondiendo a las órdenes rítmicas del capataz, los obreros tiraron de las sogas, levantando un gigantesco anillo de cuarzo de unos cinco metros de altura y muchos siglos de antigüedad. Totalmente redondo y con el mismo lustre que las perlas, era una joya escrupulosamente labrada y de un tamaño descomunal. Toda la superficie estaba grabada y decorada con intrincados detalles; complicada como el diagrama de un circuito electrónico, hermosa como el amuleto de un sultán.

—Es una pulsera de Dios —dijo a su padre la emocionada Catherine.



En los años que llevaba investigando, Langford no había visto nada parecido. A pesar de la similitud de su dibujo con ciertos hallazgos de la Primera Dinastía, parecía imposible que el Antiguo Egipto hubiera producido nada tan avanzado desde el punto de vista técnico. Había siete piedras de cuarzo del tamaño de un puño engastadas en el anillo a la misma distancia, cada una de ellas recubierta de oro. Estos recubrimientos reproducían el estriado tocado (nemes) que llevaban los faraones en la cabeza, como el de la famosa máscara mortuoria de Tutankamón. A lo largo del borde interior del anillo aparecían los mismos jeroglíficos indescifrables hallados en la lápida.

Cuando los obreros tuvieron el anillo en posición vertical, lo apuntalaron con estacas acolchadas de madera. Taylor empujó al atónito Langford hacia la derecha y cuando el sol pasó por detrás del anillo se quedaron estupefactos al ver que éste era de un material semitransparente.

—¿De qué está hecho? —preguntó Langford.

Taylor se encogió de hombros.

—Escapa a mis conocimientos. Es más duro que el acero, pero no hay indicios de oxidación ni de corrosión. Algún tipo de cuarzo, pero no logro identificarlo.

Langford se volvió de espaldas al anillo y permaneció de pie, callado, durante unos instantes antes de estallar súbitamente en un gran grito de alegría.

—¡Lo conseguimos!

Catherine vio que su padre, tan rígido y formal habitualmente, daba a Taylor, su estupefacto colega estadounidense, un fuerte abrazo y que ambos iniciaban una salvaje y ruidosa danza de celebración. Pero entonces ocurrió algo en el foso.

Los obreros egipcios gritaban y señalaban algo. Luego comenzaron a abandonar el trabajo antes de haber asegurado convenientemente las estacas y el imponente anillo empezó a tambalearse peligrosamente, amenazando con caer encima y aplastarlos a todos. Taylor se dirigió corriendo al foso gritando en árabe.

Langford se volvió a Catherine y le ordenó en sueco:

—No se te ocurra moverte de aquí.

La niña esperó todo lo que pudo (unos cinco segundos) antes de salir corriendo detrás de él para averiguar lo que pasaba. La situación en el foso empeoró y se hizo caótica en cuestión de segundos. Mientras unos saltaban adentro para sujetar las sogas, otros pugnaban por salir, todos gritando a pleno pulmón.

Un momento después Catherine vio cuál era el problema. Una sección del lecho de rocas se había abierto dejando una profunda grieta en el lugar donde se había clavado una de las estacas. Vio que Taylor y su padre hacían todo lo posible por asegurar la viga. Hubiera lo que hubiese en el fondo de la grieta, había sembrado el pánico entre los egipcios que miraban.

Catherine no pudo aguantar más, tenía que verlo. Fue corriendo al otro extremo del foso y se deslizó por una de las paredes. Su padre y los demás hombres estaban abajo, metidos en todo el polvo, al lado de la misteriosa cavidad. Pasó por encima del anillo y llegó al apretado círculo de obreros que había en el centro. Se abrió paso entre ellos y echó un vistazo al agujero.



—¡Fósiles!

—¡Catherine!

Percibió enfado en la voz de su padre, pero no podía apartar la vista de aquellas figuras caprichosamente retorcidas que la Madre Tierra había decidido poner al descubierto. Parcialmente enterrada en la piedra, con los huesos partidos como si se los hubieran aplastado con gran fuerza, se veía una mano de aspecto muy humano. Pero junto a ella, achatada y de ángulos muy agudos, había algo que parecía la cabeza de un enorme dermatoesqueleto que decididamente no era humano. Sin embargo, lo que ponía los pelos de punta era el brillante y almendrado ojo negro que destacaba en la cabeza. Podía tratarse de tejido biológico podrido que se hubiera petrificado o un grueso pedazo de ónice insertado en una estatua. O tal vez los obreros egipcios tenían razón, pues no cesaban de pronunciar una palabra en árabe que ella reconocía, la palabra que significaba «demonio».

Hipnotizada por aquel impresionante anticipo del infierno, Catherine sintió que la levantaban por el aire y que flotaba hasta el borde del foso. Su padre la dejó en tierra, y la miró con severidad unos instantes, dándole a entender que se le había agotado la paciencia, y ordenó a uno de sus ayudantes, un joven gordo de Liverpool, que la vigilara.

Durante varios minutos, mientras los hombres se esforzaban por estabilizar el anillo en posición vertical, se sentó a contemplar la última luz de la tarde, que iba adquiriendo el tono violáceo de la noche. Miró fijamente el anillo, extraña joya del desierto, y tomó una decisión irrevocable. Se prometió a sí misma que, por mucho que tardara, por muy difícil que fuera, resolvería el misterio de la procedencia del anillo. Y que empezaría la tarea inmediatamente, así que se volvió hacia su rechoncho escolta y le dijo:

—Me voy al coche.

Pensando que no tenía otra opción, el joven la siguió hasta la limusina, donde la muchacha se puso a trabajar hojeando su ejemplar de *El Antiguo Egipto*. Pronto descubrió lo que estaba buscando: una imagen del dios Anubis, el de la cabeza de chacal, encargado de conducir a los fallecidos a la Tierra de los Muertos.

—Mira —dijo, pasando a su vigilante el libro abierto—. Ese objeto destrozado de ahí es Anubis. Tenemos que enseñárselo a mi padre.

Su acompañante, que sólo había tenido tiempo de echar un vistazo al desastre del foso antes de que le asignaran el papel de niñera, tomó el libro y lo apoyó en el capó del coche. Mientras escrutaba la página, apareció otro automóvil, del que apeó el subsecretario de Antigüedades egipcio, que llegaba para hacer una visita de «rutina».

Cuando este burócrata bigotudo y afectadamente vestido pasó por delante de la chica rodeado de su escolta de aduladores, la saludó rozándose el sombrero.

—¡Buenas tardes, señorita Langford! ¿Ha ocurrido algo interesante hoy?

Episodio III

Los Angeles, época actual

Empapado de pies a cabeza, Daniel Jackson, con su bolsa llena de libros y susurrando entre dientes, caminaba pesadamente hacia el norte por Gower a Sunset Boulevard. Tenía una cara bien delineada, el color del pelo de una arena rojiza que le quedaba bien y alrededor de treinta años. Se había olvidado su paraguas y no tenía dinero para tomar el autobús. Los zapatos no eran nuevos, pero el abrigo de cachemir largo que llevaba le daba un aire de respetabilidad. Mientras caminaba, parecía que tenía algún enemigo invisible.

De hecho, Daniel se preguntó si esta vez había sobrepasado todos los límites. ¿Cuál sería? El día de su nacimiento... Su reingreso a la comunidad académica... Aquel podía ser perfectamente el día de su entierro. Estaba al oeste de Sunset, entró en la pequeña tienda de alimentación cerca de la esquina esperando que el señor Arzumanian le permitiera comprar una botella de vino sin crédito. Se imaginó que si ese era el día de su entierro, al menos podría ser embalsamado.

—Sr. Dan, amigo mío —exclamó con voz profunda Arzumanian, un hombre corpulento, y por lo general entusiasta.

—*Amen ench shat ahavor ar. Nrank char hasskanum yes enchkar khalatse em,* —resumió Daniel sus problemas personales en el buen de Armenio—. Así que esperaba llevarme una botella de vino, pero no sé si seré capaz de pagársela.

—Tengo una idea. *Kpokhem.* Sí, —respondió el comerciante, y le propone un intercambio. Daniel era necesario para traducir las negociaciones entre él y su proveedor, que hablaba griego solamente. Sólo deseaba poder hacer la llamada, pero cuando vio la angustia en el rostro de Daniel, sugirió aplazarla hasta el día siguiente.

La botella de vino le dio el toque final a su apariencia. Daniel salió bajo la lluvia y se dirigió hacia su casa, preguntándose cómo hizo para terminar así. ¿Era aquel el hombre que había ganado la beca para la escuela secundaria con sus traducciones de poesía fenicias y luego fue aceptado en UCLA a la edad de dieciséis años? ¿El joven extraordinario con especialización triple en idiomas, filología y la historia antigua? ¿Cómo pudo dejar que tantas esperanzas se desvanecieran, y luego para que al final un ex profesor se burlara, y en ruinas, sin amigos, solo, desempleado y sobre todo muy empapado de la lluvia? Se acordó de las alarmantes estadísticas sobre el porcentaje de niños prodigio que sufría de enfermedad mental temprana. Daniel sabía que estaba en un mal camino.

Atravesó el área de estacionamiento *El carro de Tkencenko*, un garaje oscuro en un edificio de ladrillo que se desmoronaba. Vio a su dueño, Vladimir Tkencenko, sacudiendo la cabeza con disgusto por debajo de un Lexus que estaba en la rampa.

Daniel vivía en la oficina, en la zona de habitación encima del garaje y, debido a varios meses de retraso en el pago de la renta, ya había recibido la notificación de desalojo. Si su suerte no cambiaba en breve, comenzaría a llamar a todo el mundo que conocía, para preguntar si podía dormir en su piso durante un par de noches. Pasó de Vladimir y fue directo al bar de mala muerte.

—¿Hay algo para mí?

Sentado en su escritorio, riéndose por teléfono, Svetlana era la muchacha más bonita que Daniel conocía. Cuando se vio abordada por esta cuestión, toda la alegría desapareció de su rostro. Sin interrumpir la conversación, se levantó y echó las cartas sobre la mesa. Hace unos meses cuando todavía tenía el dinero de la beca, las cosas eran diferentes. Bromeaban, coqueteaban y se iban a la esquina un par de veces a comer en un restaurante tailandés. Pero justo cuando la situación entre ellos estaba empezando a convertirse en esperanza, se quedó sin fondos y se había convertido en un simple inquilino con deudas, un problema para el propietario.

Examinó el correo de ese día. Una «advertencia final» de la compañía telefónica y otra ficha policial de búsqueda de un niño desaparecido que Daniel examinó.

Aún más desanimado que antes, Daniel salió del garaje y se sentó en la lluvia al lado un montón de coches, mirando al vacío. Cruzando la calle había una enseñanza de un gato sin hogar sucio hurgando en la basura, a sólo tres metros del lugar un conductor con un aire de desprecio lo vigilaba desde una limusina brillante. ¡Qué asco de la ciudad!

Su mente se trasladó a la conferencia y el discurso que pronunció desastrósamente ante los arqueólogos más respetables del país. Muchos de ellos lo conocían por su reputación y pensaron que era un poco «tosca», víctima de leer demasiadas novelas de ciencia ficción. Por desgracia, los acontecimientos de ese día no habían servido para reforzar su opinión. Los artículos que publicó en el último año fueron recibidos con desprecio por la comunidad académica. A pesar de que continuó apreciándose sus métodos de investigación y la profundidad de su preparación, llegaron a la conclusión de sus pruebas eran «excéntricas». Daniel les estaba molestando y sus colegas lo atacaron indiscriminadamente en los periódicos especializados.

—Ignorar los hechos establecidos por algún tiempo, —fue el comentario más clásico. Algunos de ellos fueron más allá de la crítica y lo atacaron en lo personal:

—O Jackson esta equivocado y es incompetente, o está abusando de las drogas.

O como el recorte que había colgado en la pared de la cocina:

—Este es el tipo de arqueología que se esperaría encontrar en el *National Enquirer*... sus obras no tienen lugar en el mundo de la ciencia seria.

Daniel era plenamente consciente de la excentricidad de sus conclusiones. Es por eso que al principio había publicado una versión muy diluida de lo que realmente

pensaba. Pero estaba convencido de que sus teorías se adaptaban a los hechos mucho mejor que las explicaciones sobre la edad de los inicios de la civilización egipcia.

Cuando entró en el inmenso Templo del Rito Escocés en Wilshire Boulevard, sabía que se enfrentaría a un público escéptico. Pero no esperaba que fuera tan hostil e insultante.

El Dr. Ajami, jefe de su departamento cuando fue profesor en Columbia, fue en avión para asistir a la conferencia. Ya que incluso siendo uno de los organizadores había querido presentar Daniel, Ajami se presentó y había presentado Daniel en toda su gloria:

—Se convirtió en un erudito de la ciencia a la edad de veinte años, habla once idiomas diferentes y predigo con absoluta certeza que su tesis se convertirá en el texto básico en el desarrollo temprano de los jeroglíficos egipcios. Ha escrito varios artículos originales sobre la lingüística comparada de los grupos de lengua afroasiática, y por supuesto en el desarrollo del lenguaje desde la prehistoria hasta el Egipto del Imperio Antiguo, que será el tema de su disertación de hoy. Démosle la bienvenida a uno de los jóvenes investigadores más prometedores de la egiptología, Daniel Jackson.

Mientras caminaba hacia el podio para la aplicación de un pequeño discurso, oyó de pasada a dos profesores de edad que participaban en una conversación sobre él. Daniel los había reconocido como dos de los dinosaurios de arqueología americana.

—Ah, otro niño prodigio, —dijo el enojado profesor Rauschenberg en cuclillas.

—Tengo medias que son más viejas que el niño, soltó una risita el larguirucho doctor Tubman. Le había lanzado una mirada escéptica a Daniel mientras caminaba junto a ellos. Cuando creían que no podía oírlos, continuaron su conversación.

—No un sir Allen Gardiner —se rió el primero.

—Pero esperamos que no sea otra Budge Wallace —se burló el segundo.

Incluso si Daniel pensaba que era graciosa, entendió la broma que estaba detrás de ese intercambio. Budge era un profesor de «aburrimiento mortal», conocido por mantener un curso entero lleno de colegas contando solo una avalancha de minucias.

Cuando Daniel fue puesto en el podio, la atmósfera de la sala se volvió instantáneamente tensa. Él era un erudito impredecible, cuyas características no era aprovechadas en su profesión. Miró al techo durante unos segundos, lo suficiente para asegurarse de que todo el mundo se preguntará qué estaba haciendo y se volvió de repente y disparó una pregunta al profesor Rauschenberg.

—Señor, ¿qué tipo de coche tiene?

Confundido, el viejo profesor, dijo: —Un Ford.

—¿Modelo T? —Planteó la pregunta Daniel entre risas.

—No soy tan viejo. Tengo un Escort.

—Ya entiendo. —Daniel se frotó la barbilla—. ¿Con dirección asistida y servo-

frenos?, preguntó.

—Por no hablar de las ventanas, dijo el viejo siguiéndole el juego.

—Así que en el caso improbable de que un volcán extinto estallara hoy en día en Santa Mónica y fuéramos exhumados dentro de cientos de años por los arqueólogos se preguntarían, de hecho, las posibilidades de que estuvieran equivocados en la fecha del coche comparados con los primeros años de este siglo.

—¿Dónde quieres llegar? —Dijo el amigo de Rauschenberg, el profesor Tubman. Era evidente que nadie en el público tenía idea de donde Daniel quería acabar.

—Henry Ford empezó con pocos recursos, casi medio primitivo, y produce el viejo Lizzy Tin, el modelo A. Luego, lentamente, se desarrollaron sus productos con la sofisticada tecnología que hoy disfrutamos. Lo que nos lleva a mi pregunta fundamental acerca de los antiguos egipcios, ¿porque su cultura no es tan desarrollada? Creo que la evidencia muestra que su arte, la ciencia, las matemáticas, la tecnología, las técnicas militares ya estaban allí, completa desde el principio.

Daniel les dio un minuto de meditación y murmullos, y luego continuó su ataque.

—Lo que queremos demostrar hoy aquí es que el antiguo Reino de Egipto es anterior a la «epoca» en cierto sentido, estaban todas las artes y las ciencias. Entonces, después de un corto periodo de «adaptación», somos testigos de la plena floración de lo que llamamos el Antiguo Egipto.

El público reaccionó murmurando. Daniel insistió.

—Su escritura, por ejemplo. El sistema de los jeroglíficos, las dos primeras dinastías son muy difíciles de interpretar. La sabiduría convencional dice que esta es una versión cruda de la escritura más compleja que encontramos más tarde, en el momento del Reino Antiguo. Pero lo que he intentado mostrar en una serie de artículos es que esta lengua primitiva ya estaba completamente desarrollada, con una combinación de elementos fonéticos y caracteres. Si esto es cierto, fueron capaces de llevar simples pinturas rupestres a un sistema complicado de describir el mundo y de sí mismos, en unas pocas generaciones.

Daniel hizo una pausa y bajó la voz al ver el primer grupo de científicos que se dirigía hacia la salida. Quería argumentar que el antiguo sistema era más elegante a posteriori que los jeroglíficos, pero él era el único capaz de leerlos con facilidad y sabía que iba a hablar al vacío. Cambió de tema.

—Tomemos otro ejemplo. El tema de la conferencia ahora es la pirámide de Keops, comenzó de nuevo.

El Dr. Ajami tosió amablemente para atraer la atención de Daniel, y luego asintió, como diciendo que ese era el tema.

—Lo mismo puede decirse de la pirámide de Keops. Muchos científicos creen que esta obra maestra de la arquitectura debe ser necesariamente el resultado de generaciones de prueba y error. Según esta teoría, la pirámide escalonada de Saqqara

Gioser, de la llamada «pirámide plana» y las grandes tumbas de Abidos se consideran como pruebas, ejercicios de aprendizaje que llevan a la pirámide de Keops, infinitamente más precisa y compleja.



—Como ustedes saben, no estoy de acuerdo con esta teoría. En mi opinión, la pirámide de Keops se construyó primero, y luego fue seguido por los pequeños edificios que acabamos de mencionar. La evidencia que apoya la secuencia tradicional de la construcción se basa en el folklore y en los documentos que se han escrito cientos de años después del hecho. La escasa evidencia de que disponemos sugieren que, en mi opinión, las personas que vivían a lo largo del Nilo fueron olvidando poco a poco cómo construir esas estructuras, de mal en peor con el paso de las generaciones.

Otro grupo de participantes se puso de pie y salió de la habitación. Otros se rieron, pero Daniel no se dio por vencido. No tenía otra opción.

—Por desgracia, los numerosos intentos para establecer las fechas de la construcción mediante la prueba con el carbono-14 no nos dieron los resultados finales. No hay datos suficientes para justificar una posición más o menos teórica.

—Pero háganse esta pregunta. Todas las pirámides más pequeñas tienen inscripciones con los nombres de los faraones que ordenaron su construcción. La mastaba que rodean las pirámides está cubierta con las volutas que anuncian los nombres y títulos de sus propietarios, las listas de ofertas, las fechas de construcción, de culto, como tocar instrumentos musicales, etc. Normalmente, en estas tumbas están pintadas historias que ponen de relieve las cualidades divinas diferentes de la persona que está enterrada allí. Los faraones fueron los mayores déspotas egoístas de la historia del mundo antiguo. Sin embargo, en la pirámide más grande de todos, la de Keops, no hay escrito de ningún tipo. No hay ningún tipo de signo, dentro o fuera. ¿Les parece lógico?

Un gran señor catedrático de la Universidad de Berkeley, Romney, se levantó y le interrumpió.

—Es una teoría interesante, profesor Jackson, teoría de que la mayoría de nosotros sabe.

Alguien en el público empezó a tararear la canción del tema de *Twilight Zone*, que sorprendió a algunos y dejó a otros desconcertados.

Romney, alto y delgado, no se distraía. Daniel lo miró y siguió.

—Sugiere que la pirámide no fue construida para un faraón, porque no había

ningún nombre en él. Pero ¿qué te parece el descubrimiento hecho por Vyse del nombre de Keops por un cantero en la cámara funeraria sellada en el edificio?

Daniel entornó los ojos.

—¡Oh, vamos! Ese descubrimiento fue una broma, un engaño perpetrado por el gran Vyse mismo.

No sólo no era lo correcto decirlo delante de los conservadores, sino que era definitivamente mala la forma en que él lo había dicho. El público expresó su enojo y su oposición vigorosa. Algunos de los más turbulentos comenzaron a gritar su desaprobación. Otra veintena de profesores se levantó y salió de la habitación.

El profesor Romney hizo oír su voz por encima de los gritos.

—Demasiado fácil, Profesor Jackson. Si usted ha hecho su tarea, no es necesario desprestigiar el buen nombre de las personas desaparecidas por defender sus ideas —tronó él.

Hasta ese momento, Daniel había conservado un cierto aire de divertida ironía en contra de lo fea que a su vez se estaban tomando las cosas. Pero esa mirada irónica de diversión se convirtió en una presión hostil y mortal en el lapso de un parpadeo.

—Antes de salir de Egipto —comenzó—, Vyse se jactaba de haber hecho un descubrimiento que le daría fama mundial. Utilizando el dinero de su padre, contrató a un equipo de expertos excelentes y los llevó a las pirámides de Giza. Pero después de varios meses de investigaciones costosas, no tenía nada para mostrar, a pesar de que habían estado ocupados. Así Vyse los despidió a todos y trajo un grupo de mineros de las minas de oro de su padre en América del Sur. Menos de tres semanas más tarde «descubrieron» lo que catorce siglos de los exploradores, los violadores de tumbas y los científicos no han podido encontrar «la habitación secreta, sellada desde la construcción». En esta sala, sin embargo, se encuentra el lugar que le dio fama a Vyse, el sitio que durante mucho tiempo guardó el nombre de Keops. El cartucho aparece en tres paredes de la habitación, pero curiosamente no en la puerta, reducida a migajas por golpes de Vyse para entrar en la sala sellada. El nombre se escribe con tinta roja que no aparece en ningún otro lugar en el Antiguo Egipto. Está excepcionalmente bien conservado, y el hecho más sorprendente, es que está escrito en la manera equivocada.

—¿Y qué se puede esperar de un cantero analfabeto?, dijo Romney.

En ese momento, Daniel había dejado el podio y había comenzado a caminar de ida y vuelta en el escenario como un tigre hambriento. Se dirigió a la pizarra y, con una velocidad sorprendente, señaló una serie de jeroglíficos.

—Este es el símbolo que Vyse afirma haber encontrado en la cámara funeraria. Ahora todos sabemos, si han hecho los deberes, miró a Romney con «fuego», que Vyse había llevado la edición de 1906 del Hieroglyphica ediciones Wilkenson publicado en Amsterdam por Heynis. Los estudiosos diligentes como usted, señor, no

dejará de notar que en la siguiente edición los editores habían incluido una nota de disculpa con la lista de los errores de la edición anterior. La lista incluye el jeroglífico del nombre de Keops. Había salido de un error de impresión relacionada con la primera consonante del nombre de Keops. Ella debe estar tan...

Daniel puso en la pizarra una serie casi idéntica de los símbolos verticalmente.

—Qué casualidad, muy extraño que el libro se equivocara de la misma manera que el que descubrió Vyse. Si un cantero hubiera escrito mal el nombre del faraón, sobre todo en la morgue, hubiera sido condenado a muerte y la pared sería demolida y reconstruida.

Daniel hizo una pausa y lanzó una mirada amenazante al profesor, y agregó: —Pero estoy seguro de que sabes todo esto, porque te gusta ser un tipo que se toma en serio su tarea.

Las últimas palabras fueron pronunciadas cuando el profesor Romney salía de la sala de conferencias furioso. Antes de salir, se volvió a lanzar la última flecha.

—Parece una mala película del libro de «Carros de los Dioses». —Eso provocó algunos aplausos aquí y allá y burlas, pero Daniel sentía que había convencido a algunos del público. Aún quedaban grandes nombres en la sala y ahora estaban dispuestos a escuchar.

—Ahora bien, si volvemos por un momento... Tal vez el verdadero origen de su civilización se encuentra enterrado en las ramblas del Sahara Occidental...

—¿Me permite, profesor? En el fondo de la sala había una mujer que parecía tener unos sesenta años, vestida de manera cara y elegante, y equipada con gafas enormes. De hecho, era mucho mayor.



—Permítame decirle en primer lugar, —dijo con un leve acento extranjero—, que su dominio de los hechos es impresionante. Sólo una pregunta: ¿Quién cree que ha construido las pirámides?

—Este es exactamente el momento para decirlo —respondió—. No tengo ni idea de quién las ha construido ni por qué.

Un murmullo colectivo de decepción recorrió la sala de conferencias. La elegante anciana asintió con fuerza, como si estuviera satisfecha con la respuesta, antes de dar media vuelta y salir.

Un individuo robusto, con barba y una camisa apretada agitó una sugerencia en un falso acento inglés.

—¿La gente de la perdida Atlántida?

Las personas que quedaban en la sala se rieron y luego comenzaron a recoger sus papeles.

—¿O los marcianos, tal vez?

—En realidad no —Daniel se defendió.

—No, pero estaba a punto de decirlo, respondió el hombre de la barba.

—Está totalmente equivocado, —dijo mirando profundamente en sus notas. El ambiente en la sala era tan intelectual como la de una cafetería de la escuela durante la batalla para tomar el alimento. Más de la mitad de la audiencia se había ido y otros fueron abandonándola. Hurgó en su pila de documentos, Daniel intentó y trató en vano de seguir hablando por el micrófono sin levantar la vista.

—Nueva evidencia geológica data la Esfinge a un período muy anterior. Sabiendo esto, tenemos que empezar a repensar todo lo que hemos dado por sentado sobre los orígenes de la cultura egipcia. Simplemente tenemos que empezar de cero...

Cuando la puerta se cerró tras el último grupo de personas riendo, el doctor Ajami, que seguía sentado pacientemente junto al podio, se acercó a Daniel. Su humor era evidente.

—Estoy muy, muy decepcionado de ti, Daniel. Pensé que acordamos no discutir aquí, este día de hoy fue un disparate. Tomé un riesgo, traté de animar las cosas, pero ahora me temo que has cerrado de forma permanente tu carrera. Adiós.

Ajami se unió a los otros en el pasillo.

Las manos de Daniel empezaron a temblar, con el rostro enrojecido por la humillación, miró a la sala vacía antes de cerrar su cuaderno y con calma enfocó el micrófono.

—¿Alguna pregunta?

Mientras Daniel estaba sentado en la lluvia viendo la tinta de su factura de teléfono que comienza a desaparecer, pensó de nuevo en la anciana del pasillo de la conferencia. Cómo le gustaría charlar con ella delante con una buena taza de té y luego estrangularla con sus manos. Entró inesperadamente en la sala, fue capaz de invertir la situación y había hecho la pregunta que estaba tratando de evitar.

Por fin se levantó y se fue a su apartamento, donde le esperaba una desagradable sorpresa. La puerta estaba abierta.

—Ladrones —dijo.

Por lo general, ellos corrían y tomaban todo lo que querían, pero no hoy. Todo mojado, abrió la puerta y encontró un paraguas que estaba apoyado en la cerca. Por lo general, un pacifista convencido, Daniel entró lentamente en la sala, listo para pelear.

Apoyado en la pared, fue hacia su escritorio. De un salto entró en su cuarto, con un paraguas en posición de ataque, y se encontró cara a cara con la misma anciana que había ido a la conferencia. Ella lo miró un momento, luego volvió a seguir

hojeando los periódicos que estaba en el escritorio desordenado.

—Al parecer —dijo con un dejo de acento. La voz era tranquila y profesional—. Su ama de llaves debe tener un año de permiso —dijo sin sonreír.

Por segunda vez ese día, la mujer había logrado confundirlo lo suficiente como para dejarlo casi sin palabras. Recuperó su presencia de ánimo, balbuceó una pregunta.

—Ah... hay algo... ¿Qué diablos está haciendo en mi apartamento?

—Esto es una obra de arte verdaderamente maravillosa —dijo la señora al tomar la imagen graciosa de una mujer egipcia que tenía Daniel en el escritorio—. El busto de mármol, con rastros de la pintura original, que muestra el delicado rostro de una joven muy hermosa. En un cálculo aproximado, del siglo XIV antes de Cristo, probablemente del área alrededor de Edfu —miró un rato el resto de los muebles antes de preguntar—. ¿Cómo lo pudo conseguir?

—Por favor, tenga cuidado —dijo Daniel, nervioso. No tenía intención de discutir cómo la figura había llegado a sus manos. Sí, era lo único valioso que poseía, pero no era mucho más caro que lo que puede comprar el dinero en dólares de EE.UU... La visitante, consciente de su preocupación, la puso de nuevo en su lugar con especial cuidado en la plataforma por encima de su escritorio en desorden.

Daniel fue finalmente capaz de entender de dónde viene el acento. Ella era sueca, pero era tan sutil que se imaginaba que había pasado la mayor parte de su vida en los Estados Unidos. Vio un aura de poder en la mujer, los privilegios, confianza en sí misma. Sólo los gruesos cristales de sus lentes que magnifican sus ojos del tamaño de una moneda de medio dólar arruinó el efecto. Daniel miró a través de ellos.

—Estoy aquí para ofrecerle un empleo.

—¿Trabajo? —Su mente se puso en marcha—. ¿Qué tipo de trabajo?

Con la mirada en una fotografía enmarcada en la pared, cambió de tema otra vez.

—¿Sus padres?

—Por supuesto.

—Ah, claro. Sus verdaderos padres murieron en ese incidente en el aire... que era, ¿en el 73?

—Sí, déjeme pensar —Daniel dedicando una imitación descarada de la mujer—: Sí, creo que fue en el 73. Excelente año para una aventura de muerte, ¿verdad?

La mujer sabía que carecía de tacto y se disculpó, pero Daniel no iba a hacer que se saliera del tema tan fácil.

—No, en serio, si es divertido, no se preocupe, podemos tener una charla acerca de cómo mis padres están muertos.

Cuando hubo terminado, pasó por delante y entró en la cocina a tomar un trago. Miró a la tierra desolada representada por su refrigerador. Luego volvió a hablar.

—Mi nombre es Catherine Langford. Y tengo algunos jeroglíficos muy antiguos

en la que me gustaría que trabaje.

—¿Desde cuando los militares están interesados en los jeroglíficos?

Catalina dejó de hablar y fingió estar confundida

—¿Las Fuerzas Armadas? ¿Qué te hace pensar que esto tiene que ver con los militares?

Daniel estaba adivinando. Pensó que la mujer lo había hecho bajo la nariz de Vladimir, el propietario, solo alguna credencial o distintivo es lo que causaría que autorizara a abrir el apartamento. Y aquel tipo al lado de la calle con un corte de pelo decididamente militar, algo inusual en las calles de Hollywood. La forma en que esquivó la pregunta confirmó sus sospechas.

—Creo que soy demasiado viejo para correr a alistarme —dijo Daniel.

Catalina estaba muy contenta con su rapidez y su capacidad de observación.

—Muy bien señor, impresionante. Mire, me gustaría poder explicarlo todo, pero este proyecto implica un cierto grado de secreto.

—Bueno, tal vez se puede hacer público lo siguiente: ¿por qué debo aceptar un trabajo del que no sé nada?

Catalina ya había preparado la respuesta.

—No tiene familia o amigos aquí en la ciudad. Su propietario había mencionado que presentó una notificación de desalojo debido a que su renta ha expirado hace mucho tiempo, hay un montón de facturas sin pagar en su escritorio. Ahora, parece que el joven doctor Jackson necesita un trabajo. Y después de su conferencia de esta tarde, si yo fuera usted, no estaría en casa esperando que suene el teléfono.

Daniel no sabía qué decir. Eran muy buenas razones para aceptar cualquier oferta de trabajo en serio.

—Pero hay una razón aún mejor para que le deje trabajar para mí, Daniel.

Esa mujer tenía mucho valor.

—¿Y qué sería? —Dijo Daniel.

—Que demuestre que sus teorías son correctas.

Abrió la bolsa y sacó una elegante serie de fotos antiguas en blanco y negro, sosteniéndolas para su consideración. Las fotos ayudaban a dar una idea bastante exacta de la gran losa de clausura que la expedición de Langford había encontrado cerca de Giza. No había rastros del gran anillo que había estado bajo la losa o de los fósiles. Daniel miró durante un tiempo a las fotos, sus músculos faciales estaban flojos. La expresión, que Catalina había visto en otras ocasiones, sugirió que había adquirido un nuevo miembro de su equipo.

—¡Basta! —Le quitó de las manos las fotografías amarillentas y en su lugar le dio un sobre.

—¿Qué es esto?

—Su plan de viaje, dijo Catherine cuando se disponía a salir.

Daniel abrió el sobre, miró el billete de avión y estornudó.

—¿Denver? Mire, se podrá imaginar, que no tengo ganas de volar.

—Una razón más, dijo con una cara impasible. Luego, con una sonrisa, cerró la puerta detrás de él.

Episodio IV

Yuma, Arizona.

El turismo redujo la velocidad hasta detenerse frente a una casa de dos dormitorios y un modesto jardín, situada en las afueras de Yuma, Arizona. Aunque el invierno estaba encima, el sol del mediodía convertía las calles en un horno, obligando a los lugareños a buscar el aire acondicionado de los interiores. Incluso los perros, echados a la sombra con la lengua fuera, tenían demasiado calor para acercarse y ponerse a ladrar. Aquel día todos recordaban el chiste del tipo de Yuma que se muere y va al infierno, y cuando llega dice que va a su casa un momento a coger una manta.

Las puertas del coche se abrieron y bajaron dos oficiales del cercano aeropuerto de la Infantería de Marina. La pulcritud de sus uniformes daba a entender que ambos estaban en activo y habían tenido que salir en misión oficial.

Mientras el primero subía los escalones del porche y llamaba a la puerta, el otro, que llevaba una gruesa carpeta negra, inspeccionó el garaje. Había allí rastros de tiempos más felices: una canasta de baloncesto encima de la puerta y bicicletas perfectamente aparcadas.

La puerta principal se abrió, pero con la cadena de seguridad puesta. Por la rendija asomó una atractiva cuarentona que les miró atentamente. Sabía que este momento tenía que llegar; había pasado los dos últimos años temiendo y a la vez deseando que llegara. Ahora ya estaban allí y los odiaba. Significaba que había perdido la batalla por la vida de su marido.

—¿La señora O’Neil?— preguntó el primer oficial.

La puerta se cerró de golpe. Los oficiales se miraron entre sí; estaban a punto de volver a llamar, cuando se abrió de nuevo. Sarah O’Neil, con la bata todavía puesta y el pelo revuelto, examinó fríamente a los oficiales. Sus años de maestra de escuela la habían enseñado a fulminar con la mirada a los jóvenes, la margen de su edad y su inocencia. Pero un instante después, su expresión de dureza empezó a ceder el paso a otra de dolor.

—Hagan el favor de limpiarse los pies —dijo y desapareció por el pasillo de la cocina. Los militares obedecieron y entraron en la casa. La sala de estar, decorada casi exclusivamente en tonos blancos, parecía el santuario de la pulcritud. Desgraciadamente, no había en ella lo que aquellos hombres estaban buscando.

—Señora O’Neil, ¿está en casa su marido? —preguntó el primer oficial.

Desde la cocina llegó el sonido de algo que se estaba cortando sobre una tajo de madera.

—Sí —respondió ella.

Después de otro incómodo momento, el mismo oficial preguntó al vacío:

—Señora, ¿podemos hablar con él?

—Pueden intentarlo. La última puerta al final del pasillo —dijo y continuó cortando.

Al cruzar el salón, pasaron junto a un montón de fotografías perfectamente ordenadas, cada una con su marco correspondiente. El oficial más joven tomó una de ellas: varias personas en una fiesta al aire libre, en un patio, poniendo caras raras ante la cámara. El brusco contraste entre la explosión de vida de la foto y la ausencia de ellas en la habitación era espantoso. El militar volvió a depositar cuidadosamente el marco y continuó su camino.

Al final del pasillo encontraron una puerta abierta que daba a otra habitación ordenada. Era la habitación de un adolescente, a juzgar por los trofeos deportivos y el enorme cartel de una pista de patinaje. Fue aquí donde los oficiales encontraron lo que estaban buscando. Sentado en un sillón, mirando por la ventana el patio trasero de la casa, había un hombre descalzo, sin camisa y sin afeitarse, y sin más ropa que unos vaqueros. El pelo grasiento le colgaba hasta el cuello. Un momento antes había estado jugando con una pistola, ensayando la mejor forma de volarse los sesos, aunque no había tenido valor para apretar el gatillo. Pero cuando oyó voces en el salón, guardó el arma en el primer cajón de la mesa.



Al entrar, el oficial más joven sonrió vagamente antes de detenerse. Por el camino, su compañero le había contado más de una docena de anécdotas sobre lo implacable y hábil que había sido siempre O'Neil antes de todo aquel lío. Y allí estaba. Allí estaba aquel fulano de pelo largo, de ojos vidriosos y musculosos como un botijo que parecía estar drogado. ¿Qué clase de secreto militar podía estar relacionado con aquella ruina de hombre?

El oficial que llevaba la carpeta se adelantó rápidamente.

—Perdone, coronel O'Neil. Nos envía el general West.

Tras una larga pausa, el hombre del sillón giró la cabeza y los miró. Sus ojos estaban tan muertos que daba la sensación de no saber quién había entrado en la habitación.

El oficial de más edad pensó que lo mejor era repetir la presentación.

—Señor, venimos de parte del general West.

El coronel les indicó con un breve ademán que tomaran asiento y continuaran.

Sarah salió al recibidor y vio que no habían cerrado la puerta. Aspiró

profundamente y fue hacia el armario de la entrada, fingiendo que buscaba algo. Oyó hablar a su marido.

—... años, así que ni siquiera están seguros de si esa amenaza existe realmente.

—Como ya he dicho, señor, todo lo que sabemos está en este informe.

O'Neil se sentía cada vez más incómodo con aquellos dos. Procedían del mismo despacho que le había apartado a él del servicio.

—¿Todavía preocupa que yo sea persona inestable? ¿No han leído los informes de mi destitución?

El oficial de más edad dudó unos instantes antes de decidirse a poner las cartas sobre la mesa y se adelantó como para recalcar la seriedad de sus intenciones. No estaba seguro de la reacción de O'Neil ante lo que iba a decirle a continuación.

—Creo que no entiende, señor. No le queremos para este proyecto a pesar de su situación, sino precisamente a causa de la misma.

O'Neil se quedó de piedra. No daba crédito a la increíble arrogancia que suponía trasladarse hasta su casa, sabiendo en qué condiciones estaba, para decirle casi descaradamente que querían aprovecharse de su debilidad. Estaba aturdido.

Levantó la vista hacia el recibidor y vio que Sarah estaba oyendo todo y de repente tuvo miedo. Giró la cabeza, sus ojos se encontraron con los de su marido y en ese instante el oficial más joven se puso de pie rápidamente y cerró la puerta de golpe.

En cuanto se quedó sola, el mundo se le vino encima. Estaba segura de que los dos hombres estaban allí para proponer a Jack alguna misión suicida. Sabía que cuanto más peligrosa fuera, más posibilidades había de que él aceptara. Y dada su habilidad para crear «accidentes», no volvería a verlo nunca más. Empezó a imaginar el último y horrible capítulo de su matrimonio: ella sentada en casa esperando que sonara le teléfono para que algún oficial subalterno le dijera con voz tranquila que Jack había muerto.

Cerró el armario y fue a la sala de estar, deteniéndose para enderezar la fotografía. Se sentó en el sofá y echó un vistazo a la habitación, atreviéndose a preguntarse por primera vez si no sería mejor que Jack se fuera. Sabía que eso era lo que Jack quería. Había luchado lo indecible para salvarle, pero tal vez hubiera llegado el momento de admitir la derrota y dejarle marchar. Sintió el conocido dolor en el pecho, la sensación que le transmitía el corazón cada vez que estaba a punto de detenerse.

Veinte minutos después, Sarah espiaba por entre las cortinas de la cocina a los oficiales que regresaban al coche sin la carpeta con que habían llegado. Cuando se fueron, se dirigió a la parte trasera de la casa, donde oyó correr el agua de la ducha.

Abrió la puerta del dormitorio y vio algo que le llenó los ojos de lágrimas casi al instante. Extendido sobre la cama estaba el uniforme de su marido, impecablemente

planchado. Junto a él, la carpeta negra que le habían entregado los oficiales.

Episodio V

Descifrar Creek Mountain

Haciendo eses por una carretera de dos carriles y muchas curvas en plenas Montañas Rocosas de Colorado, Daniel, que nunca había sido buen conductor, tenía que consultar el mapa cada vez que veía un desvío. Y por si esto no fuera bastante peligroso, no paraba de estornudar. Por encima de su hombro derecho veía el asiento trasero inundado de pañuelos de papel empapados.

Finalmente, después de invertir cuatro días en un viaje que podía haber hecho en treinta y seis horas, vio el cartel.

CREEK MOUNTAIN.

Zona Reservada, Gobierno de EE.UU.

El coche, un robusto Dodge Charger del 68 que olía a aceite quemado y echaba humo, y que llevaba siempre en el radiocasete de ocho pistas una cinta de los grandes éxitos de Elvis, se introdujo en el desvío de entrada y subió por la cuesta flanqueada de árboles. Cuando vio a los soldados de la puerta, sintió tal alivio que tocó el claxon y los saludó con la mano.

Al llegar a la garita vio a dos infantes de Marina con cara de pocos amigos y la mano en la pistolera. Uno se acercó al coche.

—Soy Daniel Jackson —dijo el conductor, como si le estuvieran esperando—. Creí que no lo conseguía.

—Identifíquese, por favor...

Daniel cogió algo del asiento con brusquedad y, antes de que los soldados tuvieran tiempo de desenfundar el arma, estornudó encima del objeto y lo tiró al asiento trasero. Entregó al guardia el montón de papeles que le había dado Catherine y, mientras el soldado los examinaba, volvió a estornudar.

—Ha pillado usted un buen constipado, doctor Jackson —apuntó el militar, inspeccionando el sucio interior del vehículo.

—¿Constipado? Que va. Es alergia. Me pasa siempre que viajo.

Cuando levantaron la barrera y le indicaron por señas que entrara, Daniel remontó la última cuesta hasta llegar a una pequeña explanada donde esperaba encontrar los edificios metálicos, los vehículos todoterreno y la artillería pesada que asociaba con la expresión «base militar». Pero sólo vio poco más de veinte coches civiles aparcados cerca de la boca de una cueva abierta en la ladera de una montaña. La única indicación de que aquello era realmente una zona militar era un grupo de infantes de Marina que hacía instrucción en un claro del pinar. Daniel encontró un

hueco para aparcar y giró la llave de contacto, aunque el motor continuó resoplando mientras bajaba del coche y abría el maletero. El motor se detuvo finalmente con un estruendoso petardeo.

El militar que dirigía la instrucción se acercó a paso ligero mientras Daniel sacaba del portaequipajes una bolsa de libros de buen tamaño.

—¿Daniel Jackson? —le preguntó, todo sudoroso. Pero antes de que el fatigado arqueólogo pudiera responder, el musculoso militar le había cogido la mano y le estaba dando un vigoroso apretón.

—Soy Kawalsky, el teniente Adam Kawalsky. ¿Dónde se había metido? La doctora Langford creía ya que había cambiado usted de idea.

—Decidí venir en coche, pero he tardado más de lo previsto. —El militar medía más de un metro ochenta, le goteaba sudor de la cara y era demasiado amable para el gusto de Daniel—. Entonces, ¿esto es una base militar?

—No estoy autorizado para hablar de eso —fue la respuesta automática del militar.

Daniel tuvo que sonreír a pesar suyo.

—No, en serio, ¿es un campo para especialistas del ejército, una cueva de eminencias grises?

—Ignoro qué margen de confianza tiene usted, señor, y hasta que lo sepa, no puedo hablar de ese asunto.

Tras dirigir al militar una mirada de circunstancias, Daniel reanudó la tarea de sacar los libros del maletero, ahora con el inconveniente adicional de tener un mirón al lado.

—¿Me permite? —dijo Kawalsky, dando un paso al frente.

Daniel quiso prevenirle.

—Cuidado, son libros y pesan... —Kawalsky levantó la bolsa de libros con una mano y con la otra cerró de golpe el maletero— mucho.

Sin aliento, Daniel se quedó algo asustado ante la facilidad con que Kawalsky era capaz de levantar toda la carga. Mientras le seguía hasta la entrada del túnel, pensó que debía de ser uno de los hombres más fuertes del mundo.

Cruzaron un par de puertas enormes de cemento y aparecieron en un oscuro vestíbulo cavernoso. Cuando sus ojos se adaptaron a la luz, Daniel vio que estaban en una sala muy grande con suelo de cemento pulido. Curiosamente, lo único que había allí era una tosca y pequeña construcción de estaño ondulado junto a la que se alzaba la garita de un guardia. Kawalsky hizo una seña al guardia sin alterar el paso y las puertas de la pequeña construcción se abrieron automáticamente. Daniel le siguió al interior.

—Llamamos a esto «cabina telefónica» —le explicó Kawalsky—, como en el *Superagente 86*.

Daniel no sabía para qué servía, aunque el espacio que le rodeaba empezó a temblar y luego a hundirse. En realidad, el diminuto espacio era un ascensor y bajaba a toda velocidad. Le parecía que había mucho trecho entre piso y piso. Veía pasar los números: 5, 6, 7... Kawalsky, más acostumbrado que él, le ofreció una barra de chicle.

—Regula la presión de los oídos.

Daniel aceptó y empezó a masticarlo con nerviosismo. 13, 14, 15...

—¿A qué piso vamos, oiga?

—Eso es información secreta, señor —respondió Kawalsky con cara de palo.

Daniel se dio cuenta de que esta vez se trataba de una broma, pero no la encontró graciosa. 21, 22, 23... Iba a decir algo más, pero en ese momento el ascensor se detuvo en el número 28. Se abrieron las puertas y apareció un corredor tan aséptico como el de cualquier hospital. Siguió al teniente coronel por una maraña de luces de neón, pasando ante despachos cerrados y doblando en varias esquinas hasta que Kawalsky se paró de repente y llamó a una de las puertas.

—¿Doctor Meyers? ¿Está ahí, señor?

La puerta crujió al abrirse y por ella asomó la brillante cabeza de un cuarentón de ojos saltones. Miró fijamente a Daniel con sus gafas bifocales y dijo:

—Usted debe ser la última adquisición. —Y salió al pasillo con expresión de dispéptico en el rostro—. Es Jackson, ¿verdad? Soy el doctor Fred Meyers, doctor en Filosofía y Letras prestado por Harvard.

Sus pomposos modales hacían que se le tomara antipatía fácilmente y Daniel empezó a entender en seguida el porqué. Había oído hablar de él, claro. Ser profesor en una universidad como la de Harvard significaba poder sentarse en los comités asesores más influyentes, publicar artículos en las revistas más prestigiosas y gozar de todos los beneficios que representa formar parte del círculo académico más privilegiado. Por un lado, a Daniel le importaba un rábano Meyers. Era uno de esos profesores de élite que creían estar en una torre de marfil y que llevaban años sin tener una sola idea original. Por otro lado, sabía que sin la ayuda de esta gente nunca conseguiría subvenciones ni apoyo para seguir con sus actividades profesionales. Además, aunque jamás admitiría esto, deseaba su aprobación.

—¿Dónde diablos estoy? —preguntó Daniel alzando la voz.

—En un maldito silo nuclear —dijo a su espalda una voz de mujer.

—Doctora Shore —dijo Kawalsky, girando sobre sus talones—, hasta que no se autorice debidamente al doctor Jackson, no podemos...

—Cierra el pico, Kawalsky, que eres más pesado que las pelotas de un elefante... —le espetó la mujer, haciendo sin embargo que sus palabras sonaran a coquetería. En la puerta del despacho del otro lado del pasillo había una cuarentona baja, maciza y agresivamente sensual, la clase de criatura a quien menos se espera encontrar en un

refugio militar subterráneo. Dirigiéndose directamente a Daniel, le explicó con típico acento tejano—: Tú tranquilo, monada. Este sitio se ha remodelado de arriba a abajo, pero técnicamente sigue siendo una instalación militar para que estos cabezas huecas actúen como si fueran los amos. —Daniel sonrió. Le gustaba la mujer—. De todos modos, hola, soy Barbara Shore, la astrofísica del equipo. —Su sombra de ojos hacía juego con el azul oscuro de su entallado traje pantalón, haciendo que pareciera una de esas hembras que abundan en las bolera. Se dieron la mano y charlaron unos instantes antes de que ella volviera a dirigirse a Kawalsky—. Teniente, vamos a enseñarle esto, se amable con él o ya puede olvidarse de esa rascadita en la espalda que le había prometido.

A pesar de su tono sarcástico, era evidente que le gustaba el militar. Devolviéndole la sonrisa, Kaswalsky dio media vuelta y condujo al grupo por el pasillo hasta una puerta marcada con lo números 28-42. La empujó para abrirla y dijo:

—Éste será su lugar de trabajo.

Daniel no podía dar crédito a sus ojos. El «despacho» tenía el tamaño de un pequeño almacén. Las paredes, de casi seis metros de altura, estaban cubiertas con grandes calcos y ampliaciones fotográficas de jeroglíficos. Sobre la enorme mesa de trabajo había un ordenador conectado a una red. Dos mesas más pequeñas servían de soporte a varios artefactos y en las estanterías había toda clase de libros sobre interpretación de jeroglíficos (incluso fotocopias de todo cuanto Daniel había publicado sobre la materia). Había también un equipo estereofónico portátil, una cafetera y un pequeño frigorífico. Sin embargo, fue la pared que había enfrente de la mesa de trabajo lo que llamó su atención. Un objeto grande y redondo se había sujetado a ella desde el suelo hasta el techo y tapado con una tela del tamaño de un paracaídas. Daniel supuso que debía ser la lápida cuyas fotografías le había enseñado Catherine. Tiró de la tela y puso al descubierto el extraño tesoro hallado en Gizeh hacía muchos años.

Por aquello le habían hecho salir de Los Ángeles. Había valido la pena. Sorprendido y encantado, se quedó allí boquiabierto, delante de la antigua piedra.

Entretanto llegó Catherine Langford y, después de saludar a los demás, entró en la sala. En el momento oportuno, hizo saber a Daniel que estaba allí.

—Me alegro de que se haya unido a nosotros.

Daniel dio media vuelta y la miró. Movi6 los labios para decir algo, pero no pudo. Y volvió la mirada al gigantesco monolito antes de hacer la evidente pregunta.



—¿Dónde lo encontró?

—En la planicie de Gizeh, en 1928 —explicó ella acercándose por detrás de él—. Como puede ver, hay dos círculos de jeroglíficos. Con la ayuda del doctor Meyers hemos podido traducir la sección interna de la escritura, que es una forma jeroglífica extraordinariamente temprana. Pero la sección externa se nos resiste. Como ve, son símbolos totalmente distintos de los conocidos. —Catherine dejó que Daniel asimilara la información y le puso el cebo delante—. Aunque hemos enseñado estos símbolos a muchos expertos, incluso a algunos de los que se salieron de su conferencia el otro día, ninguno ha sido capaz de entenderlos. Al igual que Champollion ante la Piedra Rosetta, pensamos que ambas inscripciones podrían ser traducciones paralelas, pero no conseguimos encontrar las equivalencias. El hecho de que todo esté escrito en un círculo corrido, sin signos de puntuación visibles, dificulta las cosas.

Mientras el doctor Meyers iniciaba una prolija explicación sobre los diversos sistemas descodificadores que habían empleado, la atención de Daniel se fijó en una traducción escrita en una pizarra portátil situada al lado de la piedra. Durante un rato escuchó por encima, pero finalmente intervino.

—Todo esto está mal.

Se acercó a la pizarra y borró la palabra «tiempo», sustituyéndola por «años».

—¡Por favor! —bufó Meyers, aproximándose para proteger su traducción. Miró a Catherine buscando su apoyo, pero con un gesto ella le indicó que retrocediera, lo que hizo de mala gana.



Daniel se sentía absolutamente cómodo entre jeroglíficos. En los últimos tres años había llegado a dominar esta lengua muerta, precursora del sistema de escritura utilizado por lo faraones. Aunque muchos símbolos eran iguales, la gramática era radicalmente diferente. Probablemente había menos de diez personas en el mundo capaces de leer estos primitivos símbolos. Daniel suponía equivocadamente que el doctor Meyers era una de ellas y, mientras trabajaba, hablaba a su eminente colega

por encima del hombro.

—Utilizó usted las teorías de Budge, ¿verdad? ¿Por qué se siguen editando sus libros? —Borrando y escribiendo con rapidez, Daniel entró en una especie de ritmo hipnótico mientras intentaba captar no sólo el significado literal, sino también el sentido figurado de la inscripción. De repente hizo un alto, confundido.

—Esto sí que es curioso —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. La palabra *qebeh* aparece seguida de la locución adverbial *sedjemen-ef* y el sujeto es compuesto. —Giró lentamente la cabeza buscando a Meyers y preguntó—: «¿En su sarcófago?» —Daniel arrugó la cara como si la falta de tino de la traducción le produjera dolor físico—. Bueno, no —añadió en tono condescendiente—. Creo que «sellada y enterrada» es más exacto.

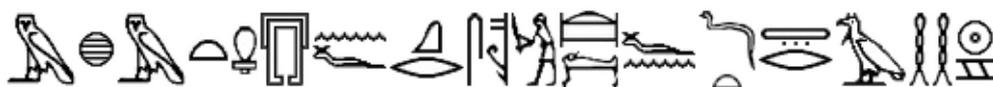


Mientras continuaba, las demás personas que se hallaban en la sala cambiaron miradas de incredulidad. Todos habían visto a Meyers, cuyos títulos y galardones académicos se encontraban visiblemente enmarcados en las paredes de su despacho, trabajar durante semanas en la traducción del mensaje. La velocidad de Daniel era increíble. Al cabo de unos minutos ya había acabado ante la pizarra y, avanzando hacia la piedra, leyó palabra por palabra (mejor dicho, símbolo por símbolo) el arcaico mensaje.

—Empezando por aquí, dice: **A UN MILLÓN DE AÑOS EN EL CIELO ESTÁ RA, DIOS SOL. SELLADA Y ENTERRADA PARA SIEMPRE, SU...** —Regresó a la pizarra, cogió el borrador como si fuera la espada del Zorro y borró la última palabra de la traducción de Meyers—. No es *PUERTA DEL CIELO*. La traducción exacta es **PUERTA DE LAS ESTRELLAS (STARGATE)**. —Y leyó el mensaje otra vez.



tiempo a un millón de años dentro del cielo está Ra, dios del sol



sellado + enterrado para siempre



puerta hacia el cielo stargate (puerta estelar)

Todos lo miraron fijamente, estupefactos por aquella sorprendente demostración de habilidad. La doctora Shore se puso de puntillas detrás de Meyers, le susurró algo al oído y le dio una palmada en el trasero.

—Muy bien —Daniel estaba dispuesto a conservar el ímpetu—. Y ahora, ¿quiere hacer alguien el favor de decirme por qué los militares tienen a una astrofísica trabajando con un arqueólogo en un silo de misiles nucleares para analizar unas tablas egipcias que tienen cinco mil años de antigüedad?

—Mi informe dice diez mil.



En la puerta había un militar impecablemente uniformado. Era el coronel Jack O'Neil. Recién afeitado y luciendo el corte de pelo de un recluta, acababa de experimentar una absoluta y radical transformación. La expresión de sus ojos ya no era la de un hombre manipulado por sus fantasmas, sino una expresión de dominio y seguridad en sí mismo.

Al ver el águila de plata en el uniforme de O'Neil, Kawalsky se cuadró de inmediato.

—¡A sus órdenes, mi coronel!

—Descanse.

O'Neil abrió su carpeta negra, sacó un documento y se lo entregó a Kawalsky para que lo examinara. No había nada anormal en aquel hombre y sin embargo resultaba amedrentador. Su presencia suscitó sentimientos encontrados en los científicos reunidos. A la vez que parecía tranquilo como un muerto, daba la impresión de ser retorcido y dispuesto a pegar a alguien en cualquier momento. Incluso antes de que Kawalsky le devolviera el documento, el ambiente de la sala se había vuelto tan lúgubre como encontrar una serpiente de cascabel mientras se anda buscando un huevo de Pascua.

—Catherine Langford, soy O'Neil, el coronel Jack O'Neil. Estoy a las órdenes del general West. Desde ahora estoy al mando de la misión.

Catherine, sin saber qué hacer, miró a Kawalsky, que levantó la vista del

documento y asintió.

Daniel no había oído nada después de las palabras «diez mil» y cuando Catherine y los demás empezaron a acribillar a preguntas al recién llegado, interrumpió a todos.

—Un momento. ¿Diez mil años? Lo siento, pero eso es imposible. La civilización egipcia no apareció hasta...

—Las pruebas sónicas —Meyers comprendió que era su oportunidad de decir a Daniel algo que no sabía— y las del carbono-14 son concluyentes. —El doctor señaló las mesas que contenían lo «hallazgos casuales» de la Expedición Langford, una colección de fragmentos de herramientas y restos de cerámica—. Se ha comprobado que estos objetos procedentes de estratos superpuestos y adyacentes datan de la misma época. Además —y entonces se puso realmente insoportable—, es evidente que pertenecen del Epipaleolítico a al Neolítico; probablemente emparentados con el Natufiense palestino, lo que indica que como mínimo tienen la misma antigüedad.

Daniel, deseando sacarles toda la información posible, ensayó un nuevo enfoque.

—Son lápidas. Tiene que haber una tumba debajo.

—Es mucho más interesante que un montón de huesos, querido. —La doctora Shore quiso entrar en detalles, pero la interrumpió O'Neil, que se puso entre ellos.

—Perdóneme, doctora, pero esa información es secreta.

Vamos coronel —farfulló la astrofísica—, este hombre forma parte del equipo. —O'Neil la miró fijamente, como una trilladora mira un campo de trigo. Cuando vio que la frivolidad no la llevaba a ninguna parte, acudió a su jefa—. Catherine, ¿qué demonios está pasando aquí?

Catherine hizo un ademán para decir a todos que se tranquilizaran. Después de muchos años metida en aquel proyecto, había aplacado tantas tormentas y soportado tantos reveses que sabía muy bien cómo salvar el presente obstáculo. Además, había desarrollado la habilidad de adaptarse a lo que quería. No obstante, O'Neil y el hecho de que el general West lo enviara allí sin previo aviso le daban mala espina.

Supuso que tendría algo que ver con el hecho de haber incorporado a Daniel

—La orden es efectiva de inmediato —dijo O'Neil—. No se pasará información al personal no militar sin mi autorización escrita.

Daniel, que era personal no militar (en el caso de que alguna vez haya existido un ser así), preguntó al coronel si estaba de broma.

—He venido desde Los Ángeles. ¿Quiere decirme qué quiere que haga aquí?

O'Neil, cortante como una navaja de afeitar, satisfizo su curiosidad.

—Usted es traductor, así que traduzca. —Luego, dirigiéndose a Kawalsky, añadió —: Teniente, quiero que toda la información que no esté directamente relacionada con estas tablas se saque de esta sala de trabajo y se lleve inmediatamente a mi despacho. Hasta entonces es usted la única persona autorizada a permanecer aquí.

Dicho lo cual, dio media vuelta y salió.

Kawalsky, no muy seguro de lo que debía hacer, salió gritando tras él.

—¿Su despacho, señor?

Desde el pasillo, O'Neil giró la cabeza y dijo:

—También necesito un despacho.

—¡Sí, señor!

—¿Quién es ese fantasma sin sábana? —gritó Shore para que el coronel la oyese.

Catherine ya se había puesto en acción y salió como un rayo persiguiendo a O'Neil. Kawalsky y el resto del equipo de científicos se miraban atónitos. El teniente esperaba que cooperaran cumpliendo las órdenes, porque no estaba de humor para obligarles por la fuerza.

Daniel quería seguir creyendo que había algo que no entendía.

—No es posible que se tomen en serio eso de limitarme la información —dijo a Kawalsky—. Quiero decir que si voy a descifrar lo que dice esta piedra, también necesitaré información. Y si no es así, dígame lo que pinto aquí.

A Kawalsky no le gustaba la situación más que a Daniel. ¿Qué podía añadir? Todos habían oído las órdenes. Por dentro estaba que mordía. West le había quitado el mando de la operación después de casi tres años, precisamente cuando empezaban a sacar conclusiones. Y para más inri le sustituía aquel raro personaje, O'Neil, que, según decían los informes, había salido de su retiro para encargarse de la misión.

—Sus habitaciones están por allí, al otro lado del corredor. Si necesita algo, no dude en pedirlo.

—¿Es que no ha oído lo que acabo de decirle? —Daniel estaba a punto de estallar. Bastante liada estaba ya su vida para que encima le echasen aquella basura—. ¿Cómo voy a descifrar esto sin ningún tipo de información?

Kawalsky detestaba que le gritaran. Era de los que trataban a los demás según le trataran a él, y no era el momento indicado para zaherirle.

—Cumpló órdenes —dijo con voz monótona y señaló la puerta, dando a entender a todos con la expresión de su cara que hablaba completamente en serio.

Daniel no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Siempre cumple usted las órdenes? ¿Siempre?

—Sí.

—Coronel, sólo un minuto, por favor. —Catherine alcanzó a O'Neil en el pasillo—. Creo que me debe una explicación. El general West me aseguró personalmente que tendría absoluta autonomía.

—Cambio de planes —dijo el coronel con un encogimiento de hombros.

—Eso parece —dijo la mujer sin exaltarse—, pero podría darme usted un motivo. O'Neil le dio más bien un subterfugio.

—Creo que los de arriba piensan que las cosas se han salido un poco de madre

aquí. Y encima trae usted a otro civil.

—Coronel O’Neil —el tono de la mujer revelaba que no se había tragado el cuento—, se me autorizó a traer a Jackson. —O’Neil no quería seguir mintiendo, así que guardó silencio. Catherine se dio cuenta y preguntó sin ambages—: Entonces, ¿esto no tiene nada que ver con él?

El coronel pensó en todas las respuestas que podría darle. Al leer West el expediente de Daniel, había supuesto que iba a ser su mejor baza y decidido que había llegado el momento de poner en acción toda la artillería pesada. Algo que percibía en Catherine le impulsó a contarle la verdad.

—Estoy aquí por si ustedes tienen éxitos.

Episodio VI

¡Bingo!

Utilizando ambas manos para que no se le cayera la bandeja de comida del autoservicio, Kawalsky alzó el pie hasta el tirador de la puerta y lo giró. Tuvo que hacer un par de intentos para conseguirlo. Dentro, la ópera egipcia de Verdi, Aida, sonaba a todo volumen. Sin derramar una sola gota, entró de espaldas en la sala, pero cuando se cerró la puerta comprendió que tenía problemas.

Las luces estaban apagadas y la habitación estaba negra como la pez.

En los últimos doce días, Daniel había logrado transformar aquella amplísima sala en un lugar tan desordenado como su piso de Los Ángeles. Cuanto más le contrariaba la traducción del círculo exterior de jeroglíficos, peor ponía la estancia. A Kawalsky, verdaderamente preocupado por no tirar la comida, no le apetecía dar tumbos en medio del caos.

—¡Jackson! ¡Eh, Jackson, la cena! Encienda las luces, hombre.

La música cesó en medio de un aria. Instantes después se encendieron las luces. Delante del punto de la pared donde estaba la lápida, los infantes de Marina habían construido un andamio rodante de dos pisos para que pudiera analizarla de cerca y sin nada de por medio. En la parte alta del andamio lo único visible era la mano de Daniel con un mando a distancia.

—Buenos días, teniente —dijo.

—Son casi las ocho de la noche —gruño Kawalsky. En los últimos días Daniel se había convertido para él en un doloroso grano en el culo. Con algo más que cierto desprecio le preguntó—: ¿Por qué no asea un poco este lugar?

—Eso es información secreta.

—Ya está bien, hombre. —Kawalsky apartó un montón de bolsas de patatas fritas y envoltorios de caramelos para hacer sitio a la bandeja. Dijo a Daniel que se iba a la ciudad y le preguntó si necesitaba algo.

Daniel se dio unas palmaditas en el estómago y ladeó la cabeza.

—Claro que sí. ¿Podría comprarme un punto de referencia? ¿Y algún contexto? En serio, Kawalsky, concédame solamente diez minutos a solas con la señora de la limpieza. Estoy seguro de que sabe más que yo sobre lo que había debajo de esta piedra.

Kawalsky suspiró, harto ya de aquella cantinela.

—Es posible que sea cierto —dijo, sabiendo que efectivamente era así—, pero el personal de limpieza está de permiso.

—Escuche, teniente coronel —Daniel adoptó un tono desagradable—, ustedes quieren que les resuelva este rompecabeza. Quieren que descifre esta piedra que no

ha podido descifrar nadie. Y sin embargo no me dan la información que necesito para hacer mi trabajo.

—¿Tiene algún problema con la comida? —preguntó Kawalsky, recogiendo intacto el bocadillo de carne de la comida y pasándoselo por delante de las narices.

A ver qué le parece esto. —Daniel tenía otra de sus brillantes ideas—. ¿Qué pasaría si alguien deslizara anónimamente por debajo de mi puerta una copia no autorizada de cierto informe? No descubrirán quién ha sido. ¡No sabrían que está en mi poder! Descifro esto y nos vamos a casa tan contentos.

—Jackson, haga el favor de no presionarme. Sabe que mis órdenes son estrictas.

Daniel se rindió. Era imposible hacer la más leve mella en el blindaje que Kawalsky se había puesto en la cabeza. Para él, la mentalidad militar era un misterio tan insondable como el círculo externo de jeroglíficos. Ambas cosas lo sacaban de sus casillas. Se sentó en el andamio.

—¡Pues desobedezca las órdenes!

¿Desobedecer órdenes? Si Daniel hubiese sido un soldado raso, Kawalsky lo habría pisoteado y lo llevaría ya hacía el calabozo. Pero era un civil y tenía que aguantarse. Sin embargo, lo que más le fastidiaba de él no era una cuestión militar, sino humana. Siempre había tenido claro que ambos no sólo pertenecían a mundos diferentes, muy difíciles. Así pues, se había esforzado por comportarse de una manera que apreciaba y respetaba sus diferencias. Pero Daniel, menos controlado y maduro, cuanto más frustrado se sentía, más aires de superioridad se daba al tratar con Kawalsky. Y éste, consciente de sus propias limitaciones, sabía que no era ningún neurocirujano. Pero tampoco era imbécil y no le gustaba que lo trataran así.

El militar cabeceó malhumorado.

—Ser siempre el más listo tiene que dar mucho dolor de cabeza. —Y después de robarle las patatas fritas de la bandeja, se dirigió a la puerta.

En cuanto ésta se cerró, Daniel empezó a bajar del andamio. Había decidido que aquella iba a ser la gran noche. No iban a encerrarle en una habitación con el utillaje descodificador más importante del mundo y con el enigma arqueológico más interesante de su generación para luego negarle la información que necesitaba para resolverlo. Cogió la cafetera vacía y se dirigió al vestíbulo. Desde su mesa, el guardia nocturno, Higgs, lo miró de reojo.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo va eso, Higgs? —Fingió un bostezo y pasó por delante del guardia arrastrando los pies hacia el depósito de agua. Pero en cuanto dobló la esquina, corrió hacia el despacho de O'Neil. Del bolsillo de su arrugada camisa azul sacó un cortaúñas y hurgó en el teclado electrónico que custodiaba la puerta de O'Neil. Tras dejar al descubierto los cables, abrió la hoja del cortaúñas que hacía de lima y la atravesó en el mecanismo de conexión. Al producirse el cortocircuito, el dispositivo

saltó con una pequeña explosión eléctrica. Con el corazón latiéndole a toda velocidad, giró el pomo, abrió la puerta y entró. Por fin lo había hecho. Destrucción de una propiedad del Estado. Ya no podía echarse atrás. Cerró la puerta tras de sí.

El despacho era tan poco acogedor como el del jefe de estudios del instituto donde había hecho el bachillerato elemental. Tras el utilitario escritorio metálico había una silla de acero inoxidable muy espartana. Sobre la mesa, en el ordenador de O'Neil, el protector de pantalla generaba un psicodélico dibujo que imitaba un río de lava. Daniel abrió los archivadores del rincón, pero, a excepción de alguna que otra guía telefónica local, estaban completamente vacíos. Junto a los archivadores, empotrada en la pared, había una pesada caja fuerte de combinación. El cortaúñas no le servía para aquello y se sentó en la silla del escritorio. Una rápida ojeada tampoco le reveló nada. Había suministros de oficina perfectamente ordenados, una fotografía de O'Neil con su mujer y su hijo en un portarretratos de material irrompible y una Biblia en el último cajón que probablemente se vendía con la mesa. ¿Había previsto O'Neil la irrupción de Daniel y había borrado sistemáticamente cualquier pista? ¿O se sentía tan incómodo consigo mismo como con los demás? Aferrándose a su última esperanza, Daniel pulsó la barra espaciadora del teclado del ordenador y apareció el menú principal. Tecleó la palabra pregunta y en la pantalla apareció una lista de opciones. Eligió PERSONAL y pidió a la máquina que buscara O'NEIL, JACK, CORONEL. Inmediatamente apareció el mensaje de ESPERE, POR FAVOR.

El ordenador que Daniel tenía en su habitación era un 586, mientras que el de O'Neil parecía más bien propio de los Picapiedra. Impaciente, escrutó las paredes buscando más pistas: un mapa de Estados Unidos, una carta estelar de los hemisferios norte y sur, y un cartel con el título «Sistema métrico». Por desgracia para el ladrón, era la oficina más insípida del mundo. Fue entonces cuando vio al guardia, o por lo menos su perfil, a través del cristal esmerilado de la puerta. Higgens se detuvo al ver la cerradura rota y Daniel contuvo el aliento. Al cabo de un instante, el vigilante continuó su ronda en dirección a los aseos. Daniel calculó que tenía dos minutos. Cuando bajó la vista, en la pantalla vio lo siguiente: O'NEIL, J., CORONEL. RELEVADO DEL SERVICIO, DOS AÑOS. DE NUEVO EN ACTIVO, UN MES.

Curioso. ¿Qué tenían aquellas lápidas para haber sacado a O'Neil de su retiro? ¿Por qué él en concreto? ¿Qué había en él para que las eminencias grises del general West pensarán que estaban especialmente preparado para aquella misión?

Daniel hizo otras preguntas al ordenador, pero la respuesta fue siempre la misma: INFORMACIÓN SECRETA. ACCESO DENEGADO. Para una mente como la suya, que se nutría de informaciones de última hora, eran las palabras más deprimentes que podía imaginar. Se hundió en la silla, pensando que al día siguiente entrarían en aquel despacho y lo pondrían de patitas en al calle, en el mejor de los casos. En el peor... prefería no pensar en los problemas jurídicos y administrativos que su acción podía

acarrearle.

Al margen de lo que le hicieran la Infantería de Marina y las Fuerzas Aéreas, no se le escapaba que el coronel ya estaba al tanto de la mala fama que tenía entre sus colegas.

Abrió lentamente la puerta y echó un vistazo a exterior. No había moros en la costa, pero permaneció inmóvil. Había algo que no le cuadraba. Volvió a cerrar la puerta y se pegó a la pared. ¿Qué hacía O'Neil con un mapa de las estrellas? «... un millón de años en el cielo...». Se quedó mirando el mapa durante un largo minuto, mientras su mente aceleraba poco a poco, corriendo luego como un motor hipercalentado hasta que la idea cobró cuerpo. Se puso a jadear. Sin saber qué más hacer, alzó la mano, arrancó el mapa clavado con chinchetas y salió corriendo del despacho. Antes de que el último rayo de luz que entraba por la puerta que se cerraba dejara de reflejarse en la cafetera que había encima del escritorio, ya estaba delante de su ordenador.

El resplandor blanco del escáner peinó la mesa despejada a toda prisa y el mapa de O'Neil, digitalizando sus figuras y almacenándolas en el ordenador. Daniel se puso a trabajar como un demonio de seis brazos, absolutamente concentrado. Inclinado sobre el teclado, aisló algunas de las principales constelaciones, dividió en dos la pantalla y comenzó a compararlas, una por una, con los misteriosos jeroglíficos que ya había informatizado. Concentró la búsqueda en Orión, porque era una constelación visible en ambos hemisferios. Dos símbolos de la lápida se parecían, pero no eran iguales. Daniel se recostó en la silla y levantó la vista hacia la exquisita estatuilla de 1400 a.C. que había colocado encima del ordenador y que era su único testigo.

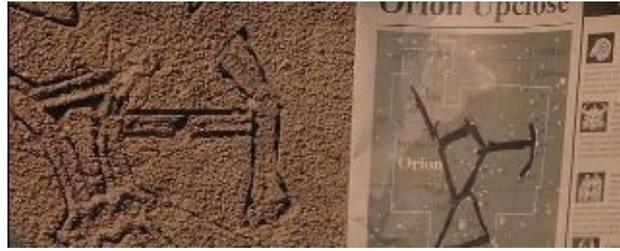
—¿Crees que vamos por buen camino?

La estatuilla no dijo nada audible, pero Daniel se irguió inmediatamente e introdujo otros parámetros para ver las constelaciones en tres dimensiones. Casi al instante encontró una notable similitud entre Orión y uno de los misteriosos símbolos del círculo externo, el mismo símbolo que aparecía también en el cartucho de forma elíptica del centro de la lápida. Pero la correspondencia no era perfecta. Faltaban las estrellas menores que, unidas a Betelgeuse, formaban «el arco» del cazador mitológico Orión; y Rigel no estaba unida a Sirio según la tradición.

Aquellas palabras: «según la tradición»...

Daniel se levantó de la silla, se dirigió a las estanterías e hizo algo que no había hecho en muchos años: consultar la obra del profesor Budge. Abrió el libro por los Apéndices del final y encontró otro mapa de las constelaciones, distinto del primero. Sonrió maliciosamente y volvió a sentarse. Miró una vez más la pantalla, luego el libro y finalmente los ojos negros de la estatuilla egipcia.

¡Bingo!



Episodio VII

El séptimo símbolo.

Una fría mañana, poco después de salir el sol en lo pinares, una limusina Cadillac de la base aérea de Lowry, Denver, pasó el control de entrada y se dirigió hasta la boca de una cueva que el cuerpo de ingenieros del ejército había abierto en la montaña. Varios militares de alta graduación, procedentes de diversos rincones del país, bajaron del vehículo y desfilaron por el pavimento. En el centro del grupo, un paso por delante de los demás, iba un militar recio de unos cincuenta años que llevaba la pechera del ajustado uniforme azul cargada de medallas. Era el general West. Respetado y temido por todos los que estaban a sus órdenes, West era famoso por tres cosas: por tomar siempre la mejor decisión en las circunstancias más difíciles; por tener violentos ataques de ira cuando no se efectuaban sus órdenes tal como él deseaba; y por ser el mejor jugador de póker de todas las fuerzas armadas.

El grupo cruzó a zancadas las enormes puertas de cemento, primera línea de defensa del silo, y penetró en la fría oscuridad del interior de la montaña. Entraron en el ascensor e iniciaron el descenso. Cuando se abrieron las puertas en el piso 28, O'Neil ya les estaba esperando.

—¡Jack O'Neil! ¿Cómo te ha ido, soldado?

O'Neil cabeceó y no pudo por menos de mentir.

—Bien.

West asintió, aunque sabía que no era cierto. Desde que comenzaran los problemas con O'Neil, se había dedicado a leer todos los documentos militares en los que aparecía su nombre, sobre todo el informe psicológico del Hospital de Veteranos. West llevaba dos años esperando la ocasión propicia para volver a utilizar al hombre y aquella misión era perfecta.

—¿Cómo está Sarah? —preguntó el general—. Mis hombres me dijeron que estaba un poco nerviosa.

—Tiene sus días, pero va tirando —respondió astutamente O'Neil, sin alimentar ninguna ilusión con respecto al motivo por el que le había mandado llamar West. Las palabras que le había dicho el oficial allá en su casa aún resonaban en su mente. No se le había mandado llamar a pesar de su situación, sino a causa de la misma.

Mientras el grupo proseguía la marcha en dirección a la sala de conferencias, West le dijo en voz baja:

—Tengo que decirte unas cuantas cosas que no pude poner en el informe.

El teniente Kawalsky, haciendo de mala gana el papel de acompañante, abrió la

puerta de la sala de conferencias. Cuando Daniel entró en ella, amenazando con tirar todos los mapas, libros y fotocopias que llevaba en los brazos, se llevó una desagradable sorpresa.

—Maldita sea —dijo, sin dirigirse a nadie en particular. Había llegado creyendo que iba a mantener una conversación informal con el famoso general West mientras se tomaban un café con leche. Esto ya le parecía detestable de por sí. Pero la sala estaba llena de militares y científicos, todos vestidos de punta en blanco, mientras que él llevaba al misma ropa con que se había levantado media hora antes. Con los ojos hinchados, miró a su alrededor y reconoció unas cuantas caras. Estaban el doctor Meyers y la doctora Shore, algunos técnicos con los que no le estaba permitido hablar por razones de seguridad y, por supuesto, O'Neil.

La sala era muy distinta de todas las restantes del silo. Era sencilla, aunque estaba decorada con buen gusto. La mayor parte del espacio se hallaba ocupado por una gran mesa circular de caoba, alrededor de la cual había veinticuatro sillas de respaldo recto. Daniel se preguntó cómo se las habrían ingeniado para meterla, dado que era mucho más grande que el ascensor. Además había flores y el personal de cocina había instalado una mesa de bufé, con platos infinitamente mejores que la bazofia que había estado comiendo las dos últimas semanas. Todo era lujoso y elegante, como si de pronto hubiese aparecido en medio de una fiesta del Club de Oficiales de West Point.

Una pena. Pues si aquellas personas eran como los últimos arqueólogos que había visto en Los Ángeles, iban a pensar que su teoría sobre las lápidas no era sino charlatanería. Y lo peor era que todos sabían lo que había enterrado debajo, mientras que él andaba dando palos de ciego.

Divisó a Catherine rodeada de un grupito de militares. La mujer le guiñó un ojo y se dirigió hacia él seguida de un hombre.

—¡Daniel! —exclamó la anciana, contenta de verlo—. Me gustaría presentarte a alguien. El general West.

Daniel, cargado aún con todos los documentos, hizo lo posible por tenderle la mano.

—Hola —dijo.

—Es un placer conocerle finalmente, profesor. —West parecía de esos hombres que siempre saben lo que van a decir a continuación—. Leí unos cuantos artículos suyos antes de firmar la autorización para que usted tomara parte en esto. —Tampoco West era ajeno al uso de la adulación.

—¿Ah, sí? —preguntó Daniel, sorprendido y suspicaz a la vez—. ¿Y qué le parecieron?

Hubo cierto matiz de desafío en la pregunta, como si quisiera que West expusiese lo que había entendido. Y lo último que Catherine deseaba en aquel momento era que se creara un conflicto entre ambos hombres, así que intentó cambiar de tema. No

obstante, West le indicó con un gesto que estaba dispuesto a contestar. Miró a Daniel fijamente a los ojos (una costumbre del póker) y se puso a farolear.

—Sólo tengo una crítica que hacerle y permítame que se la exponga en términos militares —empezó diciendo West—. Está usted tan obsesionado por cubrirse las espaldas que no insiste lo suficiente para alcanzar su objetivo. Todo el tiempo que pasa escribiendo mira de reajo preguntándose lo que pensarán de usted otros académicos.

—Bueno, el método científico de mi...

—Sí, hijo, el método científico de mierda. Solamente hay dos explicaciones posibles: o no tiene cojones para enfrentarse al saber convencional —y aquí hizo una pausa para intensificar el dramatismo— o el saber convencional está en lo cierto y usted no es más que un jodido chiflado. Veamos cuál es la repuesta. —El general pidió disculpas a Catherine por el vocabulario que había empleado y dijo en voz alta a todos los presentes—: Escuchen un momento. Hemos esperado mucho para llegar aquí, así que vayamos al grano y veamos qué es lo que este hombre tiene que decirnos.

Daniel se dirigió a la cabecera de la sala, se puso de espaldas a la pizarra que ocupaba toda la pared y miró a su alrededor, sonriendo a todos como si fuera la primera mañana de un nuevo semestre.



—Cuando quiera —dijo West.

—De acuerdo. Bueno, he traído algunas cosas, fotocopias y folletos... Pero no sabía que fuese a haber tantas personas aquí, así que tendrán que turnarse. —West recogió unas fotocopias sin apartar la mirada de Daniel. Cuando la sala quedó en silencio, comenzó la explicación—. Bueno, evidentemente, lo que estamos viendo es una reproducción de las lápidas. En el círculo externo se encuentran los símbolos que supuestamente son las palabras que tenemos que traducir. Este...¿le importaría apartar eso? —Daniel desenrolló la carta estelar que había tomada «prestada» dos noches antes y la desplegó sobre la mesa.

Mientras lo hacía, lanzó una mirada de reajo a O'Neil, pero no apreció ninguna reacción en él. Trazó un círculo alrededor de una de las constelaciones y prosiguió.

—Ésta es la constelación de Orión y, aunque el dibujo es ligeramente diferente, cuadra con este símbolo que aparece en la lápida. Estos símbolos no son vestigios de una lengua desconocida, sino un catálogo de las constelaciones.

—Perdone, profesor —interrumpió el quisquilloso doctor Meyers—. ¿Por qué no

puede representar también ese símbolo la constelación de Boyero?

—¿O la de Cefeo? ¿O la de Pupis? —preguntó la doctora Shore—. Tienen más o menos la misma forma.

Daniel sonrió. Estas preguntas le daban la oportunidad de lucirse un poco. Tras rebuscar en su montón de documentos encontró el grueso volumen de Budge y, conforme lo hojeaba, fue exponiendo su planteamiento.

—La carta estelar que he repartido muestra el sistema grecorromano de organizar las estrellas en constelaciones. Pero las piedras que nosotros queremos entender fueron escritas mucho tiempo antes, utilizando la astronomía de los antiguos egipcios. —Y sosteniendo el libro abierto para que todos lo vieran, empezó a responder a las preguntas—. Según el sistema antiguo, las estrellas se encuentran unidas de una manera más sencilla. Veamos, por ejemplo, Betelgeuse, la estrella más brillante de Orión tal como aparece en este antiguo mapa —dijo, señalando en el libro con el dedo—. Como pueden ver, es idéntica al símbolo de las piedras. —Todos los que estaban sentados cerca del mapa estelar tuvieron que asentir. Las dos formas eran idénticas—. Ahora bien —continuó Daniel—, si mi teoría es cierta, el cartucho que se prolonga hasta al mitad de la losa central organiza estos símbolos de las constelaciones en un único orden serial, con una dirección definida.

—¿Una dirección? —preguntó Catherine—. ¿Se refiere a unas coordenadas?

—Exactamente. La pieza central de las piedras contiene la clave. —Sacó un rotulador negro de su bolsillo y dibujó los símbolos del cartucho en sentido vertical sobre la pizarra. Cuando se giró de nuevo hacia los oyentes, le gustó ver que incluso el coronel O'Neil estaba inclinado hacia delante, pendiente de su próxima palabra—. En realidad, el cartucho es un mapa, lo que nos proporciona los siete puntos necesarios para trazar el rumbo hacia un destino concreto.

—¿Siete puntos? —preguntó la doctora Shore.

Daniel dibujó un cubo en la pizarra y luego puso un punto en cada cara del mismo.

—Sí. Para hallar un punto de destino en un espacio tridimensional es preciso encontrar dos puntos con el fin de determinar la altura exacta, otros dos para determinar la anchura y otros dos para la longitud. —Y fue trazando una línea entre los puntos de las caras opuestas del cubo, dejándolo al final con tres líneas transversales—. El diagrama del cartucho nos da esos puntos de referencia.

El general West formuló entonces la pregunta más evidente.

—Usted tiene ahora seis puntos, pero acaba de decir que son necesarios siete.

—Sí, estos seis símbolos indican con precisión un punto de destino concreto, pero para poder trazar un rumbo hasta una posición debemos tener el punto de partida.

—Detesto sacar esto a colación —dijo el siempre fastidioso doctor Meyers con una sonrisa burlona—, pero ahí sólo hay seis símbolos. ¿Dónde está el séptimo?

Daniel no podía creer que fuera precisamente Meyers quien no reconociera el séptimo símbolo. Le hubiera resultado muy fácil humillar a aquel pedante gusano, pero prefirió tomárselo como un juego.

—Lo que mi apreciado colega intenta decir es que para el profano en la materia parece que sólo hay seis símbolos. Sólo los egiptólogos especializados como nosotros somos capaces de reconocer el séptimo, porque el punto de partida no está, como cabría esperar, dentro del cartucho, sino aquí, debajo de él. —Daniel completó el dibujo elíptico que envolvía los símbolos-constelaciones y luego, con trazos verticales, la Y invertida que se salía del cartucho por abajo. Una vez acabado, el dibujo parecía un espejo ovalado de cuerpo entero y con dos patas—. Este símbolo de abajo es el punto de partida. Es una imagen del lugar en que fue hallada la piedra. — Daniel empezó a dibujar el símbolo en la pizarra—. Como ven... son estos dos tíos raros que están a ambos lados de la pirámide con un rayo de sol directamente encima de ella. Es también un antiguo símbolo que quiere decir «Tierra». El rayo de sol representa al dios Ra.



Daniel esperaba que hubiera comentarios, alguna pregunta, algo. ¿Es que había dado con otro público que se iba a marchar de allí hastiado? Todos se quedaron mirando el dibujo, tratando de entender las consecuencias de lo dicho. Dado que todos los presentes sabían qué era lo que se hallaba enterrado bajo la lápida, sabían también cuál iba a ser el siguiente paso lógico. Y como era de esperar, la primera en hablar fue Catherine.

—¡Lo ha conseguido! —anunció, golpeando la mesa con los puños.

—¿Conseguir qué? —preguntó Daniel.

El doctor Meyers seguía teniendo sus dudas.

—No hay ningún símbolo así en el artefacto —recordó a todos.

—Tal vez exista un jeroglífico equivalente u otro tipo de representación.

¿Qué acababa de oír Daniel?

—¿Artefacto? —dijo, sin dirigirse a nadie—. ¿Qué artefacto?

La doctora Shore dio un respingo. Acababa de transgredir la orden de no pasar ninguna información a Daniel. Miró de reojo a Kawalsky, quien también la miraba con una de esas expresiones que reprochan a las personas lo larga que tienen la lengua. Catherine se puso en pie. Primero miró al coronel O'Neil y luego al general West.

—Supongo que en algún momento tendrán que enseñárselo. Es el único capaz de

identificarlo.

West miró a O'Neil y simuló que estaba meditando. En realidad, ya había tomado al decisión durante la charla que había mantenido con Daniel unos minutos antes.

—Enséñeselo.

O'Neil asintió mirando a Kawalsky, quien se aproximó a la pared de atrás y, levantando un panel, dejó al descubierto un enorme mirador desde el cual se dominaba la inmensa sala que se extendía abajo. Aun antes de acercarse para ver lo que había, Daniel comprendió de repente lo monstruosamente grande que era un silo de misiles, reciclado o no. Todo aquel laberinto de despachos que le había parecido tan grande, dotado incluso de autoservicio, no era más que una pequeña porción del espacio total.

El suelo del silo estaba lleno de maquinaria sofisticada de varias clases; era un centro de operaciones de altísima tecnología. Y en el centro de este paisaje metálico de ordenadores, cables, sensores y plataformas de acero se hallaba el gigantesco anillo, el mismo objeto misterioso que Catherine había visto salir sesenta años antes de una polvorienta tumba situada en el centro de ninguna parte. Parecía que ahora era el componente central de una interminable y deslumbrante máquina.





—¿Qué diablos es eso? —preguntó Daniel.

—Tu Puerta de las Estrellas —dijo Catherine.

Daniel sintió que se le nublaba la mente, como si este súbito flujo de extrañas informaciones estuviera a punto de provocarle un desequilibrio mental. Aquel grueso anillo, que medía más de tres veces su altura, descansaba sobre una plataforma metálica elevada. Una amplia rampa ascendía desde el suelo hasta al plataforma y la abertura central del anillo. Ahora que estaba limpio y pulido, no cabía duda de que era de material metálico. Se parecía mucho al ópalo y era semitransparente aunque dispersaba al luz de alrededor en varios colores al mismo tiempo.

—¿Encontró usted esto en Egipto? —Daniel no se lo podía creer. Deseaba hacer más preguntas, pero oyó que el general West daba una orden.

—Llévenlo abajo a ver si puede identificar ese «séptimo símbolo». —Y cuando O’Neil hizo ademán de obedecer, West añadió—: Usted no, coronel. Tenemos que hablar.

Catherine condujo a Daniel y a una docena de curiosos espectadores por una estrecha escalera de caracol hasta la «cabina telefónica», donde los técnicos que mantenían una vigilancia constante se sorprendieron notablemente al ver la súbita intrusión de aquel grupo de turistas en su tranquilo espacio de trabajo.

La penumbra de la sala llamó la atención de Daniel porque le parecía un versión en miniatura de la Sala de Control que había visto en Houston durante los lanzamientos espaciales. De pronto empezó a darse cuenta de adónde llevaba todo este proyecto. Casi todos los observadores se arremolinaron en torno a la gruesa cristalera de plexiglás. Daniel iba a hacer lo mismo, pero Catherine tiró de él y lo llevó ante una pantalla donde se veía un primer plano del anillo. La cámara que filmaba en el silo estaba adosada a la sección del anillo que se encontraba el símbolo de Escorpión.

La cámara acercó a Daniel lo suficiente para apreciar el exquisito y minucioso trabajo de talla que se había realizado en la fabricación del anillo. También pudo ver

uno de los siete recubrimientos triangulares fijados en su borde externo. Hechos de oro macizo, cada uno de ellos alojaba un enorme pedazo de cuarzo tallado.

Con el tinte verdusco del monitor, Catherine parecía de repente un ser pequeño y retorcido. Ambos tomaron asiento delante de la pantalla mientras ella se explicaba.

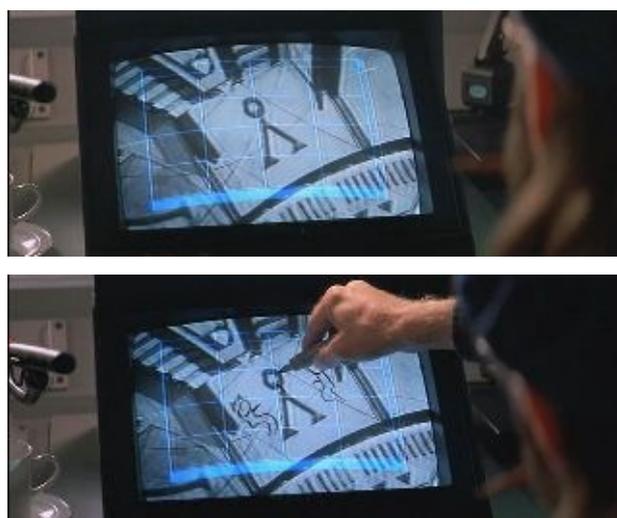
—Aunque no nos dimos cuenta de que los símbolos de las lápidas eran constelaciones, sabíamos que correspondían a los que aparecen grabados en el artefacto, la Puerta de las Estrellas. Nuestro problema fue que en ningún momento caímos en la cuenta del séptimo símbolo. Veamos ahora si eres capaz de encontrarlo. ¡Mithc! —gritó a uno de los técnicos que andaban por allí, un tipo de ojos soñolientos que tenía más o menos la edad de Daniel. En su placa decía que era M. Storey, Operador Técnico Especial. Catherine le dijo lo que quería.

—Sin problemas. Vamos a girar la rueda —dijo el técnico, empezando a teclear una larga serie de órdenes en el ordenador. Unos segundos después. Escorpión desapareció de la pantalla y fue sustituido por la Escudra y luego por la Cabeza de Serpinte.

Mirando a través del plexiglás, Daniel alcanzó a ver la sección interior de la Puerta de las Estrellas, que giraba como una rueda dentro de un anillo mayor fijo. En la base del artefacto se había instalado un aparato especial, parecido a una abrazadera que sujetaba al mitad interior del anillo. Sus ruedas de goma activadas por control remoto eran las encargadas de girar el anillo. Uno a uno, los símbolos fueron apareciendo en la pantalla: Libra, el Boyero, Virgo, la Copa.

Poco a poco, los visitantes de la «cabina telefónica» empezaron a mosconear alrededor del monitor para ver qué estaba pasando. Daniel los asustó a todos cuando, súbitamente, gritó:

—¡Alto!



Se inclinó hacia delante y durante unos segundos escrutó la imagen que había en la pantalla: un triángulo con un círculo encima. Levantó lentamente el rotulador negro y, para consternación de Storey, dibujó el símbolo del cartucho encima del

símbolo aislado en el monitor. Evidentemente, era el mismo; sólo difería lo suficiente para pasar por alto la similitud si no si sabía lo que se estaba buscando.

—¡La Tierra! —exclamó la doctora Shore.

—¡Thálassa! —dijo Meyers.

—Eureka —returcó Daniel.

—Todo este tiempo ha estado delante de nuestras narices. —Storey arqueó una ceja a los observadores, absolutamente perplejo.

Sin embargo, para Catherine todo quedó claro de repente. Corrió al otro lado de la sala, cogió el auricular del teléfono interno y habló en voz muy baja con el general West, que estaba un piso más arriba. Cuando volvió con el grupo, dio la orden que había deseado dar durante toda su vida.

—Hagamos una prueba.

Y con el poder de un hechizo mágico, esas simples palabras convirtieron la «cabina» en un manicomio. Un militar de uniforme, carpeta en mano, voceó la asignación de papeles; los técnicos se hacinaron en sus puestos chillando de lado a lado de la sala para que les dieran las últimas lecturas, y una serie de enormes copiadoras se activaron y, chillando entrecortadamente, empezaron a escupir datos.

—Muy bien, Mitch, prepárate par la conducción del test —dijo Catherine, arrastrando una silla junto a la de Storey. E hizo una seña con la cabeza a la doctora Shore, que pronunció en voz alta la primera serie de coordenadas numéricas.

Storey aporreó el teclado con dos dedos, arreglándoselas de alguna extraña manera par retener los números en la cabeza, y luego pulsó la tecla ENTER. Al segundo, la deslizante rueda interior de la Puerta giró hasta que la constelación de Tauro quedó en lo alto, Y como si fuera un enorme cierre de combinación, el anillo registró el movimiento con un audible chasquido. Inmediatamente se separó la gran cubierta que envolvía el cuarzo de la parte superior y sus dos mitades se abrieron como los ganchos de una abrazadera. Ahora se veía que el cuarzo, del tamaño de un puño, apuntaba claramente al centro del anillo.

—¡Compás Uno, en posición! —gritó Storey.

La rueda invirtió la dirección del giro hasta que la Cabeza de Serpiente, la segunda figura del cartucho, quedó arriba. Pero esta vez se abrió una de las V invertidas que estaban junto a la base de la Puerta, y al hacerlo, un zumbido de baja frecuencia invadió la sala, aumentando de intensidad conforme continuaba la apertura. Poco a poco, todo lo que había en la sala empezó a temblar.

—¡Compás Tres, en posición! —dijo Storey, alertando a todos. Y dirigiéndose a Daniel sin levantar al vista del teclado, añadió—: Haga el favor de sujetar esa taza. — Daniel alargó la mano e impidió que la taza se cayera de la mesa.

—Gracias —dijo el primero en español.

—De nada —replicó el segundo en el mismo idioma.

—Compás Cinco, en posición.

Cada vez que una pieza de la «orientación» quedaba en la parte superior de la Puerta de las Estrellas y el zumbido de la máquina crecía en intensidad, aumentaba también la tensión que se respiraba en la sala. Daniel pronunciaba en voz baja los nombres de las constelaciones: la Cabeza de Serpiente, Capricornio, el Unicornio, Sagitario, Orión y, finalmente, el séptimo símbolo: la Tierra.

Cuando estuvo en su sitio el sexto símbolo, Orión, Catherine se volvió a Daniel y le murmuró:

—Hasta ahora no habíamos podido pasar de aquí.

Por la tensión que reinaba en la sala, Daniel dedujo que la mujer decía la verdad. Todos habían contenido el aliento en espera de que el séptimo símbolo estuviese en posición.

—¿Cómo han sabido lo que ese trasto podía hacer? —preguntó Daniel.

—Porque está hecho de una sustancia semejante al cuarzo que es diferente de cuanto hay en la Tierra. Posee cualidades increíbles.

Pero antes de que Catherine pudiese continuar, volvió a oírse la voz de Storey.

—¡Compás Siete, en posición!



Cuando el séptimo signo quedó en su lugar, el temblor de la sala cesó y dio paso a una nota profunda y armoniosa. Sonaba casi como la más baja que pudiera dar un antiguo órgano de tubos. Daniel miró a Catherine, preguntándole con la mirada si era aquello lo que en teoría tenía que ocurrir.

Pero antes de que ella tuviera tiempo de responder, una segunda «nota», más aguda que la primera, llegó resonando por le cristal de seguridad, llenando toda la «cabina». El sonido turbó a Daniel, que hizo ademán de preguntar algo a Catherine.

—Chitón —dijo ésta, poniéndose un dedo en la boca y cerrando lo ojos—. Escucha.

Daniel escuchó una tercera nota, y luego una cuarta, cada una vibrando en una frecuencia más alta. Lo raro era que cada nota era absolutamente distinta a la anterior, aun cuando se encadenaban. Entonces lo comprendió y cuando empezó a escuchar la séptima y última nota ya estaba sonriendo. El anillo había creado una única y armónica nota, bastante más compleja de lo que el, gran aficionado a la música clásica, habría imaginado. No era música, pero era bello.



Luego empezó a suceder algo mucho más extraño. Como serpientes erguidas en el aire por la flauta de un encantador, las piedras de cuarzo situadas alrededor de la parte frontal de la Puerta emitieron siete rayos de luz parecidos al láser, aunque era evidente que obedecían a leyes físicas distintas, pues la luz fluía hacia el centro del anillo. Manaba literalmente, como si alguien hubiera abierto las mangueras de un jardín y de ellas saliera luz líquida. La luz que brotaba hacia arriba desde las gemas de abajo se comportaba de la misma manera que la procedente de las gemas de arriba o de los lados. Parecidos en cierto modo a brillantes cuerdas líquidas, todos los rayos corrían hacia el centro ejecutando una vibrante e irregular danza antes de disiparse en el aire.



—Alucinante —murmuró Storey. Catherine y Daniel le miraron y asintieron. Luego se miraron entre sí, sin poder hablar.

A medida que los tentáculos de luz aumentaban de longitud, empezaron a enredarse y a expandirse rápidamente hasta formar un pequeño charco, una superficie sólida y resplandeciente, como una delgada lámina de mercurio extendida en el hueco centro del anillo.



La delicada belleza de la imagen, junto con la extraña armonía de la nota, suscitó una oleada de euforia en los hombres y mujeres de la «cabina». Todos miraban a su alrededor para confirmar este sentimiento, sonriendo a los demás.

Pero un segundo después el ambiente cambió bruscamente. El espejismo adquirió masa y empezó a condensarse como un viscoso remolino de aguas turbulentas. Luego estalló en toda la sala como un gigantesco huracán que les golpeó en la cara. Involuntariamente, todos los presentes retrocedieron, algunos cayeron al suelo. Alguien empezó a gritar que lo pararan, que detuvieran aquello, pero antes de que pudieran reaccionar, el anillo aspiró la energía y la disparó hacia el otro lado con sorprendente velocidad, creando un ilusorio túnel de luz, una rugiente cascada circular que desaguaba directamente en el infierno a dos millones kilómetros por hora. Sólo que no se veía caer. Estaba de costado, apuntando al muro más distante del silo, y se perdía en un lugar mucho más lejano que el infierno.

Para entonces, cada ordenador de la «cabina» daba su particular versión del caos; las luces parpadeaban, las impresoras y los técnicos, pegados a las máquinas, se esforzaban por mantenerse al ritmo de la entrada de datos.

Catherine preguntó a gritos si los soldados que rodeaban la Puerta se encontraban bien. Afortunadamente, así era.

—¡Se orienta solo! —chilló un técnico desde el otro extremo de la sala.

La doctora Shore, saltando entre una maraña de cables, corrió a ver lo que había descubierto el técnico. El hombre le enseñó el detallado gráfico del universo que había en la pantalla, con un parpadeante punto azul que representaba al Tierra. Una pequeña x roja, formada por el cruce de dos hilos de láser, empezó a desplazarse por el monitor, abandonado la Tierra y viajando por la Vía Láctea hasta detenerse en el otro extremo de la pantalla. Shore, con los ojos como platos, llamó a voces a Catherine.

—Se ha detenido sobre la galaxia Cirro. Tiene masa. Podría ser un satélite, tal vez un asteroide grande.

—¿Has dicho la galaxia Cirro? —preguntó Daniel rascándose la cabeza—. ¿No está...?

—¿Al otro lado del universo conocido? Sí, en efecto. —Catherine estaba nerviosa, pero era evidente que saboreaba cada momento.

El teléfono sonó. Storey lo cogió rápidamente sin dejar de teclear. Era el general West, que llamaba desde la sala de arriba. Mientras escuchaba, la expresión de la cara

del técnico fue cambiando hasta llegar a la incredulidad.

—¿Qué usted qué? —preguntó escépticamente. Pero al instante, su tono de voz ya había cambiado—. Sí, señor. Sí, señor. Ahora mismo, señor.

—¿Qué pasa? —preguntó Catherine por encima del bullicio.

—Quieren mandar una sonda —explicó Storey, sin poder creérselo.

—¿Una sonda? —Catherine no sabía lo que pedía West. Estaba a punto de coger el teléfono cuando, por la ventana de observación, vio a dos soldados empujando un aparato del tamaño de un frigorífico con un largo brazo mecánico, Laboratorio-Sonda Analítico Móvil. El L.S.A.M, o Unidad Sam, como se decía comúnmente, llegó a la rampa de acceso a la Puerta. Era un gigantesco monstruo de acero con un brazo diseñado en el Instituto Tecnológico de California, que parecía el trineo de Santa Claus en versión siglo XXIII: cámaras de vídeo en miniatura, dispositivos de análisis atmosférico, un laboratorio de química totalmente automático, microrradars en forma de disco para detectar las ondas de radio... Se había tardado tres años en construir el torpe aparato y su valor ascendía a varios millones de dólares.

Mientras se preparaba la sonda, entraron corriendo ocho o nueve infantes de Marina armados que tomaron posiciones defensivas alrededor de la Puerta de las Estrellas. A Daniel le pareció ridículo. ¿Quiénes se creían que eran para interrumpir la prueba? Otro ejemplo de paranoia militar, pensó.

El teléfono volvió a sonar. Esta vez fue Meyers quien se abalanzó sobre él.

—Aquí el doctor Fred Meyers. Sí, general. Sí, señor, estamos preparados par inspeccionar cualquier actividad registrada en al Puerta. Sí, señor, en teoría debería ser capaz de detectar esta clase de transmisión.

En cuanto colgó, el doctor Meyers se dirigió a uno de los bancos de ordenadores y se puso a dar explicaciones a los técnicos. Casi todos los ojos de la sala seguían puestos en Catherine, esperando que ella diera instrucciones. Aunque estaba molesta porque le habían ocultado lo de la sonda, echó un vistazo a la sala y gritó enérgicamente:

—Soltémosla, a ver qué pasa.

Los técnicos del silo engancharon la sonda a una cadena de remolque, como las que utilizan las grúas. Cuando acabaron, se volvieron y levantaron la vista hacia la sala de conferencias. El general West asintió para autorizar el lanzamiento de la sonda. Los técnicos se apartaron a toda prisa en cuanto la cadena entró en acción. Mientras la sonda subía la rampa con la torpeza de un tanque en dirección a la tormenta eléctrica, Daniel hizo a Catherine una apremiante pregunta.

—¿No embestirá contra la pared?

—No creo.

Por si las moscas, Daniel retrocedió unos pasos. Cuando la sonda llegó a lo alto de la rampa y penetró en el campo de energía, se escuchó el efecto de una fuerte

descarga de alto voltaje. Cuando el túnel absorbió los primeros átomos de la máquina, el campo de energía se tragó literalmente todo el aparato y una luz blanca y cegadora iluminó cada rincón de la sala.

Cuando pudieron darse la vuelta para mirar otra vez, la sonda había desaparecido.

Los militares de alta graduación que estaban de visita aplaudieron durante un segundo, hasta que se dieron cuenta de que la prueba aún no había concluido. Daniel, aturdido, confuso y mudo, miró a Catherine en espera de una explicación.

La anciana levantó sonriente las cejas y dijo:

—Esto empieza a ponerse emocionante, ¿no te parece?

—¿Qué está pasando ahora? —Daniel observó que los técnicos seguían pegados a los monitores.

—Estamos esperando a ver si la sonda envía datos a través de la Puerta —dijo Meyers.

Esperaron un minuto, pero no se produjo ninguna novedad. Daniel susurró una pregunta a Catherine.

—¿Cuánto llevan trabajando sus hombre en esto?

—Mi padre lo descubrió cerca de Gizeh cuando yo era pequeña, pero el gobierno egipcio no nos dejó sacarlo del país hasta 1974. Luego tuvimos que quitárselo a los británicos y además hubo que conseguir fondos.

—Del Pentágono. —El fastidio de Daniel era evidente.

—Llevo metida en este proyecto desde que tenía nueve años —replicó Catherine—. He tardado más de cincuenta en encontrar el dinero y sin él todo esto no se habría hecho realidad. ¿Qué habrías hecho tú?

Fue entonces cuando se oyó el grito de la doctora Shore.

—¡Parece que llega algo! —Ahora fueron los técnicos quienes aplaudieron. Todos los ojos se volvieron hacia la doctora, que inspeccionaba en el monitor los datos procedentes de la Puerta. A los pocos segundos la señal empezó a desaparecer—. Lo estamos perdiendo. Hemos bajado al treinta por ciento. Ahora al cinco. —Cuando Shore anunció la pérdida definitiva de la señal, el anillo interior de la Puerta giró sobre sí mismo y se cerró.

Catherine se unió a los científicos apiñados en torno al puesto de operaciones de Shore. Daniel se inclinó por encima de Storey y preguntó qué pasaba.

—La sonda —explicó el aludido— nos ha enviado datos, pero todo está codificado y comprimido digitalmente. Tardaremos un par de minutos en expandirlo y decodificarlo para ver si hay algo que valga la pena.

Mientras tanto, unos cuantos técnicos dirigidos por Meyers se reunieron en torno a una fila de ordenadores situada al fondo de la sala. El ánimo general era de ansiedad. Segundos después, el doctor Meyers anunció:

—¡Lo tenemos!

La alegría cundió en la sala. Todos se pusieron a aplaudir y a levantar el puño. Los científicos se abrazaron. Parecía increíble, pero de pronto tenían a su merced datos significativos y reveladores sobre un lugar situado en la región más alejada del universo. Después de meses sudando en aquellos siniestros túneles subterráneos, lo verdaderamente emocionante, desde el punto de vista científico, no había hecho sino empezar. Personas hasta entonces desconocidas se felicitaban entrechocando la palma de la mano. Meyers se acercó a Daniel y, emocionado, estuvo a punto de darle un abrazo que al final quedó en un apretón de manos.

—Le felicito de verdad. Ha hecho usted un trabajo extraordinario.

Un instante después, la doctora Shore le estampó media docena de besos en la mejilla.

—Eres un genio, rediós. Eso es lo que eres.

Daniel sonrió y le devolvió los cumplidos. No recordaba haber visto en toda su vida a un grupo de científicos compartiendo una alegría así. Mientras continuaba la celebración, encontró a Catherine y la llevó aparte.

—Piensa revisarlo a fondo, ¿verdad?

—Sí. Es precisamente la finalidad de todo esto.

Pero, al decirlo, un grupo de soldados entró en la «cabina» y tomó posiciones alrededor del ordenador principal. Dos de ellos, que evidentemente conocían bien la «cabina, se acercaron para sacar los discos duros y recoger todos los cuadernos de notas. Se llevaron toda la información que acababa de proporcionar la Unidad Sam.

Al principio, muchos jubilosos asistentes no se percataron de lo que estaba ocurriendo, y los que lo hicieron no tenían la más remota idea de lo que estaban llevando a cabo los soldados, si bien la actitud de éstos daba a entender que no habían entrado allí para descorchar botellas de champan precisamente. El doctor Meyers se aproximó y les plantó cara.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué significa esto?

En ese momento volvió a sonar el teléfono interior y, mientras la improvisada fiesta degeneraba en una serie de violentas disputas, Catherine se apresuró a cogerlo. Al poco se puso a gritar a pleno pulmón.

—¡Silencio! ¡Callaos todos!

Y reanudó la conversación con el general West. Parecía tan impaciente como una joven de dieciséis años que hablara con el chico que la ha invitado a ir a la fiesta de fin de curso. En cuestión de segundos repitió diez veces la palabra «entiendo» y su expresión languidecía cada vez más. Al final estaban todos callados y preocupados. Catherine colgó el teléfono y se dirigió a los presentes.

—El general dice que está muy contento y que todos deberíamos sentirnos orgullosos del trabajo que hemos realizado. También me ha dicho que estamos despedidos. A partir de ahora, ellos se harán cargo de todo.

Episodio VIII

Información Militar

Daniel no se quedó a escuchar las protestas. En un abrir y cerrar de ojos ya estaba corriendo por los impecables pasillos blancos a la caza del general West. Pero no fue a éste, sino a O'Neil a quien pescó en el momento en que salía de la sala de conferencias.

—¿Qué demonios creen que están haciendo? —preguntó, dispuesto a llegar a las manos—. ¿Es ésa la idea que el ejército tiene de la lealtad? ¿Encerrar a todas estas personas bajo tierra durante meses para despedirlas cuando la cosa empieza a ponerse emocionante?

O'Neil apenas escuchaba lo que le decía Daniel. Después de la entrevista con el general West, tenía demasiadas cosas en la cabeza y, además, no le importaba el porvenir del equipo de científicos. Lo único que deseaba hacer en ese instante era volver a su despacho para pensar en el día siguiente.

—Doctor Jackson —dijo, tratando de apaciguar a Daniel—, le agradecemos la contribución que ha hecho a esta misión. Cuando haya algo más que informar, nos pondremos en contacto con usted.

—Acaba de decir «misión». ¿Cuándo piensan cruzar al otro lado?

O'Neil miró a Daniel, para darle a entender que ahuecara el ala.

—Toda información pertinente será comunicada en su momento —gruñó.

—¿Y quién va a tomar esa decisión? ¿El Pentágono?

—El Servicio de Información Militar.

—Valga la contradicción.

—No sabe cuánta razón tiene —dijo O'Neil, avanzando por el pasillo.

—¿De verdad creen que es posible mantener algo así en secreto? Le aseguro que toda la comunidad científica querrá estar al tanto de todo esto.

Era algo que O'Neil no podría ignorar. Dio media vuelta y se encaró con Daniel. Había algo amenazador en aquel hombre y Daniel sintió que se le secaba la garganta. Tragó saliva.

—Muy bien, profesor. ¿Y quién se lo va a decir? Todos los miembros del personal científico han firmado un juramento de secreto excepto usted. —Y acercándose hasta casi rozarse con él, continuó con burlona cortesía—: ¿Se lo va a decir usted, profesor Jackson?

Daniel estaba a punto de mojarse en los pantalones, pero se esforzó por aparentar calma. Había algo en O'Neil que le decía que era capaz de matar a cualquiera de ocho maneras diferentes sólo con mover las cejas. Y no sólo que era capaz, sino que lo haría llegado el momento. Negándose a dejarse intimidar, Daniel decidió enfrentarse

y se aproximó aún más al otro.

—Si tengo que hacerlo, sí, desde luego.

—Adelante.—Las palabras de O'Neil rebosaban odio—. Pero antes hágase un favor a sí mismo. Mañana, cuando vuelva a su casa en el autobús y pare a comprar esa mierda de comida basura que come siempre, coja la última edición de Misterios al descubierto y lea el reportaje sobre el niño alienígena que nació con cabeza de rana y cuerpo humano y, cuando acabe de leerlo, pregúntese si se lo cree.

Daniel pensó un instante en cómo podría demostrar al mundo que los militares estadounidenses tenían en las entrañas de una montaña de Colorado un antiguo aparato egipcio que viajaba por el espacio. Incluso antes de que O'Neil hubiera mencionado lo del reportaje, Daniel sabía ya que no había ninguna posibilidad. Nadie lo creería, sobre todo si era él quien lo decía.

—¿Algo más, profesor?

Daniel se quedó pensando un instante y se dio cuenta de que era mejor probar otra táctica.

—Por favor, permítame quedarme en esta misión. He pasado los mejores años de mi vida estudiando idiomas, el Antiguo Egipto, arqueología, exactamente todas las materias relacionadas con este proyecto.

—Aprecio su gesto —dijo O'Neil—, pero la decisión ya está tomada.

En vista de que la súplica no había funcionado, Daniel decidió ponerse agresivo.

—He arriesgado mi reputación y dedicado mi vida a esto. ¿A qué ha dedicado usted la suya, coronel?

O'Neil fue a responder, pero se dio cuenta de la trampa. Desarmó a Daniel con una fría mirada y le dijo:

—Recoja sus cosas y abandone la base.

—Un momento, Jack. Me parece que lo vamos a necesitar.

Tanto O'Neil como Daniel se giraron y vieron al general West asomando la cabeza por la puerta de la sala de conferencias. Con una seña les indicó que volvieran.

Cuando Kawalsky apagó las luces dos minutos después, O'Neil y Daniel ya estaban sentados y observaban juntos la pantalla. West les había ordenado que analizaran las imágenes descodificadas que la sonda había enviado desde el otro lado de la puerta. La cámara de la sonda barría la cara interior de un gran muro de piedra y avanzó hasta que apareció una forma circular brillantemente iluminada, otra Puerta a las Estrellas.

—Congela y amplía —ordenó el general West.

Su ayudante, el teniente Anderman, estaba ante el lector de discos. Especialista en tecnología de comunicaciones, modificó digitalmente la imagen y la amplió concentrándola en los detalles del anillo. Fascinado, Daniel se puso en pie de un salto

y avanzó hacia la pantalla.

—Esas marcas... son distintas.

—Por eso quería que lo viera —dijo el general.

El teniente Anderman hizo algunos comentarios sobre la imagen.

—Las últimas lecturas indican que es un mapa atmosférico; presión barométrica, temperatura y lo más importante de todo: oxígeno.

West se acercó y se detuvo delante de la pantalla, hablándole directamente a Daniel.

—Estamos planeando una pequeña misión de reconocimiento. Nada excepcional. Inspeccionar un área de cuatrocientos metros de circunferencia, reunir toda la información posible y traerla de vuelta.

Anderman amplió detalles.

—Una vez que se encuentre al otro lado, tendrá que descifrar los signos que se hallan en esa puerta y, en esencia, transmitirlos. Como si fuera un fax.

—Y ésa es la cuestión. —West se agachó para ponerse a la altura de Daniel—. No voy a enviar a mis hombres allí a menos que esté seguro de que puedo volver a traerlos. Mi pregunta es la siguiente: ¿puede usted hacerlo?

Pero a Daniel se le ocurrió otra idea.

—¿Y por qué no restablecer el contacto desde este lado?

—Porque —explicó O'Neil— una vez que nuestro equipo consiga pasar, se evacuará y se precintará todo el silo. No sabemos lo que podría venir del otro lado.

Daniel entendió entonces no sólo por qué los soldados habían rodeado la Puerta al penetrar la sonda, sino también por qué esta operación se estaba llevando a cabo en un lugar tan curioso. Se quedó mirando el techo. Cada fibra de su cuerpo le decía que aceptara, que prometiera al general todo lo que éste quería de él a cambio de poder visitar el lugar que había visto en la pantalla. De repente le pareció que su vida entera había sido una preparación para este momento, para el momento en que embarcara en un peligroso viaje hacia una tierra olvidada y desconocida. Si no iba, la historia de su vida perdería todo sentido. Pero ¿qué pasaba con los demás? Miró a O'Neil y sobre todo al buenazo de Kawalsky. No podía arriesgar su vida sólo para satisfacer su curiosidad personal. Pero fin había llegado su momento, pero la apuesta era demasiado real, demasiado alta.

Miró una vez más al general West, que arqueó las cejas en señal de interrogación.

—Sí, puedo hacerlo —dijo Daniel.

—¿Está seguro?

—Absolutamente.

West asintió y miró uno por uno a todos los soldados que se hallaban en la sala; cuando todos le hubieron manifestado su conformidad, se decidió.

—Muy bien. Forma usted parte del equipo. Partirán a las seis de la mañana.

O'Neil estaba absorto y sentado en una silla plegable de metal con una mortecina bombilla de cuarenta vatios colgando del techo. Estudiaba la sección de tierra, de tres metros de longitud, que la Expedición Langford había extraído de debajo de la Puerta de las Estrellas, los dos cuerpos humanos fosilizados se habían fundido con la piedra hacía más de diez mil años, convirtiéndose en retorcidas esculturas. Los musculosos cadáveres se habían conservado casi intactos. Los únicos desperfectos que se apreciaban eran los producidos al arrancárseles, para examinarlos, los largos cetros que portaban y las varias perforaciones realizadas por los expertos en genética para extraer muestras de ADN. Sin embargo, eran los retorcidos cráneos metálicos lo que mantenía cautiva la atención del coronel hora tras hora.

Desde que llegara al silo para hacerse cargo del proyecto había pasado muchas horas en aquella lúgubre habitación contemplando aquel horrible objeto. Era la única forma que tenía de prepararse para lo que podía significar estar al otro lado de la Puerta de las Estrellas. Le parecía un extraño espejo que reflejara su destino, la forma en que moriría. Todos los huesos de su cuerpo le decían que aún estarían allí, que se enfrentaría a aquellos guerreros, tan evolucionados y primitivos a la vez. Quedaban menos de veinticuatro horas para conducir a su equipo al otro lado y ver qué encontraban allí.

No era una buena misión. La sonda había conseguido entrar, pero no había pruebas de que los humanos pudieran sobrevivir al viaje. Aun cuando no encontraran fuerzas hostiles, las probabilidades de regresar eran, en el mejor de los casos, remotas. Y las de O'Neil eran incluso menores. No era sólo que West le hubiera asignado una misión suicida, sino que él mismo no tenía intención de volver. Antes de que los hombres del general abandonaran su casa de Yuma, él ya sabía que sería su último cometido.

Durante los veintidós meses anteriores no había deseado otra cosa que morir. Se había convertido en un cadáver ambulante: un ser gastado, roto, vacío en todos los sentidos. Más de una vez había cargado su pistola y puesto el dedo en el gatillo. Pero se negaba a hacerlo, no sólo porque probablemente acabaría con Sarah, sino porque sus convicciones religiosas condenaban el suicidio.

Viniendo de un hombre que había generado tanta violencia a lo largo de su vida, esta negativa resultaba verdaderamente paradójica. Oveja negra de buena familia, O'Neil había nacido con el caos y el salvajismo en el corazón. Antes de cumplir los dieciocho años ya había comparecido tres veces ante los tribunales. Un juez clemente le había dado a elegir: o alistarse en el ejército o pasar un año en el correccional de Washington.

Eligió la Infantería de Marina y, desde el mismo día de su alistamiento, fue un soldado excepcionalmente disciplinado y dotado. Cuando sólo llevaba veinte

semanas, solicitó y obtuvo el traslado al Centro de Formación para el Combate de Quantic, Virginia. Allí aprendió todas las sutilezas y habilidades para infiltrarse en territorio enemigo, sobrevivir en la selva, cometer atentados políticos, fabricar y hacer estallar explosivos, fabricar armas químicas mezclando sustancias comunes y corrientes... Ascendió vertiginosamente y pronto pasó a la compañía de élite, la Jump Dos. Todo iba sobre ruedas hasta que empezó a salir por «motivos internos»: generalmente crímenes políticos que nunca aparecían en los periódicos. Fue entonces cuando descubrió dos cosas importantes sobre su persona: era un terrorista con cerebro y se odiaba a sí mismo por matar, sobre todo cuando sabía que sus víctimas eran inocentes.

Nunca se quejó, nunca vaciló. Enterró su conciencia y aprendió a beber whisky. Dejó de sentir, ganándose a pulso el apodo de «Vudú» porque por lo visto sólo estaba vivo cuando la Jump Dos entraba en acción. Durante siete años, todo lo que alguna vez había estado vivo en su interior se fue hundiendo más y más. Por fuera era el temido soldado que sustituía las palabras por acciones. Por dentro estaba hueco. Fue entonces cuando conoció a Sarah.

Acababa de licenciarse en un colegio mayor de jesuitas de la zona y había empezado a dar clases en la escuela de la base. Unos amigos comunes los presentaron y una cosa llevó a la otra, aunque en realidad nadie era capaz de entender qué veía una flor tierna como ella en el introvertido y taciturno cabo. Pero ella lo encontraba fascinante y hacía reír al hombre. Empezaron a verse todos los días y, dos años después, Sarah le dijo que estaba embarazada. O'Neil se puso como un basilisco, acusándola de haberlo hecho adrede para cazarlo y casarse con él.

La respuesta de Sarah fue hacer la maleta y marcharse a casa de sus padres, en Boston. Diez minutos después de haberse marchado, O'Neil hizo un descubrimiento turbador: se había enamorado demasiado para retroceder.

A los tres días, en medio de una tempestad de nieve, apareció en la casa de Boston y estuvo todo el día esperando en el coche hasta que ella apareció y accedió a hablar con él. Durante seis horas empañaron las ventanillas del Ford, peleando como un par de gatos salvajes hasta que, a las cuatro y media de la madrugada, entraron en la casa y despertaron a los padres. O'Neil se presentó y les pidió la mano de su hija. En los trece años que llevaban casados, nunca había roto la promesa que había hecho a Sarah aquella fría noche.

Incluso aquel último día en Yuma había recordado los compromisos contraídos. En la puerta, mientras Sarah lloraba histéricamente tratando por última vez de tenderle la mano para establecer contacto humano con él, O'Neil le recordó que había prometido amarla y cuidarla mientras viviera. Y en su opinión, dicha época ya había pasado.

Permaneció allí un minuto, intentando hablar, deseando decirle adiós, pero cada

vez que hacía el esfuerzo las palabras se le atascaban en la garganta. Al final dio media vuelta y empezó a alejarse.

Cuando West lo encontró en aquella fría sala medio a oscuras, O'Neil llevaba media hora mirando fijamente las figuras aplastadas. En su opinión, las dos criaturas trataban de establecer comunicación a través de la Puerta cuando ésta quedó enterrada en la piedra.

No levantó la vista cuando oyó que se abría la puerta de seguridad. No tenía necesidad de hacerlo; sabía que West iría a buscarlo.

—Dicen los nuestros que antes estuvieron vivos —observó el general, aproximándose a la losa de piedra caliza.

—Yo creí que iba a hacer esto solo —dijo finalmente O'Neil.

—Y así será —le aseguró West—. En cuanto el equipo regrese, te dejaremos solo.

O'Neil estaba acostumbrado a las órdenes, pero dio su opinión a West.

—Cuanta más gente enviemos, más probabilidades habrá de que algo falle. Jackson podría ser un problema. Es listo. Si lo descubre, no seguirá adelante.

—Entonces te toca a ti asegurarte de que no lo descubra.

Durante toda la tarde y hasta la caída de la noche, los asépticos corredores del complejo de oficinas del silo fueron como dormitorios estudiantiles el día después de los exámenes finales. Todas las puertas estaban abiertas. Los pasillos estaban sembrados de cajas con libros y baúles con pertenencias personales, mientras los residentes que se iban se despedían de los demás. Unos cuantos discutían acaloradamente la forma de volver a entrar en el proyecto, pero casi todos se mostraban tristes por tener que irse e inseguros con respecto a lo que les depararía el futuro. Dado que era un hueso duro de roer, a nadie le extrañó que Daniel tardara en recoger sus cosas para hacer el último transbordo hasta el aeropuerto de Denver. Después de que Meyers y Shore pasaran por su habitación para despedirse, Daniel cerró la puerta y empezó a prepararse.

Kawalsky le había dado un traje de faena de color verde oliva. Estaba abrochándose el último botón cuando se abrió la puerta. Era Catherine, con aspecto de cansancio.

—Creí que no te gustaba viajar —le dijo con sonrisa triste.

—Lo he superado.

Se alegraba de verla. Le había preocupado lo que Catherine pensase cuando se enterara de que él iba a tomar parte en la misión. No hacía mucho que la conocía, pero era una mujer que le agradaba y a la que respetaba mucho, y no deseaba traicionarla por nada en el mundo. La mujer escogió la silla más próxima y se dejó caer en ella para atajar el dolor de los pies.

—Escucha —le dijo con su agradable acento británico—, creemos que el viaje a través del anillo rompió parte del instrumental vítreo de la sonda. Como precaución,

he hecho que un pobre diablo que trabaja en el taller de la Academia de las Fuerzas Aéreas te construya una montura especial para las gafas. De plomo. Estará aquí a eso de las seis.

La idea de ir a alguna parte sin las gafas asustaba a Daniel. De repente se vio andando a tientas en un extraño planeta y la imagen no fue agradable.

—Gracias, ha sido muy... considerado de su parte.

—Además, voy a ponerte la comida en una caja. —Catherine se estaba burlando de sí misma.

Daniel sonrió y dijo:

—He estado pensando en lo que le dije en aquella ocasión. Ya sabe, lo de aceptar el dinero de los militares. De verdad que lo siento si...

—Ya no tiene importancia. Así son las cosas. —Se puso de pie, se acercó a él y lo miró seriamente a los ojos—. La primera vez que vi el anillo, cuando lo desenterraban del polvo de Egipto, supe que tendría que ocurrir algo así, que tendría que haber algún viaje increíble. Naturalmente, pensé que sería yo quien lo realizara. Pero ahora ya soy vieja, así que lo harás tú en mi lugar. —Daniel fue a decir algo, pero Catherine le atajó—. Me alegro. Si no puedo ir yo, prefiero que seas tú. —Se llevó la mano a la nuca y desabrochó el medallón que Daniel le había visto siempre colgado—. Esto se encontró con la Puerta. Siempre me ha traído suerte.



Daniel tomó en sus manos el antiguo disco de bronce y le dio la vuelta para examinar el grabado.

—Es el Ojo de Ra, una pieza rarísima y muy valiosa. No puedo aceptarla.

Catherine extendió la mano y le acarició la mejilla.

—Dámelo cuando vuelvas —le dijo, reuniendo todas sus fuerzas para marcharse.

—Espere un segundo. —Daniel se acercó a su ordenador y cogió la antigua estatuilla de la mujer egipcia—. Tenía usted razón. Esta pieza es del siglo XIV antes de Cristo. Cuide de ella en mi ausencia.

Catherine sonrió y aceptó la estatuilla. Al salir por la puerta se volvió y le dijo:

—¡Buen viaje!
Daniel estornudó mientras la mujer salía.

Episodio IX

La evacuación

El equipo de la expedición tenía previsto reunirse en la puerta del silo a las 5.45 de la madrugada. Kawalsky, responsable de la última inspección del equipo y de dar las últimas instrucciones, llegó temprano y, ante su sorpresa, encontró a Daniel sentado en el vestíbulo leyendo un libro. Demasiado nervioso para dormir, había pasado casi toda la noche estudiando los más antiguos jeroglíficos que pudo encontrar —anteriores a la Primera Dinastía— y memorizando todo lo que podía. A su alrededor se podía apreciar todo el caos que Daniel era capaz de generar en una hora dondequiera que estuviese.

—Jackson, ¿adónde cree que vamos, a una biblioteca? Quite de ahí todo esto.

Kawalsky, siempre tan solícito y dispuesto, esperaba que Daniel saltara nada más oír la orden. Pero Daniel no tenía intención de aceptar órdenes de un tipo desarrollado a base de testosterona y formada en el ejército, que seguramente era incapaz de entender lo importante que podían llegar a ser los jeroglíficos.

Miró al teniente con los ojos hinchados después de haber pasado una larga noche afectado de «odofobia», comúnmente llamada «fobia a viajar», y se sonó tranquilamente la nariz. Kawalsky, enfadado, le tiró encima un sobre grande y se alejó.

El sobre contenía la montura de plomo que protegería sus gafas de las vibraciones del anillo. Contenía también una nota de Catherine que decía: «¿No te prometí la comida?». Y en el fondo del sobre encontró cinco chokolatinas.

Otros dos soldados se presentaron ante Kawalsky. Eran Feretti y Brown, caras que Daniel recordaba haber visto la mañana que llegó a la base. Feretti, fiel a su nombre, era un hombre inagotable de cejas muy pobladas que al parecer no podía estarse quieto. Se pasaba la vida en perpetua actividad, hurgándose siempre en los bolsillos, mirando a todas partes, investigándolo todo. Por lo visto era el mejor amigo de Brown, aun cuando no podían ser más distintos. Brown era un muchacho tranquilo, de andar lento, con acento de Mississippi, que reía tontamente cada chiste tonto que contaba Feretti. No parecía hecho para esta misión. Por su apariencia, Daniel no podía adivinar que era un físico que dominaba los temas atmosféricos, un consumado guitarrista de blues y, al igual que él, antiguo alumno de Berkeley. En realidad, Daniel nunca llegaría a saber mucho de ninguno de los dos, sobre todo porque tenían un graduación muy parecida y estaban decididos a darle la espalda. En la base circulaba el rumor de que Jackson era un señorito civil con enchufes militares que se las había arreglado para pasar por encima de West y O'Neil para integrarse en el equipo. Ningún militar que se preciara confraternizaría con él. El plan secreto

pactado en silencio por todos consistía en hacerle la vida imposible.

Daniel se dio por aludido y volvió a su lectura. A las 5 horas, 44 minutos y 45 segundos, O'Neil dobló la esquina, llamando aún más la atención porque llevaba una boina negra. Seis soldados formaron para la inspección y saludaron simultáneamente al coronel. Daniel, el séptimo, se apresuró a ocupar su puesto al final de la fila, tratando vagamente de pasar inadvertido.

O'Neil, serio como un cadáver, hizo a todos una sola pregunta:

—¿Alguien quiere decir algo antes de partir?

No hubo respuesta. El coronel pasaba revista mirando fijamente la cara y los ojos de cada hombre, cuando de repente...

—¡Aaaachís!



Todos los presentes rompieron filas para mirar a Daniel, que se estaba sonando la nariz con un trozo de papel higiénico que seguramente había cogido de los lavabos.

—Muy bien. En marcha —dijo el coronel, abriendo las puertas que conducían a la cabina.

A diferencia del día anterior, en que había habido un técnico por monitor, aquella mañana sólo había dos hombres dentro, Storey y otro. El resto del equipo científico había sido evacuado o estaba en proceso de serlo. El general West no bromeaba; quería que el silo quedara completamente sellado antes de que la expedición cruzara la Puerta de las Estrellas.

Con un ademán de la cabeza, O'Neil les indicó que estaban listos, y Storey, hablando por un micrófono para que pudieran oírle todos, comenzó:

—Comenzamos la fase inicial.

Cuando el «Pelotón Estelar» desfiló delante de él, Storey fijó la vista en el último hombre de la columna: Daniel. Aunque se alegraba de que al menos fuera un científico, al técnico le fastidiaba que tuviera que ser Daniel, un recién llegado a quien casi todos tenían por un piojo arrogante. Así pues, con sentimientos encontrados, Storey le enseñó los pulgares cuando pasó ante él.

El pelotón entró en el recinto y se congregó en la base de la rampa que subía al centro del anillo.

—Cámaras permanentes conectadas —dijo una voz por los altavoces.

Daniel se pasó la lengua por los labios e intentó tragar saliva, dándose cuenta en ese momento de que tenía la boca completamente seca. ¿Realmente iba a llegar hasta el final? Sabía que la sonda había vuelto intacta, pero él no estaba hecho de metal.

¿Qué pasaría si algo salía mal? ¿Y si la Puerta no podía recomponer la personalidad?

Visto desde aquel ángulo, el anillo parecía mucho más grande y más peligroso. Todo el grupo permaneció en silencio mientras los técnicos hacían los últimos ajustes en los ordenadores. La voz de Storey llegó a través de los altavoces, retumbando en la sala mientras dictaba las coordenadas: «Izquierda 11.329»: Y cuando el anillo hubo girado hasta quedar encima del sector de Tauro, dijo: «Derecha 148.002» y la Cabeza de Serpiente giró hasta quedar a la altura del «compás indicador». Daniel sintió que el estómago se le subía a la garganta cuando empezó a oír las extrañas notas armónicas que salían del anillo. Los rayos de luz fueron saliendo de las joyas de cuarzo y fundiéndose paulatinamente con el delicado y brillantísimo campo de energía. Cuando giró hasta arriba el séptimo símbolo y el sonido del anillo hizo vibrar todo lo que había en el silo, el grupo se alejó del anillo. Instantes después, el campo de fuerza empezó a condensarse y agitarse hasta que rebosó los bordes del anillo y estalló violentamente en la sala. Quedó suspendido durante una fracción de segundo, cuestionando todas las leyes de la gravedad, antes de ser absorbido brutalmente por el anillo y salir por el otro lado, creando el túnel luminoso, la catarata circular que cruzaba el muro del silo. En ese momento el rugido cedió y la Puerta se puso a dar vueltas en armónica progresión.

Los técnicos empujaron una vagoneta cargada de material hasta situarla al pie de la rampa. O'Neil hizo una seña a Kawalsky y a otro militar. Ambos hombres se acercaron a la vagoneta y la empujaron hasta arriba, dejándola a pocos pasos de la boca del anillo. Cuando la progresión armónica de éste alcanzó el nivel doce, todo estaba ya dispuesto.

Uno de los técnicos se aproximó a O'Neil, señaló la vagoneta y le dijo algo que Daniel no pudo oír. El coronel asintió y le estrechó la mano. Luego, ambos técnicos corrieron hacia las puertas de seguridad, que se cerraron tras ellos.

—Comienza la fase final. —Era la voz de Storey por los altavoces—. Buen viaje —añadió, antes de correr también él hacia el último ascensor.

O'Neil giró la cabeza y miró la gran ventana de observación de la sala de conferencias. Daniel siguió su mirada y vio al general West empuñando un auricular conectado a los altavoces de todo el silo.

—Evacuación final —dijo y se pegó a la ventana. Bajó la vista y se despidió de sus hombres con un saludo sencillo. Luego se dirigió a la salida mientras el muro protector de cristal se deslizaba lentamente para cerrarse.

Los hombres situados en lo alto de la rampa tenían los ojos puestos en O'Neil, quien con un dedo les dio la orden de «adelante». Utilizando el control remoto manual, el Oficial Científico Brown envió la vagoneta hacia el campo de energía. En cuanto la punta de ésta entró en contacto con el campo, se evaporó con un trallazo de luz. La violenta velocidad con que fue absorbida la vagoneta hacia el interior del

anillo produjo una oleada de miedo en los hombres que estaban a punto de emprender el viaje.

En todos menos en uno. Tras una breve mirada a sus soldados, O'Neil avanzó tranquila y rítmicamente hacia los blancos dientes del turbulento charco. Por un momento pareció quedar congelado en plena zancada hasta que su impulso hacia delante se multiplicó por un millón. Y desapareció.

Kawalsky ordenó al siguiente soldado, Rogalla, que subiera los últimos metros de la rampa. El soldado, nervioso, trató de quedarse en el límite del campo de fuerza. Daniel sonrió, imaginando la mitad del hombre viajando por la galaxia mientras la otra mitad se quedaba en el silo. Afortunadamente, la energía del anillo lo enganchó rápidamente, lo rodeó y se lo llevó entero. Uno por uno, Kawalsky ordenó a los soldados que subieran la rampa. Feretti desapareció en una mancha borrosa y luego Brown. Por fin sólo quedaron Daniel y Kawalsky. El teniente le dijo que él entraría primero y Daniel se quedó helado.

—Sin vacilar —exclamó Kawalsky. Tragó aire, subió la rampa corriendo y saltó al centro del anillo. Quedó suspendido durante una fracción de segundo, prendido en la destellante superficie de la energía, y fue engullido.



Daniel subió lentamente la rampa y se detuvo a pocos centímetros de la turbulenta luz. Un ruido profundo, seco y cortante llenaba la sala; el ruido de las gigantescas puertas de cemento al cerrarse en las alturas.





Al igual que un joven faraón atrapado en el interior de su pirámide sellada, Daniel era ahora al única alma que quedaba en aquella enorme estructura. Cerró con fuerza los ojos y avanzó.

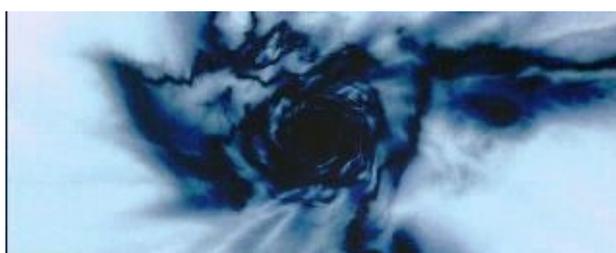


Episodio X

Al otro lado de la puerta

Poco después de cumplir los doce años, su padre adoptivo convenció a Daniel de que solicitara el ingreso en el equipo de rugby Pop Warner, una de las peores ideas que el pobre hombre había tenido en su vida. Daniel abandonó al cabo de una hora, en el primer entrenamiento, nada más recorrer «el pasillo de las hostias». Desde el principio se había dado cuenta de que la situación era mala. Tenía que correr en línea recta entre dos filas de chicos que le sacudirían con las hombreras y rodilleras. Cuando el entrenador tocó el silbato, Daniel le preguntó: «¿Por qué tengo que hacerlo?». Pero el entrenador, una enorme cara roja gritona, le convenció inmediatamente de que deseaba participar en aquel entrenamiento para masoquistas. Sus compañeros desempeñaron bien su papel. Lo dejaron baldado. El incidente se había quedado grabado porque probablemente había sido la única experiencia física que le habían preparado para el viaje que estaba a punto de empezar.

Apenas había rozado con las cejas el brillante plano de la Puerta cuando vio que la pared del silo se le venía encima como una casa que se derrumba. Tan deprisa que no le dio tiempo a reaccionar. Cuando reculó ya estaba fuera de la atmósfera terrestre, lanzado en medio de un silencio negro como la pez, girando sin control, avanzando a ciegas en la oscuridad interestelar. Durante un segundo creyó resbalar hasta que un pliegue del campo de energía le dio el impulso definitivo. Ni gravedad, ni control, ni sentido de la orientación, sólo los repentinos y dolorosos rebotes contra lo que parecían paredes de un túnel.



Al pasar a la velocidad del rayo junto a lo que se le antojó un puñado de estrellas jóvenes, el intenso y momentáneo destello le permitió verse las piernas, estiradas varios kilómetros por delante, hasta que se soltaron y la cabeza corrió al encuentro de las mismas mientras su conciencia navegaba hacía una segura colisión con un gigantesco planeta. Su grito no se tradujo en sonido. Tocó la superficie y salió hacia el otro lado, chocando de nuevo con la quemazón eléctrica de los muros, dando vueltas en un vacío de luz y sonido. Hasta que llegó.

Daniel reapareció por partes. La puntera de la bota derecha fue lo primero que se vio. Luego se materializó su mano izquierda. La punta de la nariz se fue ampliando

hasta convertirse en cara contraída. Por un instante los fragmentos bailaron a la luz del borde inferior de la Puerta, hasta que llegaron más moléculas para llenar los huecos.

Cuando Daniel estuvo entero, el anillo lo lanzó al suelo firme como quién tira un equipaje no deseado, y se dio cuenta que estaba cubierto de hielo. Dedujo que el hielo era un efecto de la reconstrucción molecular. Así como los microondas calientan objetos acelerando su movimiento molecular, la Puerta enfriaba su cargamento comprimiendo las moléculas en el momento de la reconstrucción. Durante menos de una centésima de segundo, los átomos del cuerpo de Daniel quedaron comprimidos a una velocidad de movimiento cero, lo suficiente para quedar cubierto por una delgada capa de hielo.



Helado y totalmente desorientado, fue incapaz de controlar la caída. Se salió del anillo y se dio de bruces contra el suelo, aunque no se hizo tanto daño como si fuera el primero en pasar por la puerta. Todo el pelotón se hallaba amontonado en las escaleras que había al pie de la Puerta, pues había tirado también parte del contenido de las vagonetas. Kawalsky el toro, empezaba a sacudirse el aturdimiento. Cuando por fin pudo enfocar la vista miró a su alrededor. A su lado, encogido como un recién nacido congelado, estaba Daniel, con un charco de vómito cerca de la cabeza.

Cuando Daniel descubrió que no podía respirar, su primer impulso fue arrastrarse hasta el haz de luz para volver al oxígeno de la Tierra. Fue en ese momento cuando sintió un par de poderosas manos le cogían los brazos. Aterrorizado trató de zafarse.

—Jackson, ¿estás bien? —Era Kawalsky, azuzándole para que se sentara y levantándole los brazos por encima de la cabeza, hasta que empezó a respirar otra vez. Cuando la primera y fría bocanada de la desconocida atmósfera llegó a sus pulmones, sintió una punzada que le hizo abrir los ojos y toser.

El paso a través del anillo lo había vaciado de aire. Cuando Kawalsky consideró que ya estaba bien, fue a ver al siguiente soldado. Pero Daniel sentía que el frío le traspasaba la piel. Tiritaba y tenía la impresión que le clavaban agujas por todas partes.

Recordando quién era y donde estaba, apartó la mirada de la brillante luz que manaba de esta segunda Puerta de las Estrellas, casi idéntica a la primera, y vio el perfil luminoso de sus compañeros, esparcidos a su alrededor en diversas fases de recuperación.

El viaje no había sido como esperaba. No es que hubiera imaginado que tuviese

que ser una experiencia extasiante, casi mística, pero tampoco que le dejara fuera de combate.

—¿Todo el mundo está bien? —pregunto Kawalsky.

Los soldados desorientados y aturridos, farfullaban un sí hasta que el sabiondo teniente Feretti dijo con sarcasmo:

—Ha sido cojonudo. ¡Repetimos!

Resultaba difícil reír. Los hombres fueron sentándose y el que pudo se levantó. Aún tosiendo y temblando de frío, se reunieron junto a la vagoneta del equipo. Cuando O'Neil empezó a dar instrucciones, el anillo interior de la Puerta se puso a dar vueltas y de repente se paró con un golpe seco, cerrándose y sumiendo el lugar en la más absoluta oscuridad.

—Bien, guapas, manos a la obra —retumbó la voz de O'Neil—. Fase uno. Sólo lo esencial.



Y con un agudo chasquido, activó una bengala que chisporroteó difundiendo una luz anaranjada. Con ensayada precisión, el equipo empezó a descargar solamente lo necesario para la primera expedición de reconocimiento. Kawalsky encendió otra bengala y la tuvo en alto. Daniel vio que Freeman ensamblaba con peripeicia una cámara de video diseñada especialmente y que Brown acoplaba un radar en miniatura a la parte superior de un equipo portátil de recogida de datos técnicos. Mientras los militares continuaban los preparativos, Daniel salió de la zona iluminada intentando buscar pistas en la pared más próxima. Estaban dentro de una alta caja de mármol negro. Daniel anduvo a tientas hasta que encontró la pared y puso las manos por la suave superficie. Aunque eran piedras grandes, bien talladas y ensambladas, no había rastro de escritura por ninguna parte. Daniel se adentró en las sombras, palpando las desnudas paredes como si estuviera en Braille.

Los hombres se estaban sujetando los equipos, preparados para seguir adelante. Feretti, Perot y Reilly encendieron potentes linternas cuyas haces se cruzaron en la oscuridad mientras iluminaban el lugar. O'Neil asomó la bengala al otro lado del recodo para ver lo que había a continuación. Era un pequeño pasillo de piedra.

Todo parecía despejado, así que dio a Freeman la señal para que encendiera el foco que llevaba encima de la cámara. Luego se volvió y dio instrucciones.

—Feretti, tú delante. Primer grupo, a moverse.

Tras colgarse el fusil en el hombro, Feretti cruzó el umbral y entró en el oscuro pasillo, seguido de Brown y otro militar.

—Kawalsky, tú y Freeman cubrid la retaguardia. Reilly, tú vendrás conmigo. Vamos.

Entraron en el corredor. Kawalsky miró a su alrededor con la sensación de haberse dejado algo y, gruñendo por lo bajo, dijo:

—Vamos Jackson.

Daniel abandonó la inspección de la pared y corrió hacia donde estaban los demás. A los pocos metros, el corredor se ensanchaba formando un espacio semejante al ábside de una iglesia. Daniel ya había dado alcance a Freeman. Notó algo y alargó la mano para iluminar el suelo con el foco de la cámara de Freeman. Daniel y Freeman estaban detenidos al borde de un círculo de unos tres metros y medio de diámetro que aparentemente era un disco metálico, seguramente de cobre, encastrado en la superficie del suelo. Freeman miró a Daniel y se encogió de hombros. Dos pasos después, Daniel tuvo otra idea. Dirigió el foco hacia arriba. Como esperaba, había un disco idéntico en el techo, directamente encima del primero. Daniel se quedó mirando un rato hasta que Freeman, que no quería caer de espaldas, se soltó y siguió avanzando. Pero Daniel ya estaba seguro de que los discos no eran de cobre.



Recorriendo cautelosamente el oscuro pasillo, atentos a cualquier señal de peligro, el equipo llegó a la Gran Galería. Era una inmensa cámara de monumental estilo arquitectónico y rematada con piedras desnudas y lisas. Por alguna razón, a Daniel le resultaba vagamente familiar. Paralelas a las paredes se elevaban imponentes columnas que apuntalaban el techo de madera. Estaban andando por una pequeña pendiente. El suelo de la inmensa galería tenía un ángulo ligeramente ascendente. Hasta O'Neil quedó asombrado al ver la cámara, aunque no lo bastante para olvidar que había encontrar una salida. Todos siguieron avanzando por la Gran Galería, empuñados por su imponente tamaño.

Las linternas divisaron la débil silueta de una rampa al final de la Gran Galería, que daba paso a otra cámara. Sin más comedido que mirar, Daniel se limitaba a hacer precisamente eso. Mientras los militares, armados hasta los dientes, estaban preparados para entrar en combate, Daniel se sentía como transportado a un nirvana arqueológico. Y al mismo tiempo no podía quitarse de la cabeza la extraña sensación de que conocía el lugar. No era el efecto dejá vu. Pero no acababa de identificarlo.

Nada más llegar solo a la alto de la rampa, Feretti se agachó repentinamente y

este movimiento puso en marcha una reacción en cadena en cada miembro del equipo. Antes de que Daniel tuviera tiempo de saber lo que había ocurrido, Freeman había apagado el foco de la cámara y estaba tendido en el suelo. Todos los ojos estaban fijos en Feretti, que se incorporó lo imprescindible para otear la siguiente cámara. Sin darse la vuelta, dio la señal de seguir adelante. Daniel empezó a avanzar, pero Freeman lo agarró por el tobillo.

—Tú no, imbécil. Quédate aquí.

O'Neil avanzó rápidamente y en silencio hasta la base de la rampa, y gateó por ella hasta llegar al lado de Feretti. Después de unos momentos de consulta, O'Neil indicó a todos que avanzaran. Daniel preguntó a Feretti y éste le permitió continuar. Cuando todos se reunieron en la rampa, vieron que Feretti ya se había metido en la siguiente sala. Era una especie de Vestíbulo y al fondo se veía la luz, luz solar. También era una gran sala cuadrada, con enormes columnas de piedras cada pocos metros.

El equipo vio a Feretti zigzaguear de columna en columna hasta que estuvo en posición de ver de dónde procedía la luz. Se volvió y, levantando los pulgares, dio la señal al grupo. O'Neil respondió enviando dos hombres para que se reunieran con Feretti. Cuando estuvo seguro de que no había peligro en la zona, ordenó avanzar al resto del pelotón.

Una vez reunidos todos en el Vestíbulo, O'Neil consultó con Brown, que ya había hecho las primeras lecturas de las condiciones atmosféricas.

—Las condiciones externas son parecidas a las del interior. No hay peligro de radiactividad y la radiación electromagnética es normal.

O'Neil escuchó el informe antes de asomar la cabeza por una esquina y examinar el último corredor. Satisfecho con lo que vio, se volvió al pelotón y señaló a Feretti y Brown, que se giraron y empezaron a andar inmediatamente. Avanzando de columna en columna, el equipo se dirigió hacia la enorme puerta cuadrada y la intensa claridad del otro lado. Pocos pasos antes de llegar a la puerta, O'Neil levantó una mano para hacer un alto. Sin mirar atrás, ordenó que se pusiera un hombre a cada lado de la puerta, de siete metros de anchura. Cuando inspeccionaron el exterior y dieron la señal de «despejado», O'Neil dio los últimos pasos y salió a inspeccionar la zona. Entonces y sólo entonces dio permiso para salir y ver por primera vez el nuevo mundo.





El grupo emergió a la luz sobre un largo muelle de piedra que se extendía por un océano de arena. Apenas podían creer lo que veían sus ojos cuando descubrieron que no había nada excepto dunas estériles que se perdían en todas direcciones bajo un cielo intensamente azul. Al final del andén de piedra, a unos cuarenta metros, había un par de obeliscos medio enterrados. Se quedaron contemplando aquel mundo árido ocre, cada cual perdido en sus propios pensamientos.

No había movimiento ni sonido alguno, a excepción de la brisa caliente; ningún indicio de vida en esta arenosa hermana gemela del planeta Tierra.

Antes de salir, Daniel ya había elaborado una teoría sobre el aspecto que iba a tener aquella imponente estructura. Una vez en el exterior, mientras los demás permanecían hipnotizados por el yermo paisaje del nuevo mundo, Daniel se volvió y levantó la cabeza para contemplar la estructura de la que acababa de salir. No era lo que esperaba. A ambos lados de la puerta había sendos pilonos de piedra, muros gruesos que se erguían por encima de la entrada. En la superficie de los pilonos había pequeñas ranuras que permitían la entrada del aire y que, en caso de ataque, servían para lanzar objetos al exterior. Eran pilonos muy parecidos a los hallados en los antiguos templos de Karnak y Luxor. Todo empezaba a encajar.

Mientras los otros se quedaban estupefactos, O'Neil recuperaba el movimiento.

—Tomad y asegurad posiciones alrededor de la entrada. Quiero ver bien dónde estamos.

—Un momento, voy con usted —dijo Daniel.

O'Neil no contestó. Daniel siguió a los tres hombres que se deslizaban a toda prisa por la rampa. A medida que las dunas que les envolvían se hacía más grandes, también iba subiendo la temperatura. Daniel supuso que sería de unos treinta grados en el aire, treinta y cinco sobre la arena.



Kawalsky, que medía casi uno setenta y cinco, y Feretti, de menor estatura, bajaron la rampa y tomaron posiciones defensivas en la base del obelisco. Cuando Daniel se acercó, vio que estos pilares de mármol, de casi doce metros de altura y

rematados en forma de pirámide, eran distintos de todos los que había visto en la Tierra. No estaban cubiertos de jeroglíficos. No podía creer que lo que tenía antes los ojos demostrara sus teorías.

Después de examinar los dos obeliscos, pasó corriendo por delante de los militares y subió la primera duna, donde O'Neil estaba ya erguido y mirando atrás. Cuando llegó a la cima se volvió para mirar, esperando ver la estructura con mayor claridad y, también, esperando obtener más apoyo en sus hipótesis.

Lo que vio le dejó sin aliento. Era mucho más de lo que había imaginado en sus más disparatados sueños. El diseño de toda la estructura no sólo era absolutamente egipcio, sino que desde lejos vio que aquella mole no era más que un simple acceso a una estructura mucho mayor, una estructura más famosa que ninguna otra en la historia de la humanidad: una pirámide. Pero una pirámide tan monstruosa, tan fenomenalmente grande que parecía alzarse encima de él, a punto de derrumbarse y aplastarle. Debía de tener dos o tres veces el tamaño de la Gran Pirámide de Gizeh, pero, a diferencia de los ruinosos monumentos de Gizeh, aquella pirámide no mostraba el menor indicio de deterioro. Sus piedras pulidas se hallaban perfectamente asentadas en su lugar, emitiendo aparentes destellos bajo los ardientes soles, ya que, suspendidos en el fulgurante azul del cielo de detrás de la pirámide había, no uno ni dos, sino tres soles.



Fue entonces cuando Daniel comprendió por qué le sonaba tanto el interior de la pirámide. Era una versión mucho más evolucionada de la pirámide de Kefrén. Tal vez se tratara de la estructura que habían intentado reproducir los antiguos egipcios. Con triunfante alborozo, se dio cuenta de que desde siempre había estado en lo cierto. Dio un salto y gritó a las dunas:

—¡Lo sabía!

O'Neil no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo Daniel. Lo miró fríamente mientras el otro giraba y bailaba sobre la arena en una improvisada fiesta de celebración, riendo, elevando las manos al aire y gritando «¡Lo sabía!» más de

veinte veces. O'Neil decidió ignorarlo y continuó haciendo cálculos. Ideó un plan y regresó a la rampa para dar órdenes.

Episodio XI

Una mentira piadosa

Se sentó a la sombra entre dos dunas observando al Oficial Científico Brown, que golpeaba el puntero con el martillo para recoger muestras del suelo y minerales. Brown metía las muestras en una serie de cubetas de cristal numeradas, murmurando una sarta infinita de hechos y números en una grabadora. Él y Daniel estaban a casi quinientos metros de los obeliscos, pero incluso a esa distancia parecía que la pirámide, la más primitiva y misteriosa de todas las construcciones, estuviera encima de ellos.

Daniel había vuelto a entrar en la pirámide en busca de información, sobre todo las escrituras que esperaba encontrar. Las constelaciones labradas en la rueda giratoria del interior de la Puerta eran los únicos jeroglíficos existentes. Esta ausencia de señales lo confundía. Mientras contemplaba a Brown ejecutando su labor con sumo cuidado, no dejaba de pensar en cuál sería el siguiente paso que daría el equipo.

Cerca de allí O'Neil había encontrado un saliente de piedra natural y, con un par de prismáticos, se dedicaba a otear el interminable paisaje de dunas de color beis. Kawalsky y Porro subieron la ladera arenosa del risco en el que se hallaba O'Neil. Ambos estaban empapados en sudor.

—Coronel, hemos peinado la zona de cuatrocientos metros de circunferencia. Nada que informar. Esto es un arenal.



Daniel les oyó con toda claridad.

—Muy bien. Buen trabajo —dijo O'Neil—. Vamos a acabar. Que todos vuelvan adentro. Quiero que estéis todos de regreso dentro de una hora. Ya os indicaré el equipo que quiero quedarme.

O'Neil lanzó una mirada a Daniel y se encaminó hacia él.

Kawalsky no estaba seguro de haber oído bien, así que preguntó al coronel.

—¿Qué quiere que volvamos adentro? ¿Es que piensa quedarse una temporada? —Sólo estaba bromeando, pero de repente se dio cuenta de que no se trataba de un broma. O'Neil continuó por la arena hacia Daniel—. ¿Señor? Señor, usted volverá con nosotros, ¿verdad?

No hubo respuesta. Cuando O'Neil llegó donde estaba Daniel, se detuvo y gritó a

los hombres, que estaban diseminados por las dunas adyacentes:

—¡A recoger! ¡Es hora de volver a casa!

—¿Volver? —Daniel sabía que era imposible. Aún no tenía suficiente información. Miró entre las dunas, fingiendo observar la pirámide. Sabía que O'Neil estaba a punto de darle la orden que no podía ejecutar.

—Dispóngase a moverse. Tenemos que llevarle dentro para que pueda empezar el trabajo en la Puerta.

Kawalsky, Reilly y Feretti llegaron a tiempo para escuchar cómo Daniel le decía al coronel:

—Necesito más tiempo. Hay que seguir explorando. Es muy posible que haya otras estructuras por aquí. Otros signos de civilización. Si pudiera encontrar...

—Eso estaría muy bien, Jackson, pero no en este viaje. Le necesitamos para que vuelva a restablecer contacto con al Puerta que hay en la Tierra.

Los soldados llegaron a la cima de la duna y rodearon a O'Neil, empeñado en ejecutar su plan. Daniel se vio en el aprieto de tener que darle la mala noticia delante de los otros.

—Usted no lo entiende. Esta estructura es una reproducción casi exacta de la pirámide de Kefrén. —Por fin estaban al tanto de la cruda realidad.



—¿De qué demonios hablas? —preguntó Feretti con expresión compungida. Evidentemente, Daniel había sobreestimado los conocimientos de egiptología del grupo.

—Hablo de que no vamos a encontrar jeroglíficos ni mapas de las constelaciones dentro de esta pirámide. Ninguna clase de escritura. He inspeccionado cada rincón.

—Escupe ya, Jackson. —De repente, Kawalsky estaba muy interesado por lo que Daniel tenía que contar.

—Miren, allá en la Tierra, las coordenadas estaban en unas tablillas muy complicadas, ¿no lo recuerdan? —dijo, intentando animarles con sus palabras—. Por tanto, aquí debe de haber algo parecido. Lo único que tenemos que hacer es ampliar el radio de búsqueda y encontrarlo.

Kawalsky entró en combustión espontáneamente y saltó sobre Daniel.

—Tu única labor era hacer girar ese jodido anillo y llevarnos de vuelta. Ahora bien, ¿sabes hacerlo o no?

Daniel tragó saliva.

—No.

O'Neil puso la mano en el pecho de Kawalsky y se interpuso entre él y Daniel, tan frío como siempre.

—¿No puede o no quiere? —preguntó.

—Dijo que podía —rugió Kawalsky.

—Supuse que encontraría informa...

—¿Supuso? —El enfado de O'Neil era evidente.

Kawalsky no pudo soportarlo más. Alargó el brazo por delante del coronel y agarró a Daniel por la pechera, atrayéndolo hacia sí.

—¡Ése no fue el trato, Jackson!

—Teniente. —La voz serena de O'Neil paralizó a Kawalsky, pero no convenció a éste de que soltara al otro.

—Ésta sí que es buena —protestó Feretti—. Si no me equivoco, eso significa que estamos atrapados aquí. ¡Lo que nos faltaba!

Kawalsky hacía sudar tinta a Daniel, clavándole unos ojos que eran puro odio.

—Escúchame, mentiroso hijo de puta —dijo levantándolo del suelo—. O haces que funcione ese trasto o te parto el cuello. —Y se sentía capaz de hacerlo en ese mismo instante, así que le dio un empujón y Daniel cayó de espaldas en el suelo.

—Ya basta —anunció secamente O'Neil—. Montaremos el campamento base aquí mismo. Kawalsky, organice a los hombres para que traigan las vituallas.

—¿Montar un campamento base? —preguntó Kawalsky, incrédulo—. El objetivo de la misión es reconocer a fondo una zona de cuatrocientos metros de circunferencia y regresar por el aparato. ¿De qué sirve...?

O'Neil estaba harto de charla.

—¡Ya basta, teniente! Usted no está al mando de esta misión.

Aquello fue como desvariar en el peor momento, de la peor manera y ante la persona menos indicada. Kawalsky dio un amenazador paso al frente y se plantó delante de O'Neil. Por un instante, todos hubieran jurado que estaban a punto de pelear. No hacía falta que nadie recordara a Kawalsky quién estaba al mando. Había sido su herida desde que O'Neil apareciera de improviso para relevarle. Hasta este momento había sido capaz de reprimir su ira, ocultándola tras su profesionalidad. Pero para él estaba claro que todo el proyecto se había ido al garete en el instante en que O'Neil había tomado el mando. Y ahora estaban allí, abandonados en aquel infierno sahariano con una provisión de agua para tres días a lo sumo. Parecía como si a O'Neil nunca le hubiera parecido importante el éxito de la misión, y eso hacía sospechar a Kawalsky que tal vez estuviera persiguiendo un objetivo secreto, algo concertado entre él y el general West. Tenía todos los motivos del mundo para odiar a O'Neil.

Cuando Kawalsky se adelantó, O'Neil no hizo ademán de defenderse, retando literalmente al otro a que le atacara. Pero al segundo siguiente, Kawalsky hizo lo que

O'Neil sabía que haría: obedecer las órdenes. Tras un tenso y amenazador instante, Kawalsky escogió detalladamente las provisiones.

—¡Feretti! ¡Freeman! ¡Reilly! ¡Porro! ¡Volved dentro! —Se giró y se deslizó por la duna, iniciando los primeros pasos del largo regreso a la pirámide.

O'Neil se volvió a Daniel, mirándolo un rato antes de decir:

—Ahora que ha puesto usted en peligro la vida de todos menos la mía, haga el favor de ir con esos hombres y ayude a traer el equipo.

Daniel no creía que seguir a Kawalsky a las oscuras entrañas de la pirámide fuera la acción más segura en ese momento, pero al menos no le pareció tan peligroso como quedarse en el desierto con O'Neil, así que bajó de la duna detrás de los militares.

Una hora después, los militares ya estaban levantando el campamento, clavando largos piquetes en la tierra para montar las tiendas, desempaquetando todos los aparatos y accesorios de comunicación adicionales, y amontonando los embalajes para levantar una pared que hiciera sombra. Ninguno discutió el limitado suministro de aguas y víveres, pero todos pensaban en lo mismo.

Daniel estaba seguro de que Kawalsky le había hecho transportar el objeto más pesado del carro. Fue un trabajo asfixiante, lento y agotador, arrastrar una caja de dos metros de longitud por cincuenta centímetros de grosor y anchura para subirla luego por la escarpada ladera de la última duna. A media subida, se paró a descansar y escuchó la discusión de los soldados.

—¡No me lo puedo creer! ¡Estamos atrapados! —Era la cantinela de Feretti.

—Déjalo ya, pesimista —dijo Freeman.

—Es verdad —concedió Reilly, levantando la vista de los piquetes que estaba clavando para poner la tienda—. Si no volvemos pronto, lo único que tienen que hacer es accionar la Puerta desde la Tierra.

—Escucha, imbécil —dijo Feretti a Reilly, con ganas de sermonearle—, no tienes más que preguntarte cómo has llegado aquí. ¿Acaso era una carretera de dos carriles? No. Saliste disparado por un cañón de energía a cincuenta mil millones de kilómetros por hora, en forma de mierda interestelar de masa cero, ¿te acuerdas? Pues ahora piensa: ¿cuántas direcciones seguías a la vez? ¡Una! ¡Una sola dirección! Pero hay más. No sólo está ahora el silo más vacío que una iglesia un sábado por la noche, sino que, además, aunque los científicos den media vuelta y regresen al silo, y aunque pongan en marcha de nuevo el maldito cacharro galáctico, ¿qué harás tú? ¿Nadar contra corriente?

El Oficial Científico Brown les oía. Abandonó un instante el montaje del escáner y dijo:

—Feretti tiene razón. El rayo de luz se mueve en una sola dirección a la vez.

Estamos hundidos en la mierda.

En el interior de la sala donde estaba la Puerta, O'Neil levantó la última caja que había en la vagoneta y se dirigió a la salida para echar una ojeada al largo corredor, negro como un tizón de no ser por unas cuantas luces artificiales. No vio a nadie. Depositó la caja en el suelo y volvió a la vagoneta. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una extraña herramienta, con la que se puso a trabajar. Un instante después oyó la voz de Kawalsky, que le hablaba desde la puerta.

—¡Señor! El campamento base ya está listo, señor.

Acariciando fríamente la herramienta, O'Neil se dio la vuelta tranquilamente para mirar al intruso, con expresión tan impasible como siempre. Asintió vagamente.

—Quiero disculparme por haber perdido los nervios —empezó diciendo Kawalsky. O'Neil deslizó la mano en el bolsillo y volvió a sacarla sin que el teniente se percatara de nada—. En parte es porque parece que aquí pasan más cosas de las que uno ve con los ojos.

—¿Y qué? —preguntó O'Neil, dando a entender a Kawalsky que su trabajo no consistía en saberlo todo.

—Por ejemplo —insistió el teniente—, ¿qué es eso que dijo usted de que no iba a regresar con nosotros? ¿De qué va todo esto?

—Disculpas aceptadas —dijo secamente O'Neil—. Esta caja va al campamento. —Kawalsky permaneció inmóvil, esperando una respuesta más racional, más humana. Pero O'Neil no se inmutó—. Puede retirarse, soldado.

Furioso y disgustado, pero disimulando la ira, Kawalsky se agachó y recogió la última caja. Hizo que O'Neil viera con qué facilidad la levantaba, utilizando su fuerza para lanzar al coronel una amenaza velada: Si quisiera, te partiría en dos con mis manos. Se puso la caja al hombro y se alejó.

En cuanto se fue, O'Neil volvió a la vagoneta. Introdujo la extraña herramienta en una hendidura situada entre las tablas del fondo y giró con fuerza, dejando al aire un compartimento oculto. Se abrió una especie de trampilla. O'Neil metió la mano y sacó un par de pesados cilindros de acero. Los brillantes cilindros eran las dos mitades que, encajadas, formaban un aparato muy sofisticado desde el punto de vista tecnológico. Juntó las líneas indicadoras de ambos tubos y apretó con fuerza hasta que los dos quedaron ensamblados firmemente produciendo un chasquido agudo. Una vez finalizada esta operación, se abrió una ventanilla de cuatro centímetros cuadrados en el extremo del aparato. Dentro había una llave cuadrada de color naranja. O'Neil la cogió, cerró la ventanilla y, con suma cautela, depositó de nuevo el artefacto en el escondite de la vagoneta.



Se puso en pie y, después de haberse asegurado de que nadie le veía, se guardó la llave en una pequeña abertura hecha en la cinturilla de sus pantalones de faena. Luego fue a reunirse con sus hombres.

Daniel tiraba del cajón por la última pendiente arenosa y lo llevó hasta la cornisa de piedra que O'Neil había elegido como base. Agotado y dolorido, cayó de bruces en la arena con un ronco gruñido de alivio.

Los militares manifestaron lo impresionados que estaban no prestándole la menor atención. Cuando consiguió ponerse en pie. Llevaba una alfombra de arena pegada a la ropa. Estaba empapado en sudor y la arena se había pegado a la humedad de su cuerpo. Sin embargo, era el menor de sus problemas. Tenía los riñones como si fueran la diana en una competición de lanzamiento de hacha y empezó a notar que por los brazos y el cuello le subían los primeros escozores de las quemaduras del sol. Se preguntó cómo sería una insolación y si sería capaz de detectar los síntomas en caso de sufrirla. Entonces recordó que estaba en otro planeta y le atacó la fobia a los viajes. Estornudó once veces seguidas.

Volcó la caja sobre el lado más alto y se sentó a la sombra que proyectaba para examinar el paquete de suministros que le habían dado: palillos, tabletas para depurar el agua, una manta acrílica que pesaba menos de un kilo, un costurero de viaje, una brújula, rollitos de fruta preparada, gafas de sol, pastillas de menta para el aliento, dos navajas, bengalas, cápsulas de cianuro, una hamaca, cuerda, cinta, tiritas, material de primeros auxilios, pero no lo que estaba buscando.

—Es increíble el ejército. Lo que hay aquí no me sirve de nada. Hay de todo menos bronceador.

Ni uno solo de los militares lo miró. Daniel probó de nuevo.

—Feretti, Porro, ¿habéis traído alguno un protector para el sol? Me estoy quemando vivo.

—Jackson, necesitamos que nos traigas esa caja aquí —le dijo Feretti con indiferencia.

Daniel se sacudió toda la arena que pudo. Luego se agachó para seguir tirando de la caja, pero en cuanto se inclinó sintió la espalda como el proverbial perro de lanas metido en el microondas, así que decidió hacer dos viajes. Arrancó la tapa, abrió la caja y cuando vio lo que había arrastrado por el desierto, dio un salto atrás y gritó al mismo tiempo.

—¡Pero bueno! ¿Es que pensabais organizar una guerra aquí? —Dentro de la caja

había dos docenas de fusiles de asalto semiautomáticos.

—Gracias a ti, tendremos tiempo de organizar una —farfulló Feretti. Acababa de llegar al punto de ebullición y ver a Daniel contemplando en silencio los fusiles le hacía bullir aún más—. ¿Por qué no haces algo útil, Jackson, por ejemplo leer un poco?

Y con una sola mano lanzó por los aires la mochila de Daniel, que pesaba veinte kilos y fue a parar directamente al pecho de su dueño, haciéndole caer hacia atrás y rodar por la cresta de la duna. Aterrizó unos metros más abajo, en medio de una espectacular lluvia de arena y libros. Cuando pudo incorporarse y escupir un par de veces, la mochila medio vacía siguió rodando hasta que se detuvo en la base de la duna. La convivencia con los militares le iba a resultar difícil.

Feretti se acercó al borde de la duna y vio a Daniel tambaleándose para tenerse de pie. Después se aseguró de que nadie hubiera sufrido daños y volvió a su trabajo. Cuando Daniel levantó la vista, no vio a nadie. Sólo estaban él, los libros y un montón de arena en medio. A regañadientes y dolorido por todas partes inició el largo y asfixiante descenso a la base de la escarpada pendiente. Se agachó para recoger el último libro, tratando de no doblar la espalda, y lo consiguió, pero cuando lo estaba metiendo en la mochila, lo dejó caer. Algo o alguien había pasado por allí.

A pocos pasos, como impreso en la arena, vio algo parecido a las huellas de unas pezuñas. Daniel se aproximó. Las huellas estaban tan hundidas en el árido suelo que sólo era posible que pertenecieran a un animal muy pesado. Estaba claro que eran recientes y se encaminaban a la siguiente duna. El primer impulso de Daniel fue llamar a los demás y enseñarles lo que había encontrado, pero estaba seguro de que lo utilizarían para humillarle más. Miró colina arriba, pero los militares estaban fuera de la vista. Tras unos momentos de vacilación, decidió ir a ver lo que había a la vuelta de la otra duna. Con las manos cruzadas en la espalda, intentando parecer inofensivo, Daniel siguió la pista alrededor de una duna y después de otra. Las huellas trazaban un intrincado laberinto y luego continuaban hasta la base de una inclinada pared de arena de seis metros de altura. Daniel tuvo que hacer varios intentos hasta que consiguió subir. Echó un vistazo a los alrededores.

Entonces lo vio. Se quedó paralizado de miedo y mirando fijamente la grotesca figura que tenía delante. A menos de un tiro de piedra, un enorme animal de aspecto fabuloso levantó la testa y observó a Daniel entre la neblina de calor que despedía la arena. Del tamaño de un elefante, era un gigante de pelo largo, un horrible híbrido de mastodonte, camello y búfalo. Muchísimo más grueso en la parte superior, tenía unas patas ridículamente delgadas a pesar de su enorme peso.

Ambos mamíferos se quedaron un buen rato mirándose bajo el sol infernal antes de que el más grande apartara la vista con un largo bufido. Volvió a agachar la cabeza hasta el suelo, donde probablemente estaba hurgando en busca de comida, y empezó

a cavar con las flacas patas delanteras. Daniel vio que el poderoso animal levantaba inmensos nubarrones de arena mientras escarbaba.

—¿Dónde está Jackson? —preguntó Kawalsky antes de llegar a la cima donde estaba el campamento base. Todo el contingente militar empezó a reír disimuladamente. Todos los ojos se posaron en Feretti.

—Al profesor Jackson se le cayeron los libros por la pendiente —explicó Feretti, señalando el lugar.

La forma en que lo dijo provocó las carcajadas de sus compañeros, pero a Kawalsky no le hizo gracia. Corrió al extremo de la roca y miró a ambos lados. La mochila de Jackson estaba allí abajo, pero abandonada. Con cara seria, volvió al punto donde estaba Feretti y le sacó la verdad. Al instante se puso a dar órdenes. Alertó a la base y organizó una partida de búsqueda. Ordenó a Brown y a Porro que cogieran fusiles, cantimploras y teléfonos de campaña. Los tres estaban a puntos de partir cuando apareció O'Neil.

Al explicarle la situación, repitió casi literalmente las mismas órdenes que había dado Kawalsky, con una excepción: en lugar de Porro, iría él.

Mientras Daniel observaba cómo escarbaba el animal, vio que había algo en la peluda piel que brillaba al sol. El reflejo procedía de la zona que rodeaba la mandíbula de la bestia.

Daniel no le dio importancia al principio, pues le pareció normal en un animal que come, aunque fuera de apariencia tan rara. Pero en cuanto se percató echó a andar en línea recta hacia el engendro, metiéndose la mano en el bolsillo para sacar una chocolatina. Quitó el envoltorio con los dientes y le dio un buen bocado. El animal dejó de escarbar cuando sintió la presencia del humano. Levantó la vista: una mirada potencialmente amenazadora.

Daniel estuvo dudando el tiempo suficiente para preguntarse si era víctima de una insolación o si realmente sabía lo que estaba haciendo. No, estaba seguro de que el reflejo metálico solamente podía ser una cosa. Se acercó más y vio que el animal estaba provisto de arneses, estribos y unas riendas que le colgaban hasta el suelo.

El habitante de la Tierra aspiró profundamente. Aquello era señal inconfundible de que no estaban solos. Significaba que había vida inteligente, una especie capaz de fabricar utensilios y domesticar animales para que les ayudaran a trabajar. El corazón le latía cada vez más fuerte, pero siguió avanzando.

Cuanto más se acercaba, más lento iba. El animal parecía mucho más grande que un minuto antes, unos dos metros hasta los hombros. Y mucho más feo. A primera vista se le había antojado un primo crecido del *Ovibos moschatus*, el buey almizclero

de la tundra de América del Norte. Sin embargo, visto más de cerca, el animal parecía simplemente un primer experimento, poco afortunado, de un cruce de razas. Bien podía ser descendiente de los mamuts del Pleistoceno, o del antílope equiforme de los Hippotraginae, o posiblemente del extinto rinoceronte lanudo. O de los tres. Tenía la espalda muy alta y encorvada, y un pelo largo y fibroso que le crecía en sucios mechones. La piel grasienta y llena de verrugas de su cara albergaba además un par de ojos saltones y vidriosos a ambos lados de una frente en forma de tocón. Los orificios de su nariz eran brillantes, húmedos y anormalmente grandes. Gruñó al humano, chorreando saliva por la barba. Su actitud parecía cordial.



Asqueado y fascinado a la vez, Daniel siguió avanzando. Aunque le escocía la espalda, no tenía la sensación de correr peligro. El arnés, fabricado con algún tipo de cuero y fibras vegetales, indicaba que seguramente se trataba de un animal domesticado. Además, tenía aspecto de ser lento y torpe a la hora de correr. Como verdadero hijo de ciudad, Daniel no tenía la menor idea del peligro de la situación. Ni siquiera tenía experiencia con ganado e ignoraba que hasta una vieja vaca lechera puede matar a un adulto de una coz. Como la mayor parte de la gente, Daniel quería creer que compartía un especial lazo de simpatía con todos los animales y niños. Sólo los humanos de más de nueve años lo consideraban odioso.

Alargándole la chocolatina con el brazo extendido y tragando saliva con nerviosismo, se acercó un poco más. Cuando estuvo a dos pasos se paró en seco y abrió los ojos dramáticamente. Había una X roja moviéndose a un lado de la sudorosa cara del animal. Daniel tardó un minuto en darse cuenta de que la X era un láser, un dispositivo de localización. Miró frenéticamente a su alrededor y divisó a Kawalsky apuntándole desde una duna. O'Neil y Brown llegaron a la cima y se pusieron a ambos lados de él.

Daniel levantó las monos, como rindiéndose.

—¡No disparéis! —gritó a los militares—. ¡Es manso!

En el instante en que Daniel levantó los brazos, el animal comenzó a arrodillarse con torpeza. Evidentemente, ambas manos arriba era una orden que le habían enseñado sus amos. Desde la posición de los soldados, parecía como si Daniel supiera lo que decía. El animal resultaba tan amenazador como una vaca en monopatín mientras doblaba las patas y se sentaba en la tierra sucia con la X roja del láser apuntándole a la caja de los sesos.

—No le dé de comer —le advirtió O'Neil desde lo alto de un montículo, viendo

la chocolatina.

—Lleva arneses —gritó Daniel—. ¡No disparen! —Aunque Kawalsky no tenía intención de disparar hasta que el animal atacara, Daniel estaba seguro de que el tiro sobraría en cualquier momento. Tenía que demostrar que la bestia era mansa antes de que sus compañeros la mataran. Sonriendo nerviosamente, les dijo—: Mirad. No hay razón para temer nada.

Temblando de miedo, dio dos pasos al frente, se paró delante del animal y le ofreció la golosina. Se inclinó hacia delante hasta sentir dos gruesos labios carnosos alrededor de su mano. Cerró los ojos y aguantó. El aliento del animal olía a rayos. Cuando deslizó la lengua, del tamaño de una anguila, por la mano del hombre, el tacto de la saliva caliente fue casi insoportable. Daniel retiró la mano bruscamente dando un pequeño chillido, pero en seguida miró atrás y simuló esbozar otra amplia sonrisa. Para entonces ya estaban más cerca los militares, dejando ver sólo los cascos mientras se adentraban entre las primeras moles de arena. La criatura soltó un gruñido, buscó la chocolatina en la arena, la encontró y se la comió con papel y todo.

Daniel extendió la mano y acarició a su nuevo y peludo amigo. Aunque despedía un penetrante y ofensivo olor corporal, parecía de buen carácter.

—Eres un buen chico, ¿verdad? —dijo Daniel al ogro peludo, empleando el tono de voz cantarín que solía reservar para los animales cariñosos. Sin dejar de acariciarlo ni de rascarle el estropajoso pelo, examinó las riendas y la silla, hechas de piel de animal y hierro bruto. Quien había confeccionado aquello tenía habilidad, pero contaba con pocos medios—. ¿Quién es tu dueño? —preguntó, tocándole debajo de la carnosa y húmeda oreja para darle una agradable rascadita.

Pero se equivocó al tocar allí. Con la velocidad de un conejo asustado, el portaaviones con patas se puso en pie y salió corriendo a velocidad de vértigo. A Daniel sólo le dio tiempo para apartarse, pero, por desgracia, se le enredó el pie en un lazo de las riendas. Medio segundo después sintió el tirón en el pie, arrastrándole violentamente, y lo siguiente que supo fue que estaba haciendo surf por la accidentada arena del desierto a una velocidad capaz de romperle el cuello a cualquiera, y que quien tiraba de él era aquel demonio.





Kawalsky se llevó el arma a la cara, pero ya era demasiado tarde. El animal saltaba dunas de más de un metro, arrastrando a Daniel como si fuera una lata atada al parachoques trasero de un automóvil. Los militares salieron en su persecución, pero la increíble velocidad del bicho aumentó rápidamente la distancia que había entre ellos.

Daniel, arrastrado por el tobillo, se deslizaba a setenta kilómetros por hora sobre una interminable tabla de planchar que le estaba arrancando la piel. Rebotando de un lado a otro, veía el lateral de una duna para chocar inmediatamente con la parte delantera de la siguiente.

Cuando el terreno se hizo un poco más liso, y ya con los pantalones llenos de arena, pudo por fin gobernar un poco las riendas pegando las manos a los costados. A pesar del constante aluvión de arena que levantaban las pezuñas, Daniel consiguió sentarse e intentó tocarse la bota. Casi la tenía cuando el medallón que le había dado Catherine se le salió de la camisa. Iban directos a un gigantesco muro de arena. En el último segundo, el animal se apartó, pero no dio tiempo a que lo hiciera su pasajero, que subió por la rampa natural y saltó por los aires mientras el medallón le golpeaba en la nariz y se le salía por la cabeza. Quiso retroceder, pero notó que se habían aflojado las riendas y salió disparado de nuevo en otra dirección. Cayó sobre la tierra caliente, aterrizando primero con la cara y abriendo con la nariz un surco en la arena.

Finalmente, la bestia dejó de trotar. Con el uniforme lleno de arena, Daniel parecía un gordo de circo, estornudando como un gato que acabara de aspirar pimienta. Al parecer no se había roto nada. Se miró la mano y descubrió que la cadena se le había quedado enganchada en un dedo. Rodó de costado, se sentó, se

quitó la bota y empezó a sacudirse la arena de la boca, los ojos, las orejas y la nariz.

No tardó en ver que O'Neil, Brown y Kawalsky remontaban la última duna, corriendo hacia él con los fusiles apuntando al animal. Cuando se acercaron, al bestia dio media vuelta y empezó a lamerle la cara a Daniel.

—Aparta tu apestoso aliento de mí —gritó, tratando de esquivar la repugnante cara. Pero el animal no le hizo caso y continuó lamiéndole y frotándole con la nariz. O'Neil fue le primero en llegar—. Coronel, quíteme este bicho de encima.

Pero en lugar de hacerlo, O'Neil bajó el arma y, pasando por delante de Daniel, se aproximó al borde de una cornisa cercana. Brown y Kawalsky lo siguieron. Viendo que no podía esperar ayuda de nadie, Daniel hizo a un lado al nauseabundo animal y fue a ver lo que los soldados miraban con tanta atención.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Miraban al fondo de un hondo barranco que acababa en un espectacular conjunto de riscos blanquecinos. Reptando por las paredes blancas, marchando en hileras por el llano fondo del valle y subiendo por escaleras gigantescas había miles y miles de seres humanos.



Episodio XII

Todo sea por la comunicación

Miles y miles de hombres sucios y harapientos trabajaban organizados en grandes grupos, batallones de cien obreros o más, algunos en estrechas cornisas talladas en los riscos, otros en el enfangado suelo de aquella cantera colosal. Era una horrible escena de desdicha humana. Bajo el asfixiante calor de la tarde, los mineros reptaban por todas partes, apoyándose en los minúsculos salientes cortados en las paredes de calcita. En el fondo, donde el agua impedía que bajaran a más profundidad, trabajaban pisando un lodo blanquecino. En diversos puntos del perímetro de aquel enorme tazón del tamaño de un estadio deportivo se veía que había habido grandes desprendimientos, lugares donde las paredes blandas habían cedido y aplastado el cenagoso fondo, enterrándolo todo bajo su masa.



O'Neil oteaba con sus prismáticos. Niños de siete u ocho años trabajaban al lado de los hombres. Aparentemente, su principal faena consistía en llevar talegos de mineral bruto o de una sustancia similar al carbón de piedra, hacia la red de angostos raíles que serpeaban como venas hasta la cima de las paredes del barranco. Pero lo más dramático que se veía dentro y fuera del aquel desfiladero construido por el hombre eran las escaleras de cuerdas hechas a mano. Había cientos colgando por todos lados, de un nivel a otro, pero a cosa de un kilómetro de donde se encontraba el pelotón había una docena cuya longitud era espectacular, pues conectaban el fondo del barranco con un saliente rocoso situado a casi mil metros de altura. Su grosor irregular y los rotos peldaños hacían que estas escaleras parecieran peligrosas. No obstante, cada una aguantaba el peso y movimiento de cuarenta o cincuenta chicos a la vez, algunos trepando con la carga, otros cruzándose con éstos al bajar.

Eran de tez oscura; algunos iban con el pecho al descubierto, pero en su mayoría vestían gruesas ropas que les cubrían desde los hombros hasta los tobillos, Dado el intenso calor, era una indumentaria de lo menos apropiado. Y lo peor de todo era que llevaban la cabeza cubierta con una especie de capucha o con pañuelos. Al estilo de los beduinos de Siria y Jordania.

La excavación se adentraba unos cuatro kilómetros en el valle. Desde el ángulo en que se hallaba el pelotón, los obreros parecían hormigas moviéndose en todas

direcciones. Uno de los grupos, formado por más de cien hombres corpulentos, estaba trabajando a tiro de piedra debajo de los militares, levantando nubes de polvo blanco, tan espesas que parecía imposible que pudieran respirar. Todos estaban manchados de blanco, lo que les daba un misterioso aspecto de fantasmas.

Los miembros de la expedición estaban atónitos, aturdidos. Hasta entonces habían creído que estaban preparados para todo. Si hubieran encontrado alienígenas de tres metros de altura y de cabeza rosa no se habrían quedado tan sorprendidos como ante aquel descubrimiento: seres humanos. Causó una fuerte sensación de proximidad en el equipo el reconocimiento, la súbita conciencia de que estaban emparentados con aquellas personas. Incluso O'Neil hizo algo que no encajaba en su carácter. Una vez que estuvo seguro de que aquellos hombres no estaban armados, pasó los prismáticos a Brown, que estaba ansioso por mirar.

La mente de Daniel, entre tanto, funcionaba a la máxima velocidad. ¿Seres humanos en el otro extremo del universo conocido? ¿Qué relación había? ¿Acaso eran descendientes de habitantes de la Tierra? O lo que podía ser más intrigante aún: ¿éramos nosotros descendientes suyos? Por cada respuesta que encontraba, le surgían mil preguntas más.

Todo cambió en el instante en que el primer obrero levantó la vista y estableció contacto visual con él. Su grito hizo que un centenar de cabezas miraran a lo alto del foso. Luego, como si se hubiera producido una reacción en cadena en el valle, cesó toda actividad y los millares y millares de hombres se pararon para saber qué pasaba. Los que estaban más cerca vieron a los cuatros hombres vestidos de verde ante el gigantesco muro de arena blanca.



Kawalsky y Feretti apuntaron instintivamente con sus armas e hicieron intención de retirarse para ocupar mejores posiciones, pero O'Neil les hizo seña de bajar las armas y se quedó contemplando cómo les observaban los intrigados mineros. No había malicia en la creciente muchedumbre, pero tampoco parecían darles la bienvenida. Ninguno de los dos bandos sabía qué hacer.

—Retirada —decidió Kawlasky. Rectificó inmediatamente—. ¿Nos retiramos, señor?

—¿Qué conseguiríamos? —preguntó O'Neil después de pensárselo—. Al menos podíamos conocer a nuestros vecinos. —Y empezó a bajar la pendiente.

—¿Qué carajo hace ahora? —Sin embargo, Brown sabía exactamente lo que hacía el otro.

—Vayamos con él —sugirió Kawalsky, poniéndose en pie.

Ahora eran miles los ojos puestos en los extraños visitantes que descendían por una de las guías que bajaban hasta el fondo. Algunos de los que estaban en los riscos se quedaron inmóviles, dejando las herramientas en el suelo. Por el ondulado valle seguían llegando hombres, apiñándose para ver a los primeros viajeros desconocidos de la historia.

Al descender, Daniel tuvo la sensación de que algo le estaba tragando. O'Neil encabezaba la marcha, sin dejar de observar cómo aumentaba abajo el número de curiosos. Por suerte, no había indicios de hostilidad; parecían gente pacífica. No obstante, había algo extraño en la forma que tenían de arremolinarse, si bien no podían definir lo que veía de raro en su conducta. Lanzó a la multitud una de sus más frías miradas, con la intención de intimidar a todo el mundo, pero cuando vio que no era necesario decidió que le siguiente paso era el diálogo.



—Jackson, ven aquí —dijo, tirando del egiptólogo—. Habla con ellos.

—¿Qué? ¿Por qué supone que yo...?

—Piensa algo y dilo.

Daniel vaciló pero accedió. Con todos los mineros escrutándole, pasó lentamente por delante de O'Neil y se detuvo al fondo del barranco. Se acercó a uno de los hombres, dentado y delgado, y pronunció unas históricas palabras de contacto entre dos culturas separadas por distancias enormes:

—Yo... Hola. —El minero se volvió y rió exageradamente sin mirar a nadie en concreto. Estaba muy tenso por ser el elegido—. Yo, Da-niel —dijo señalándose con el dedo—. ¿Y tú?

Caras de póker por doquier. Daniel probó con un saludo al estilo japonés. Esta vez tuvo más éxito, pues varios hombres de las primeras filas le devolvieron torpemente el gesto. Fue el comienzo.

—*Essalat imaná* —dijo formalmente, saludando una vez más. Los mineros arquearon las cejas y se miraron. Era evidente que no hablaban arameo. Cambiando de táctica, Daniel empezó a hablar en antiguo egipcio, una lengua que no se había vuelto a hablar en la Tierra en los últimos 1700 años. Pero dado que nadie sabía pronunciar el equivalente fonético de los jeroglíficos, lo único que podía hacer era seguir probando.

—*Neket sennefer ado ni* —anunció. «Venimos en son de paz». Los mineros se le quedaron mirando, cortésmente pero sin entender nada. Lo intentó de nuevo haciendo

algunas variaciones con la estructura vocálica de la frase, pero ninguna funcionó. O no entendían o no sabían hablar antiguo egipcio.

Probó con otras posibilidades menos probables. Saludó en bereber, osmótico, antiguo hebreo y chadiano. Pero nada. Fue un momento de lo más frustrante. Había pasado toda su vida estudiando estas lenguas, alcanzando unos niveles de fluidez que trascendían lo meramente útil, y ahora que tenía la increíble ocasión de practicar, descubría que no le servían para nada.

Levantó la vista hacia los ardientes soles que esperaban su siguiente movimiento y empezó a jugar distraídamente con el medallón que le colgaba del cuello. De repente, un hombre que estaba cerca se separó del grupo y se puso a gritar como un salvaje a los demás mineros, con expresión de terror en el rostro.



—¡Naturru ya ya! ¡Naturru ya ya! —gritaba sin parar al tiempo que retrocedía, retorciéndose de espanto, como si Daniel fuera a azotarle en cualquier instante.

Los otros mineros empezaron arrodillarse inmediatamente, pegando la cara a la arena en una postura de abyecto servilismo y sumisión. A los pocos segundos, las palabras «naturru ya ya» habían resonado en todos los rincones de la mina, obligando a los miles de hombres a postrarse. Daniel retrocedió unos pasos.



—¿Qué demontres les has dicho? —preguntó O’Neil con exigencias.

—Nada. Sólo he saludado.

—Maldita sea. Te dije que te comunicaras con ellos.

—¿Y cómo? —dijo Daniel, señalando a las masas arrodilladas.

—Por el copón de la baraja, Jackson, comunícate.

Exasperado, O’Neil observó a la multitud unos instantes y se acercó a un muchacho. Lo levantó con una mano y le ofreció la otra, pero al ver que el muchacho no entendía le tomó una mano y se la estrechó, diciendo:

—Hola. Estados Unidos de América. Coronel Jack O’Neil.

El chico parecía estar ya con rigor mortis. Asustado y perplejo, estaba a punto de llorar. Cuando O’Neil se dio cuenta de su estado, le soltó la mano y dejó que se

alejara corriendo.

—Todo sea por la comunicación —murmuró Daniel.

—Coronel, las once en punto —dijo Kawalsky, llamando la atención sobre algo que se acercaba por el valle. Era otro animal, parecido al de antes, sólo que éste iba gualdrapeado con adornos de planta y tenía el pelo cuidadosamente trenzado. Sobre su encorvada espalda iba una tienda decorada y en el interior había un pasajero protegido por unos cortinajes. Mientras avanzaba, el animal iba abriendo un surco entre la multitud como una embarcación principesca deslizándose por un río de nenúfares.

Andando al lado del animal, hablando animadamente al ocupante de la litera, iba el mismo chico al que O'Neil había dado la mano. De repente se abrió la cortinilla y desde dentro salió un grito furioso contra el muchacho, que retrocedió rápidamente.

El animal llegó hasta ellos escoltado por un pequeño cortejo en el que había unas cuantas mujeres. Los militares pensaron que estaban a punto de conocer a uno de los capataces de la cantera, así que se prepararon para el enfrentamiento. Pero cuando se abrió la puertecilla vieron a un enjuto viejecillo que se deslizó por el lomo de la bestia con increíble agilidad. Llevaba una túnica roja que no se parecía a las de los demás hombres. En la cabeza lucía un tocado similar al de los beduinos de Oriente Próximo y su barba gris destacaba por lo bien cortada y arreglada.



Parecía un hombre serio y concentrado. Fue directo a Daniel y, sin previo aviso, cayó de rodillas y empezó a recitar una especie de oración. Hablaba a toda velocidad a pocos centímetros de los pies de Daniel, que se volvió a sus compañeros y preguntó:

—¿Qué hace?

—¡Yo no saber nada, oh, Sagrado Amo! —respondió Kawalsky con una reverencia.

Era evidente que lo habían tomado por quien no era. Daniel se agachó para escuchar al hombrecillo, mientras éste recitaba la larga invocación. Sus palabras sonaban a omótico o bereber, tal vez a chadiano. Pero fuera lo que fuese, no lo reconoció. Luego, tal como había empezado, el viejo cesó de hablar. Volvió a ponerse en pie y este gesto fue imitado por todos los hombres del valle. Hizo una seña a las mujeres para que se acercaran y dos de ellas, que llevaban agua en cántaros de barro, le obedecieron.



La más joven se acercó a Daniel y le entregó un pedazo de tela muy suave. Luego levantó el cántaro como para derramar agua. ¿Quería mojar el paño? Daniel estiró la mano en que ella había depositado la tela, pero la mujer le indicó con un gesto que la apartara. Cuando Daniel entendió por fin lo que quería decirle, ya era demasiado tarde. La miró a los ojos y quedó electrocutado por su belleza, por el increíble magnetismo de su mirada. Su mente se movió en barrena y empezó a tener la intensa sensación de que la conocía. Pero ¿cómo se puede sentir algo así ante una persona sabiendo que no la has visto nunca? Tal vez fuera el primer síntoma de insolación. Debía de tener una expresión rara, porque la joven estiró la mano y le secó la frente con el paño. Daniel quedó sorprendido por la exquisita ternura del gesto, la delicadeza con que la tela húmeda le había acariciado la frente. Volvió la joven a volcar el cántaro y esta vez Daniel, sin dejar de mirarla, supo lo que tenía que hacer. Juntó las manos y bebió mientras le lanzaba una mirada expresiva.

La joven, de unos veinte años y muy apocada, se volvió a continuación hacia Kawalsky. Daniel vio con desilusión que le enjugaba la frente del mismo modo. Sólo era parte de la ceremonia. El viejo le habló de nuevo y él hizo todo lo posible por escuchar, hasta que al final tuvo una brillante idea.

Sacó una chocolatina medio derretida, le quitó el papel y se la dio a probar. El pobre hombre entendía las intenciones de Daniel, pero evidentemente tenía miedo de comer aquella exótica sustancia marrón. Para él, como para los humanos de cualquier lugar, los comestibles raros le parecía feos y potencialmente venenosos. Pero después de dudar unos instantes, alargó la mano, tomó la barra, la mordió y dilató los preocupados ojos mientras masticaba. Su rostro entero se iluminó con una sonrisa.



—*Bonniui* —dijo.

—*Bonniui* —respondió Daniel, emocionado por haber podido comunicarse con él.

—*Bonniui* —repitió el anciano, sancionando el nuevo sabor.

—¿Qué quiere decir? —interrumpió Kawalsky.

—No tengo ni la más remota idea —contestó Daniel, emocionadísimo.

Señalando con el dedo y gesticulando, el hombre invitó a sus visitantes a que le acompañaran a algún lugar situado más allá de las paredes de la mina.

—Nos está invitando a ir a algún sitio.

—¿Adónde?

—¿Y yo qué sé? Por allí...



El pelotón miró a O'Neil en espera de órdenes, pero el coronel aún no había tomado ninguna decisión. Estaba mirando al viejo como un halcón, escrutándolo para detectar el más leve signo de engaño. No quería caer en una trampa. Sin embargo, al hombrecillo le confundía este silencio, así que volvió a repetir la invitación haciendo más gestos y más exagerados. Daniel intentó convencer a O'Neil.

—¿No buscamos signos de civilizaciones? Muy bien, pues hemos dado en el blanco. Si queremos encontrar los símbolos de la Puerta y volver a casa, tenemos que ir con ellos. Es lo mejor que se me ocurre.

O'Neil continuó petrificado, inexpresivo como una pared de ladrillo. Aunque era un argumento muy convincente, sabía que lo que más estimulaba a Daniel era la posibilidad de jugar a arqueólogo. Pero lo convencieron las razones que le dio Brown.

—Probablemente tiene razón, señor. He tomado algunas lecturas de la cantera. Es el mismo cuarzo del que está hecha la Puerta.



—De acuerdo. No tenemos alternativa —concluyó O'Neil—. Envíe un mensaje por radio al campamento base y diga que vigilen la zona hasta que volvamos...

Salieron de la mina siguiendo una vía ancha y serpeante, con el viejo en cabeza de un ejército de diez mil hombres. Al final del camino había otros dos altos obeliscos que flanqueaban la entrada de la cantera. Daniel rompió filas y se apresuró a ponerse al lado del anciano para observar sus modales y su ropa.

Se llamaba Kasuf y, aunque el protocolo exigía que anduviera solo. Quería saber algo más de los visitantes, así que dejó que Daniel caminara junto a él. No estaba seguro de que fuesen dioses, pero como había disminuido la producción de cuarzo, prefería no correr riesgos. Veía que tenían armas muy avanzadas y que no eran totalmente amistosa sus intenciones. Podían ser peligrosos llegado el momento. Tanto si eran dioses como si no, Kasuf no quería tentar a la suerte y decidió que lo mejor era tratarlos como si lo fuesen.

El que iba a su lado, el de gafas, el que no hacía más que estornudar, ése sí que parecía cordial y pacífico. Pero era un charlatán. Kasuf escuchaba pacientemente la perorata que le soltaba el joven, pero no entendía nada.

Daniel nunca había tenido tantas dificultades de comunicación. Sentía que estaba a punto de perder los nervios, así que respiró profundamente y siguió marchando al lado del anciano en silencio. Lo único que aprendió antes de volver a reunirse con los militares fue que los animales gigantes se llamaban *mastadges*.

Los bichos estaban a cargo de sendos adolescentes de buen aspecto. Más limpios y jóvenes que los mineros, los «pastores» llevaban un corte de pelo rarísimo, pues de la cabeza prácticamente afeitada colgaban largos mechones. Junto a Kasuf iba el muchacho que al parecer era el jefe de los pastores, el mismo joven que poco antes había dado la mano a O'Neil contra su voluntad.

Se llamaba Skaara. Era un joven delgado y guapo que caminaba con los hombros y la barbilla bien erguidos. Estaba enfadado consigo mismo por haber huido de O'Neil y decidido a demostrar a toda costa su valentía.



La caravana empezó a serpear por el desierto. Recorrieron casi dos kilómetros antes de que el polvo blancuzco de la cantera permitiera ver el suelo natural del lugar, la misma sílice parda que los militares habían visto alrededor de la pirámide. ¿Cuántos siglos de extracción de cuarzo habían tardado en formarse aquellas fantásticas dunas blancas?

Daniel siguió intentándolo. Al volver a la formación, importunó a todos los mineros que iban a su lado haciéndoles una pregunta tras otra, todas incomprensibles. Quería aprender los nombres de las cosas, esperando dar con alguna pista lingüística que le enseñara se idioma. Iba casi todo el tiempo tropezando, profundamente interesado por todo lo que le rodeaba, aunque había dos cosas que le distraían: la odofobia, que le hacía estornudar a cada instante, y la chica.

Iba unos metros detrás de él y Daniel no dejaba de inventar razones para girar la

cabeza y mirarla. Cada vez que sus ojos se encontraban, ambos apartaban la vista, nerviosos. Estaba preguntándole a un perplejo minero que iba a su lado por la agricultura del lugar cuando notó que le rozaban en una de sus zonas más íntimas. Dio un respingo y, al girarse, vio al monstruo asqueroso que lo había arrastrado por el desierto. Ahora quería lamerle cariñosamente.

—Largo de aquí —exclamó Daniel, dándole un manotazo.

El animal soltó un grito, un balido como de una cabra de diez toneladas. Cuantos presenciaron la escena la encontraron muy graciosa. Se desternillaban, pero nadie se reía tanto como un pastor de aspecto muy extraño. Era más bajo que los demás y la forma de su cabeza resultaba verdaderamente rara. Por encima de sus cejas de Cromañón tenía un bulto que parecía un cuerno con ganas de salir y sus enormes dientes equinos sobresalían tanto que parecían hachas de guerra. Se llamaba Nabeh.

—*Mastadge* —dijo el muchacho, sonriendo.

Tanto el animal que iba en cabeza con Kasuf como el que intentaba acariciar a Daniel se llamaban *Mastadge*. Sin embargo, había una enorme diferencia entre la majestuosa bestia que iba en cabeza y el baboso y maloliente engendro que estaba fastidiándole.

La caravana torció y se encaminó por un largo valle flanqueado a la derecha por una escarpada sucesión de picos rocosos. Veinte minutos después se detuvieron al pie de los riscos. Daniel miró atrás y vio que las miles de personas que marchaban en hilera no habían terminado aún de cruzar la última cresta que protegía el presente valle. Kasuf los condujo pendiente arriba en dirección a una hendidura abierta en las colinas. Cuando llegó, hizo un alto y llamó a Daniel, mostrándole una larga llanura.

A lo lejos, Daniel vio las altas murallas de una enorme fortaleza, una ciudad. Era la antiquísima morada de aquellas personas y se elevaba como una isla sobre el infinito océano de arena. Sorprendido, se volvió de espaldas y se puso a gritar a sus compañeros.

—¡Es una ciudad!



Mientras O'Neil corría a inspeccionar la escena, Daniel tuvo tiempo de localizar otra vez a la chica en la multitud. Se miraron durante una fracción de segundo y luego hicieron como si se estuvieran fijando en otra cosa. El cruce de mensajes no pasó inadvertido a Kasuf.

—Cierra ya el pico —le ordenó O'Neil en cuanto llegó a la cima. Inspeccionó el paisaje y volvió a bajar para hablar con sus hombres. Les explicó que entrarían en la

ciudad amurallada uno por uno, a intervalos de diez pasos: primero Brown, luego Kawalsky, luego Jackson y el último él. Kawalsky sabía que era el orden en que O'Neil había decidido sacrificarlos si por casualidad caían en una emboscada.

Cuando el coronel partió para explicarle el plan a Daniel, Kawalsky miró a Brown y le dijo:

—En cuanto estés dentro, mira arriba y atrás. Estaré a dos pasos de ti.

Cuando estuvieron a doscientos metros de la ciudad, Kasuf hizo una seña. Una de las mujeres se adelantó con un cuerno de animal. El anciano se lo llevó a los labios y emitió un mensaje para la ciudad. Se abrieron las enormes puertas entre los dos torreones principales. Éstos, de más de veinte metros de altura, estaban hechos del mismo material que el resto de la ciudad: piedra sólida de color paja. La muralla se extendía de forma irregular en ambas direcciones varios cientos de metros y su altura era algo inferior a la de las torres, como un edificio de seis pisos. Kasuf había enviado por delante a unos cuantos chicos sin que O'Neil hubiese tenido tiempo de impedirlo, así que cuando Brown llegó a la puerta ya había una multitud de curiosos en la entrada.



Antes de entrar, Brown sabía que no había forma de evitar una emboscada en caso de que aquella gente la hubiera preparado. En el interior de la ciudad había más edificios altos que formaban calles estrechas. El aire era denso a causa de la superpoblación. Una red de pasarelas enlazaban los pisos superiores de las casas, atestadas de espectadores que podían tener armas escondidas bajo las largas túnicas.

En los últimos minutos Daniel había sufrido otro ataque de estornudos, despertando miradas de extrañeza en los que marchaban junto a él y luego en las personas que lo observaban desde los tejados grisáceos. A estas molestias se añadía la presencia de su asqueroso amigo, el *mastadge*, empeñado en empujarle con su grasiento hocico, ávido de chokolatinas. Cuando se acercó a las puertas, por las que habían sobradamente diez personas en fila, la distancia entre él y la muchacha se redujo. Ahora iban prácticamente juntos y Daniel se puso rojo como un tomate. Se devanó los sesos buscando algo apropiado que decirle y, estaba a punto de hablar, cuando el *mastadge* volvió a pasarle el hocico por una zona muy sensible. Daniel sacó inmediatamente otra chokolatina del bolsillo, pero antes de dársela, se la enseñó al animal.

—Un poco sólo —le dijo antes de quitarle el papel. Pero el *mastadge* se la arrebató con sus grandes labios carnosos.

—¡Te he dicho que un poco! —El animal ya se lo había comido todo—. Y ahora, deja de molestar.

—Le dije que no le diera comida —dijo O'Neil a sus espaldas.

Los mineros que iban a su lado se habían quedado con las palabras «un poco» y empezaron a repetirlas; el hediondo *mastadge* tuvo un nuevo nombre.

El tormento de Daniel acabó cuando uno de los chicos tiró de las riendas y se llevó al animal a una zona de reposo para animales que estaba al otro lado de las puertas. El *mastadge* protestó al verse separado de su nuevo proveedor de dulces.

Cuando Daniel levantó la vista, se sintió impresionado y al mismo tiempo incómodo. No era buena ciudad para quien padeciera claustrofobia. Las toscas paredes se cernían sobre ellos según iban andando por la calle principal. A ambos lados se veían estrechos y zigzagueantes callejones abiertos entre un edificio y otro. En todos los rincones, en ventanas y pasarelas, apiñados en las puertas o inclinados sobre los antepechos, los habitantes de la urbe se asomaban para mirarles con intensa curiosidad. El equipo estaba ahora a merced de aquella gente, de la que no sabían prácticamente nada.

Cuando llevaban recorridos unos cien metros en el interior de la ciudadela, llegaron a una gran plaza cuadrada, donde Kasuf estaba aguardándoles. Mientras la gente llenaba la plaza, Daniel se dedicó a examinar los edificios que le rodeaban. El principal material empleado en su construcción era la piedra, grandes losas hábilmente extraídas de las canteras. Sin embargo, lo que más llamaba la atención era la madera. Las raquílicas escaleras que se tambaleaban en los flancos de las casas, los destartalados tablones que unían los pisos superiores y las puertas que daban a numerosos habitáculos eran de una madera nudosa de color rosáceo. Alrededor de las ventanas y en las cornisas de los edificios había complejos dibujos geométricos grabados en la piedra. Pero en ningún lugar divisó Daniel nada relacionado con la escritura.

Kasuf subió a un pequeño podio y levantó el bastón pidieron a la multitud que guardara silencio. Luego se giró hacia los visitantes y volvió a recitar algo parecido a una oración. Cuando acabó, señaló con su largo bastón un objeto tapado que colgaba entre dos edificios. Obedeciendo sus órdenes, un hombre que se hallaba subido a un andamio recorrió una enorme tela y, cuando el cortinaje cayó al suelo. Daniel se quedó con la boca abierta.

Suspendido bajo la arcada por una red de gruesas sogas había un enorme disco dorado que tenía por lo menos tres metros de diámetro. Sobre su superficie había una reproducción exacta del dibujo del medallón de Daniel, el que Catherine había encontrado en Egipto. En cuanto el enorme disco quedó al descubierto, la ciudad

entera se arrodilló como una gigantesca ola humana, reverenciando a los visitantes. Era impresionante.



—Piensan que somos dioses —musitó Daniel.

—¿Qué crees que les ha hecho llegar a esa conclusión? —preguntó O’Neil, mirando el disco y bajando la vista a la versión en miniatura que colgaba del cuello de Daniel. Asió la reliquia y tiró de ella y de Daniel. La expresión del coronel era amenazadora.

—¿Qué significa exactamente este símbolo? —preguntó malhumorado. Estaba seguro de que Daniel sabía mucho más de lo que le había dicho.

—Es el símbolo de Ra, el dios egipcio del Sol. —Al decir esto, Daniel sintió un pinchazo en la boca del estómago—. Parece que lo adoran. Deben de pensar que ha sido el dios quien nos ha enviado.

Convencido de que Daniel decía la verdad, O’Neil soltó el medallón.

Desde su podio, Kasuf parecía pronunciar un discurso y no dejaba de gesticular mientras miraba a los miembros del equipo. En algún lugar de la multitud, la radio de Brown regurgitó y volvió a la vida. La señal era tan débil que tuvo que ponerse los auriculares y subir el volumen. Entre la interferencia electrostática le pareció oír la voz de Feretti.

Había aparecido de repente, casi sin avisar. Al principio, Feretti había ordenado a los demás que bajaran del risco para ponerse a cubierto, pero en seguida se dio cuenta de su error y subió a toda prisa a la cima para coger la radio de onda corta. De rodillas, se echó la chaqueta por la cabeza y empezó a hablar lo más alto que pudo por el aparato. Intentaba avisar al equipo que había partido. El ruido que lo envolvía, un aullido escalofriante y agudo, le impedía oír su propia voz.

—¡Debemos abandonar el campamento base! ¡Repito: abandonamos el campamento base!

Mientras estaba arrodillado, advirtió que algo se acercaba. Era Porro, que se tambaleaba en lo alto del saliente.

—¡Larguémonos! —gritó a Feretti—. ¡Salgamos de aquí de una maldita vez! Feretti asintió. O volvían a la pirámide o eran hombres muertos.

—¡Repita, campamento base! No le recibimos —dijo Brown—. ¡Repita, campamento base!

Para entonces, todos habían puesto su atención en Brown gritando por la radio. Todo el ceremonial que el anciano había querido respetar había quedado interrumpido.

Frustrado, Brown dejó de intentarlo. Miró a O'Neil y dijo:

—No vale la pena. Hay algo que interfiere la señal.

Desde lo alto de la muralla, junto a la puerta principal, alguien tocó con fuerza un cuerno. Un instante después sonó otro cuerno y ambos llenaron la ciudad e broncos quejidos. Todas las cabezas que se hallaban en la plaza se volvieron para mirar a la vez. Algo pasaba. O'Neil tomó una decisión inmediata.

—Regresamos ahora mismo. En marcha.

Kawalsky y Brown ya estaban de pie y dispuestos antes de que Daniel preguntara el motivo.

El primer impulso de O'Neil fue dejar a Daniel, abandonarle a su suerte, pagarle con la misma moneda. Pero en el último momento lo asió de la manga del uniforme y fue tirando de él calle abajo. De regreso a la puerta, tuvieron que sortear por lo menos a mil personas. Los militares se abrían paso y cientos de manos se tendían hacia ellos para impedirles avanzar; las bocas barbotaban sonidos, tratando de explicar algo muy importante, Estaban diciendo a los militares que no se fueran.

Al principio, O'Neil los hacía a un lado con fuerza, pero con cierta educación. Pero cuando vio que un puñado de hombre estaba cerrando las puertas, salió corriendo y empujó a todo el que se le puso delante.

Los hombres que cerraban la puerta no hicieron caso de los gritos de O'Neil. Acababan de atrancar la puerta con el primer madero cuando llegó el coronel con dos de sus hombres.

—¡Abrid la puerta! —rugió, dando a entender lo que decía con un ademán violento.

Todos empezaron a hablar a la vez, agitando las manos y señalando un lugar más allá de la muralla, en el desierto. Era evidente que no iban a cooperar, así que O'Neil llamó a Kawalsky.

—¿Cree que podemos levantar ese madero nosotros solos?

Kawalsky le miró como diciendo: «Desde luego». Juntos formaban una pareja formidable, ya que eran más altos y musculosos que aquellos individuos enjutos y demacrados. Nadie en su sano juicio se habría atrevido a llevar la contraria a aquellos dos. No obstante, cuando se aproximaron a la puerta, uno de los guardianes cogió a O'Neil por la muñeca.

Con una rapidez que sorprendió incluso a sus subordinados, el coronel le retorció

el brazo por la espalda y lo puso de cara contra la puerta. Y mientras el hombre se deslizaba medio inconsciente y caía al suelo gimiendo, O'Neil sacó la pistola de la funda y apuntó a la muchedumbre.

—¡No lo haga! —gritó Daniel.

O'Neil levantó el arma y disparó tres veces al aire. Cada disparo hizo saltar a la multitud. Jamás habían escuchado una explosión así y estaban verdaderamente aterrados. Todos se quedaron inmóviles, aturcidos y amedrentados. Kasuf, seguido de dos ancianos de la ciudad, llegó adonde estaba el tumulto y se adelantó nervioso para ver qué ocurría.

—*Sha shay ti yu* —gritó.

—Brown, ayuda a Kawalsky a abrir esa puerta. —O'Neil no apartaba la vista del gentío, desafiando a todos a que hicieran un solo movimiento.

Daniel estaba seguro de que O'Neil empezaría a cortar cabezas en cualquier momento. Ignoraba por qué se había vuelto loco, echando a perder las buenas relaciones que habían entablado ya con el extraño pueblo del desierto. Pensaba que era un error abandonar la ciudad antes de explorarla. Aún necesitaban encontrar los símbolos de la Puerta de las Estrellas.

—*Sha shay ti yu. Sha shay ti yu*— Skaara, el pastor obligado a dar la mano a O'Neil allá en la cantera, salió de entre la multitud avanzando muy despacio. O'Neil levantó la pistola, apuntando directamente al entrecejo del joven—. *Sha shay ti yu* —seguía diciendo en voz baja. Llevaba las manos extendidas y abiertas mientras se acercaba al hombre de la boina negra, guardándose de parecer amenazador. Acostumbrado a domesticar a los fuertes *mastadges*, Skaara sabía muy bien cómo acercarse a un animal asustado. O'Neil montó el arma, pero el joven siguió acercándose, repitiendo las mismas palabras y señalando las murallas. O'Neil echó un vistazo a las pasarelas situadas en lo alto. Unas doce personas le miraban desde allí y algunas le hicieron señas para que subiera. El chico señaló al coronel, luego las murallas y finalmente se puso los dedos alrededor de los ojos simulando que oteaba el horizonte.

—Quiere que vaya a ver lo que se divisa desde la muralla —tradujo Daniel.

—Sé lo que quiere.

O'Neil se volvió a Kawalsky antes de seguir al chico escalera arriba.

—Si intentan algo, dispare.

Echando una última ojeada a su alrededor, O'Neil siguió a Skaara hasta uno de los torreones construidos a ambos lados de las puertas. Una vez dentro, subió una escalera de caracol construida para hombres más bajos que él. Salieron al pasadizo de piedra que comunicaba la doble muralla de la ciudad y O'Neil se puso en lugar visible para que le vieran sus hombres. Luego se quedó mirando a lo lejos durante un rato.

—¿Qué ve, coronel? —A Kawalsky no le gustaba que le dejaran colgado cuando estaba conteniendo a mil personas a punta de fusil.

Una gigantesca nube marrón, tan ancha como el horizonte, avanzaba casi a ras de tierra, acercándose a la ciudad como un torrente. O'Neil notó que la brisa se convertía en viento.

—¡Una tormenta de arena viene hacia aquí! —contestó.

Skaara señaló la gran nube de polvo y enseñó al coronel cómo llamaban ellos a la «tormenta de arena»: *Sha shay ti yu*.

—¡Excelente! —exclamó Daniel con sarcasmo—. ¡Habría sido un buen motivo para fusilarlos a todos! —Y no contento con dejar que los ánimos se aplacaran solos, repentinamente seguro de tener el derecho moral de hacerlo, se acercó a sus compañeros y bajó el cañón del fusil de Kawalsky.

—No me provoques. Jackson —le advirtió el teniente.

O'Neil se asomó por el antepecho y les gritó desde arriba:

—Tendremos que quedarnos aquí hasta que pase la tormenta.

Feretti se dio cuenta de que ya era demasiado tarde, pero de todos modos tenía que intentarlo. Arrastrando la radio, que pesaba casi quince kilos, avanzó en medio de la tormenta por la larga rampa en dirección al abrigo de la pirámide. Las ráfagas de viento, que levantaban toneladas de arena, eran lo bastante intensa para derribarlo y lanzarlo a las dunas en caso de que perdiera el equilibrio. Cuando el polvo se hizo más espeso, se subió la camiseta hasta la nariz para filtrar el aire y, entrecerrando los ojos para protegerlos, fue avanzando cada vez con más lentitud, con miedo a tropezar y caer de la rampa.

Finalmente cruzó la gran entrada y dobló hacia el corredor, sacudiéndose la arena de la cara. En cuanto se limpió los escocidos y llorosos ojos, sintonizó la radio.

—Brown, ¿me recibes?

Mientras los últimos miembros de su grupo se ponían a salvo, Feretti daba media vuelta y se internaba en la tormenta nuevamente para tratar de localizar la señal de radio alrededor de los muros.

Al cabo de un minuto le pareció oír la voz de Brown entre un laberinto de interferencias, pero no estuvo seguro. La tormenta soplaba con demasiada fuerza. Pero, por si Brown le escuchaba, gritó por el transmisor, avisando del desastre que se les echaba encima. Tras unos minutos se adentró un poco más en el cavernoso refugio y, colocando la emisora lo más cerca posible de la puerta, puso el volumen al máximo y depositó encima el casco para protegerla del polvo. Con arena entre los dientes, Feretti se adentró en el recinto para unirse al resto del equipo.

No sabían si el grupo de exploración estaba protegido por los «miles de personas» que Brown había dicho por radio o si en aquel momento estaban todos agonizando en el desierto. Sin embargo, sabían que sus posibilidades de sobrevivir menguaban rápidamente. Sin decir palabra, se sentaron en semicírculo a mirar el viento oscuro y arenoso que azotaba la entrada.

Al cabo de unos minutos, Freeman se levantó y se dirigió a la radio, la apagó y la apartó del polvo.

—Estamos malgastando la batería —le dijo a Feretti—. No habrá ninguna señal mientras dure la tormenta. Deberíamos intentarlo cuando pase.

—Mal, mal —dijo Feretti, meneando la cabeza—. Estuve dos años en Arabia Saudí y nunca vi nada igual. Ni parecido.

Le hubiera gustado darse de tortas. Si no hubiera tirado la bolsa de libros de Daniel. Si hubiera sido capaz de dominarse un poco, no tendrían que estar ahora sentado como un inútil, imaginando cómo se estaría ahogando el grupo de O'Neil. También sabía que, sin Daniel, las probabilidades de volver a casa eran nulas. Estaban atrapados en una pesadilla y él había cerrado el ataúd.

—No lo entiendo. ¿Por qué no intentamos nosotros activar la Puerta? Es decir, ¿por qué tiene que ser tan difícil? —sugirió Reilly, siempre pragmático.

—Vaya idea —dijo Feretti, poniendo los ojos en blanco. Luego le explicó por qué la idea no podía funcionar—. Si te equivocas al girar el cacharro, podemos materializarnos en cualquier lugar del inmenso espacio exterior. ¿Tienes idea de cuántos millones de combinaciones tiene la rueda?

—No. ¿Cuántos millones? —preguntó Freeman con ironía.

Feretti empezó a escribir el problema en su pizarra mental, pero se dio cuenta de que Freeman se burlaba de él.

—Cierra el pico, Freeman.

Guardaron silencio nuevamente, sin dejar de mirar el gran rectángulo de la entrada. Habrían podido formar parte de un antiguo espectáculo surrealista: el público esperando en una gigantesca cámara de piedra a que entraran los actores.

A varios kilómetros de allí, más allá del silbante rugido del viento, un asteroide ovoidal ascendía con creciente luminosidad mientras el horizonte se oscurecía con el ocaso. Era el satélite de aquel planeta, borrado súbitamente por una sombra triangular que cruzaba el cielo. Unos segundos después, la sombra desapareció.

La última luz del sol titilaba tras la impenetrable cortina de arena batida por el viento y la luz de la entrada de la pirámide fue apagándose hasta que empezaron a esfumarse los limpios contornos de la radio.

Los militares escucharon algo procedente de la entrada e inmediatamente cargaron los fusiles. Era el inconfundible sonido del metal que choca contra el metal.

Era el casco de Feretti vibrando encima de la radio. Al momento, todo el equipo y todo el suelo de la pirámide empezaron a temblar.

—¡Un terremoto! ¡Lo que nos faltaba, un maldito terremoto!

—No es eso —gritó Freeman por encima del ruido, poniéndose a cubierto entre los pilares que flanqueaban la entrada.

El temblor y el estruendo eran cada vez más intensos. Sobrevolando la tormenta para descender luego lentamente en medio de ella, apareció una nave de forma piramidal. Los brillantes haces de luz que salían de sus costados cortaban el cielo nocturno; fue descendiendo hasta posarse encima de la pirámide más grande.



Desplegó unos largos brazos mecánicos que rasgaron el cielo como las garras de un águila y se posó directamente en el vértice de la gran estructura pétrea. Los tentáculos de aterrizaje encontraron su objetivo y se insertaron con precisión. Tal era la explicación que no habían encontrado generaciones de investigadores, la respuesta al enigma de la gran pirámide llamada de Kefrén. Había sido construida como punto de aterrizaje precisamente para aquella clase de naves.

Una vez logrado el primer objetivo, empezaron a moverse algunas piezas externas del gigantesco aparato. Enormes secciones de las paredes exteriores empezaron a abrirse y desplegarse. Al igual que esas construcciones lúdicas que cambian de forma moviendo un par de piezas, la nave empezó a transformarse en un palaciego ático de forma piramidal.

Sin embargo, antes de completarse la larga y complicada transformación, una nueva presencia entró en la pirámide. En lo más profundo de la edificación, entre los dos medallones incrustados en el suelo y en el techo, surgió una columna de luz azul

que conectó ambos. La luz se expandió alrededor de ambos medallones hasta formar un cilindro.

Los militares, inquietos, apuntando con las armas en todas direcciones, murmuraban qué podrían hacer, pero al mismo tiempo una presencia avanzaba sigilosamente por los corredores, acercándose a ellos Feretti encendió una bengala y estaba a punto de lanzarla hacia la entrada cuando oyó algo a sus espaldas.

Se dio la vuelta a tiempo y vio a una criatura con cabeza de chacal casi encima de él. No pudo hacer más que quedarse boquiabierto.



Episodio XIII

La ceremonia

—No creo que debamos comer nada —musitó Kawalsky. Lo cierto era que se estaba muriendo de hambre y sólo quería saber si los demás se iban a arriesgar a probar la comida.

Daniel, que jugueteaba con un trozo de «pan» correoso y sobrecargado de especias, se inclinó sobre la mesa y comentó tétricamente:

—Podrían tomárselo como una ofensa.

Hacía una hora que había comenzado el festejo y todavía no se había servido la comida. Mientras la luz de la antorcha se reflejaba en el siniestro disco que parecía vigilarlos desde arriba, los visitantes continuaron sentados con las piernas cruzadas tras las largas y bajas mesas que se habían instalado en el patio sobre alfombras de lana de variados colores.

En los espacios que quedaban entre las mesas, un grupo de músicos viejos rascaba y pellizcaba instrumentos de cuerda, tocando algo que sonaba siempre igual. Un rato antes, el cabo Brown, guitarrista decente, había hecho las delicias de la multitud improvisando con uno de sus instrumentos. Los cientos de personas arracimadas en el patio habían aplaudido cuando el soldado cogió aquella especie de cítara de tres cuerdas y tocó unos sencillos acordes de blues. Imitando a Daniel y Kawalsky, los espectadores habían empezado a marcar el ritmo con las manos y los pies, aun cuando la canción de Brown les era tan ajena como la melodía de aquel momento a los recién llegados. Tan sólo Daniel parecía divertirse con la música quejumbrosa y minimalista del grupo, que le recordaba los cánticos «Balee» acompañados de palmas que había escuchado en las bodas nubias durante sus visitas al Alto Egipto.

La mesa estaba preparada para veintidós comensales, todos hombres. Por lo que Daniel podía ver, las mujeres de esta sociedad les servían en silencio y luego brillaban por su ausencia. Kasuf era uno de los integrantes del gobierno local, todos hombres mayores que él, barbudos y, a pesar del calor reinante, ataviados con turbantes y túnicas grises. Eran el Consejo de Ancianos de la ciudad, los líderes políticos. Al parecer, lo estaban pasando bien.

Dentro del círculo de luz que arrojaba la antorcha, apareció una procesión de criadas cubiertas con llamativos vestidos de seda y llevando todo tipo de piezas de vajilla: platos de terracota y bandejas llenas de verduras; copas de hierro burdo; platos para aperitivos, paletas, servilletas y cuchillos, cucharas y salseras, poncheras de vino con cardos flotando y, finalmente, un par de enormes soperas que hubieron de transportarse sobre planchas de madera. Todo quedó dispuesto sobre aquellas mesas

raquíticas y hundidas por el centro, que amenazaban con derrumbarse. Kawalsky levantó el paño que cubría la pesada sopera que tenía delante. Cuando vio lo que había dentro, dio un salto de horror.

Tendido sobre la salsa había un enorme lagarto ceñudo que habían cocinado entero, con piel, ojos y rabo. Tenía la misma piel grisácea y escamosa que las serpientes del desierto y, durante la cocción, se le habían abierto los labios, dejando al descubierto las amarillentas encías. La cabeza y los pies sobresalían del humeante recipiente, y daba la impresión de que había muerto plácidamente mientras tomaba un baño.

—¿Permiso para vomitar, señor? —preguntó Brown, medio en broma, medio en serio.

—No esperarán que nos lo comamos.

Todos a una, bajaron la vista para contemplar la mesa. Los Ancianos les hacían señas para que se sirvieran. Los cuatro viajeros sonrieron y volvieron a echar un vistazo al asqueroso *Reptile du jour*. Esbozando aún una amplia sonrisa, Kawalsky preguntó a Daniel:

—Pues si no quieres ofenderlos, ¿por qué no pruebas un muslito?

—No puede ser peor que la comida del silo —respondió Daniel. Sabía que si había algo de comer y estaba al alcance de Kawalsky, no tardaría en desaparecer.

—Podría ser venenoso —señaló Brown—. No deberíamos comerlo.

—Tiene razón —dijo la imperiosa voz de O'Neil—. No podemos permitirnos el lujo de perder a Jackson. Kawalsky, pruebe usted.

Kawalsky tenía demasiada hambre para discutir las consecuencias de la decisión de O'Neil, así que tomó uno de los cuchillos largos y, después de recibir la autorización de los Ancianos, cortó una pata trasera del reptil. Nervioso, la dejó caer sobre la salsa, produciendo salpicaduras y una carcajada general en todo el patio. Kawalsky levantó la vista y vio que todo el mundo estaba pendiente de él; fingió una semisonrisa y, pinchando el pedazo de carne, lo depositó a los labios. Aspiró profundamente, abrió la boca y se puso la carne alienígena en la lengua. Los habitantes de la ciudad estallaron otra vez en carcajadas, esta vez al ver al cara de aquel energúmeno de uniforme. Mascó una vez y, al ver que no pasaba nada, siguió masticando y se lo tragó.

—Sabe a pollo.

—¿Te parece inofensivo?

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo, cortando otro pedazo—. Pregúntales si tienen sal.

Kasuf no dejaba de mirar la mesa, observando con intenso interés cómo Kawalsky devoraba la comida. Para él, la aceptación de la comida era un asunto de vida o muerte. Daniel se dio cuenta de este detalle y decidió tranquilizarlo utilizándolo

la palabra que había oído decir la hombre después de comerse la chocolatina.

—Sabe bien, ser bueno... ¡*Bonniuni*! —dijo.

—¿*Bonniuni*? —preguntó el anciano, horrorizado. En su idioma, aquello significaba «dulce».

Daniel se maldijo interiormente, sintiéndose frustrado. Después de tantos viajes y años estudiando idiomas, ni siquiera era capaz de transmitir la idea de «delicioso». En ese momento Kasuf reprendía al personal de servicio. Daniel lo interrumpió.

—No *Bonniuni*. Sabe a pollo. Po-llo —dijo lentamente. Pero Kasuf nunca había visto un pollo, así que no entendió nada. A Daniel se le ocurrió una brillante idea y, metiéndose los pulgares en las axilas, se puso a remedar al animal—. Co, co, co, co, coooo.

Nadie entendió lo que estaba haciendo. Se quedaron mirándolo, inexpresivos. Kasuf, temeroso de ser descortés con sus invitados, sonrió y trató de imitar lo que hacía Daniel. Moviendo los brazos como había visto hacer a su invitado, el digno jefe de aquel pueblo devolvió el cacareo a Daniel.

—Apártate de ahí, Jackson —dijo Kawalsky con la boca llena.

Pero la necesidad más fuerte que tenía Daniel en la vida era comunicar sus ideas y no se rindió. Aunque tuvo que hacer nuevos intentos, consiguió que entendieran que la comida era buena.

A lo largo de la complicada cena, tanto Kawalsky como Brown se animaron y probaron muchos otros platos exóticos que les presentaron. Bromearon y rieron con los ancianos de la mesa, aprendiendo los nombres de las comidas y adaptándolos humorísticamente; por ejemplo, la espesa salsa de color marrón claro, que sabía a cerdo con soja a la japonesa y se llamaba *mba jinyuis*, la rebautizaron «bacín con pis» entre carcajadas.

Solamente O'Neil permaneció serio como un juez durante todo el festín, cavilando y esperando, como era habitual en él. No comió nada, a excepción de unos trozos de pan negro, y sólo bebió agua después de haberla tratado con tabletas de cloro.

Daniel cambió de lugar e intentó entablar conversación con Kasuf, pero sus idiomas eran tan distintos que sólo podían comunicarse los conceptos más primitivos. Tenía miles de preguntas en la cabeza, pero ni una palabra, ni siquiera un vocabulario gestual para formularlas. Llevaba varios minutos haciendo uso de la mímica para preguntar por la explotación de la cantera, cuando la vio otra vez. La joven estaba sirviendo pan a los Ancianos en el otro extremo de la mesa. Daniel olvidó de repente el hilo de la conversación y Kasuf se volvió para ver qué era lo que tanto miraba el joven.

La muchacha estaba radiante. El cabello, negro y suelto, le caía sobre los hombros; iba vestida con una tela azul, sujeta alrededor de la cintura a modo de falda,

y con una sencilla blusa de color albaricoque maduro. Cuando se acercó, Daniel no pudo por menos de fijarse en lo transparente que era la blusa. Apartó la vista, avergonzado, pero en seguida volvió a mirar, intentando concentrar los ojos en los hombros de la chica, siguiendo cada uno de sus movimientos mientras servía a los comensales. Entonces se dio cuenta de lo absurdo que era dejarse impresionar por una mujer que no conocía y que probablemente nunca llegaría a conocer. Pero había algo perfecto en ella, algo que iba más allá de su belleza externa, que le atraía. Miró sus manos, sus ojos oscuros, su juventud y su inteligencia se ponía de manifiesto en cada uno de sus gestos. Había algo en ella tan familiar, tan perfecto...

Al principio le había parecido tímida y reservada, pero desde entonces se había dado cuenta de que el recato era la forma en que esta gente expresaba su cortesía en público, y ciertamente eran corteses hasta el extremo. Cada hombre al que ella servía parecía deseoso de entablar conversación, como se habría hecho con la sobrina predilecta. La capacidad de concentración de esta mujer cuando escuchaba, la luminosidad de sus ojos al responder, decía a Daniel muchas cosas: que sabía desenvolverse entre la élite dominante de la ciudad; que tenía confianza en sí misma y que tenía un gran sentido del humor. En varias ocasiones dijo a los invitados cosas que les hicieron reír. Parecía lo bastante lista para «ganarse a la plebe», pero al mismo tiempo tenía también la calidez humana necesaria para hacerlo con excelente disposición.

Si alguna vez regresaba a la Tierra, esperaba encontrar algún día una mujer que fuera la mitad de seductora que ésta. Intentó quitarse la idea de la cabeza y reanudar la conversación, pero Kasuf ya estaba hablando con otra persona.

—Ahí viene tu chica, Romeo —dijo Brown. Todo el que no fuera ciego o imbécil se habría dado cuenta de que Daniel estaba perdidamente enamorado.

—No sé de qué hablas —respondió, poniéndose a la defensiva.

—No estaría mal, ¿eh? Podríais pasar la luna de miel en la pirámide y alquilar una vivienda en esta ciudad. Puedes buscar empleo en la cantera. Y dar clases particulares de latín y griego para conseguir algún ingreso extraordinario. Fundar un hogar, crear una familia. En fin...

Daniel lanzó una mirada asesina al oficial científico, que indudablemente se estaba divirtiendo a sus anchas. Sintiéndose castigado y centro de la atención al mismo tiempo, miró a otro lado y fingió escuchar a los músicos, que seguían dale que te pego.

La burla de Brown había caído como una daga en su corazón. Daniel se sentía como si estuviera en otra parte del universo, explorando un mundo desconocido, disfrutando con sus exóticos habitantes, pero no podía eludir una dolorosa verdad con respecto a sí mismo. Cuando se trataba del sexo opuesto, era un berzas que perdía todo contacto con la realidad.

Lo siguiente que supo fue que ella estaba arrodillada a su lado, ofreciéndole la cesta de pan. Tenía los ojos gachos y parecía sonreírle levemente. Daniel extendió la mano y escogió lo que parecía una fresa peluda. La joven se había mostrado animada y complaciente con los demás, pero ahora mantenía los ojos en el suelo. Entristecido, Daniel le indicó que había acabado, dándole permiso para continuar.

Con la mente en otras cosas, iba a llevarse la fresa a la boca cuando de repente algo le detuvo. Era la mano de la chica, que se acercó a sus labios y con suma delicadeza la quitó la fruta. Luego, arrodillándose junto a él, le enseñó que primero debía pelarla. Arrancó las raíces y la áspera cáscara, y dejó al descubierto la pulpa verde que se escondía debajo.

Por fuera, Daniel estaba tranquilo. Parecía prestar atención mientras ella le enseñaba lo sencilla que era la operación. Pero por dentro estaba como un teatro en llamas y abarrotado de público. Sentía un pánico que le nublabla la mente. La chica esperaba que él cogiera la fruta de su mano, pero, al ver que no, hizo algo que le sorprendió a ella tanto como a él. Le acercó el fruto a los labios y ella misma se lo dio a comer.

Hubo en aquel acto más ternura e intimidad de lo que Daniel o la misma chica podían soportar. La embarazosa situación se complicó además por la actitud de varias personas que exclamaron «¡ooooh!» y «¡aaaah!» a coro. Daniel giró la cabeza y miró a la multitud. Había unas cien personas mirando y todas sonreían. En menos de un segundo la chica desapareció y lo único que pudo hacer fue mirar cómo se alejaba.

Kasuf miró a un grupo de mujeres mayores, que consultaron entre sí y luego asintieron con la cabeza. Habían tomado alguna decisión.

—Parece que a tu chica le duele la cabeza —dijo Kawalsky desde el otro lado de la mesa, comentario que por lo visto entendieron incluso los que no hablaban el idioma de los visitantes.

—Cierre el pico y cómase su lagarto, teniente —que fue exactamente lo que hizo Kawalsky.

—Jackson —gritó O’Neil desde el otro extremo—, venga aquí. —Daniel se levantó y se dirigió al lugar en penumbra donde estaba sentado el coronel, encendiendo un cigarrillo—. Usted dijo que ese objeto era un símbolo egipcio, ¿no?

—El *udjat*, comúnmente conocido como Ojo de Ra —explicó Daniel—. Existen algunas variantes en el motivo, pero las primitivas tumbas de Hieracómpolis y Abidos revelan que...

—Sí, sí, lo que sea... —A O’Neil no le importaban los detalles—. Escuche, lo único que realmente interesa es que si conocen un símbolo egipcio...

—¡Conocerán otros también! Podemos entendernos por medio de la escritura. Déjeme intentarlo.

Emocionado, se puso en pie y, con la atención de todo el patio concentrada en él,

se plantó ante la mesa de los Ancianos. Se arrodilló y miró fijamente la tierra, intentando dar con una palabra-símbolo apropiada. Garabateó lo primero que le vino a la cabeza: BANQUETE. Cuando levantó la vista, parecía que a todos los Ancianos se les había atragantado la comida. Kasuf se puso de pie y empezó a gritar a Daniel, que se asustó. Pensó que, a lo mejor, aquel jeroglífico en particular significaba algo repugnante en su idioma. Inmediatamente lo borró y empezó a escribir la primera frase en jeroglíficos que había aprendido, el primer ejercicio de la Gramática de Gardiner. Decía así: «Quien ha venido en paz y cruzado los cielos es Ra»:

Daniel no había escrito aún la mitad de los veintitrés símbolos de la frase cuando vio la sandalia de Kasuf pisando y borrando su obra. Luego empezó a gritar órdenes para que se dispersara la multitud, dirigiendo a Daniel una sonrisa nerviosa de tanto en tanto. Kasuf se hallaba en posición difícil. Por un lado, los dioses habían prohibido terminantemente la escritura en todas sus formas, y él, como pastor de su pueblo, era el responsable de hacer cumplir la ley. Por otro lado, los extraños visitantes habían sido enviados probablemente por Ra. ¿Acaso la prohibición de la escritura se aplicaba también a los dioses? ¿Se trataba de una prueba? Kasuf no lo sabía. Decidió detener a Daniel por la misma razón que tomaba todas sus decisiones: por respeto a la costumbre.

Mientras los cientos de personas empezaban arremolinarse de mala gana en las salidas del patio, Daniel se dirigió a sus compañeros:

—Jackson, Jackson, ¿por qué cada vez que le mando comunicarse con esta gente acaba alterando el orden público? ¿Qué diantres ha escrito?

—Nada. Su reacción es desmedida. Escribía la palabra «banquete».

—Pues su reacción ha sido muy fuerte —dijo Kawalsky.

—Lo sé, es como si tuvieran miedo de escribir.

—Peor aún, lo tienen prohibido —teorizó O’Neil—. No sé lo que es, pero esta gente tiene un miedo atroz a algo.

Cuando hubo borrado los últimos garabatos de Daniel, Kasuf fue inmediatamente al lugar donde éste estaba y cayó a sus pies, hablando a cien por hora. Al parecer, se estaba disculpando. Durante la perorata, un grupo de jóvenes se acercó para despejar las mesas. Kawalsky estiró la mano y cogió casi al vuelo una última tajada de lagarto, antes de que se lo llevaran todo. Un instante después, Kasuf había convocado al grupo de ancianos. Rodearon a Daniel, hablando en su idioma, contándose y riendo sus propios chistes, y jugueteando con el pelo y la ropa de Daniel.



Llegaron más mujeres y llevaron a los soldados a sus lugares de descanso, mientras otras tiraban de Daniel hacia el suyo.

—¿Tengo que ir con ellas? —preguntó a O’Neil, aunque en realidad lo deseaba. A pesar de la responsabilidad que aún pesaba sobre sus hombros, es decir, llevar de vuelta al equipo a través de la Puerta de las Estrellas, sólo tenía una idea en la cabeza. Las mujeres lo conducían hacia la misma salida por la que había visto marcharse a la joven que le interesaba.

—Adelante —dijo O’Neil. En cuanto el coronel descubrió que aquella gente no tenía escritura, nada que pudiera ayudarles a abrir la Puerta, Daniel dejó de serle útil. Repasó de nuevo la lista mental de los hombres prescindibles y puso a Daniel a la cabeza.

Feretti notó que lo arrastraban sobre el suelo de mármol. Vagamente consciente, se sentía como si lo hubiera arrollado el metro. Se esforzaba por abrir los ojos, por seguir con vida, por mantenerse despierto. Lo arrastrara quien lo arrastrase, se detuvo de repente y lo soltó de golpe. Se concentró en su respiración. Podía sentir el sabor de la sangre en la boca, el frío del mármol en la cara. Cuando por fin abrió los ojos y enfocó la mirada, vio dónde lo habían llevado: a un sarcófago. En el centro de la sala había una caja de piedra en forma de ataúd y de más de un metro de altura. Nunca había visto un sarcófago, pero en cuanto sus ojos se posaron en él, supo que era un sarcófago. Supuso que era para él. Pero un instante después, empezó a moverse. Sección por sección, las paredes de granito del ataúd empezaron a abrirse y caerse como los pétalos de una delicada flor mecánica. Al mismo tiempo, empezó a ascender una plataforma parecida a una cama de un solo cuerpo. En lo alto de la plataforma había un cuerpo humano envuelto en una oscura tela mojada. Para horror de Feretti, la forma adquirió vida. Muy lentamente, se incorporó y apartó el húmedo sudario. Cuando el lienzo dejó al descubierto el rostro de la figura, Feretti oyó su propio chillido. Ante él tenía una cara de oro resplandeciente, una versión viva de la mascarilla fúnebre de Tutankamón, en parte humanoide y en parte de otro mundo. Las cavidades negras de los ojos lo miraron fijamente durante un segundo insoportable hasta que la máscara se giró hacia otro lado. El aterrado militar oyó que algo se movía detrás de él y, un segundo después, un arma parecida a un fusil le voló los sesos.

Cuando las mujeres se fueron, Daniel se dejó caer en la enorme cama llena de bultos que había en el centro de la habitación y respiró de alivio.

—Huelo a león del desierto —dijo a las paredes.

En la última media hora, las entusiastas matronas lo habían enjabonado, afeitado, desnudado, bañado, empolvado, acicalado, masajeadó, perfumado, hecho la manicura y vestido con una larga túnica blanca. El colchón estaba lleno de bultos, como si lo hubieran relleno con bolas de cuerda, pero no le importaba. Era estupendo estar tumbado y relajado. Todo su cuerpo estaba escocido, arañado, quemado por el sol y dispuesto a abandonarse en brazos de Morfeo.

Se dijo que debería escribir todo lo que había visto. Pero se contentó con rememorar la película de los acontecimientos. Le parecía increíble que hiciera sólo cuarenta y ocho horas que había visto la Puerta de las Estrellas. Y ahora estaba allí, descansando en el cuarto de los invitados de una ciudad que podría haber existido en el Antiguo Egipto.

Aún no estaba muy seguro de no estar metido en un sueño o pesadilla de arqueólogo. La vestimenta de aquella gente, sus costumbres, su arquitectura, su economía, cada detalle le fascinaba y daba forma a las ideas que había concebido sobre la vida junto al Nilo entre 800 y 200 a. de C. Pero nada de lo que había visto o aprendido le ayudaba en la misión que tenía encomendada: encontrar el código que activara la Puerta de las Estrellas de la pirámide. Recordó la discusión que había mantenido en la sala de conferencias con el general West y la promesa que le había hecho de hacer regresar a los soldados a través del artilugio. Desde que había llegado a aquel extraño lugar y visto la gran pirámide vacía de las dunas, había olvidado esa promesa. Decidió que al día siguiente reanudaría su trabajo. Para hacerlo, tendría que abandonar Nagada.

Aunque estas personas amables habían sido generosas y hospitalarias por demás, no parecían dispuestas a ayudarlo a encontrar los jeroglíficos que necesitaban. Evidentemente sabían lo que era la escritura; si no, no hubieran reaccionado con tanta rapidez y energía. Después del episodio de la cena con Kasuf, Daniel lo había intentado de nuevo con las mujeres que le habían conducido al dormitorio. Una de ellas tenía una pieza de plata pulida que utilizaba como espejo. Daniel había volcado unos polvos en su superficie y escrito un par de símbolos. Pero las mujeres habían recibido estos intentos de comunicación con la misma reacción que Kasuf. Le quitaron el espejo y le pegaron en los dedos. La teoría de O'Neil tenía sentido: era como si tuvieran prohibido escribir. Pero la pregunta de quién lo había prohibido no era asunto de Daniel. Al menos de momento.

Decidió que lo primero que haría a la mañana siguiente sería convencer a aquellas personas de que lo llevaran a otra ciudad donde la gente supiera hablar, escribir y pensar por sí misma.

Sintió que se dejaba llevar. Oyó una procesión de músicos que avanzaba por la calle, camino de la vivienda en que se encontraba. Un instante después, oyó un inconfundible susurro al otro lado de la puerta. Se incorporó de inmediato, pensando

que podía correr peligro. Vio que una mano apartaba las cortinas que hacían de puerta de la habitación.

Era ella, la muchacha que tanto había despertado su interés. Avanzaba hacia él, sin levantar los ojos del suelo, envuelta en una larga túnica blanca, exactamente igual a la suya. A Daniel se le subió el corazón a la garganta. Se puso en pie preguntándose qué era todo aquello. La chica parecía nerviosa, insegura conforme se acercaba. Cuando estuvo a medio camino, se paró y se aflojó el nudo de la túnica, dejando que ésta cayera al suelo, poniendo al descubierto su hermoso cuerpo desnudo.

Daniel tragó saliva.



Episodio XIV

El hallazgo

Todo en aquella primitiva ciudad era tosco, ruinoso y lleno de grietas. La argamasa que recubría la habitación de Daniel parecía llena de cuchilladas bajo la oscilante luz del candil, y este fondo hacía que la suave piel tostada de la chica pareciera sobrenatural. Allí estaba ella, con la túnica caída a los pies, temblando y mirándolo. Ninguno de los dos sabía qué hacer.

Pasado el primer susto, Daniel se sonrojó, pero en seguida se dio cuenta de lo que pasaba.

—No tienes por qué hacerlo —dijo, agachándose para recoger del suelo la ropa de la muchacha y viendo lo asustada que estaba la delicada criatura.

Era evidente que los Ancianos le habían visto mirarla y habían decidido entregársela a modo de regalo. De repente se sintió avergonzado. Había sido muy indiscreto y su apasionamiento había sido la causa de que la inocente chica tuviera que pasar por el traumático episodio. Recogió la túnica e hizo ademán de ir a ponérsela sobre los hombros, pero, ante su sorpresa, ella se resistió a que la vistiera. Aunque no entendía las palabras de Daniel, él intentó explicárselo.



—Lo siento, de verdad que lo siento mucho. No te preocupes, no tienes que hacerlo. En serio, me gustas, créeme. Eres realmente hermosa, pero... ¿me entiendes?

Finalmente, la chica se dejó cubrir con la túnica. Daniel la rodeó tiernamente con el brazo y la acompañó hasta la puerta. Apartó la cortina y, para reafirmar lo mucho que le gustaba, le pasó la mano por la mejilla y sonrió con afecto.



Aproximadamente un centenar de personas, entre ellas los Ancianos, se habían congregado en la pasarela esperando el resultado de la visita de la muchacha, y otros tantos ciudadanos miraban absortos desde los balcones del edificio de enfrente.

—¿*Kha shi ma nelay*? —preguntó Kasuf a Sha'uri—. ¿*Ka shi*?



La muchacha trató de explicarle algo al viejo, pero éste había perdido los estribos y le gritaba furioso, señalándola con el dedo. La joven desistió, agachó la cabeza y empezó a sollozar. Kasuf miró a Daniel, mostrándose repentinamente humilde y simpático, y comenzó a disculparse en su propio idioma, temiendo que la chica hubiera hecho algo molesto para el huésped. Rebajándose de una manera teatral, se adelantó y asió a la chica por la muñeca con intención de arrastrarla, pero Daniel la liberó sin dilación y la atrajo de nuevo hacia sí. Le pasó una mano por el hombro y esbozó la mejor de sus sonrisas.



—Sólo quería decir... —farfulló— Bueno... ¡Gracias! Sí, eso era lo que quería decir: muchas gracias. No podría estar más encantado. De verdad que es algo raro esto que hacéis, pero lo que quiero decir es gracias, gracias, gracias.

Sabía que nadie entendía sus palabras, pero tal vez entendieran su tono de voz. La muchedumbre se quedó mirándolo sin comprender mientras él volvía a la casa con la joven.

—¡Buenas noches!

Echó las cortinas y respiró aliviado. Lo último que quería en el mundo era meter a la chica en líos. Se volvió y la miró.

—Lo siento.

Ella lo miró sorprendida y al momento empezó a desatarse la túnica.

—No, no, está bien así —dijo Daniel, indicándole que no siguiera, y ella, absolutamente perpleja, le obedeció. Luego le indicó que se sentara en la cama y también obedeció. Daniel fue al otro extremo, hasta encontrarse a una distancia prudente, y se sentó con la espalda pegada a la pared. Se miraron, Daniel sonrió. La chica sonrió. Volvieron a mirarse. Desde que había puesto los ojos en ella no había deseado otra cosa que estar a su lado, pasar un rato con ella aprendiendo a superar sus diferencias lingüísticas y culturales, y ahora que se le presentaba la oportunidad no sabía qué decir.

A Kawalsky, Brown y O'Neil se les había llevado a sendos aposentos del extremo opuesto del mismo edificio. Cada uno de ellos ocupaba una habitación distinta, aunque las tres daban al salón en que se habían reunido por ser el único lugar con ventanas. Brown llevaba media hora manipulando la radio, probando todos los trucos que conocía para contactara con Feretti y los demás.

O'Neil se hallaba junto a una de las ventanas y desde allí podía ver la tormenta que azotaba las enormes murallas de la ciudad. De espaldas a los otros, el coronel manoseaba algo distraídamente. Era la llave naranja que había sacado del aparato escondido en el interior de la vagoneta. Cuando las cortinas que hacían de puertas se abrieron, O'Neil se guardó inmediatamente la llave en el bolsillo y Kawalsky desenfundó la pistola. Tenían visita.

Era Skaara, que empezaba a dar la impresión de que no sabía más que seguir a O'Neil adondequiera que ésta fuese. Su deseo de estar cerca del coronel lo convertía en minoría de uno solo. Los habitantes de Nagada, al igual que los soldados que se encontraban bajo su mando, intuían lo peligrosamente impredecible que podía ser el hombre de la boina negra, razón por la cual preferían mantenerse a cierta distancia de él. Todos menos aquel muchacho, la primera persona a la que O'Neil había asustado y que ahora le seguía a todas partes, observando cada uno de sus movimientos. En cuanto entró en la sala, Skaara se escurrió hacia un rincón y se sentó en el suelo, dando a entender que no iba a molestar. Kawalsky miró a O'Neil y éste asintió, indicando que permitía que el chico se quedara.

Durante el banquete había visto al muchacho sentarse a observar en las sombras y eso era precisamente lo que hacía en aquel momento. El coronel dejó a Brown y a Kawalsky y entró en su propio dormitorio, donde se sentó en una de las incómodas sillas. El chico, temeroso pero decidido a conducirse con valentía, entró también y se sentó a pocos metros de él. Sin hacerle caso, el coronel sacó un cigarrillo y lo encendió. Cuando vio la llama del encendedor, Skaara casi saltó de la sorpresa. No obstante, cuando recuperó el aliento, alargó la mano y sacó un cigarrillo del paquete, imitando los movimientos del coronel y fingiendo que fumaba.

—Encendedor —dijo O'Neil, pronunciando lentamente la palabra y lanzando el Zippo a Skaara.



El chico, fascinado, lo encendió varias veces antes de prender torpemente el

cigarrillo. Lanzando una mirada de reojo, O'Neil sacudió la ceniza y vio que el chico lo imitaba. Ambos permanecieron sentados unos instantes. Skaara empezaba a sentirse confiado. Al fin y al cabo, era el único que se codeaba con los notables visitantes. O'Neil se percató del engreimiento del muchacho y no pudo resistirlo. Dio una larga chupada al cigarrillo y se llenó los pulmones de humo. Skaara, esbozando una sonrisa de hombre curtido, hizo lo mismo, pero en cuanto el humo llegó a sus pulmones, los ojos se le salieron de las órbitas. Se incorporó jadeando, y empezó a doblarse y a tambalearse hasta desplomarse en la cama, aumentando con las toses la irritación de la nariz y la garganta.

Brown y Kawalsky escucharon las toses del chiquillo, pero decidieron no investigar. En cuanto pudo, Skaara se incorporó un poco y tiró el tabaco al suelo, jurándose no volver a fumar jamás.

—Buena idea —dijo el coronel, apagando también su cigarrillo y aproximándose para aplastar el que había tirado el muchacho. Sin embargo, cuando levantó la vista se llevó una sorpresa muy desagradable. El muchacho, con los ojos aún llenos de lágrimas, acercaba la mano a la pistola que le había visto disparar por la tarde junto a la puerta de la ciudad. Cuando ya iba a tocar el cañón del arma, oyó el rugido de O'Neil—: ¡No! ¡Es peligroso! —Apretó la mano del muchacho contra la cama y le obligó a soltar la pistola; a continuación le dio unos buenos manotazos. Kawalsky y Brown entraron cuando O'Neil, con el arma en una mano, zarandeaba al muchacho con la otra al mismo tiempo que decía—: No, no, no, no.

En cuanto lo soltó, Skaara salió disparado. El coronel fue tras él, abrió las cortinas y se detuvo. Cuando el chico desapareció de su vista, O'Neil se sentó en la dura cama que le habían dado y se concentró en limpiar la pistola. Su encuentro con Skaara le había causado no poca sorpresa (en realidad, habían jugado juntos), cosa que llevaba mucho tiempo sin experimentar. Y tal como esperaba, sus pensamientos empezaron a desviarse hacia la Tierra y hacia su propio hijo.

Antes incluso de que naciera Jack Junior, O'Neil ya había empezado a cambiar. No solamente empezaba a sentirse más vivo y feliz, sino que era la primera vez que recordaba haber sentido deseos de volver a casa. Aquel nacimiento era el acontecimiento más gratificante en el que había participado. Pero al mismo tiempo comenzó a disminuir su entusiasmo por Jump Dos y a dejar de sentir la necesidad de violencia y sangre.

El día que su hijo cumplió seis años había sido crucial. Situado detrás del niño para ayudarlo a abrir los regalos, pues el pequeño estaba muy nervioso. O'Neil levantó la vista, vio a Sarah sonriéndole y sintió que le inundaba un intenso sentimiento de gratitud cuya procedencia ignoraba. En ese momento se dio cuenta de que ya no era el niño enfurruñado y vacío que había sido mientras crecía, el chico que hacía daño a las personas y a las cosas porque no sabía ser de otra forma. Sarah había

producido aquella transformación en él y, aunque llevaban ya casados mucho tiempo, de repente comprendió que le debía la vida.

A la mañana siguiente entró en el despacho del sargento y le dijo que deseaba abandonar Jump Dos. Al principio, sus superiores le negaron la autorización. O'Neil era el alma del equipo, el mejor soldado de aquel cuerpo de élite. Pero insistió y, finalmente, en lugar de apartarle del servicio armado, lo destinaron en calidad de instructor al campamento de reclutas de la Infantería de Marina de Yuma. No obstante, le advirtieron que el personal de Servicios Especiales de su categoría nunca llegaba a retirarse del todo. Algún día lo llamarían para otra misión, pero, por supuesto, jamás había imaginado que sería algo como lo que estaba realizando en aquel momento, sobre todo después de haber sido expulsado.

Cuando el joven Jack cumplió doce años, él y su padre eran los mejores amigos del mundo. Combinación perfecta de entrenador-jugador, formaron el equipo más combativo de la liguilla local. Lo único que en cierto modo rompía la armonía era que, a pesar de la conversión de carácter sufrida por el padre, el hijo había heredado la misma dureza de corazón que su progenitor había tenido. Empezó a meterse cada vez en más líos dentro de la escuela, llegando a cruzar la frontera que separa al camorrista del violento. Sarah estaba preocupada, pero cuando intentaba hablar del asunto, los hombres de la familia se cerraban en banda. Se miraban cambiando sonrisas burlonas, como dando a entender que eran miembros del club de la casa, en el que sólo se admitía a hombres.

Recordando ahora cómo había consentido las imprudencias de su hijo, O'Neil suspiró con tanta fuerza que llamó la atención de Kawalsky y Brown. Luego se golpeó la cabeza contra la pared, sin violencia, pero fue más que suficiente para que los otros dos apartaran la vista de la ventana.

Brown miró a Kawalsky y, tratando de hacer la pregunta con la máxima moderación, dijo:

—¿Soy yo o a ese tipo le pasa algo malo?

—Limitate a cumplir sus órdenes —contestó Kawalsky—. Debe de haber una buena razón para que lo hayan puesto al mando de esto.

Brown se le quedó mirado un instante y volvió a preguntar:

—¿De verdad lo crees?

Kawalsky no respondió.

Llevaban sentados mucho tiempo sin dejar de mirarse cuando Daniel no pudo soportar más la necesidad de hablar. Carraspeó como si estuviera a punto de convocar una reunión y se presentó a la criatura angelical que se hallaba sentada en la cama, rígida como un poste.

—Soy Daniel. Daniel.

—¿*Dan-derr*? —preguntó ella.

—No, *Dan-yor* , no. Yo, Daniel —dijo vocalizando con claridad y señalándose con el dedo. La chica sonrió tímidamente y asintió.

—*Dan-yor* —repitió, antes de señalarse a sí misma y decir—: Sha'uri.

—¿Sha'uri? Muy bien, Sha'uri. Hola. —Después de otra horrible pause, Daniel continuó—. Hemos venido de la pirámide. ¿Conoces la pirámide? Cuatro lados iguales que se unen en un vértice. Bueno, seguro que no te va a gustar, pero de todas formas te voy a hacer un dibujo. —Y con el dedo trazó un dibujo en la arena del suelo, esbozando la forma de la pirámide. Luego miró a la chica. Sha'uri volvió la cabeza—. Lo sé. No te está permitido mirar. —Contrariado, se puso en pie y fue al otro lado de la habitación, apoyó la frente en la pared y continuó hablando—: ¿Qué le pasa a tu pueblo? He oído hablar de grafofobia, pero esto es ridículo. De todas formas, está claro que no vas a poder ayudarnos a encontrar lo que buscamos, así que será mejor que lo dejemos, ¿no te parece?

Sha'uri percibió la frustración de Daniel. Aspiró profundamente y decidió correr un gran riesgo. Cuando el hombre se dio la vuelta, la vio inclinada sobre el dibujo, ampliando los detalles. Daniel se acercó para ver lo que estaba haciendo. En el cúspide de la pirámide trazó una línea y encima de ella un círculo. Era el mismo signo que Daniel había encontrado en las lápidas, el séptimo símbolo que había descifrado el código de acceso a al Puerta.

—¡Es el símbolo de la Tierra! ¿Lo conoces?

Sha'uri miró de repente a Daniel, muy nerviosa. Había violado una de las leyes fundamentales de su pueblo y la transgresión podía acarrearle la muerte inmediata. Pero dado que seguía con vida, infirió que Daniel no era un agente enviado por los dioses para poner a prueba a la ciudad. No obstante, su problema era otro. Se sentía obligada a comunicarle el extremo peligro de la situación. Sabía que él deseaba saber más, pero no podría ayudarle hasta que él comprendiera lo peligroso que era leer y escribir.



Con Sha'uri en cabeza, portando una antorcha e indicándole el camino, Daniel se caló la capucha de la túnica que la chica le había encontrado. Mientras caminaban furtivamente por las retorcidas calles, se dio cuenta de que Nagada estaba construida sobre una ladera. Se estaban aproximando a los corrales donde cien *mastadges* o más

pasaban la noche encerrados, «perfumando el aire nocturno» con la punzante peste del estiércol fresco. A lo lejos se divisaba la muralla posterior de la ciudad. Sha'uri se detuvo al pie de un alto edificio de piedra cuya entrada estaba definida por un gracioso arco alancetado y tiró de la manga de Daniel para que la siguiera al negro atrio donde el titilar de las antorchas daba claridad suficiente para iluminar los rincones de aquel lugar abandonado y ver que, probablemente, en sus tiempos, había sido un mercado techado, pero que ahora, a juzgar por el penetrante olor a estiércol, sólo servía de basurero. El picante hedor le hacía lagrimear.

Conduciéndolo por la sucia oscuridad, Sha'uri le enseñó una escalera de piedra que bajaba a un callejón sin salida. Fuera cual fuese la puerta que hubiese habido alguna vez al pie de aquellas escaleras, hacía ya mucho que se había tapado con grandes piedras. No obstante, continuaron bajando. A mitad de camino, Sha'uri le pasó la antorcha y metió la mano en una grieta que había entre las escaleras y la pared. Aflojó un especie de gancho, empujó una de las losas y dejó al descubierto una angosta abertura, espacio suficiente para deslizarse.

Una vez dentro, se encontraron en el sótano del edificio, un espeso bosque de vigas y puntales que se entrecruzaban para sostener el piso de madera de encima. Había varios corredores bajos que salían en distintas direcciones. Sha'uri cogió la antorcha y condujo a Daniel a uno de aquellos húmedos y desagradables pasadizos. No había bajado allí desde que era niña, pero después de un par de despistes consiguió llegar a otra estrecha escalera, muy antigua, labrada en un solo bloque de piedra que había empezado a rajarse por varios sitios. Al final se encontraron en una celda cuadrada de la que partían más túneles, pero Sha'uri acercó la antorcha al muro, destrozado por lo muchos años de polvo y abandono, e iluminó el símbolo de la Tierra: sol-sobre-pirámide.



Atónito, Daniel se acercó al muro y lo tocó. El símbolo había sido grabado esmeradamente en la parte blanda de la piedra, con una profundidad de unos dos centímetros y medio. Era el único indicio de escritura en todo el lugar. Se quedó pensando un instante y luego se dio cuenta de que todo el muro estaba fabricado con piedras toscamente talladas. Todo excepto la zona que rodeaba el símbolo. Dejándose guiar por su intuición empezó a quitar el milenario polvo al solitario jeroglífico hasta que encontró lo que estaba buscando: una hendidura que se hallaba en medio de una puerta. Rascó todo el polvo que pudo y que se había acumulado entre la hoja de la puerta y la jamba, y metió los dedos en el hueco, haciendo palanca con todas sus

fuerzas hasta que consiguió entreabrir la. Sha'uri apoyó la antorcha en el muro y sumó sus no despreciables fuerzas a las de Daniel. Finalmente, la puerta se abrió con un crujido y Daniel entró con la antorcha.

—¡Dios mío! —exclamó. No podía creer lo que veía. Había un estrecho pasadizo de metro y medio de altura aproximadamente por quince de largo, totalmente cubierto de escritura jeroglífica egipcia, una lengua muerta desde hacía siglos que Daniel sabía leer y escribir con lieves, mediorrelieves escupidos con la clásica perspectiva frontal... Pero sobre todo había textos, largas columnas grabadas en los muros con cincel.

Por un instante pensó que se había muerto y había ido a parar al cielo de los egiptólogos. Sha'uri lo había llevado a un frondoso bosque de signos misteriosos. Probablemente el palimpsesto más reescrito de la historia; un rompecabezas complicado intrincado, que, a pesar de su confuso aspecto cabalístico, había sido ejecutado con religioso celo, dando al lugar un ambiente sacrosanto. Daniel se pasó la lengua por los labios y se adentró un poco más.

Sha'uri tampoco podía dar crédito a lo que veía. Como todos los habitantes de Nagada, sabía vagamente lo que era la escritura, aunque no sabía escribir. De niña, ella y sus amigas habían inventado varios símbolos y se habían escrito notas en la arena, pero cuando las descubrieron fueron severamente castigadas.

En su mundo no había necesidad de escribir. No había libros ni letreros en las calles ni concursos de ortografía. Por supuesto, existían los cuentos, pero sólo se contaban de viva voz. Cuando un cuento o una canción se olvidaban, se perdían para siempre. Antes de penetrar en aquel pasadizo no tenía la menor idea de que existiera aquella galaxia de símbolos. Tampoco podían entender lo complicadas que debían de ser las reglas para entenderlos. Miró al hombre con otros ojos. ¿Sería un brujo capaz de interpretar y reproducir aquellos signos?

Al parecer, sí. Acercando la antorcha al muro, Daniel ya había visto que cada sección contaba una historia. Las más antiguas eran grandes escenas históricas. Las nuevas generaciones de cronistas habían ido llenando los espacios vacíos con sus propias historias. Casi todas estaban escritas de derecha a izquierda, pero algunas seguían la dirección inversa. En algunos lugares, y por necesidad, la escritura iba de arriba abajo, mientras que en otros estaba en bustrófedon, esto es, una línea de derecha a izquierda y la siguiente de izquierda a derecha, o viceversa; esta técnica reproduce el camino que sigue el buey al arar los campos. Aquel vistoso caos de escritura, tomado en conjunto, era un cofre de tesoros semióticos, una cueva llena de botines arqueológicos. Era la historia antigua de los habitantes de aquel mundo.

Daniel localizó la crónica de base. Contada en imágenes relativamente grandes, esculpidas en la pared y luego pintadas, no resultaba mayormente edificante. El primer panel representaba a varios dioses tutelares, las mismas deidades animales

antropomórficas que se habían adorado en el Antiguo Egipto y que aparecían arrancando a los niños de los brazos de sus atormentadas madres y conduciéndolos a través del desierto. Anubis, el dios de los muertos con cabeza de chacal, parecía supervisar la obra de los otros dioses. Horus, el halcón, también estaba presente, al igual que Thot, el de cabeza de mandril, dios de las palabras y de la magia que recogía los nombres de los muertos en el otro mundo.

La escena pasaba a una especie de batalla o sublevación civil y luego aparecían hombres encadenados flotando por el desierto, como si fuera un sueño colectivo. Cuando se despertaban caían a tierra, donde los dioses y sus guerreros los maltrataban brutalmente, obligándolos a cruzar una Puerta de las Estrellas.

Daniel estudió la escritura jeroglífica que rodeaba las imágenes. Definitivamente, los elementos gramaticales estaban relacionados con la caligrafía que había encontrado en las piedras sepulcrales, pero los símbolos que tenía delante eran más rudimentarios. Ningún habitante de la Tierra había vuelto a hablar la lengua de los antiguos egipcios desde que el emperador Teodosio había ordenado cerrar los templos en el año 391 de nuestra era. Y dado que los jeroglíficos que quedaron abandonados en los templos y en los papiros sólo reproducían consonantes, lo único que pudieron hacer los investigadores lingüísticos fue especular sobre la estructura vocálica. Varios egiptólogos destacados, entre ellos Daniel, habían desarrollado esquemas de pronunciación, pero en su mayoría no pasaban de meras conjeturas. Daniel, siempre dispuesto a aventurar una opinión, empezó a leer los signos en voz alta. Tomó la antorcha, se aproximó a una zona del muro literalmente abarrotada de jeroglíficos y comenzó.

—*Naadas yan tu yeewah. Suma'ehmay ra ma yedat.* —Era un episodio de una expedición que cruzaba el desierto, la migración de todo un pueblo que se marchaba, no por propia voluntad, sino por la fuerza.

Sha'uri miraba y escuchaba atentamente. Conforme Daniel leía los símbolos escritos en la pared, se esforzaba por ver la conexión entre los signos pintados y los sonidos que estaba articulando.

—*Nandas sikma ti yu na'nay ashay* —continuó Daniel.

—¿*Sijma*? —preguntó Sha'uri. La palabra le había llamado la atención. Daniel se volvió y la miró. ¿Estaba intentando comunicarse con él? ¿Acaso había tropezado con una palabra que ella conocía? En su idioma, *sijma* significaba «niños». Se asomó por encima del hombro de Daniel y vio una imagen tallada en el muro, una escena de muchas personas conducidas como animales. Y estaba claro que muchas de esas figuras eran niños—. *Sijma* —repitió.

—¿*Sikma*? —preguntó Daniel con apremio, señalando el jeroglífico correspondiente a «niños». Sha'uri lo miró, pero no tenía significado alguno para ella.

—*Sijma* —dijo de nuevo, señalando la ilustración del muro en que se veía a los

niños.

—¡Sí! —exclamó él—. ¡Sí, *sikma*, niños! ¡Pues claro!



La sospecha de Daniel había sido acertada desde el principio. Sha'uri y los suyos hablaban un dialecto del antiguo egipcio y, gracias a un golpe de suerte, habían tropezado con aquella palabra, *sijma*, que apenas había evolucionado con los siglos. Entusiasmado, buscó rápidamente otro símbolo, el de «dios».

—¿*Nefa*? —En esta ocasión, el símbolo escrito era más abstracto. El jeroglífico consistía en un ojo encima de dos plumas. Sha'uri lo miró, pero no fue capaz de adivinar su significado—. ¿*Nef-ía*? ¿*Najfar*? —preguntó Daniel, mostrando a continuación la imagen de Anubis y otras deidades animales que conducían a los humanos por el desierto.

—¿*Neyum ifar*! —gritó la joven, como si acabara de acertar el acertijo que le tocaba.

—¿*Nei-yum-i-far*? —preguntó Daniel, dándose cuenta de lo radicalmente distintas que eran sus pronunciaciones. Practicó repitiendo la palabra varias veces, adaptando su acento al de ella. Lo estaba consiguiendo, estaba hablando la lengua muerta de los faraones, una lengua que veía desde hacía muchos años.

Sha'uri también repitió la palabra varias veces, marcando notablemente cada sílaba, enseñando a Daniel la forma en que ella pronunciaba.

—Sí —dijo Daniel—, enseñame a hablar. Bueno... enseñar. ¿*Takera*? ¿*Tekira*? *Sha'uri takera Daniel*, ¿vale?

—*Sha'uri ta-ki-yiir Dan-yor*.

Era la primera vez en su vida que un hombre le pedía abiertamente que le enseñara. Sha'uri estaba rebotante de orgullo. Aquel sabio, con todas sus exóticas habilidades, le pedía instrucción a ella. Fue el primer paso en la transformación de la muchacha.

Por su parte, Daniel le sonreía como si se hubiera muerto y le hubieran asignado a aquella preciosidad como guía del paraíso. Y ni siquiera era medianoche.

Según el reloj que O'Neil llevaba en la muñeca, eran las 8:21 de la tarde, hora de las Montañas Rocosas. Pero más allá de las murallas de la ciudad estaba saliendo el primero de los tres soles. La tormenta había pasado y el cielo oscuro parecía asombrosamente claro.

O'Neil se hallaba junto a una de las ventanas del salón, al lado de Brown, que había puesto la radio en el alféizar e intentaba reanudar el contacto con Feretti sin importarle lo más mínimo que los vecinos estuvieran durmiendo o no. Tenía una voz grave y fuerte, pero como se sentía contrariado y empezaba a temer por el equipo que había quedado en el campamento, su voz sonaba más fuerte aún. Finalmente se dirigió a O'Neil.

—No hay manera, no puedo sintonizar.

—¿Qué pasa? ¿Hay más interferencias?

—No —contestó Brown—. Nada más que aire. Tendría que haber una señal, pero no encuentro nada.

—¡Coronel! —El grito provenía del exterior.

O'Neil cruzó la habitación y salió a una de las muchas pasarelas de sogas y maderos que iban de un edificio a otro. En la umbrosa calle de debajo divisó vagamente la silueta del teniente.

—Jackson no está en su habitación —gritó Kawalsky—. He buscado por todas partes, pero no lo encuentro.

—¿Qué lleva usted en la mano?

—Su chaqueta —respondió Kawalsky, claramente enfadado por tener que cargar con ella mientras buscaba a Su Eminencia.

O'Neil miró al horizonte, donde el cielo nocturno empezaba a fundirse con el color violeta de la mañana. En ese momento podían regresar fácilmente a la pirámide, pero decidió esperar a que fuera pleno día. Calculó que faltaba aún media hora para tener buena visibilidad. El coronel suponía que Daniel había salido a recoger florecillas silvestres y escribir versitos, pero existía también la remota posibilidad de que hubiera ocurrido algo bueno o algo malo. Si era así, quería saberlo cuanto antes. Concedería media hora para que lo encontraran, ni un segundo más.

Al cabo de dos minutos, O'Neil ya estaba abajo. Él y Kawalsky siguieron el inconfundible rastro olfativo hasta el redil en que se encontraban los *mastadges*. Vieron a Skaara sentado en la cerca que rodeaba el corral, rodeado de un puñado de chicos. Skaara conservaba aún el encendedor de O'Neil. Creía que se había ganado el derecho a presumir ante los alienígenas y eso era exactamente lo que hacía, encendiendo el mechero y contando una y mil veces cómo lo había conseguido. Nabeh, el pastor de cabeza gorda, dentado y de aspecto raro, quería a toda costa tocar la llama, a pesar de las continuas advertencias de Skaara en sentido contrario. Nabeh, más mayor y más torpe que los demás chavales, era el compinche y amigo incondicional de Skaara. Los demás se dispersaron cuando vieron que los militares se encaminaban hacia ellos. Todos menos Skaara, aunque estaba igual de asustado que los demás. Sabía por propia experiencia lo violento e impredecible que podía ser el hombre de la boina negra, pero siguió sentado en la cerca sin acobardarse.

—Espere aquí —ordenó el coronel a Kawalsky y se acercó solo al chico.

Se apoyó en la cerca y observó a los enormes *mastadges* lanudos desgastando parte de su energía matinal corriendo por el corral. Quería decir al chico que sentía mucho haberle pegado al noche anterior, que lo había hecho solamente porque le preocupaba su seguridad y que si se había sobrepasado tenía muchas razones para hacerlo por las muchas cosas que le habían ocurrido en los dos últimos años. Pero aunque hubiera hablado el mismo idioma que le chico, no habría sido capaz de sumergirse tanto en sus sentimientos sin ahogarse. Se limitó pues a permanecer callado, observando las carreras de los animales en el frío ambiente de la mañana. Cuando volvió a mirar al chico, Skaara encendió un cigarrillo imaginario, dio una chupada profunda y exhaló una bocanada de vaho. Era la forma de liberarle de la culpa, de demostrarle que no le guardaba rencor.



—Estoy buscando a Jackson —dijo O’Neil. Por supuesto, Skaara no le entendió—. ¿Comprendes? Jackson —insistió, enseñándole la chaqueta, pero sin obtener repuesta. Los otros muchachos empezaron a acercarse lentamente. ¿Cómo hacerles comprender su mensaje?, se preguntaba el coronel. Decidió hablar despacio y levantar la voz—. Estamos... buscando... a Jackson. —O’Neil juntó los dedos en círculos y se los puso en los ojos, como si llevara gafas. Los chicos imitaron sus movimientos y acabaron riéndose.



—No, quiero decir... —y fingió un estornudo.

—¡Ahhhh! —Todos comprendieron al instante. Skaara tomó la chaqueta de Daniel y gritó una orden a los animales. Un segundo después, el ejemplar más asqueroso de la manada, alias «Un poco», se aproximó al trote a la cerca, graznando como un camión sin gasóleo.

Skaara le acercó la chaqueta a la nariz y, cuando el olor de Daniel penetró en sus gigantescos orificios nasales, se irguió sobre sus delgadas pero potentes patas traseras y lanzó un rugido que despertó a media ciudad. Skaara gritó a Nabeh que abriera la puerta y, en cuanto vio la salida, el superbuey salió disparado del corral. Había

recorrido ya media manzana cuando Skaara gritó a los muchachos que salieran tras el monstruo.

—Buen chico —dijo O’Neil.

En el cielo estaba suspendida una pirámide resquebrajada y en ruinas, de cuya parte inferior salían rayos de luz tan brillantes como los del sol. Debajo, la imagen deteriorada de un rey niño ataviado con el atuendo completo del faraón, extendiendo los brazos para bañarse en la luz. A sus pies, varios dioses del Antiguo Egipto con cabeza de animal se arrodillaban ante él, inclinando la cabeza para suplicarle.

Daniel se rascó la barbilla, cavilando. Estaba seguro de que esta serie de imágenes era la primera. El primer cronista que había bajado a aquellas catacumbas, sin duda había empezado con aquella historia, la extraña coronación del rey niño. Sha’uri estaba apoyada en la pared de enfrente, haciendo lo imposible por mantenerse despierta y ayudar a Daniel. Nunca había visto nada parecido a la concentración y atención que aquel hombre ponía en su tarea.

—*Barei bidi peesh* —le preguntó Daniel—. *¿Shana? ¿Shana?*

—*Chan’ada* —dijo ella, corrigiendo la pronunciación.

—*¿Chan’ada sedma miznah, no, miz... mir...mirnaz. Chan’ada sedma mirnaz, min?*

—*Min* —contestó ella con una sonrisa.

—Parece que ha encontrado lo que buscaba —dijo una voz desde la oscuridad.

Sha’uri ahogó un grito y Daniel, totalmente cogido por sorpresa, tiró la antorcha bruscamente al lugar de donde procedía la voz. Era O’Neil, que avanzaba agachado por el angosto pasadizo, seguido de Kawalsky.

—Me ha dado un susto de muerte. —Exclamó Daniel, a punto de sufrir un infarto—. ¿Cómo ha llegado aquí?

—Creía que no sabía hablar su idioma —dijo irónicamente el coronel, avanzando por el pasadizo caóticamente pintado.

—Es un antiguo dialecto egipcio —dijo Daniel—, pero, como el resto de su cultura, ha evolucionado de forma independiente. Sin embargo, cuando se conocen las vocales y si tenemos en cuenta la neutralización de las aspiraciones, la pérdida de consonantes apicales y finales...

—Hábleme en cristiano, Jackson.

—Acabo de aprender a pronunciarlo.

—Este lugar es un maldito infierno —dijo Brown, apareciendo en ese momento con una potente linterna—. Parece la tumba de «Tutijamón» reconvertida en estación del metro neoyorquino.

Pero a O’Neil solamente le interesaba una cosa.

—¿Qué dice todo esto, Jackson?

Alborozado, deseando explicar todo lo que había aprendido, Daniel recorrió el laberinto de jeroglíficos como un niño en una tienda de caramelos.



—Es... Bueno, es increíble. Estos muros cuentan la historia de los primeros pobladores de este planeta. Todos llegaron por la Puerta de las Estrella hace unos diez mil años. Aquí dice... —Daniel se adelantó y recorrió con el dedo una larga serie de imágenes y jeroglíficos—. Un viajero procedente de un lejano sistema planetario, huyó de un planeta moribundo para no perecer con los demás. Ya estaba débil y achacoso, y a pesar de sus cualidades y conocimientos no pudo impedir lo inevitable. —Daniel hizo una paráfrasis en este punto—. Por lo visto, su especie se estaba extinguiendo y se puso a investigar las galaxias en busca de una forma de eludir la muerte. Miren esto... Daniel corrió a otra serie de imágenes. O'Neil estaba ya inmerso en los hechos que el otro le describía. Como si visualizase las palabras que pronunciaba Daniel. No es que aquellas imágenes le impresionaran, pero le corroboraban un sentimiento que le palpitaba en lo más hondo. Siguió escuchando con atención.



—Aquí dice —prosiguió Daniel— que llegó a «un mundo abundante en vida». Donde encontró «una raza primitiva» que se adaptaba «perfectamente a sus necesidades». ¡Los humanos! Una especie que podría enmendar y conservar indefinidamente. Se dio cuenta de que, dentro de un cuerpo humano, podía tener una nueva vida. Y entonces encontró al muchacho.

Daniel pasó a una serie de imágenes desconcertantes. Una pirámide sobre un humano, protegiéndole de la luz cegadora. En la periferia del dibujo había personas corriendo. Daniel señaló la figura que estaba debajo de la pirámide.

—Llegó a una especie de aldea. Aquí pone que los aldeanos corrieron asustados porque «la noche se hizo día». Pero un adolescente se acercó a la luz. «Con curiosidad y sin miedo», siguió andando y cayó en una trampa. Ra lo capturó y fue su amo. Como un parásito en busca de anfitrión. Transformado exteriormente en humano, se nombró a sí mismo gobernador de toda la humanidad. El primer faraón,

Ra, el dios sol.



Aquella era la parte que O'Neil había esperado para oír. Se acercó despacio y se puso a mirar de cerca las imágenes mientras Daniel proseguía.

—Sirviéndose de la Puerta de las Estrellas, Ra, o Reiyu, pues así pronunciaban su nombre, trajo a este planeta miles de personas para trabajar en las minas de cuarzo. Como la que vimos nosotros. Salta a la vista que el cuarzo de este planeta es la base de toda la tecnología del tal Ra. Sólo con él podía ser eterno. Pero algo ocurrió en la Tierra, una rebelión, un levantamiento. Después de cientos de años de opresión, la gente esperó a que Ra estuviera aquí, a este lado de la Puerta, y se sublevó, venció a los dioses guerreros de Ra y enterró la Puerta de las Estrellas para que Ra no pudiese volver. Temeroso de que también en este planeta se sublevase la gente, Ra prohibió la lectura y la escritura. No quería que se recordara la verdad. Las imágenes que vemos en estas paredes son las únicas crónicas que se conservan. Y nadie las sabe interpretar. Asombroso.



Cuando acabó, Daniel esperó la reacción de O'Neil, pero el coronel no dijo ni hizo nada. Se quedó mirando el muro con expresión distante y concentrada.

—Jackson, debería venir aquí. —Kawalsky había cogido la linterna y estaba

explorando el túnel, un poco más allá de donde estaban los demás—. Dígame si esto... Venga aquí. —A juzgar por su tono de voz, parecía estar muy nervioso por lo que había visto. Sha'uri corrió a ver de qué se trataba.

Kawalsky se había alejado sólo unos metros del grupo, pero, con lo bajo que era el techo, la oscuridad reinante y el incordio de las antorchas, costaba llegar hasta él. Desde luego, no era el lugar más indicado para un claustrofóbico. El teniente había girado en un recodo y encontrado el final del pasadizo. Rodeada de escrituras sagradas por todos lados, había una sola estela funeraria, de pequeño grosor, con un cartucho vertical grabado. Aunque estaba parcialmente enterrado en la arena, Kawalsky pudo apreciar lo mucho que se parecía al cartucho que había en el centro de las otras lápidas. Daniel también. En cuanto se asomó y vio el sepulcro, supo que habían encontrado lo que necesitaban para maniobrar la Puerta de las Estrellas.

—Seguramente guardaron esto aquí con la esperanza de que algún día se volviera a abrir la Puerta desde la Tierra —dijo Daniel, acercando la antorcha a la losa e intentando descifrar el cartucho. No entendía ni uno solo de los caracteres, lo cual era un estímulo. Probablemente eran constelaciones vistas desde el punto del universo en que estuviera el planeta en que se encontraban—. ¡Maldita sea! —exclamó, recordando algo de repente—. Me he dejado el cuaderno de notas en la habitación. Allí tengo la lista de todos los símbolos de...

—Vuestra chaqueta, sire —sijo Kawalsky, tirándole la prenda de mala manera. Y siguió escarbando en la arena húmeda para dejar al descubierto los dos últimos símbolos enterrados.

Daniel consultó sus notas. Con toda seguridad, el símbolo superior del cartucho tenía que corresponder a uno de los que aparecían en su lista.

—Ya lo tenemos —dijo—. Los símbolos cuadran perfectamente.

—Problema. Problema y gordo. —Kawalsky se había puesto serio. La luz de la linterna y la de la antorcha enfocaron al fornido militar y luego la base del cartucho. El último símbolo estaba destrozado, no existía.

—¿Dónde está el séptimo signo?

Kawalsky se sintió contrariado y empezó a apartar grandes puñados de arena húmeda. Daniel lo detuvo rápidamente y se hizo cargo del proceso de excavación. Removió cuidadosamente la arena de la base del muro hasta que encontró los restos fragmentados del séptimo símbolo, sacando las piezas una por una. Pasaron mucho tiempo intentando encajarlas. Bastaba con ver del símbolo lo suficiente para distinguirlo de los otros que aparecían en la rueda de la Puerta. Al cabo de veinte minutos se dieron cuenta de que era inútil. O habían roto deliberadamente la placa o se había erosionado por llevar tantos años enterrada en la arena. No quedaban ni restos del último símbolo.

Daniel y los militares se quedaron de piedra. Todos tenían la sensación de que se

les había acabado la racha de buena suerte. Incluso el hecho de estar reunidos en un túnel sin salida parecía apropiado para el momento. Ahora sólo tenían dos probabilidades de regresar: por los pelos y de ninguna manera. Pasó un buen rato antes de que alguien se decidiera a hablar.

—Se supone que este séptimo signo es el punto de partida, ¿no? —dijo O’Neil—. Pregunte a la chica. Tal vez ella conozca el símbolo de este planeta.

Viendo cómo se desarrollaban los acontecimientos, Sha’uri adivinó la pregunta del coronel y negó con la cabeza. De todos modos, Daniel le preguntó y se dirigió a O’Neil.

—No hay manera. Sólo sabe escribir el nombre de Ra.

—En ese caso, volvamos a la pirámide. —El coronel se incorporó y quitó la antorcha a Sha’uri. Al ver que nadie se movía, aclaró su comentario—. Partimos inmediatamente.

—¿Es que no lo entiende? No podemos hacer que funcione sin el último símbolo —gritó Daniel. Pero O’Neil ni siquiera se volvió.

Episodio XV

La máquina voladora.

Un muro de arena cayó sobre la ciudad cuando abrieron las puertas de entrada, O'Neil salió de la población sin ninguna ceremonia, delante de sus hombres y absolutamente decidido a volver a la pirámide, como si supiera exactamente lo que iba a hacer cuando llegara. Daniel, mucho más reacio a marcharse, se demoraba despidiéndose de Sha'uri, intentando explicarle que tenía intención de volver.

Kawalsky giró la cabeza y le gritó.

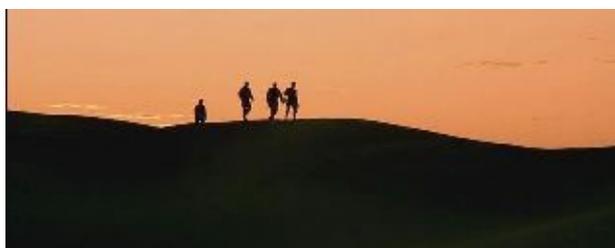
—Paso ligero, Jackson.

—Olvídelo. Ya no nos es útil.

Kawalsky tardó en reaccionar. No entendía la actitud del coronel. Miró de reojo a Brown y los dos pensaron lo mismo: la Infantería de Marina de los Estados Unidos no abandona a los suyos. Primera norma. Ni siquiera cuando son insoportables.

Daniel se desprendió de la joven y salió corriendo tras los soldados para darles alcance.

—Eh, esperen —gritó, creyendo equivocadamente que por haber descubierto el cartucho merecería que lo considerasen miembro legítimo del pelotón.



Kawalsky se volvió para mirarlo, pero detrás de él divisó algo más en las dunas.

—Coronel O'Neil, parece que hemos hecho amigos.

Skaraa y sus amigos pastores iban detrás de Daniel, aferrados a los costados de «Un Poco» y dispuestos a alistarse.

—Jackson —bramó O'Neil—, deshágase inmediatamente de esos críos.

O'Neil apretó el paso, dejando a Daniel solo gritando a los muchachos en su idioma. Le entendían bastante bien y se quedaron un minuto detenidos, con los pies hundidos en la arena, sin avanzar ni retroceder. Pero cuando O'Neil se volvió, continuaban allí, siguiendo las huellas de los terrícolas a unos cien metros de distancia.

—¡Maldita sea, Jackson! ¡Le dije que despidiera a esos críos!

—¡Y lo he intentado! —respondió Jackson, también a gritos.

—Señor —dijo Kawalsky, adelantándose para hacer una sugerencia—, llegaríamos mucho antes si nos llevara una de esas bestias.

Pero O'Neil estaba en otra cosa no oyó al teniente. Sin dejar de mirar a los chicos, desenfundó la pistola, apuntó y disparó tres veces seguidas.

—¿Qué hace? ¡Deténgase! —exigió Daniel, aunque estaba demasiado lejos para impedirlo.

O'Neil disparó tres veces más y las balas fueron a hundirse delante del *mastadge*, asustándolo de tal modo que se puso a dar saltos. Los muchachos corrieron en todas direcciones y fueron a ocultarse tras las dunas. Cuando cesaron los disparos, todos miraron horrorizados a O'Neil.

—¿Qué hace usted disparando a unos niños? ¿Qué es lo que le pasa? —preguntó Daniel, ya en estado de paroxismo—. ¿Y si alcanza a uno?

Kawalsky y Brown guardaban silencio, pero se hicieron las mismas preguntas. Sin embargo, nada hacía mella en O'Neil, que al instante dio media vuelta y reanudó la marcha, cargando de nuevo la pistola.

Skaraa asomó la cabeza por encima de la duna y vio que el equipo desaparecía lentamente en el desierto. El corazón se le salía del pecho. Su nuevo amigo, el hombre de la boina negra, le había traicionado. Cuando Nabej se deslizó a su lado para preguntarle qué iban a hacer, apartó la cabeza, aunque era evidente que estaba destrozado.

O'Neil encargó a Brown que contara los pasos. Para ganar tiempo, les ordenó marchar como los ejércitos de Roma dos mil años antes: cincuenta pasos corriendo, cincuenta andando, otros cincuenta corriendo, y así continuamente. De esta forma recorrieron el trayecto hasta la mina en algo más de media hora, cuando normalmente se tardaba dos horas. Veinte minutos después, O'Neil levantó la vista y vio algo que lo dejó helado.



—¿Qué es...?

Ahora había dos pirámides, una encima de la otra. Las paredes doradas de la pirámide superior, llenas de símbolos parecidos a jeroglíficos, se habían abierto en secciones verticales, dejando a la vista la compleja maquinaria que escondía bajo la superficie. La volante máquina dorada que había aterrizado en lo alto de la pirámide parecía muy antigua y muy moderna al mismo tiempo. Evidentemente estaba hueca por dentro y tenía forma cónica, pues encajaba en la superficie de la estructura inferior como una capucha de oro. Lo único que permanecía visible era el tercio

inferior de la pirámide de abajo.

—Se diría que alguien está de vuelta —comentó Brown.

—Es una nave espacial —dijo Daniel, provocando miradas escépticas en sus compañeros—. Bueno, tal vez no, pero desde luego es una máquina voladora. Estaba dibujada en el muro de la catacumba.

En realidad, había acertado al decir lo primero. La nave, totalmente autónoma, permitía a Ra desplazarse entre las diversas canteras que explotaba en aquel rincón del universo. Aunque llevaba muchos años sin visitar el pequeño planeta, estaba allí para averiguar por qué no había llegado a tiempo el previsto envío de cuarzo.

O'Neil se quitó la mochila y sacó un par de potentes prismáticos. Las paredes de la nave espacial no estaban construidas de una sola pieza, sino a base de módulos interconectados. Poco después de tomar tierra, la nave se había desplegado hasta alcanzar el tamaño que tenía en ese momento, separando grandes secciones del cuerpo principal y extendiéndolas mecánicamente hacia abajo, con lo cual se descubría gran parte del equipamiento que la nave ocultaba bajo su dorada superficie. El coronel escrutó los alrededores de la nave buscando algún indicio de vida, pero no detectó nada. En el saliente donde habían instalado el campamento base divisó parte del equipo, esparcido y medio enterrado en la arena. En una de las estacas de la tienda ondeaba un trozo de lona.

Sin decir a nadie lo que pensaba hacer, cogió un puñado de bengalas de su mochila y se las metió bajo el cinturón.

—¿Señor? —dijo Kawalsky.

—Voy a entrar —informó el coronel, comprobando el fusil.

Aquello no tenía sentido. ¿Por qué arriesgarse a caer en una emboscada antes de reunir la mayor cantidad posible de información? Para Kawalsky era evidente que lo primero que deberían hacer era establecer contacto por radio con el equipo de Feretti, así que intentó proponerle la idea a O'Neil. Pero éste ya corría hacia la pirámide como un torpedo humano. Parecía indiferente a los hombres que supuestamente tenía bajo su responsabilidad.

El teniente lo vio alejarse y sorprendió a Daniel al decir:

—¿Qué cree que vamos a hacer mientras? ¿Quedarnos aquí para contarnos nuestras intimidades? Ya estoy harto de es tipo. —El musculoso militar abrió la cantimplora y echó un buen trago mientras Daniel y Brown se miraban si saber muy bien qué estaba pasando—. Creo que deberíamos ir tras él para apoyarle. ¿Qué piensas tú? —preguntó a Brown, esperando su opinión.

—Que no me voy a quedar aquí sólo —dijo el oficial científico.

Kawalsky se dio cuenta de que dejar a Brown con Daniel era lo mismo que dejarlo solo, así que ofreció el fusil al civil.

—¿Sabe apretar un gatillo?

—No entiendo lo que ocurre aquí —respondió Daniel, forzando una sonrisa.

—Bienvenido a las Fuerzas Armadas, amigo —dijo Kawalsky antes de arrojar por la duna en persecución del coronel.

Minutos después, O'Neil estaba en la base de la rampa. Tomó posición detrás de un obelisco y estudió la situación durante unos instantes. En el exterior de la pirámide todo estaba aparentemente tranquilo. Levantó la vista y examinó la estructura triangular posada encima de la gran pirámide como si fuera una casa construida sobre pilotes en los canales de Luisiana. Le parecía ridículo lo que había dicho Daniel sobre que era una nave espacial, pero era mejor que todas las explicaciones que se le ocurrían a él.

—Coronel, espere. —Era Kawalsky, que había llegado corriendo al obelisco—. Esto no hay quien lo entienda; y queremos apoyarle, pero tiene que decirnos de qué va la historia. Nuestra obligación es cumplir las órdenes, pero usted tiene la obligación de tenernos informados. —Kawalsky intentaba mantener un tono de voz entre obediente y amenazador, leal y rebelde.

—Usted no quiere entrar ahí y de verdad que no me importa. Pero puede hacerme un favor: quédese aquí quietecito y no me cree problemas —dijo el coronel, mirando la pirámide superior. Se disponía a seguir cuando Kawalsky lo asió repentinamente del brazo.

—Usted no va a entrar solo. Y tampoco vamos a abandonar a Jackson en ningún sitio. Los infantes de marina cuidamos de los nuestros.

Pero O'Neil seguía aferrado a su idea: llegar a la vagoneta del equipo, sacar los cilindros del compartimento oculto y poner en marcha el proceso de explosión. Por el bien de todos los habitantes de la Tierra, nada debía impedir que cumpliera su objetivo. Había querido dejar a sus hombres a salvo en las dunas, esperando que pudieran salvarse, pero ya era demasiado tarde. No podía correr el riesgo de explicarles cuál era su misión; probablemente tratarían de impedirlo. Tenía que sacrificarlos. Lanzó una fría mirada al teniente y dijo lo único que podía revelar.

—He de llegar a la sala de la Puerta. Agradecería cualquier ayuda, pero si no la obtengo iré de todos modos.

—¿Dos grupos? —preguntó Kawalsky, aparentemente satisfecho.

—Dos grupos —respondió O'Neil—. Teniente, usted y Brown en retaguardia. —Aspiró dos veces seguidas muy profundamente para oxigenarse la sangre y, sin previo aviso, salió disparado rampa arriba. Daniel permanecía agachado y contempló la carrera de O'Neil.

—¿Quiere mover el culo? —dijo Kawalsky a Daniel, mirándolo como si estuviera fuera de sí—. ¡Vamos!

Daniel se puso en movimiento, pero un segundo después empezó a preguntarse qué diablos hacía entrando a toda velocidad en aquella pirámide detrás de un coronel

que estaba como un cencerro. Sentía el fusil que le había dado Kawalsky como una anguila viva. Le costaba sujetar aquel objeto feo y pesado, pero se sintió peor aún cuando siguió al coronel hasta las sombras del altísimo vestíbulo y vio el casco de Feretti al lado de la radio. Se detuvo a mirar un instante, tragó saliva y siguió en pos de O'Neil. Por fin llegó junto al coronel, que se había agazapado detrás de una columna.

—Escuche —dijo O'Neil. Daniel jadeaba, pero el miedo le enseñó inmediatamente a respirar en absoluto silencio. Estaba demasiado asustado para escuchar, así que se dedicó a observar cómo lo hacía O'Neil—. Ahora —dijo el coronel, que se volvió y avanzó seis columnas. Si Daniel hubiera tardado un segundo más en seguirle, habría visto pasar una sombra por donde acababan e estar los dos. Había alguien fuera de la pirámide que escrutaba el interior por una de las ventanas cuadradas del vestíbulo.

Era Skaara, encaramado en los hombros de Nabeh. Vio pasar a Kawalsky y Brown por delante de la ventana. Cuando desaparecieron, Skaraa saltó a tierra y condujo a Nabeh hasta la siguiente ventana.

En el interior, O'Neil permanecía inmóvil como un muerto a la sombra de dos columnas, inspeccionando lo que tenía delante, decidiendo el mejor camino a seguir para llegar a la Puerta. Daniel estaba muy cerca de él, con la espalda apoyada en la columna de enfrente, de cara a la entrada, y mientras esperaba las instrucciones del coronel vio que algo se movía entre las sombras del cavernoso vestíbulo. Fue a decir algo, pero O'Neil dio media vuelta y desapareció.

Daniel se pegó a la columna y vio que salía a la luz una enorme figura. La reconoció al instante. Era Horus, el dios egipcio del cielo, el que se sentaba al lado de Ra y le ayudaba a juzgar las almas humanas en la tierra de los muertos. Era tal como lo habían representado los antiguos egipcios: cuerpo atlético de hombre e imponente cabeza de halcón. Llevaba armadura en los hombros, antebrazos y espinillas, y sus manos enfundadas en metal portaban un arma de más de un metro de longitud. Daniel permaneció absolutamente inmóvil hasta que la silueta volvió a desaparecer en las sombras.

Más atrás, Brown vio que kawalsky daba la vuelta a una de las columnas. Dos segundos después, empezó a seguirlo y de repente, ¡zas! Algo muy pesado le cayó en la cabeza con horrible chasquido. El oficial se tambaleó, cayó de rodillas, se esforzó por incorporarse y echar a correr, pero una potente ráfaga de luz blanca salió disparada del cañón de un largo fusil, arrancándole casi un hombro. La fuerza del impacto lo lanzó contra una columna, al pie de la cual se desplomó, sangrando y aturdido.

—Brown, informa —exigió Kawalsky—. ¿Dónde estás, carajo?

Brown lo oía, pero el mareo y el intenso dolor que sentía le impedían responder.

Se arrastró como pudo hacia la luz que entraba por las ventanas cuadradas y consiguió llegar a una de ellas. Skaara estaba asomado por ella. Subido otra vez en los hombros de Nabeah, vio con toda claridad que otro guardia de Horus doblaba una esquina y se acercaba al indefenso soldado. Llevaba un arma parecida a una vara, un cetro que emitía destellos y en cuyo centro iba engastada una enorme amatista. El guerrero levantó el arma, un fusil, y apuntó al cuello de Brown.

En cuanto oyó el primer disparo, O'Neil se tiró al suelo y reptó para ponerse a cubierto. Estaba casi al final del vestíbulo, a punto de bajar a la Gran Galería, agazapado y esperando en silencio a que alguien emitiera algún sonido, pues no tenía la menor intención de revelar su posición llamando a sus hombres.

No pudo esperar. Se dirigía sigilosamente a la puerta que daba a la Gran Galería cuando, súbitamente, una bola de luz del tamaño de una pelota de tenis atravesó velozmente la oscuridad dirigiéndose hacia él. Se apartó de un salto y el objeto explotó contra la pared con sorprendente fuerza, provocando una lluvia de esquirlas de granito.

Kawalsky escapó del lugar y empezó a disparar a ciegas hacia el área de donde había visto partir la bola explosiva. Alguien le arrancó de un manotazo el fusil. Se volvió y se encontró cara a cara con el atacante. Era otro soldado de Horus. La gran cabeza de la criatura, imagen estilizada de un halcón, parecía de la misma sustancia metálica que la armadura que le cubría el cuerpo. Y en las zonas que tenía al descubierto se veían unos fortísimos músculos.

Demasiado cerca para disparar su largo fusil, el guerrero lo levantó con ambas manos y golpeó violentamente la barbilla de Kawalsky, obligándolo a echar la cabeza atrás. Pero el teniente alargó la mano y cogió el arma antes de que su oponente tuviera tiempo de dar un paso atrás y dispararle. Empezaron a luchar cuerpo a cuerpo, cosa que devolvió la confianza a Kawalsky. Aquellas clase de combate era su especialidad y, aunque su contrincante era habilidoso, no estaba a su altura.

El halcón tenía un arma especial que le daba ventaja sobre Kawalsky, así que ambos hombres luchaban por hacerse con ella. El halcón utilizaba el afilado pico para acuchillar y cortar. Kawalsky respondía desviando el fusil hacia arriba y castigando el torso desnudo del otro. Utilizando el alargado fusil para apoyarse, descargó una brutal patada en el estómago de su oponente. Le arrebató el arma y ya estaba a punto de atacar otra vez cuando alguien lo golpeó por detrás, un martillazo que le dio en toda la coronilla. En esos instantes borrosos y líquidos que preceden al desmayo, Kawalsky tuvo tiempo de volverse y ver otro par de inexpresivos ojos de pájaro. Demasiado tarde para darse cuenta de que el enemigo iba en parejas.

Daniel lo había visto todo. Estaba a pocos pasos, petrificado de miedo. El combate había durado poco y ahora Kawalsky, el hombre más fuerte que había conocido, acababa de sucumbir ante aquellas criaturas increíbles y a la vez tan

familiares. En todo el tiempo que llevaba dedicado a la egiptología, jamás se le había ocurrido pensar que los antiguos dioses hubieran existido realmente.

Retrocediendo hasta las sombras, oyó el ruido ensordecedor de sus propias pulsaciones aporreándole los tímpanos. Al caer Kawalsky, ambos guerreros se habían vuelto a separar, sumergiéndose en las sombras. Su mente empezó a dispersarse en un centenar de pensamientos mientras la adrenalina galopaba por su corriente sanguínea. Tomó una profunda bocanada de aire e intentó concentrarse. Cuando vuelva, se dijo, utiliza el fusil. Concéntrate: apunta a la cabeza; no, al estómago, Kawalsky le había atizado en el estómago; y luego aprieta el gatillo.

Había algo detrás de él. Advirtió que daba la vuelta a la columna y se movía deprisa, y, antes de que le diera tiempo a reaccionar, se echó sobre él. Una fuerte mano le tapó la boca y le echó atrás la cabeza. Daniel abrió los ojos de par en par, convencido de que ya era prácticamente un cadáver y esperando sentir el frío filo del cuchillo en el cuello.

—Necesito su ayuda —oyó. Tenía los labios de O’Neil casi metidos en la oreja—. Vamos a ir a la Puerta y usted tiene que cubrirme, ¿entiende?

El coronel esperó hasta advertir el asentimiento de Daniel, y luego, sujetando la cabeza que tenía bajo el brazo como si fuera un balón, se asomó por la columna para inspeccionar el corredor. Cuando vio que estaba despejado, puso de pie a Daniel y lo empujó contra la pared, con fuerza suficiente para acaparar toda su atención. Vio que estaba a punto de sufrir un ataque de nervios, así que le habló de forma deliberadamente tranquila, relajada.

—Esto es lo que vamos a hacer. Usted me sigue pero sin dejar de mirar atrás. Y dispare a cualquier cosa que nos siga. Y ahora, en marcha. Rápido. —Se agachó y quitó el seguro del fusil de Daniel. Un segundo después, corrían a la velocidad del rayo por el interior de la pirámide.

¿Qué le obligaba a hacer O’Neil?, gritó una voz dentro de su cabeza. ¡Todavía estaban en el Vestíbulo! Ni siquiera estaban cerca de la sala donde se encontraba la Puerta, y el resto del camino estaría como boca de lobo. Daniel empezó a aflojar el paso hasta que se dio cuenta de que la alternativa a separarse de O’Neil era encontrarse a solas con los guerreros de Horus. Aceleró y se adentró corriendo más allá de donde llegaba el último rayo de luz que penetraba por las ventanas.

O’Neil encendió una bengala mientras corría y comenzó a agitarla por encima de su cabeza para dificultar las cosas a los posibles francotiradores. En cuanto se orientó, lanzó la bengala delante de ellos. Al pasar junto a ella, Daniel aceleró para quedar fuera del alcance del resplandor, y se giró corriendo de espaldas para comprobar si alguien los seguía.

Lo que quedaba de la Gran Galería lo cruzaron a toda velocidad. O’Neil encendió otra bengala cuando supuso que se estaban acercando al corredor en que se hallaban

los medallones incrustados en el suelo y el techo. Sostuvo la bengala hasta que llegaron a la entrada y la lanzó hacia la sala de la Puerta. Antes de que la bengala se detuviera, O'Neil ya estaba dentro, con el fusil por delante, mirando a todas partes en busca del enemigo. No había nadie. Aún tenía tiempo.

Se dirigió corriendo a la vagoneta y sacó el gancho de uno de los bolsillos del pantalón. Un segundo después entraba Daniel, intentando permanecer cerca, intentando seguir con vida.

—¡Vuelva a la puerta! —susurró O'Neil, sin apenas volverse.

—Coronel, he visto lo que ha matado a Kawals... —Pero lo siguiente que vio fue la pistola de O'Neil apuntándole a la cara.

—Haga lo que le he dicho o es hombre muerto.

Daniel casi se cayó de espaldas. Ni por un momento dudó de lo que había dicho O'Neil, así que retrocedió hasta el borde del resplandor de la bengala y se agazapó junto a la puerta. Apuntó a ciegas hacia las sombras de la Gran Galería y se dispuso a esperar el ataque de los Horus. Se volvió un segundo y miró al coronel.

—¿Qué hace? —Vio que O'Neil estaba metiendo algo en las tablas del fondo de la vagoneta—. Vamos, O'Neil, salgamos de aquí.

Sin hacerle caso, el coronel siguió trabajando hasta que abrió la trampilla del compartimento secreto. La abrió del todo y se dispuso a insertar la llave naranja. Pero el compartimento estaba vacío. Los cilindros habían sido extraídos sin alterar el sistema detector de errores del detonador. O'Neil se quedó mirando el hueco con incredulidad. Fue en ese preciso instante cuando comprendió que se estaba enfrentado a un enemigo muy superior. Fue entonces cuando Daniel vio los pies.



En el umbral había dos hombres halcones, con los cascos brillando a la luz química de la bengala, manteniéndose firmes mientras una tercera figura, más alta aún, salía lentamente de la oscuridad con el arma a punto. Tanto O'Neil como Daniel lo reconocieron enseguida. Era Anubis, el dios de los muertos, el de cabeza de chacal.

—Baje el arma, Jackson. Todo ha acabado.

Daniel, nervioso, cumplió la orden. Al acercarse Anubis, vio por primera vez de cerca a una de aquellas horripilantes, espectrales e imponentes criaturas. El guerrero de cabeza de chacal avanzó hacia la luz con pompa y ceremonia. Al pasar por delante de él, Daniel examinó aquella mezcla de carne y hierro, materialización de lo que siempre había tomado por un mito. La cabeza era especialmente desconcertante. Daba la impresión de ser inorgánica, como esculpida en un material metálico o de

cuarzo, y la mismo tiempo parecía viva. Pensó que podría tratarse de un casco fabricado con algún metal biomórfico. ¿Serían androides?

Anubis siguió cruzando la sala hasta quedar a un paso de O'Neil; deslizó la palma por el cañón del largo y anticuado fusil. Al hacerlo se abrieron unos rebordes, las nervaduras del estrecho cañón, dejando el fusil listo para disparar. O'Neil no parpadeó. Se miraron fijamente durante unos instantes, casi como si se reconocieran, hasta que el extraño guerrero hizo una seña a los otros dos.

Todo aquello guardaba un parecido increíble con las imágenes que Daniel había estudiado la noche anterior en las catacumbas: Anubis era el jefe de los otros dioses. Los demás trabajaban para él.

Los dos guardias se adelantaron, tomando uno a cada intruso por el cuello con sus potentes manos y obligándoles a caminar agachados. Si tropezaban, como ocurrió, los Horus les empujaban sin piedad. Se alejaron de la Puerta de las Estrellas y pasaron a la siguiente sala, al corredor donde se hallaban incrustados los medallones. Los guardias tiraron a los terrícolas sobre el medallón del suelo. O'Neil, siempre alerta, dispuesto a ganar tiempo, observó que el chacal se estaba ajustando la bocamanga de metal.



En el dorso de la banda que llevaba en la muñeca, un engaste con forma de escarabajo sujetaba una gran joya. El chacal apretó la gema y al segundo siguiente una luz azulada empezó a punzar de arriba abajo el oscuro lugar, surgiendo como una aguja del medallón del suelo y llegando a su hermano gemelo del techo.



La emanación empezó a abarcar la circunferencia de los medallones, produciendo una finísima cortina de luz oscilante y envolviendo a los cinco que se hallaban sobre el medallón. En cuanto la luz formó un cilindro, se produjo una brusca descarga de intensa luz blanca ascendente que pareció elevarlos a todos del suelo. Daniel y O'Neil notaron una sensación conocida de quemazón y hormigueo, y una súbita huida de la prisión de la gravedad, la misma experiencia desconcertante que habían vivido durante el traslado a aquel planeta, la sensación de cruzar la Puerta de las

Estrellas. Era evidente que los medallones estaban basados en la misma tecnología que gobernaba los colosales anillos de cuarzo.

Cuando la columna de luz blanca se posó sobre su cabeza, se hallaban ya en una sala distinta, pero encima de un medallón idéntico. Casi en completa oscuridad, Daniel se ajustó las gafas y vio que se encontraban rodeados por tres lados por las alas extendidas de una estatua. La amenazadora forma que les envolvía tenía por lo menos más de dos metros de altura y estaba tallada en un solo bloque de brillante piedra negra. Daniel la reconoció: era la divinidad egipcia Khnum, el dios de cabeza de carnero; y supuso, acertadamente, que estaban en el interior de la extraña nave que se había posado encima de la pirámide. Los guardias de Horus le apretaron el cuello con más fuerza, retorciéndole la camisa como si se tratara de la soga de un ahorcado. Una vez más, O'Neil y él se hallaban agachados, con la cabeza más baja que el tronco. Avanzaban sobre un suelo muy brillante, oyendo el sonido metálico de la armadura de sus captores, que resonaba en la oscuridad. El eco dijo a Daniel que se hallaban en un lugar lo bastante grande para amortiguar los ruidos.

El tintineo de una campanilla sonó delante de ellos. Al poco, todo el lugar se llenó de un retumbar grave, el ruido sordo y mecánico de unos timbales. Una luz deslumbrante rasgó la sala desde diversos puntos mientras inmensos paneles, las enormes láminas de más de veinte metros de longitud que formaban las gruesas paredes externas de la pirámide, empezaron a deslizarse con la agitación de un terremoto de baja intensidad.

Se encontraban en una sala rectangular de techo muy alto, similar a una catedral gótica. Desde lo alto de las paredes les miraban gigantes rostros, delicadamente esculpidos en las delgadas columnas que sostenían el techo. El suelo, cubierto de baldosas, componía un complicado mosaico simétrico.

Mientras los paneles de encima seguían deslizándose, Daniel alcanzó a ver un trono dorado, exquisitamente tallado y cubierto de piedras preciosas, que se alzaba sobre una plataforma situada al final de un tramo de escalones. Encima colgaba un enorme disco solar adornado con un *udjat*, el Ojo de Ra, idéntico al que colgaba sobre la plaza mayor de Nagada, sólo que éste parecía de oro macizo. Cuando estaban a medio camino del trono, Horus volvió a tirar del cuello de Daniel y lo obligó a ponerse de rodillas. O'Neil forcejeó con su guardián hasta que Daniel le aconsejó en voz baja:

—¡Limítese a arrodillarse!

El coronel cedió de mala gana y se puso lentamente de rodillas, mirando a Anubis con actitud desafiante, dando la falsa impresión de que sólo opondría una resistencia simbólica, por orgullo.



Para entonces, la luz del sol entraba ya por todos lados, bañando el gran salón con un cálido resplandor amarillo. Dos ejes luminosos se irguieron a ambos lados del trono hasta alcanzar el disco solar, y detrás se abrieron dos puertas dejando ver otra sala más pequeña. En ese momento empezaron a aparecer jóvenes, entre siete y diecinueve años, que se situaron muy juntos alrededor de la plataforma. Su ropa era escasa. Iban vestidos al estilo de los antiguos cortesanos egipcios, pero sin calzado, con faldones muy cortos y collarines enjorjados que les colgaban desde los hombros. Parecían proteger algo situado en el centro.

Cuando los chicos se apartaron, mostraron a los visitantes lo que con tanto celo ocultaban: una estatua asombrosamente exacta del supremo faraón Ra, el dios sol.

Era una obra de arte que quitaba el aliento, fabricada toda ella de oro y engastada por todas partes con piedras preciosas. Cada detalle —la larga barba trenzada, las dos serpientes que sobresalían del tocado, los ojos pintados— había sido reproducido con obsesiva perfección. Sus brazos, bien proporcionados, le cruzaban el pecho sosteniendo los símbolos tradicionales del poder: el cayado y el mayal. El cayado del pastor representaba a la Industria, y el mayal el Dominio, especialmente sobre los esclavos.

La sobrecogedora falta de expresión del rostro guardaba cierto parecido con la de la famosa mascarilla funeraria de Tutankamón, pero un simple vistazo a aquella sorprendente escultura viva dejaba a la de Tutankamón como obra de aficionado. Esta imagen, mucho más amenazadora, hacía que los mejores relieves egipcios parecieran viñetas de tebeo para niñas cursis.

Se preguntaba Daniel si los guardias le darían la oportunidad de acercarse a examinar el brillante ídolo cuando, de repente, la imagen empezó a moverse y, lenta y pausadamente, dio un paso. Daniel despertó de su intensa concentración y se quedó sin aliento.

La figura avanzaba con austera gracia hacia el trono, vestida como los antiguos faraones. De los hombros le colgaba el peto, del que pendían a su vez lingotes de jaspes rojo y ónice negro, y alrededor de la cintura llevaba el faldón rígido y bordado que le llegaba hasta las rodillas.

—Es el faraón Ra —musitó Daniel, entre encantado y aterrorizado.

Él y O'Neil se miraron y volvieron la vista a la extraordinaria criatura que continuaba avanzando hacia el trono a un ritmo tediosamente lento. Su piel, como el casco de Anubis, parecía centellear con resplandor fantasmal. Daniel se preguntó si

estaría hecho de la misma sustancia inidentificable que la Puerta de las Estrellas.



Cuando por fin llegó al trono, a veinte pasos de sus huéspedes, la forma se sentó a la velocidad normal de los seres humanos y se inclinó para verlos mejor. Pasaron unos instantes antes de que Ra levantara lánguidamente una mano e hiciera una seña a Anubis. Su leal soldado obedeció la orden, llevándose la mano a la garganta y girando una pequeña lengüeta con el dedo índice. Inmediatamente, la cabeza de chacal empezó a retroceder. El temible casco estaba hecho con algún tipo de «metal inteligente», una aleación capaz de recordar y ejecutar complejas cadenas de órdenes. La estructura continuó cambiando de forma, pieza por pieza, sección por sección, hasta dejar al descubierto el rostro humano que había detrás: el rostro atractivo y serio de un joven fuerte y musculoso. La máscara siguió plegándose hasta desaparecer debajo del collarín metálico que envolvía el cuello del joven.



Ninguno de los dos terrícolas creía lo que estaba viendo. Jamás habían visto una tecnología que fuera remotamente similar a ésta. Daniel miró nerviosamente al faraón y, al poco rato, Ra asintió con la cabeza mirando a los niños. La menor de sus órdenes se traducían de inmediato en un torrente de susurros apremiantes; dos de los chicos, de no más de diez años, se apresuraron a transportar una gran bandeja. Encima de ésta, desmantelados sus componentes, estaba el dispositivo que O'Neil había esperado encontrar en el compartimento oculto de la vagoneta.

Los muchachos, nerviosos, acercaron la bandeja a los visitantes hasta donde se atrevieron y echaron a correr hacia su grupo. Daniel observó los fragmentos electrónicos, sin saber a ciencia cierta lo que eran, y dijo algo a O'Neil, a quien el hombre de oro no quitaba los ojos de encima.

—¿Qué es esa basura? —preguntó, sin esperar ni recibir respuesta—. Mire, hay unas palabras escritas —dijo, inclinándose para ver mejor— que parecen instrucciones. —Pero en seguida se dio cuenta de que eran fragmentos de un símbolo de peligro, el logotipo internacional del peligro nuclear. No tardó en imaginar lo que había en la bandeja—. Es una bomba, ¿verdad?

La primera reacción de Daniel fue de ira. ¿Una bomba? ¿Cómo había sido capaz O'Neil de hacer algo tan violento y estúpido? Sin embargo, la ira dio paso a una fría sacudida de temor que le bajó hasta el vientre. De súbito se le ocurrió que tanto él como el coronel iban a morir. Los siguientes momentos los pasó tratando de buscar una salida a la situación. Decidió que, si tenía oportunidad, explicaría que él no tenía nada que ver con aquel explosivo. También se daba cuenta de que, independientemente de lo que ocurriera, había conseguido todo aquello por lo que había ido a aquel planeta. Había resuelto el viejo enigma de las pirámides y demostrado, al menos ante sí mismo, que sus teorías sobre el Antiguo Egipto eran acertadas. Había superado dificultades hiperastronómicas y vencido a muchos enemigos para poder llegar adonde estaba ahora: el punto en el que siempre había deseado estar. Pasara lo que pasase después, estaba en paz consigo mismo, aunque, por supuesto, daría cualquier cosa con tal de salir de allí vivo.



La figura dorada se inclinó hacia delante. Un instante después, empezó a transformarse: la piel perdió el baño dorado y la máscara comenzó a doblarse hacia dentro, recogándose por detrás de la cabeza. Finalizada la transformación, lo que apareció ante ellos fue un hermoso joven de tez oscura y largo cabello trenzado. Estaba perfectamente formado y no aparentaba más de veinte años. Su rostro era la viva imagen de la inocencia.



Cuando aquel delicado rostro se hizo visible, los soldados, que lo adoraban como a su dios, tocaron el suelo con la cara exactamente igual que los mineros al ver el medallón de Daniel. Con todos los ojos posados en el suelo, O'Neil vio la ocasión y atacó instantáneamente. Saltó hacia Anubis y le bloqueó el hombro por un lado mientras le quitaba el arma, y antes de darle tiempo a recuperarse, le pegó con la culata en el cuello y dejó que se desplomara. Tocó en la zona en la que había visto a Anubis deslizar la mano por el reverso del arma, cargándola y disparando al Horus que se hallaba al lado de Daniel. El disparo le alcanzó en el hombro y el guerrero empezó a dar vueltas en el suelo.

Ra ordenó a los chicos que lo rodearan y los pequeños obedecieron rápidamente, formando un escudo humano en torno a su jefe. Cuando O'Neil se giró para empezar a disparar, su arma apuntaba a una muralla de niños aterrados. Vaciló. Sabía que debía disparar, pero no pudo hacerlo. Se volvió para disparar al segundo Horus, que en ese momento aprestaba su arma.



Daniel, horrorizado, vio que el segundo Horus llevaba ventaja sobre el coronel. Se puso de un salto entre ambos combatientes y empezó a gritar que no disparase en el idioma del guerrero. Demasiado tarde. El guerrero disparó y el impacto atravesó las entrañas de Daniel, matándolo en el acto. Mientras su cuerpo caía al suelo, O'Neil vio que tenía un blanco fácil y lo aprovechó disparando al guardia. Luego cometió un segundo y fatal error al dar un paso instintivamente hacia su compañero, aun cuando sabía que era demasiado tarde para acudir en su ayuda. El instante de inactividad lo aprovechó Anubis para atacarle por detrás. Cuando O'Neil se dio la vuelta con intención de capturar a Ra, recibió una brutal patada en el pecho que le llevó volando hacia atrás.

O'Neil consiguió ponerse de rodillas, dispuesto a continuar la lucha. Anubis se acercaba ahora después de haber vuelto a activar su casco. Tras él, el guerrero con cabeza de halcón apuntaba con su arma al coronel. O'Neil luchó con todas sus fuerzas para ponerse en pie, pero se desplomó como un saco de cuchillos.

Ra salió de detrás del cordón de los niños e hizo un leve gesto a Anubis, que se acercó y miró a O'Neil. Sólo para asegurarse de que no fingía estar inconsciente, retrocedió un poco y le dio un golpe en la cabeza con la culata del fusil. Se quedaron mirándolo un minuto, esperando algún movimiento, alguna señal de que seguía con vida. Anubis lo empujó con la bota para darle la vuelta y se arrodilló a su lado. Extendió una mano, le cerró los orificios nasales y con la otra le tapó la boca para evitar que respirara. Esperó.

O'Neil no sabía qué hacer. A pesar de la descarga en la cabeza, en realidad estaba fingiendo. En cuanto los otros se habían reagrupado, había decidido poner fin a la lucha porque sabía que no podía ganar. Ahora Anubis le impedía respirar y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no quitarle el arma al chacal. Aguantó un minuto relajado, pero empezó a sufrir convulsiones involuntarias por falta de oxígeno.

Cuando vieron que aún respiraba, Anubis apartó la mano. Ahora, lo mejor que podía esperar O'Neil era que lo mantuvieran con vida para torturarlo. Eso, al menos,

le daba una remota posibilidad de acabar la misión.

Poco después volvió a sentir la garra de Anubis que le cogía del cuello de la camisa y lo arrastraba por el suelo de la cámara. Como medida de precaución, otro guerrero echó a andar detrás de él. Aquello quería decir que O'Neil no podría engañar a sus enemigos, pero también que le tenían miedo, que eran vulnerables.

Ra, rodeado aún de su juvenil cortejo, se acercó a examinar el cuerpo de Daniel. El disparo le había atravesado el tronco. Cuando se inclinó, Ra vio algo que le puso tremendamente furioso. Se agachó hasta ponerse casi al nivel del cuerpo destrozado y se quedó contemplando el medallón que Daniel llevaba al cuello. Era el *udjat*, el Ojo de Ra.



Episodio XVI

El día de la ira.

Feretti estaba estropeando la hebilla metálica de su cinturón. Llevaba media hora intentando grabar algo, aunque fuera pequeño, en el duro muro de piedra. Quería dejarlo como recuerdo para quien tuviera la mala suerte de aterrizar allí cuando él se hubiera ido.

De repente se abrieron los barrotes del techo, el único agujero de entrada y salida de aquella húmeda tumba. Los que aún tenía fuerzas se pusieron de pie, resignados a soportar cualquier cosa. Pero no pasó nada. Feretti levantó la vista esperando lo peor. Se había convencido de que había que ser acróbatas chinos para salir de allí; hacía falta por lo menos una torre de cuatro hombres para llegar a los barrotes, aunque abrirlos era harina de otro costal. No, sólo había una forma de salir del infernal agujero y era que les echaran una escalerilla.

Entonces vio que soltaban a O'Neil por la abertura. Inconsciente a causa de los golpes recibidos, su cuerpo cayó a plomo salpicando a su alrededor. El suelo de la celda estaba tan lleno de agua que resultaba imposible permanecer acostado. Los prisioneros tenían que estar sentados o de pie, lo que imposibilitaba descansar en condiciones.

El agua fría resucitó inmediatamente al coronel, que empezó a arrastrarse hasta que un par de fuertes brazos lo izaron por detrás.

—¡Soy yo, señor! ¡Kawalsky! ¿Se encuentra bien?

O'Neil dejó de forcejear y miró a su alrededor, adaptando los ojos a la oscuridad de la celda. Brown yacía boca abajo en el agua. Porro también estaba muerto y flotaba cerca de él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, pero no hubo respuesta.

—¿Qué ha sido de Jackson? —preguntaron al unísono Freeman y Feretti.

O'Neil se sentó y se quedó mirando al techo unos instantes, preguntándose cómo se las iban a ingeniar para subir.

—Jackson ha muerto —dijo al fin.

Apoyado en lo alto de una duna, «Un Poco», el *mastadge* enamorado de Daniel, se lamentaba ante los soles del mediodía. Los pastores, asustados, miraban a todas partes buscando señales de peligro. Cuando vio que estaban a salvo, Skaara subió la cuesta y gritó a la repugnante y plañidera bestia que se callara antes de regresar a su querida choza. Los cuatro chicos habían estado merodeando por el campamento base y ahora estaban muy ocupados desenterrando de la arena todo el equipo que

encontraban. Ya habían dado con el cajón de fusiles, los alargados instrumentos que habían visto disparar a O'Neil. Sabían cómo utilizarlos, pero los restantes hallazgos eran más desconcertantes, por ejemplo el delgado y flexible tubo de Profidén.

Un poco antes, Nabeh, que no era ningún Einstein, había exhumado un bol verde con un extraño redondel de cuero en el fondo. No entendió lo que era hasta que Skaara se lo quitó de las manos y lo puso en la cabeza del muchacho. Nabeh dio un alarido de júbilo, enseñando sus dientes saltones mientras estallaba en carcajadas.

Un fuerte sonido procedente de la pirámide llamó su atención en ese momento. Todos volvieron la cabeza y vieron que una gran sección de la pared externa retrocedía y dejaba al descubierto una enorme cavidad. Dos *udajit*, planeadores de uso individual, salieron de la cavidad, se elevaron y quedaron suspendidos mientras una nave mayor en forma de carro de guerra salió volando para reunirse con ellos. Skaara no esperó a ver más.

—¡*Udajit Aba na wali, yalla!* —ordenó.

Rabhi y Aksah, los otros dos muchachos, no dudaron ni un instante. Saltaron a un lado del saliente, cayendo de bruces por el mismo terraplén que había caído Daniel el día anterior. Skaara estaba a punto de abalanzarse también cuando vio que Nabeh seguía de pie en lo alto del risco, inmóvil como un ciervo hipnotizado por el resplandor de los faros de un coche. Salió corriendo y tiró a su amigo por la pendiente. Cuando dejaron de rodar, ya se les había acabado el tiempo de ponerse a salvo pues tenían las tres naves encima. Por suerte, los pilotos no se fijaron en los chicos tendidos rígidamente en la arena. El castigo por entrar en el territorio privado que rodeaba la pirámide era la muerte. Pero, por desgracia, los muchachos vieron que las naves se dirigían directamente a Nagada e intuyeron que iba a haber problemas.

Tardaron más de una hora en cargar a lomos del *mastadge* todo lo que pudieron salvar e iniciar el camino de regreso. Mucho antes de cruzar las puertas de la ciudad, vieron que los emisarios de Ra habían llevado un mensaje de destrucción a sus habitantes. Una docena de columnas de humo negro se elevaban hacia un cielo donde no corría el aire, extendiéndose hasta formar una nube oscura sobre la ciudad. Cuando se encontraron a unos metros de la puerta, uno de los planeadores despegó de la muralla y giró lentamente en dirección al desierto. Luego se le unió el otro y a continuación el carro de guerra. Uno de los pilotos Horus divisó a los chicos y bajó en picado a echar una ojeada. Los muchachos se aferraron a los costados del *mastadge* y vieron al soldado en la cabina de la aeronave. Era igual a las criaturas míticas de las que habían oído hablar, a las que incluso habían visto dibujadas en los muros de la catacumba. Allí estaba Horus, volando encima de ellos. Sin ninguna emoción, el soldado les devolvió la mirada y, pensando que eran niños que volvían de la cantera, se alejó.

Skaara saltó del animal, lo cogió de las riendas y cruzó con él la puerta, que

estaba abierta de par en par. Aquello era peor incluso de lo que habían temido los muchachos. La plaza mayor parecía la capital del infierno. Algunos incendios se habían apagado, pero aún había unos cuantos fuera de control y la desorganización de los esfuerzos por extinguirlos estaba causando más problemas de los que resolvía. Había personas arrolladas por el tumulto; se oían gritos, llantos, chillidos de pánico y había heridos por todas partes.

Rabhi y Aksah llevaron al *mastadge* al corral, rodeando toda la ciudad, en tanto que Skaara y Nabeh se pusieron a vagar en medio de la anarquía. Pegados a la muralla para no ser arrollados por los hombres que trataban de apagar los incendios, los dos chicos avanzaron lentamente por la arteria principal.

La casa de Nabeh aún estaba en llamas. Los dos amigos se apostaron en un zaguán del otro lado de la calle y se quedaron contemplando los caóticos esfuerzos por apagarlas. Skaara bajó la vista y vio que estaban pisando un charco de sangre. Detrás de ellos, agazapado contra la pared, había un chico unos dos o tres años mayor que él con un disparo en la cadera y el muslo casi quemado a causa de las llamas. Le dieron la vuelta. Estaba inconsciente a causa del dolor que sentía en la pierna. Nabeh sacudió al chico para que despertara, pero no hubo forma y, sin decir una palabra, decidieron llevárselo de allí para auxiliarle. Nabeh lo levantó del suelo y, ayudado por Skaara, se echó al muchacho a la espalda. Esquivando a los hombres que llevaban agua a toda prisa y pisando a los caídos, se abrieron camino hacia la plaza mayor, al lugar donde se suponía que debían ir los niños cuando estaban enfermos o sufrían un accidente.

Pero la situación en la plaza era aún peor. Ambos habían visto cadáveres antes, cuando había habido accidentes en la cantera, pero nada parecido a esto. Por lo visto, los soldados de Ra habían arrasado la ciudad matando indiscriminadamente, y era precisamente allí donde habían comentado las peores salvajadas. La sangre cubría prácticamente lo adoquines de la plaza. Los cuerpos destrozados de las víctimas habían caído en las más raras y antinaturales posturas. Un anciano se dedicaba a reunir a los muertos uno por uno, arrastrándolos por la plaza y pegándolos a la pared que solía servir de portería en un deporte parecido al fútbol que solían practicar los niños.

Cuando llegaron a la clínica infantil, se encontraron con que había ardido y estaba completamente vacía. Skaara salió al patio a buscar ayuda. Aquello parecía el fin del mundo. Había mujeres chillando y corriendo en todas direcciones, cada cual respondiendo a sus necesidades más urgentes, apresurándose a buscar a sus seres queridos, a sus hijos, a sus padres, al novio, convencidas de que lo habían perdido todo en aquel ataque sin sentido ni razón.

Finalmente una persona se prestó a ayudarles. Era Sha'uri, la hermanastra de Skaara. Se acercó a ellos corriendo, con la mano en la mejilla que tenía llena de

sangre.

—¿*Sha'uri*, *har an'doa*? —preguntó Skaara. Pero ella despejó sus preocupaciones y atendió al chico que llevaba a cuestras Nabeh. Mientras lo inspeccionaba, Skaara se fijó en la sangre que le salía de una herida que tenía encima del ojo derecho. Le dejaría una fea cicatriz.

Al cabo de un momento, *Sha'uri* se volvió y condujo a Nabeh hacia el muro y el montón de cadáveres. Cuando Skaara vio adónde se dirigía, se puso histérico de rabia. Él y Nabeh habían encontrado al chico y, costara lo que costase, lo iban a salvar. Tiró con fuerza del brazo de su hermanastra para impedir que siguiera andando, pero ella, con toda la suavidad que pudo, le dijo la verdad.

—Ya está muerto. Déjalo con los otros y ven conmigo. —Skaara no podía creer lo que veía alrededor. Se consolaba viendo cómo sus conciudadanos se ayudaban entre sí, la fortaleza que *Sha'uri* demostraba organizando los servicios de socorro. Lo supiera o no, *Sha'uri* había nacido para dar órdenes. Pero su resistente apariencia se vino abajo de súbito y, con voz temblorosa, preguntó—: ¿Dónde está *Dan-yor*? Dime qué le ha pasado.

Skaara no sabía qué responder. No podía responder. Demasiadas tristezas soportaba ya su hermanastra. No podía añadirle una más. Apartó la vista distraídamente, fingiendo no haber escuchado. Pero su fingida distracción se transformó en verdadero dolor cuando miró al otro lado de la plaza y vio el gigantesco disco colgado entre los edificios y, crucificado delante del medallón, atado por las muñecas, el cuerpo de Kasuf. Skaara sintió deseos de vomitar. Antes incluso de que Nabeh se volviera a ver qué pasaba, Skaara ya había salido corriendo, saltando entre los cuerpos. Una multitud se había reunido al pie del disco tratando de bajar de allí al pobre hombre, apaleado y sangrando.

Los habitantes de Nagada siempre se habían enorgullecido de su resistencia y tenacidad, deseosos de ser como la arena: estoicos, difíciles de contener y capaces de absorber toda la lluvia (lágrimas) que los dioses les enviaran. Skaara tenía ya quince años y creía que había dado el salto a la virilidad, pero al ver a su padre apaleado y humillado rompió a llorar sin reservas, con el llanto expansivo de un niño. Y cuanto más lloraba, más rabia sentía. Sabía que la gente de su ciudad no había hecho nada malo.

—¿Por qué? ¿Por qué tiene que pasarnos esto? —preguntó.

Uno de los ancianos que estaba por allí cerca le dijo:

—Son los visitantes. Ellos nos han traído esto. Son falsos dioses. Nos arrancaron alabanzas y eso ha enfurecido a Ra Todopoderoso.

—No es verdad —replicó Skaara.

—Sí lo es. Ra ha regresado. Lo hemos ofendido adorando a falsos dioses. Debemos arrepentirnos y servirle obedientemente.

Skaara estaba encolerizado y confundido. Se negaba a creer que los visitantes tuvieran algo que ver con aquello, aunque fuera de manera involuntaria. Quería que se lo explicara Kasuf. Tal vez Kasuf pudiera aclararlo todo.

¿Por qué tardaban tanto en cortarle las ataduras y bajarlo? Todas las ventanas y balcones que rodeaban el disco estaban llenos de gente que intentaba ayudar, pero nadie hacía nada efectivo. Una gruesa cuerda de sogas trenzadas sujetaba el disco de piedra, que pesaba algo menos de una tonelada. Dos hombres habían intentado deslizarse por la cuerda inferior, uno por cada lado, pero su peso había roto las cuerdas, hechas de enredadera y tendones de animales. Todos los presentes gritaron al unísono desde los balcones que pesaban demasiado, que se matarían y matarían al anciano. Y cuando uno de los Ancianos expuso su plan de rescate, a base de largas planchas de madera, los otros contestaron con críticas. La chusma trataba de salvar a su patriarca organizando comités y deliberando democráticamente.

Cuando Skaara regresó de los corrales ya habían colocado dos inútiles escaleras y unos cuantos ciudadanos habían estirado una lona sobre una red de acróbata que había debajo. En otras palabras, no habían adelantado nada.

Cargado con los arneses del *mastadge*, entró en el edificio y subió hasta el tejado. Salió a la vertiente de tejas y, con una silla de montar y una cuerda, avanzó cuidadosamente hasta el lugar donde estaba atada al alero la más alta de las sogas que sujetaban el medallón. Resbaló en el último tramo, pero tuvo la suerte de hacerlo cuando sus pies tropezaron con la soga. Alguien había perdido un zapato y Skaara se preguntó si ese alguien se habría caído. Decidió llevarse el zapato. Guardando el equilibrio con la silla en una mano y la cuerda y el zapato en la otra, se irguió y empezó a deslizar los pies desnudos por la soga, dejando atrás el edificio al dar el paso siguiente y preparándose a fondo para lo que vendría a continuación.

Cuando los rescatadores reunidos en la plaza vieron a Skaara en la cuerda floja, empezaron a chillar como demonios. Las personas que estaban en la ventana de abajo estiraban las manos para asirlo del tobillo, pero el chico obedeció la regla de no mirar nunca abajo. Sabía que era peligroso, pero estaba irritado como nunca lo había estado en su vida. En ese momento no le preocupaba su seguridad personal. Los aullidos del gentío no hacían mella en su concentración. De hecho, cuanto más se concentraba en su tarea, más tranquilo empezaba a sentirse. Primero un pie, luego el otro. La valla de los corrales de los *mastadges* era mucho más difícil de recorrer que aquella ancha soga y Skaara no recordaba en ese momento cuándo había sido la última vez que no había podido dar la vuelta entera. Sigue tranquilo, sigue guardando el equilibrio, casi has llegado.

En tierra, Sha'uri instaba a la gente a que tensara la red de acróbata. Skaara estaba a poca distancia del lugar donde se juntaban muchas de las sogas que sujetaban el medallón, formando un nudo que el chico tendría que saltar. Enganchó la pierna entre

el disco y la soga. Cuando vio que podía sostenerse, saltó hasta quedar colgando al lado de su padre.

—¿Estás bien? —preguntó el chico.

—La humillación es peor que la muerte —respondió el anciano, que apartó los ojos, incapaz de mirar a Skaara.

El muchacho nunca había oído hablar así a Kasuf. Tampoco había visto nunca lágrimas en sus ojos. Apesadumbrado por ver así al hombre que tanto admiraba, se concentró en el siguiente paso: atar la cinchas de la silla a la cintura del anciano.

—Dobla la espalda —dijo.

Kasuf obedeció de la mejor manera que supo. Aunque nunca había trabajado boca abajo, Skaara era un experto en el manejo de las cinchas y, un minuto después, ya tenía atada la cintura del viejo. Luego ató la cuerda al zapato y lo lanzó a la muchedumbre que estaba en una de las pasarelas.

—Voy a soltarle. Preparados.

Todas las manos disponibles se apoderaron rápidamente de la cuerda cuando Skaara desenvainó un largo cuchillo y lo enseñó a los que estaban en la pasarela. Cuando el hombre que estaba delante asintió, el muchacho se inclinó para informar a Kasuf:

—Vas a quedar colgando un segundo hasta que pueda llegar a la otra soga.

Cortó la primera cuerda y dejó a Kasuf balanceándose de un lado a otro, colgado de la muñeca. Segundos después cortó la otra y Kasuf, el gran jefe de la ciudad, dio una voltereta en el aire antes de que la fuerza de gravedad tirara de él. La muchedumbre de la pasarela sujetó al anciano y se apresuró a llevarlo a una vivienda cercana para curarle las heridas.

Aunque todos se emocionaron al ver que su jefe estaba sano y salvo, evitaban mirarle a la cara para que no se sintiera avergonzado. El capataz de la pasarela recuperó la soga y, después de varios lanzamientos, Skaara consiguió alcanzarla. Se ató el pie y gritó que lo bajaran, pero cuando estaba a unos metros del suelo, volvió a sorprender a todos.

—Cogedme —gritó; y sin previo aviso, se soltó y cayó a plomo, seguro de que Sha'uri, Nabeh y los demás lo atraparían en la red.

Episodio XVII

Solamente puede haber un Ra

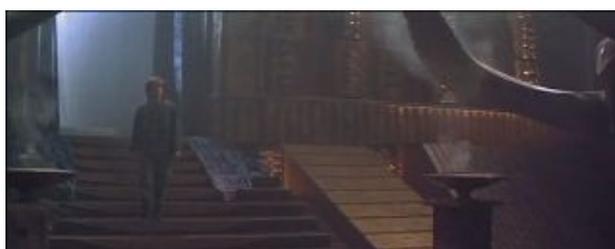
El sarcófago se alzaba inmóvil y mudo en el fondo de la estancia. Lentamente, los lados de la antiquísima caja empezaron a encogerse y a bajar hasta el suelo; al retroceder la pared lateral, la estrecha tabla del centro se levantó. Sobre ella había un figura humana cubierta con una tela mojada, un sudario. Un instante después, el cuerpo empezó a convulsionarse, jadeando en busca de aire. Se incorporó y apartó la mortaja.



Era Daniel que resucitaba. Tardó unos minutos en respirar normalmente, sintiendo como si el diafragma y los pulmones, después de las breves vacaciones, hubieran olvidado su función. Volvió a echarse otra vez, mareado, y miró a su alrededor para ver dónde estaba. Inspeccionó lo mejor que pudo la habitación desierta y misteriosa. Se sorprendió al ver a un niño de unos siete años esperando pacientemente a que despertara.

Intentó sentarse mientras sus canales auditivos se ajustaban poco a poco para recuperar el sentido del equilibrio. Tosiendo y parpadeando, se puso de pie y miró al niño, que le invitó a seguirle mientras salía de la habitación. Daniel titubeó.

El chico lo condujo al salón del trono, lugar de su malhablada entrevista con el joven rey Ra. Daniel pensó que debía de haber pasado mucho tiempo dormido. Se sentía activo y fuerte físicamente, más fuerte de lo que se había sentido en muchos meses. Aunque la luz era tenue y no llevaba gafas, comprobó que podía enfocar claramente todo lo que se hallaba en su entorno. Al igual que los otros niños, el que caminaba delante de él iba prácticamente desnudo; llevaba un faldón egipcio muy corto y una gruesa cadena de oro alrededor del cuello.





Un gato pasó por delante de ellos. Poco después, Daniel divisó otro gato acurrucado en las escaleras que subían al trono. Se volvió para mirar al primero y vio que era idéntico a las mascotas que había tenido de niño en casa. El animal parpadeó y apartó la cabeza. Cuando Daniel quiso mirar de nuevo al niño, éste había desaparecido. Siguió caminando y llegó a una amplia puerta. Miró dentro y se encontró con otra maravillosa sorpresa. En la oscuridad había enormes pedazos de seda blanca suspendidos del techo y casi rozando el suelo, y ondulando entre las telas asomaban nubes de vaho. El ambiente era húmedo y caliente, como el de una sauna.

Demasiado curioso para tener miedo, Daniel penetró en la niebla, apartó las telas y se sumergió en la densa humedad hasta encontrar la fuente de vapor, una piscina redonda y poco profunda. En ese momento, los vapores se hicieron a un lado y le permitieron ver la razón de todo este decadente lujo. Aparecieron y desapareciendo entre el vaho estaba Ra, inmóvil, sumergido hasta los hombros en el agua caliente y rodeado de sus jóvenes ayudantes. Aunque fingió no darse cuenta de la entrada del resucitado, Daniel supo que intuía su presencia. Se acercó un poco más en silencio y se detuvo al borde mismo de la piscina, que tenía el tamaño de un diminuto lago.

Ra abrió los ojos y lo miró fijamente. Ambos se examinaron durante largo rato antes de que una mano saliera del agua goteando. Con un gesto relajado, Ra pidió su ropa y dos niños se acercaron y la dejaron muy cerca de donde estaba Daniel.

Muy lentamente, el dios se levantó y salió del agua con la gracia de un felino. Ya no tenía la piel dorada, sino que de alguna manera había recuperado su color natural, un tono de almendra tostada muy común entre los pueblos del norte de África.

Si la historia que se contaba en los muros de la catacumba era cierta, el joven desnudo que se deslizaba había él tenía unos diez mil años de edad. Tan sólo cuarenta y ocho horas antes, Daniel, famoso por la «incesante creatividad» de sus ideas académicas, habría negado vehementemente el hecho. Pero ahora, a pesar de la juvenil apariencia de Ra, estaba dispuesto a creerla. Fascinado, contempló a la enigmática criatura avanzar hacia él en medio de la neblina.

—He estado muerto, ¿estaba? —dijo Daniel en la lengua que le había enseñado Sha'uri.

Ra dio un paso y dejó que los niños le remetieran la ropa. Cuando oyó las mal pronunciadas palabras de su visitante, una especie de sonrisa cruzó sus labios. Sin decir nada, se giró y empezó a salir plácidamente de la habitación. Con Daniel y los chicos de acompañamiento, el dios encabezó el extraño cortejo a lo largo del salón

del trono, subió la escalera, pasó por delante del gran sillón y entró en sus aposentos privados.

La cámara estaba abarrotada de fantásticas obras de arte, bellísimos muebles y objetos de todos los tamaños. Al pasar junto a una mesa de mármol, Ra llamó casualmente la atención de Daniel arrastrando los dedos por la superficie.

Dispuestas sobre la mesa, a modo de exposición museística, estaban las pertenencias que habían confiscado al pelotón de exploradores: fusiles, pistolas, radios, munición sobrante y los libros de Daniel, uno de los cuales estaba abierto como si alguien lo hubiese estado leyendo. El objetivo más llamativo de la exposición era uno de los uniformes de camuflajes del ejército. Al final de la mesa, aún en la bandeja, estaba la bomba desarmada. Cuando Daniel levantó la vista, Ra lo estaba observando divertido.



Entonces le habló, con una voz suave y ronca al mismo tiempo.

—Tu gente ha avanzado mucho desde que me marché —dijo el extraño niño-monarca—. Tu mundo se ha vuelto un lugar peligroso —continuó, subrayando la última palabra. Su dialecto parecía algo distinto del de Sha'uri. Tal vez fuera el «culto» preegipcio de palacio. Daniel no entendió todas las palabras, pero comprendió el significado de lo que Ra quería decir.

—Habéis domeñado las fuerzas del átomo —dijo Ra, señalando la bomba desmontada—. Pero aún no comprendéis del todo mi poder. El poder que hay en el cuarzo.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó, empezando a entender las feas implicaciones de lo dicho.

—No deberíais haber reabierto el camino —dijo Ra con voz áspera—. No tardaré en devolver vuestra arma a vuestro mundo. La mandaré con un poco del precioso mineral de este planeta. Aumentará cien veces el poder destructivo de vuestras armas. —Una sonrisa le bailoteaba en los labios.

—¿Para qué?

—Yo creé vuestra cultura, vuestro idioma, vuestras artes, vuestras formas de gobierno. Yo creé toda vuestra civilización —dijo Ra, que se acercó a Daniel casi hasta tocarle y añadió—: Y tengo intención de destruirla.

Daniel se puso pálido como la tiza. Su expresión de temor pareció complacer a Ra, que sonrió otra vez antes de escurrirse hacia el vestidor, una habitación rodeada de altos espejos. Daniel lo siguió, tratando de inventar algún argumento convincente para asegurarle que estaban allí en son de paz. Pero la bandeja de la bomba complicaba las cosas.

—¿Por qué me has devuelto la vida? —Daniel seguía preguntándose si aún había escapatoria.

—Te necesito. Juntos debemos restaurar la fe, la fe de esta gente en el poder de su dios único y supremo.

—¿Fe? —Daniel ignoraba por completo lo que significaban aquellas palabras.

—Fue una de las primeras cosas que supe sobre tu especie —musitó Ra, casi como quien hace una confidencia—. Mito, fe, costumbre. El control de estas cosas proporciona más poder que cualquier arma. —Ra levantó los brazos para que los chicos pudieran ponerle una túnica—. Mito, fe, costumbre —repitió—. Un escriba como tú debería recordar esas palabras. —Se sentó en un magnífico taburete plegable, pintado con misteriosos símbolos heráldicos, mientras los niños le calzaban las sandalias—. Me obedecerás delante de mi pueblo. Serán testigos de tu obediencia mientras matas a tus compañeros. La ceremonia comenzará mañana con el último sol.

Daniel trató de reírse, pero lo único que salió de su boca fue un farfullar ahogado. Miró al arrogante joven como si estuviera loco y preguntó:

—¿Y si me niego?

Ra le explicó tranquilamente la alternativa.

—Entonces te destruiré a ti y a todos los que te han visto.

Los niños seguían muy ocupados acicalando a Ra con sus joyas, pero les interrumpió y bajó los peldaños en dirección a Daniel. Siguió avanzando hasta que estuvo peligrosamente cerca, hasta que ambos sintiendo el aliento del otro. Daniel se encogió cuando Ra puso la mano entre ambas caras, pero como era más valiente que nadie, se dijo que no volvería a retroceder. Y no lo hizo, aun cuando Ra le puso un dedo en los labios y lo fue bajando por la barbilla y la garganta, hasta llegar al pecho. La mano se detuvo en el medallón de Daniel. Ra lo miró, giró el disco que portaba su nombre y miró a Daniel con sus ojos ambarinos.

—Solamente puede haber un Ra —murmulló, antes de tirar con fuerza y partir la cadena, liberando su sello del cuello de aquel detestable usurpador.



Aunque Skaara no le había dicho lo que los muchachos habían visto aquella tarde en la pirámide, Sha'uri presentía que algo le había ocurrido a Daniel. De haber podido, el hombre habría vuelto con ella. A pesar de que había rechazado su cuerpo la noche que la habían conducido a sus aposentos, sabía que existía un lazo entre ellos, una conexión que ninguno podía crear ni dominar ni impedir. Juntos habían hallado el museo secreto, la crónica olvidada de su pueblo. Aquel caótico registro de acontecimientos sucedidos hacía miles de años había cambiado todo el presente. De golpe y porrazo había que replanteárselo todo y nada habría sido posible sin él. Su llegada la había transformado de tal modo que siempre le estaría agradecida.

Cruzó la ciudad con un candil y solamente lo encendió cuando se encontró a solas en la catacumba. Recordando la explicación que había dado Daniel sobre los jeroglíficos, leyó y volvió a leer la historia olvidada de su pueblo. Ahora entendía por qué las letras se habían convertido en tabú, por qué eran tan poderosas. Ra había querido ocultar la verdad sobre sus orígenes, que no eran divinos. No había nacido en el sol ni había conquistado Tuat. No era más que una criatura que quería seguir viva, al precio que fuese.

Un precio que Sha'uri ya no quería pagar.

Episodio XVIII

En el principio...

Su especie era muy distinta de la del cuerpo humano con el que se había revestido. La naturaleza de los suyos no conocía nada que se pareciera a la identificación emocional, la comprensión, el amor o la amabilidad. La suya era una raza que existía sólo para sobrevivir y poseer. Después de vivir de aquel modo durante miles de años, sus conocimientos eran prácticamente infinitos, aunque aún no habían alcanzado la sabiduría. La continua búsqueda de adquisiciones, conocimientos, arte, ciencia y bienes había redundado al final en la extinción de la raza.

Cuando los habitantes de su mundo exhalaban el último suspiro, él ya estaba a millones de años luz de distancia y buscaba un anfitrión con urgencia. No quería seguir el destino de los suyos. Dominaba la tecnología necesaria para introducirse en otro ser, pero tenía que elegirlo con mucho cuidado. Al habitar el cuerpo del anfitrión, absorbía determinados rasgos de su personalidad que se ampliaban en el psique de aquél. De haber conocido los más íntimos detalles de la vida del joven llamado Ra puede que hubiese elegido otro cuerpo. O puede que no.

La infancia de Ra había constituido un excelente entrenamiento para la vida que habría de llevar después, pues lo preparó para ir derecho hacia la cegadora luz y el feroz viento que inesperadamente empezó a batir el desierto aquella noche de hacía diez mil años. Aunque sus padres estaban vivos, a efectos prácticos había crecido huérfano. Su madre estaba loca y apenas podía cuidar de sí misma. Lo de su padre era peor: un paria violento y agresivo que a veces pasaba semanas vagando solo por el desierto. Desde pequeño había sido criado por toda la tribu a la vez, perteneciendo en parte a todos, pero a ninguno en particular. Dado que no era un muchacho especialmente adorable, nadie se ocupó de acariciarlo ni de darle cariño. Mientras otros niños dormían acurrucados entre sus padres, Ra era el único de su edad que dormía solo en una tienda aparte.

En estas circunstancias, creció casi como un salvaje: apartado, insensible, desconfiado y siempre a la defensiva. La situación empeoró cuando empezó a cumplir años y a desarrollar sus habilidades bajo la tutela del anciano, el jefe de la tribu, algo que no acogió de buen grado. Odiaba sentirse segregado del grupo de cazadores y obligado a pasar los días practicando la magia en las cavernas. Se sentía solo en todo y acabó guardando rencor a todos cuantos le rodeaban. Cuando las atemorizantes luces cruzaron el cielo de medianoche, no tenía idea de lo que podía haber al otro lado, pero estaba dispuesto a abrazar cualquier destino que no fuera el suyo propio.

El odio que sentía por los suyos resultó útil, pues no hubo conflictos internos cuando el muchacho fue faraón. No aparecieron sentimientos de culpa ni remordimientos cuando el pueblo de Ra fue sometido a la esclavitud. La verdad es que el rasgo más poderoso que absorbió del extraño joven fue una rara sensación de placer, desconocida además hasta entonces. Ra era ya parte de sí mismo y juntos se convirtieron en el dios sol, temido y adorado por la primitiva raza de los humanos.

El faraón aprendió rápidamente a gobernar a aquella especie. Su educación comportó dos aspectos fundamentales. El primero consistió en aprender a obtener y mantener el monopolio de la violencia. Si no era monopolio, por lo menos era una arrolladora capacidad para destruir a sus adversarios. Su cuerpo de soldados y guardias de élite sabían que si les ordenaba que se cortasen el cuello entre sí tenían que obedecer, pero Ra no solía someterlos a estas pruebas.

En los enfrentamientos, que siempre duraban poco, con los esclavos que se sublevaban, Ra aprendió a dominar el arte de la guerra y a devolver los golpes con violencia devastadora y despiadada. Fue un partidario acérrimo de esta táctica.

El segundo aspecto se refería a la psicología del arte de gobernar. Después de aprender a mandar con mano de hierro, aprendió a encubrir sus métodos con guante de terciopelo. Aunque la fuerza daba resultados inmediatos, los mitos, la fe religiosa y las opiniones tenían efectos más poderosos y duraderos. Gracias a lo que absorbió del joven, el faraón comprendió los miedos y debilidades de aquel pueblo y se aprovechó de ellos sin piedad. Reconstruyó su aspecto en la hoy celeberrima mascarilla fúnebre de Tutankamón, que acabó por ser su única imagen pública. Sólo la élite que le rodeaba tenía el privilegio de ver la verdadera cara de Ra.

También hubo que remodelar a los guardias. Si tenían que servirle con eficacia, era necesario que el pueblo les temiera también a ellos. Gracias a la mitología de aquellos seres primitivos, el faraón supo que el chacal ocupaba un lugar destacado en sus pesadillas. Decidió pues que su mejor guardia, el paladín del rey, sólo aparecería en público con cabeza de chacal y recibiría el nombre de Anubis, el barquero de cabeza de chacal que conduce las almas de los hombres al más allá.

Los demás guardias se adaptaron del mismo modo; así nacieron los guardias Horus, de cabeza de halcón, y los guardias Thot. Todos hicieron suyas y reconstruyeron las figuras de la mitología. Una mitología complicada y tejida por el amo supremo, Ra, el dios sol.

Conocía la fuerza de la mitología porque ya existía en su interior, en algún rincón de la parte de Ra que había asimilado. Por primera vez en su vida, tuvo sueños. Unas veces turbadores, otros agradables y placenteros. Fue una sensación extraña. Que le gustaba. Y mucho.

En un sueño se vio en una vasta cámara subterránea de muros magníficamente pintados. Músicos invisibles tocaban una melodía embriagadora. En el centro de la

estancia había una balanza gigantesca. Se vio sentado en un platillo. De repente había miles de personas a su alrededor que querían saber si pesaban más que él. Se sobreentendía que la balanza pesaba, no la masa física del cuerpo, sino el valor del alma, el Ka. Una por una, las personas se fueron poniendo en el otro plato. Ra descubrió que podía manipular la balanza como quisiera, inclinando el fiel a su favor. Los que aguardaban se dieron cuenta de la manipulación y se lanzaron en masa sobre el otro plato. Era igual; el fiel de la balanza indicaba que el delgado joven pesaba más que nadie.

Ra no sólo había creado su propia mitología, sino que poco a poco comenzó a creer en ella.

Durante sus primeros meses en la Tierra, los habitantes del desierto sufrieron terribles pesadillas. En estos sueños, el sol se abría y daba al país un dios vivo. Noche tras noche se repetía el acontecimiento en una meseta rocosa no muy alejada del gran río. Un lugar que más tarde pasaría a la historia con el nombre de Heliópolis.

Más al sur, los habitantes de las montañas de Nubia y los pastores de Sudán, inspirados por la sobrecojedora belleza de la visión que ambos pueblos compartían, se dirigieron al norte siguiendo la ribera del Nilo en busca de la tierra que veían en sus sueños. Otros llegaron del oeste, del Sáhara. En tierras septentrionales lejanas, Siria y Palestina, también algunos grupos recogieron sus pertenencias e iniciaron el éxodo. A lomos de camellos o guiando rebaños de cabras, llegaron con especias, lanzas y niños, y confluyeron en un mismo punto sin hablar el mismo idioma, sin tener nada en común que no fuera aquel sueño reiterativo y la profunda huella que había dejado en sus corazones. Trazando figuras en el polvo y gesticulando con las manos, intercambiaron anécdotas relativas al largo camino que habían recorrido y las dificultades y peligros que habían tenido que sortear. En oleadas fueron llegando al pie de la meseta, sin que ninguno supiera exactamente por qué estaba allí. Cada grupo que llegaba y comunicaba su experiencia confirmaba el milagro. La miserable pero alborozada multitud organizó un anárquico campamento base que se extendía a lo largo de varios kilómetros por las orillas del río, fundando así la primera gran metrópoli del planeta, mejor dicho, la primera teópolis, ya que era la ciudad de un dios.

Pero a pesar de lo deslumbrantes y vívidos que habían sido sus sueños, no habían preparado a estos seres para el impacto de lo que habría de ocurrir. Mientras la ciudad dormía, ricos y pobres amontonados en el mismo suelo, una sombra se puso delante de la luna. En seguida empezaron a soplar los vientos y un intenso haz luminoso descendió sobre la improvisada urbe. Los habitantes siguieron el chorro luminoso procedente del oeste corriendo a toda velocidad y luchando entre sí por colocarse en el mejor lugar, ansiosos por dar a su dios la bienvenida a la Tierra. Todos miraron a la

luz protegiéndose los ojos. En el centro de la radiación, irguiéndose sobre un fulgor que anulaba cualquier resto de color, vieron a Ra, el dios sol, todo su cuerpo hecho de oro incorruptible, deslumbrando con los destellos de su contorno y rodeado de un cortejo de sirvientes arrodillados. Cuando estas obedientes figuras se pusieron en pie, despertaron grandes punzadas de temor en los corazones de los presentes, pues tenían cuerpo humano y una enorme cabeza de animal. Eran las representaciones de los espíritus animales que estas gentes no tardarían en conocer de sobra:

Khnum, el camero; Sobek, el cocodrilo; Horus, el halcón; Apis, el toro; Anubis, el chacal; Hator, la vaca, y Ammit, un extraño animal conocido con el nombre de «devorador». Todos formaban un impresionante y aterrador séquito. De forma espontánea, los humanos se postraron con la cara contra la arena y la hierba, todos llorando, sobrecogidos ante el milagro. La emoción del momento se grabó tan profunda e indeleblemente en la imaginación de aquellas personas que cientos de generaciones más tarde, mucho después de que la escena se borrara intencionadamente de la memoria colectiva, los humanos seguían deseando su repetición, la llegada de un mesías soñado. Pero éste no sería el único legado que Ra donaría a la posterior historia de la Tierra.

Sus adoradores lo llamaron *Ra-hotep-kan*, dios sol, porque había llegado de la luz tan brillante como el astro rey. Ra lo permitió, pues no entorpecía el mito que había inventado para ellos. Les dijo que había estado en un lugar llamado Tuat, la tierra de los muertos, y que al haber conquistado esa tierra había convertido en esclavos a los dioses animaloides que vivían allí. Luego invitó a los habitantes de la miserable ciudad a dedicar su amor y su trabajo a él y a sus obras. Les dijo que cuando murieran, su siervo Anubis los escoltaría hasta Tuat, donde su alma, el Ka, se pesaría en una balanza. Si el difunto había vivido venerando a Ra, moraría para siempre en la tierra de los muertos. En caso contrario, Ammit el devorador estaría al acecho.

La construcción de la gran pirámide se inició casi de inmediato. Los humanos lo hicieron de buena gana por Ra, en señal de agradecimiento. Estudiaron, aprendieron y trabajaron bajo la supervisión de los dioses con cabeza de animal, especialmente Thot, el ibis, dios de los escribas, los sueños y la magia. El proceso de construcción de la pirámide fue el mayor y más complejo que se había llevado a cabo en el planeta, y una experiencia que transformó a cuantos participaron.

Ra se dio cuenta de que actuaban movidos por una mezcla de amor y miedo. Aquellos obreros incultos y apenas sin civilizar aprendieron a cooperar, a pensar colectivamente, a extraer y labrar las piedras, a transportar pesados cargamentos por la arena y a erigir la pirámide en mucho menos tiempo del que se tardaría en construir otras más pequeñas miles de años después.

Cuando la estructura se hallaba casi acabada, Ra sacó de su nave espacial un gigantesco anillo de cuarzo, la Puerta de las Estrellas. La Puerta se instaló en el

interior de la pirámide, en una sala construida especialmente para ella. Casi todos los que trabajaban a la sazón para Ra habían nacido en la ciudad de la pobreza, eran descendientes de los que habían llegado de otras tierras al comienzo. Para esta segunda generación, la pirámide ya no era tanto un trabajo sagrado como una pesada carga. Eran menos propensos a someterse a Ra y tenían deseos de conocer los lugares que sus padres habían abandonado años antes y de hablar con quienes habían decidido desobedecer el mensaje de sus sueños. No podían trabajar con alegría si por la noche tenían hambre y todo el día soportaban las condiciones infrahumanas de aquella ciudad de chabolas. Testigos del fabuloso lujo que rodeaba al rey, empezaron a desear algo más para sí.

¿Cuál iba a ser su recompensa después de acabar aquella gigantesca obra maestra? Unos cuantos comenzaron a llevar un diario clandestino donde contaron la verdad sobre Ra y sus orígenes. Un miembro del séquito de Ra había filtrado la información a estos jóvenes rebeldes que no estaban dispuestos a permitir que aquellos datos se olvidaran.

La noche que se declaró finalizada la pirámide, Ra avanzó entre la jubilosa muchedumbre con su cohorte de guardaespaldas, seleccionando a cientos de personas a las que iba a concederse un «honor especial». Estas personas fueron conducidas al interior de la pirámide y enviadas por la Puerta. Nunca más se supo de ellas.

Estos envíos continuaron durante meses. Al principio, los fanáticos atestaban las calles para que los eligieran a ellos. Muchos voluntarios eran personas mayores que quedaban relegadas en favor de cuerpos más fuertes y jóvenes. Y los que trabajaban dentro de la pirámide empezaron a contar lo que oían: que los elegidos eran obligados a penetrar por el gigantesco anillo y trasladados a lejanos desiertos para construir otras pirámides. Olvidándose de sus propias pautas mitológicas, Ra se precipitó.

En las semanas y meses que siguieron, los humanos acabaron por temer sus constantes paseos por la ciudad. Los jóvenes comenzaron a abandonarla clandestinamente. A pesar de la devoción que sentían los humanos, ver que continuamente se despojaba a las madres de sus hijos fomentó el resentimiento contra Ra. Luego llegaron por la Puerta persistentes rumores sobre una rebelión en otro planeta, rumores que corrieron de boca en boca por toda la ciudad. Se decía que Hator había matado a toda la colonia, anegándola en un mar de sangre.

Ra empezó a pasar fuera de la ciudad períodos de duración variable, creando nuevas colonias, ya que le hacía falta más cuarzo. No sólo necesitaba poner combustible a su sarcófago para eternizar su existencia, sino que además lo necesitaban sus secuaces, dado que se había extendido su poder. Así pues, había que fundar cada vez más explotaciones mineras. Mientras estaba fuera de la Tierra, dejaba en manos de sus guardias el difícil problema de la disciplina. Cuando volvía, seleccionaba a cientos de sus súbditos más saludables para que lo acompañaran al

interior de la pirámide, donde desaparecían para siempre. Conforme crecía el odio, la resistencia empezaba a organizarse.

En una de las conspiraciones participaron varios cientos de personas, suficientes para que la noticia llegara a oídos de Ra a través de su red de espías. Pero el arrogante déspota no quiso hacer caso de la amenaza y, convencido de su invulnerabilidad, anduvo entre el fango y el hedor de las calles señalando con el dedo a los elegidos. Como los ciudadanos se escondieran, Ra ordenó a sus guardias que entraran en los refugios y los sacaran a la rastra. Tras los muros de un pequeño edificio de adobes los conspiradores exponían sus planes. Los sicarios de Ra, sin embargo, no prestaron atención al mapa grabado a mano que había en el interior de la pirámide. Se llevaron a doce hombres, los principales cabecillas de la conspiración, y los pusieron en hilera. Por lo menos uno resultó elegido y tuvo que cruzar la Puerta hasta el lugar donde se fundaría la ciudad de Nagada.

Pero cuando los siervos de palacio dieron aviso de que Ra se había ido, los conspiradores se apresuraron a entrar en la pirámide, mataron a los guardias animaloides que quedaban y derribaron la Puerta. Pasaron horas intentando romperla a martillazos, pero fueron incapaces de hacerle siquiera un rasguño. En vista de la situación, sacaron la Puerta al desierto y la enterraron bajo las primeras piedras grandes que encontraron. Meses después labraron las lápidas y las pusieron en su lugar. Cuando la Puerta quedó enterrada de una vez por todas, el cuerpo aplastado de Anubis ya estaba en el lugar que le correspondía.

Desde entonces no había vuelto a verse a Ra en la Tierra. La sociedad que se había formado espontáneamente en el desierto se desintegró como por arte de magia. Quienes habían enterrado La Puerta de las Estrellas tuvieron que librar encarnizadas batallas contra los que seguían siéndole fieles, hasta que todo el lugar quedó a merced del caos.

Dicen que los niños pocas veces escuchan a los padres y que sin embargo los imitan. Esto es aplicable a los gobernantes que sucedieron a Ra. Aunque se le odiaba a muerte y se le derrotó con toda justicia, los gobernantes que ocuparon su lugar reprodujeron casi todos los aspectos de su reinado, legando a las futuras generaciones un sádico y doloroso ejemplo de lo que era el dominio político.

Episodio XIX

Saber es poder

Sha'uri llevaba ausente varias horas cuando Skaara, Nabeh, Rabhi y Aksah entraron en las catacumbas a buscarla. Estaba sentada en la pequeña cámara pintada, el museo secreto, llorando por Daniel.

Oyó entrar a los chicos e iba a ordenarles que la dejaran sola, pero en cuanto asomaron por el estrecho túnel supo lo que tenía que hacer. Les pidió que se colocaran alrededor de ella. Los muchachos, asustados por haber sido sorprendidos en este lugar impío, se acercaron a regañadientes. Cuando estuvieron todos allí, Sha'uri empezó a recitarles la crónica de su pueblo, esforzándose por recordar todo lo que Daniel le había enseñado.

Mientras leía los jeroglíficos y glosaba las imágenes, su voz se fue haciendo más grave, más segura. Aunque ya había oído la historia de labios de Daniel, su voluntad se robusteció cuando las mismas palabras fluyeron de su boca. Contarlo era sufrir una transformación. Y dijo a sus oyentes que ya estaba harta de vivir de aquel modo. Había que hacer algo.

En aquel punto y hora los niños se convirtieron en hombres. Saber es poder y los jóvenes se fortalecían conforme proseguía la crónica.

La historia le sirvió a Skaara para confirmar algo que siempre había sabido instintivamente. Confirmó todas sus sospechas, respondió todas las preguntas que se había hecho desde que era niño y despejó todas las dudas que siempre le habían asaltado. Y sintió rabia. Rabia por todas las personas que había visto morir a manos de los soldados de Ra. Rabia por todas las mentiras, por las incontables generaciones que habían vivido, no al servicio espiritual de un dios, sino como esclavos engañados, y se juró a sí mismo que dedicaría el resto de su vida a remediarlo.

Los preparativos habían durado toda la noche. Los responsables de organizar el acontecimiento habían llegado poco después del amanecer, la primera hora permitida. Kasuf se hallaba entre los primeros que habían partido, iniciando la marcha hacia la pirámide a lomos de un *mastadge* para supervisar los preparativos de la ceremonia desde la silla que ocupaba junto a los tambores.

Cuando el tercer sol apareció en el cielo anunciando oficialmente la llegada de la mañana, miles de ciudadanos de Nagada habían llegado ya a la pirámide, el temido y apenas visto palacio del dios vivo. Todos formaban un mar humano alrededor de la larga rampa, la misma por la cual se subía el cuarzo a la pirámide. Un flujo continuo de visitantes incrementaba el volumen de la multitud, oscureciendo las dunas en una deshilachada procesión que se extendía hasta perderse en el horizonte.

La parte superior del vestíbulo de la pirámide estaba adornada con grandes

banderolas de seda y anchas cintas de color burdeos que caían en cascada desde unos once metros hasta el suelo de la plataforma, concentrando efectivamente la visión en el lugar de acceso a la pirámide.

De repente la multitud guardó silencio cuando se descorrió una sección de las ondeantes telas. A los pocos segundos aparecieron los terrícolas, escoltados por dos sicarios de Ra con casco de halcón y empuñando aquellas armas largas, los fusiles pulsátiles. Los sicarios empujaron a los terrícolas por la rampa, en dirección a los obeliscos.

Sólo cuatro miembros del pelotón seguían con vida: O'Neil, Kawalsky, Feretti y Freeman. En circunstancias normales, habrían sabido aprovechar la situación. Habrían contraatacado e intentado huir en un santiamén. Pero los golpes sufridos y las muchas horas que habían pasado encogidos en el pozo húmedo, habían mermado sus fuerzas y facultades. Además, no tenía adónde ir, no había espacio físico al cual escapar. Estaban rodeados por todas partes por la población de Nagada, así que permanecieron en la rampa como zombis, a excepción de O'Neil, que, por pura mezquindad y a causa de su cerril determinación, conservaba aún buena parte de sus energías. Además de los guardias armados que les escoltaban por detrás, aparecieron otros cuatro que tomaron posiciones en la rampa. El coronel parecía haber perdido ocho kilos y envejecido otros tantos años.

Uno de los guardias Horus se adelantó y, con la culata del fusil, golpeó las ya débiles curvas de Freeman, haciéndole caer al suelo.

—Todos de rodillas —gritó O'Neil, predicando con el ejemplo. El guardia quedó decepcionado cuando vio que todos obedecían al coronel. Se acercó a él y lo miró fríamente, más amenazador que todos los instructores de reclutas del mundo, pero no lo suficiente para amilanar a O'Neil.

Como casi todos los presentes. Sha'uri llevaba una larga túnica incolora con una capucha que casi le tapaba los ojos. Se escurrió entre la multitud hasta que estableció contacto visual con Skaara y Nabeh, que se hallaban al otro lado de la rampa.

Skaara, fingiendo estar distraído, levantó la vista hacia los dos Horus que vigilaban a los terrícolas. Cuando estuvo seguro de que no le veían, imitó un silencioso estornudo para preguntar, con cierto apremio, dónde estaba Daniel. La expresión facial de Sha'uri le dijo que no se preocupara, pero por dentro la muchacha sentía el corazón a galope, temiendo que la ausencia de Daniel significara lo irremediable.

De repente, todo el mundo desvió la atención hacia la extraordinaria escena de la entrada. Una de las sirvientas de Ra, una niña de unos nueve años, apareció descalza entre las banderolas rojas. Los nagadanos nunca habían visto nada parecido a esta niña. En contraste con sus burdas vestimentas, la niña estaba prácticamente desnuda y la poca ropa que llevaba era transparente: una vistosa falsa corta y el collarín cargado

de joyas. Llevaba la larga y lisa cabellera recogida en una trenza tirante.

La niña bajó la rampa sin apartar los ojos del suelo, concentrada exclusivamente en su misión: decir a los tambores de Nagada que empezaran. Después de haber, llegado a la pirámide cuando era muy pequeña, no recordaba haber visto a nadie que no viviera dentro de sus confines. Tampoco lo había deseado. Le habían enseñado que los mineros eran esclavos repugnantes, portadores de enfermedades, inferiores en todos los sentidos a quienes, como ella, vivían cerca de Ra. El sorprendente contraste entre su belleza y la mirada abatida de aquellas personas no hacía sino reforzar los prejuicios que le habían enseñado.

Localizó al jefe de tambores y le recitó la orden de que empezara. En el último segundo, lo miró a los ojos y se quedó boquiabierta ante lo que vio. No sólo era un hombre brutalmente feo según los cánones de palacio, sino que además era increíblemente viejo. ¡Debía de tener más de cuarenta años!

Aunque ella y sus compañeras sabían lo que era envejecer, ninguna había visto nunca a nadie mayor que Ra, que se había detenido en los veinte. Cuando los niños de palacio llegaban a esta edad, unos cuantos elegidos pasaban a ser guardias Horus. Entre ellos, sólo los mejores luchadores tenían la oportunidad de ser Anubis, el paladín de Ra. Y sólo había una forma, extremadamente difícil, de alcanzar ese codiciado puesto: matar al Anubis del momento. Los niños que no llegaban a guardias eran sacados de allí, pero ninguno sabía exactamente adónde.

La niña retrocedió asustada al ver a aquel hombre horrible de cara cuarteada por el sol. En dos ocasiones había visto descargar las caravanas de cuarzo, pero siempre desde la suprema altura de la nave espacial. Desde allí los mineros eran simples motas oscuras escurriéndose por la arena, anónimas hormigas obreras. Súbitamente, la muchacha comprendió lo que significaba envejecer. Dio media vuelta y subió corriendo a lo alto de la rampa, donde una docena de niños de palacio acababa de salir a la luz del día.

Los tambores empezaron a sonar apagando los murmullos de la muchedumbre, haciendo que todos dirigieran su atención a la entrada. Pero lo que vino a continuación fue una escena patética, una ceremonia religiosa manipulada políticamente y destinada al autoengrandecimiento personal: Ra homenajeando a Ra. Peor aún: Ra obligando a otros a alabarlo en un ritual tan sutil, disimulado e imparcial como las opiniones de la muchedumbre durante un partido de fútbol. A los terrícolas les resultó nauseabunda aquella entrada aparatosa y extravagante. Los largos cortinones de seda burdeos se abrieron y dejaron al descubierto un hermoso trono apoyado en dos largos maderos. Los cuatro guardias Horus que flanqueaban la rampa lo levantaron y lo sacaron a la luz del sol.

Instantes después, Anubis, el terrible guerrero de cabeza de chacal, cruzó la puerta llevando a Daniel por el brazo. Los terrícolas, que seguían arrodillados a pocos

metros de allí, se miraron perplejos. O'Neil parecía que hubiera visto un fantasma, cosa que de alguna manera era cierta.

—Nos dijo que había muerto —le reprochó Kawalsky, desconfiando más que nunca de su superior.

El coronel no supo qué responder. Había algo que no encajaba en todo aquello. Había visto con sus propios ojos el pecho y el vientre de Daniel literalmente destrozados. Ningún cuerpo humano podía sufrir un daño así y seguir con vida, ni siquiera a medias. Pero había algo más. Parecía que Daniel era ahora incluso más fuerte, que estaba más vivo. No llevaba las gafas, pero no se movía con su típica torpeza de repelente niño Vicente. O'Neil pensó que podía muy bien tratarse de un impostor. O tal vez de un hechizo practicado por Ra. Y lo que alimentaba sus sospechas era que Daniel no miraba hacia ellos.

Cuando salió a plena luz, Sha'uri tuvo que dominar el impulso de llamarle a gritos; por el contrario, miró ansiosa al otro lado de la rampa buscando a su hermano y le hizo otra señal de asentimiento con la cabeza. Skaara y Nabeh se abrieron paso entre la multitud y tomaron posiciones. Sha'uri estaba ya donde tenía que estar.

Anubis se adelantó hasta el centro de la plataforma instalada en la parte superior de la rampa y extendió sus poderosos brazos, ordenando callar a los tambores y a la multitud. Era el turno de Kasuf.

Asistido por un par de Ancianos de Nagada, Kasuf subió a la plataforma no lejos de donde los soldados estaban arrodillados como becerros preparados para el sacrificio. El anciano sacerdote estaba visiblemente apesadumbrado; las magulladuras de su rostro sólo reflejaban una mínima parte de las heridas internas que había sufrido. Había temido que llegara aquel día, sabiendo que su cuerpo sería incapaz de aguantar otra paliza semejante. Pero temía aún más la posibilidad de que se infligiera el mismo castigo, no a él, sino a otro miembro de la comunidad.

La muchedumbre esperó en silencio hasta que Kasuf comenzó a hablar. Con toda la fuerza de sus pulmones gritó el nombre de Ra. Cuando el gentío lo oyó, todos se arrodillaron y se postraron con la cara pegada a la arena. Daniel, el eterno curioso, parecía ahora perdido en sus pensamientos. Siguió mirando hacia el desierto hasta que una brusca patada de Anubis lo arrodilló por la fuerza. Todos debían inclinarse ante el omnipotente Ra.



Kasuf se puso a recitar de memoria un breve himno litúrgico en honor del dios-rey y al concluirlo se puso de pie y formuló una pregunta a los fieles postrados, a la

que éstos contestaron al unísono.

—*¡Ra, sa'adam y'emallah nhet!*

Kasuf gritó otra pregunta. Y se oyó la misma respuesta.

—*¡Ra, sa'adamy'emallah nhet!*

Y así varias veces. Y como si respondiera espontáneamente a la demanda popular, una brillante figura dorada apareció entre las profundas sombras del interior de la pirámide. Era Ra, con su disfraz de oro, andando lenta y fluidamente, como si flotara por encima del suelo como un fantasma. Llegó al trono y cuando los niños sirvientes se apiñaron a su alrededor, se sentó con toda delicadeza. En ese momento la abatida multitud se puso de pie. Todos sabían lo que venía a continuación y, aunque les enfurecía, nadie se atrevía a manifestar sus sentimientos.



Anubis soltó a Daniel y se dirigió al trono de Ra. Dobló una rodilla y extendió el arma con ambas manos, ofreciéndola a su señor con toda ceremonia, con la cabeza inclinada. Ra asintió una vez y, explotando al máximo la intensidad dramática del momento, alargó un brazo y señaló a Daniel. Anubis se inclinó una vez más, se incorporó y volvió junto a su prisionero.

Mientras se ejecutaba esta farsa, Skaara hizo todo lo que pudo para llamar la atención de Daniel. No podía llamarlo a gritos. Anubis estaba demasiado cerca y los otros guardias Horus vigilaban atentamente a la multitud. Skaara tosió, se rascó la cabeza, fingió estornudar, pero de nada sirvió, y encima le quedaba poco tiempo.

Y mientras tanto Daniel no dejaba de mirarse los pies, perdido en sus pensamientos. Ciertamente, no se podía decir que existiese afecto entre él y los infantes de Marina, pero tampoco se imaginaba matándolos. Aun así, parecía la única salida razonable, dadas las circunstancias. Se dio cuenta de que, hiciera lo que hiciera, sus compatriotas estaban sentenciados de todas formas y él también. Por otro lado, podía negarse a apretar el gatillo, pero en ese caso no dudaba de lo que le había dicho Ra: que «mataría a todos los que le habían visto».

El dilema era doblemente difícil porque él mismo se lo había buscado. No había sido sincero del todo cuando el general West le había preguntado si estaba seguro de poder hacer regresar a sus hombres. Las imágenes digitales de la segunda Puerta de las Estrellas enviadas a la Tierra por la Unidad Sam eran bastante claras: no había ningún cartucho en la sala, ninguna forma segura de establecer las nuevas coordenadas para el viaje de regreso. Había supuesto que West enviaría a sus hombres de todas maneras, independientemente de que él los acompañara o no.

Estaba dispuesto a arriesgarse para satisfacer su curiosidad, pero tal como había hecho tantas veces en su vida, no había tenido en cuenta las consecuencias que sus actos podían tener en otras personas. Alguien tendría que pagar muy caro su propio egoísmo y su arrogante curiosidad.

Levantó la vista del suelo y miró a los militares, que no le quitaban ojo. O'Neil había supuesto que Daniel no se atrevía a mirarlos porque había aceptado las falsas promesas de Ra.

Skaara interpretaba el proceder de Daniel como propio de un ser desesperado, precisamente cuando él trataba de ofrecerle alguna esperanza. Lo que no sabía era que en realidad Daniel estaba reuniendo fuerzas para llevar a cabo aquel acto horrible, fuerzas para afrontar el menor de los dos males.

Con exageración, para que pudiera verlo toda la multitud, Anubis puso el fusil en manos de Daniel y empujó a éste para que bajara la rampa en dirección a sus compatriotas. Se sentía aturdido al pasar ante la silenciosa multitud, entre los primeros calores de la mañana, el apretón de la mano gigantesca que le cortaba la circulación en el brazo y el continuo reflejo de la luz solar en los ojos. Y mientras tanto, no dejaba de pensar que tenía que haber una salida, algún tipo de concesión, alguna alternativa que presentar al sádico tirano para que salvara a sus compañeros, a los desdichados esclavos que lo rodeaban y a los habitantes de la Tierra, que serían los siguientes.

Entonces fue cuando le detuvo Anubis. Estaba ya frente a sus compañeros. Veía el movimiento de sus labios que pronunciaban palabras de última hora, amenazas, ideas y súplicas, pero él no escuchaba. Sintió en sus manos que las de Anubis le preparaban el fusil, lo apuntaban hacia sus compatriotas, quitaban el seguro del arma lista para disparar. El severo fulgor de los soles le rodeaba por todas partes, sus rayos clavándosele en los ojos como uñas afiladas.

En ese momento percibió algo que reflejaba la luz solar desde abajo, una joya o tal vez un botón brillante. Se distrajo. Resultaba paradójico que una tontería así captara la atención cuando estaba en juego la vida de miles de personas. No obstante, sirvió para que Daniel abandonara sus catatónicas cavilaciones el tiempo suficiente para fijarse en el molesto detalle. Mientras Anubis subía de nuevo la rampa, dejándolo bajo la vigilancia de los dos Horus que escoltaban a los infantes de Marina, miró a la multitud y vio que Skaara empuñaba el encededor de O'Neil y que con él le enviaba reflejos solares a los ojos.

Cuando el muchacho vio que había captado su atención, abrió su larga túnica lo suficiente para que Daniel viera que llevaba escondido uno de los fusiles que había cogido en el campamento base. Luego, con una ligera inclinación de cabeza, le indicó que mirara al otro lado de la rampa. Daniel siguió la mirada del muchacho y descubrió a Sha'uri. Ésta le sonrió y le dio a entender que los chicos que estaban con

ella también iban armados.

Daniel asintió una vez con la cabeza para manifestar que se daba por enterado y súbitamente salió de su estupor. Aspiró profundamente, dejó que su instinto se encargara del resto y empezó a gritar a la multitud en un egipcio desgarrado pero vehemente.

—Solamente hay un Ra. Él me dice que mate a estos hombres, mis amigos, mis hermanos. Y yo le obedeceré hasta la muerte.

Actuando como si lo dijera en serio, Daniel señaló a sus compañeros echándoles en cara lo malvados que habían sido por desafiar al dios del sol. Lentamente, levantó el fusil hasta la altura del hombro y apuntó. Pero de repente se giró hacia la entrada de la pirámide, cerró los ojos y apretó el gatillo. Explotó la mortal energía pulsátil y salió disparada hacia el trono de Ra con terrible silbido. Pero antes del impacto, O'Neil ya estaba en pie y listo para desarmar al guardia más próximo a él. El disparo hizo diana en la rampa a poco más de un metro de Ra y su séquito, levantando esquirlas de piedra y polvo en el aire.

Skaara sacó su fusil, apuntó al cielo y apretó el gatillo. Los otros pastores hicieron lo mismo y el resultado, lógicamente, fue como era de esperar: se desató un infierno. La muchedumbre, aterrorizada, empezó a correr en mil direcciones, atropellándose.

O'Neil cargó el arma que acababa de arrebatarse a un Horus y la utilizó para matar a otro. Freeman se echó a Feretti al hombro, se lo llevó al borde de la rampa y lo lanzó antes de saltar él para ponerse a cubierto. Pero no lo consiguió. Cuando aún estaba en el aire, Anubis le disparó por detrás desde lo alto de la rampa. El disparo le atravesó la cabeza, dispersando sus pedazos entre la multitud que corría.

Daniel y O'Neil, los últimos en saltar, vieron caer a Freeman. Ambos se volvieron y corrieron hacia el otro terraplén, arrojándose sobre las dunas de abajo. Oyeron los disparos que pasaban zumbando, pero sin llegar a percatarse de su proximidad. Antes de tocar tierra, Anubis ya había salido en su persecución, contento de ser él quien fuese a matar a O'Neil. Pero cuando llegó al lugar donde habían aterrizado, vio que ya no estaban.

Continuó bajando la rampa a toda velocidad, seguro de poder localizarlos durante la huida. Desenvainó un enorme puñal, saltó a la arena y escrutó el área durante unos segundos antes de caer en la cuenta de lo que realmente había sucedido. En el momento en que los terrícolas llegaron al suelo, los cubrieron con gruesas y largas túnicas, con lo cual era imposible distinguirlos de los miles de hombres que en ese momento se retiraban caóticamente hacia las dunas.

Anubis miró al cielo e indicó a los planeadores que se aproximaran. Cuando las dos pequeñas aeronaves bajaron, el cabeza de chacal capturó a uno de los aterrorizados nagadanos, le clavó el puñal en el corazón y rápidamente le arrebató la túnica. Tiró el cuerpo a un lado y se vistió la prenda para indicar a los pilotos qué

tenían que buscar.

Los pilotos lo entendieron. Empezaron a sobrevolar a muchedumbre para ver al mayor número posible de individuos. Pero había miles de personas, todas corriendo sin sentido ni dirección.

Kawalsky, que aún llevaba las botas llenas de agua, tendría que haber sido un blanco fácil. No solamente era mucho más alto que los ciudadanos de Nagada, sino que además llevaba a Feretti, herido, apoyado en la cadera. Nabeah, Rabhis y Aksah empujaron a los soldados por la arena y los metieron en medio de una manada de *mastadges*. Daniel y O'Neil ya estaban allí cuando llegaron, esperando para montar a «Un Poco».

En total contaban con una docena de animales, dos para llevar a los terrícolas a un lugar seguro y diez para que hiciesen de señuelos en caso de que las aeronaves, los *udajit*, les dieran alcance.

Rabhi y Aksah ayudaron a colocar a Feretti en la silla que colgaba del costado de otro *mastadge* y, en cuanto estuvo arriba, Skaara rozó la zona hipersensible que tenía un poco detrás de la oreja. Le dio una rápida rascada y se pusieron en marcha. Segundos más tarde, los doce animales corrían cada uno por su lado.

Pero los planeadores ya estaban encima. El de atrás estuvo a punto de chocar con el de delante cuando giraron para seguir a sendos *mastadges*. Cuando recuperaron la horizontal, los animales se habían dispersado por todas partes. Y aunque otearon el horizonte, los pilotos no vieron ni rastro de ellos.

Episodio XX

Ningún lugar adonde ir

Ra se hallaba en su cámara privada, agitado como una canasta llena de serpientes. Casi descontrolado, esperaba que los pilotos aparecieran con el astuto gusano que se había colado por la Puerta de las Estrellas. Estaba ensayando la manera exacta en que les iba a hacer pagar sus crímenes cuando sintió un tirón en la manga. Era uno de sus sirvientes, un niño de diez años que llegaba para notificarle que los pilotos habían regresado. Sin motivo alguno, Ra le cruzó la cara de una bofetada y lo tiró al suelo. Se sintió mucho mejor, más aliviado. El rey eternamente joven salió de sus aposentos y se sentó en el trono, intentando dominarse antes de recibir a sus visitantes.

Los pilotos, un par de guardias Horus, entraron a paso ligero desactivando sus cascos. Llegaron al pie de la escalera que subía al trono de Ra y se arrodillaron. Anubis, que aún llevaba la armadura manchada de sangre, entró en el gran salón y se situó al lado de Ra, observando desde arriba a los dos guerreros que no parecían llevar nada.

Ra les atravesó con la mirada y, con absoluta calma susurró la pregunta.

—¿Dónde están?

—Han desaparecido.

Anubis bajó la escalera furioso y, dando una patada al guerrero que había contestado, le dijo:

—¿Qué quieres decir con que han desaparecido?

—Que siguen en el desierto —contestó el otro guerrero—. Seguramente los matará la tormenta de arena.

Tras haber perdido el control de sus naves a causa del viento, los Horus habían buscado hasta donde su audacia les había permitido. Esperar más habría significado la muerte segura, así que decidieron volver y probar suerte con Ra.

Más furioso que nunca, Ra se puso de pie y cruzó el salón hasta llegar al lugar donde se encontraba su cofre, que se abrió automáticamente dejando ver su contenido: una joya de cuarzo del tamaño de una moneda que estaba conectada a unos cables negros formando un bonito motivo. El rey-niño se ajustó la pieza a la mano como si fuera un elegante mitón, escondiendo el cuarzo en la palma. Giró lentamente y se aproximó a los angustiados pilotos. Con un leve movimiento de la mano, ordenó levantarse al soldado que había hablado primero.



El guerrero obedeció nerviosamente. Deseaba explicar por qué había puesto fin a la búsqueda, pero Ra le dio a entender que todo estaba claro y que guardara silencio. Se puso frente al hombre y esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Lo intentaste —dijo, levantando la mano lentamente para acariciar la mejilla del Horus—. Sé que lo intentaste.

Estudió el rostro del piloto unos instantes sin dejar de mirarle (en apariencia) tiernamente. Pero de repente abrió la mano a unos centímetros de su cara. Cuando vio el medallón en la palma de Ra, el leal Horus sólo tuvo una fracción de segundo para comprender que su vida estaba a punto de acabar. La joya cobró vida y lanzó de espaldas al soldado contra la pared. Ra se adelantó muy despacio para dar el golpe final. Extendió la mano y la bajó hacia el cráneo del hombre, que yacía medio aturdido. El soldado sabía que si la joya le rozaba la cabeza moriría, pero estaba medio inconsciente y lo único que podía hacer era ver cómo le llegaba la muerte.



Ra depositó gentilmente la mano en su cabeza. Las piernas del hombre se pusieron rígidas de inmediato y todo su cuerpo empezó a sufrir violentas convulsiones, como si lo estuvieran electrocutando. La cabeza comenzó a vibrarle a un ritmo anormal, hasta que súbitamente quedó quieta. Durante los segundos siguientes, sus rasgos faciales empezaron a distorsionarse y el cráneo perdió su forma, dilatándose y encogiéndose como una bolsa de agua.



La joya funcionaba mediante los mismos principios que la Puerta, sólo que aquí el cuarzo servía a unos fines mucho más siniestros. Cuando Ra lo apretó contra la cabeza del hombre, lo que estaba haciendo en realidad era descomponer sus moléculas, licuarlo por dentro.

Con la misma serenidad con que hubiera regado las flores de su jardín, Ra permaneció junto al hombre, ajeno a su dolor gracias a esta hipnótica demostración de macabra magia. Cuando su víctima murió, cerró la mano y suspiró.

Más calmado ya, se dirigió al otro soldado aterrorizado, deslizó un dedo por la curva de su nariz, dio media vuelta y regresó a su habitación.

Las ráfagas huracanadas azotaban el desierto con tanta fuerza que parecían tocar las dunas como si fueran un gigantesco instrumento de viento. Abriéndose camino entre las nubes de arena, O'Neil y Daniel se aferraban como parásitos a los peludos costados de «Un Poco». Llevaban las capuchas atadas por debajo de la barbilla, pero el aire era tan denso que los ojos no les servían de nada.

Agotado, Daniel se tambaleó y cayó a la arena. El *mastadge* detuvo el paso, miró atrás y empezó a aullar con más fuerza aún que el viento. O'Neil se quitó las gafas protectoras y dio la vuelta a la duna hasta que encontró a Daniel, que estaba ya medio enterrado.

«Un Poco» siguió chillando a la tormenta mientras ambos hombres volvían, pero de repente se puso a trotar y desapareció en la corrosiva noche. Pensando a toda prisa,

O'Neil intentó que Daniel llamara al animal antes de perderlo de vista, pero fue imposible. No entendía por qué abandonaba de repente a su querido humano en medio de la tormenta. A pesar de sus gritos, el bicho desapareció.

El coronel arrastró a Daniel hasta lo alto de la duna y allí se sentaron los dos. Habían navegado lo más lejos que podían llegar por el Río de la Mierda y ahora el remo se les había encallado en el desierto. O'Neil se ató más fuerte la capucha y empezó a sentir que la arena se amontonaba en torno a él, enterrándolo vivo lentamente.

Media hora después regresó «Un Poco» aullando al viento. Cuando estuvo cerca, los náufragos distinguieron la silueta de varias figuras con casco que se acercaban a ellos. La figura que iba delante trepó hasta lo alto de la duna, se quitó el casco y las gafas protectoras y empezó a reír a carcajadas. Era Nabe, el pastor tocado del ala. Tras él, engalanado con el uniforme de la Infantería de Marina los Estados Unidos, apareció Skaara, que, entrecerrando los ojos, miró a O'Neil y le enseñó el pulgar hacia arriba.

Empujado por los chicos, con los ojos hinchados y cerrados, Daniel sintió que lo subían por una ladera hasta la entrada de la caverna. Cuando Kawalsky vio quién era, bajó el fusil y acudió en su ayuda. O'Neil entró por su propio pie y echó un vistazo al lugar.

Una docena de muchachos, sin edad para vestir uniforme militar, estaban embutidos en los trajes de camuflaje que habían rescatado del campamento. Apostados contra los muros estaban los veinticuatro fusiles y varias cajas de munición, y en medio de la cueva se había improvisado un hospital de campaña. Brown, con el brazo en cabestrillo, estaba atendiendo a Feretti.

—¡Lo consiguió! —saludó Kawalsky al coronel, dando un grito de alegría.

Ahora, todos los miembros del equipo que habían sobrevivido estaban juntos y dispuestos. O'Neil le dio unas palmaditas en el hombro, su saludo estilo soldado, y continuó inspeccionando la cueva, notando que Skaara y Nabe lo seguían como si fueran sus guardaespaldas. O'Neil se volvió y los inspeccionó con cara de contrariedad.

—Vamos, coronel —dijo Kawalsky—, no pertenecen a las Brigadas Especiales, pero están deseando alistarse. —Evidentemente, Kawalsky estaba tan orgulloso del trabajo que habían hecho ese día los muchachos como del de sus propios hombres.

—Teniente, quíteles las armas antes de que se hagan daño.

—Pero, señor...

—Ya me ha oído. Recoja las armas y mándelos a su casa.

Kawalsky estaba a punto de explotar. Estaba harto de que O'Neil irrumpiera en situaciones que no entendía, situaciones que él tenía absolutamente controladas y que lo pusiera todo patas arriba.

—No tienen adonde ir —dijo Kawalsky fríamente, a título informativo—. Si aparecen en la ciudad, los ejecutarán por ayudarnos. Además, su ayuda podría venimos bien, señor. —Su tono de voz no dejaba lugar a dudas sobre a quién pensaba acudir en caso de necesidad.

—¿Para qué? —preguntó O’Neil furioso, mirándolo de frente—. ¿Utilizar su ayuda para hacer qué, teniente?



Pero para Kawalsky la respuesta estaba clara. El equipo necesitaba ayuda para volver a cruzar la Puerta de las Estrellas y regresar a casa sanos y salvos. Le sorprendía que su superior hubiera olvidado el objetivo de la misión.

Daniel, que veía claramente de dónde partía la confusión, se apoyó en un codo y gritó a O’Neil:

—¿Por qué no les dice la verdad? Dígales por qué puso esa bomba junto a la Puerta.

Kawalsky miró fijamente al coronel como si acabara de tomar el mando y le preguntó:

—¿De qué está hablando ese hombre, coronel O’Neil?

—Mis órdenes eran muy sencillas caballeros: enviarles a todos ustedes a casa y después quedarme a investigar cualquier cosa que pudiera representar un peligro para la población de la Tierra. Si encontraba algo —continuó, chascando los dedos—, tenía que destruir la Puerta. Y no me dirán que no hemos encontrado nada.

—¿Y por qué no me informó usted, señor? —preguntó Kawalsky, indignado.

—Tenía que conocer los detalles. ¡Necesitaba saber!

—¿Y yo no, señor? ¿No se le ha ocurrido pensarlo?

—Maldita sea, usted, en teoría, no tenía que estar ya aquí. Ni usted ni nadie. Todos tendrían que haber cruzado ya la Puerta gracias a la pericia del amigo Jackson.

Aunque Kawalsky comprendía las razones de O’Neil, le fastidiaba la situación. Había estado al mando de la operación mucho antes de que apareciera O’Neil y nadie le había hablado de aquella medida de emergencia. No se le escapaba que los cerebros grises del ejército solían tener ocurrencias raras, enigmáticas y a menudo absurdas, pero aquello desbordaba la capacidad de las neuronas de Kawalsky. Y lo malo es que no podía replicar.

Daniel, harto de la imbecilidad y el servilismo que por lo visto conferían los galones, intervino en la polémica.

—Y según el gran plan, ¿se tenía que quedar usted aquí con un arma nuclear? Me

encanta, ¿sabe usted?, me encanta. Pues ahora la tiene el niño ese y mañana la enviará por la Puerta con un cargamento del cuarzo que extraen aquí. En teoría, cuando la bomba parta, el cargamento hará de detonante y provocará una explosión cien veces superior a la capacidad intrínseca de la bomba.

—¿Se lo ha contado nuestro amigo? —preguntó O’Neil con escepticismo.

—Sí.

—Muy bien, no tenemos elección. —El coronel dio un paso al frente, recuperando el mando de la situación—. Tenemos que interceptar la bomba antes de que pueda mandarla...

—Escúcheme, coronel —dijo Daniel—. Es la otra Puerta, la de la Tierra, la que supone un peligro. Piénselo. Mientras esté en condiciones de funcionar, siempre tendrá la posibilidad de emplearla. Por lo tanto, es la Puerta de la Tierra la que tenemos que cerrar.

—Tiene toda la razón —dijo O’Neil—, pero gracias a usted ya no tenemos esa posibilidad, ¿cierto? —Se puso en pie, avanzó a zancadas hacia la entrada de la cueva, todo lo que el huracán le permitió, y tomó asiento allí.

—Lo sabía —dijo Feretti, rompiendo el silencio—. Siempre he sabido que era una misión suicida.

Tardaron más de una hora en serenarse y recordar que estaban todos del mismo lado. Daniel pasó todo el tiempo ocupado explicando las cosas de las que se había enterado dentro de la pirámide y traduciéndoselas a Sha’uri y a los nuevos reclutas.

Cuando todo estuvo otra vez en calma, se acercó a O’Neil, que seguía sentado junto a la entrada contemplando distraídamente la tormenta de arena.

—Entonces, ¿ha aceptado el hecho de que nunca regresará? —O’Neil se sentía tan vacío como el día en que los hombres del general West fueron a buscarle a su casa. Siguió mirando al frente sin parpadear. Daniel volvió a intentarlo—. ¿No tiene personas de las que preocuparse? ¿No tiene familia?

—Tuve una familia —respondió el coronel con voz monótona—. Ningún padre debería sobrevivir a su hijo.

Daniel no supo qué responder. Aunque había sufrido mucho en la vida, seguía sin saber cómo reaccionar ante el dolor de los demás. Era una realidad brutal y estaba más allá del alcance de las palabras. Cuando sus padres murieron, tuvo que aguantar a un montón de necios que se le acercaban para decirle «ahora descansan en paz» y «probablemente ha sido lo mejor». Así pues, no pensaba aliviar el dolor de O’Neil con tópicos azucarados. Pero al mismo tiempo tenía que hacer algo. El coronel se estaba hundiendo en algún remoto lugar de su interior y el equipo no podía permitirse el lujo de perderlo.

—Escuche, coronel —dijo, tranquilo pero apremiante—. No quiero morir. —Esta

frase llamó la atención del otro—. Y sus hombres tampoco. Ni estos chavales que nos están ayudando. Es una vergüenza que usted tenga tantas ganas de acabar con su vida.

Las palabras de Daniel le sentaron como una patada en el estómago. Estaba a punto de contestarle, de hacer o decir algo para desembarazarse de Jackson, pero, cuando levantó la vista, éste ya se había alejado y Skaara se acercaba haciendo equilibrios con un cuenco de comida para su coronel.



O'Neil vio que se le derramaba un poco de salsa por el borde mientras el muchacho se mordía la lengua para mantener la concentración. Durante el altercado con Kawalsky, Skaara le había defendido, diciéndole en egipcio al musculoso teniente que se apartara del coronel.

—¿*Anasaar*? —preguntó, ofreciéndole el cuenco.

Sin dejar de pensar en lo que Daniel le había dicho, O'Neil le dio la espalda y concentró la vista en la tormenta. Skaara se quedó perplejo. Olió la comida y pensó que no estaba mal, pese a haberla cocinado en una gruta. Decidió cumplir su cometido y le puso el cuenco delante.

Como el hombre de la boina negra no le hacía el menor caso, Skaara empujó el cuenco para acercárselo un poco, luego otro poco, otro más, y así varias veces, invitando al coronel a comer. Era lo más tonto que O'Neil había visto en mucho tiempo y ahuyentó al muchacho con la mano para que lo dejara en paz. Pero Skaara se dio cuenta de que estaba ganando la batalla e insistió. Cuando O'Neil lo miró con cara de palo para darle a entender que hablaba en serio, y que hiciera el favor de largarse inmediatamente, Skaara se puso a cloquear y a batir los codos con los brazos doblados, imitando a un pollo, numerito que Feretti le había enseñado hacía un rato.

O'Neil acabó por rendirse. Aquello era el colmo de la ridiculez; tuvo que sonreír.

—Un polluelo, ¿eh?

—¡*Boyyuelo*! —repitió el muchacho, con tanta expresividad que el coronel no pudo por menos de echarse a reír. Alargó la mano y con los dedos le revolvió el pelo

en un espontáneo gesto de afecto. Luego se inclinó hacia delante y tomó el cuenco, aceptándolo como un regalo.

Veinte minutos después, el cuenco estaba vacío y el coronel contemplaba la tormenta mientras su mente vagaba por otro lugar del universo, transportada al pasado, a una tarde concreta, allá en Yuma. Era un día claro de primavera de hacía dos años. Aparcó, tocó la bocina para avisar que estaba en casa, sacó del garaje la bolsa del equipo y la tiró en la parte trasera del cinco puertas. Volvió a ponerse al volante y tocó de nuevo el claxon, pero en vano. No sabía por qué el crío tardaba tanto, pero fuera lo que fuese no justificaba que llegara tarde al primer partido de la temporada. Cerró el vehículo de un portazo y se dirigió a la entrada principal, que estaba cerrada. Se había dejado las llaves en el coche. Cuando volvió con ellas intuyó que pasaba algo, pero en cuanto abrió la puerta lo supo con toda seguridad.

Echó un vistazo al cuarto de estar. Estaba desordenado, pero nada fuera de lo normal.

—¿Estás aquí, hijo? ¡J. J.!

Entró en esa sala y miró, pero en seguida salió corriendo al pasillo e irrumpió de golpe en la habitación del chico. El suéter de su uniforme colgaba en el respaldo de una silla. Luego fue a su dormitorio. La mesita de Sarah estaba abierta y en teoría debía estar cerrada permanentemente. Fue entonces cuando oyó la sirena y se lo imaginó todo.

Durante un minuto permaneció allí como una estatua, mirando fijamente el cajón abierto donde Sarah guardaba la pistola. Sabía que estaba cargada y sabía que si iba a buscar la llave que estaba guardada en un lateral de la cama no la encontraría. Siguió así, esperando haberse equivocado, esperando que el sonido de la sirena se alejara hacia cualquier otro punto del barrio. Pero se aproximaba.

Miró en el cuarto de baño de Sarah: nada, todo limpio. Volvió a salir al pasillo, encaminándose a la cocina, pero de repente dio media vuelta y empezó a correr hacia el porche trasero. La sirena estaba casi en su puerta cuando se asomó y vio a dos niños en el patio, mirando a su hijo. Había una gran mancha de sangre en la pared del garaje, pero la pistola estaba tirada en el césped.

No recordaba haber abierto la puerta para salir, ni haber oído las explicaciones de los dos niños vecinos que intentaron decirle lo que había ocurrido. Sólo recordaba la imagen del cuerpo retorcido de su hijo, medio vestido para el partido de béisbol, yaciendo ensangrentado y desfigurado sobre la hierba. Antes de que el personal de la ambulancia se acercara para decirle lo que había pasado, se agachó e hizo algo que no había hecho en muchos años: tomó al chico en brazos y lo acunó.

Una bala le había atravesado la cabeza. Jack O'Neil padre no quiso moverse, no quiso hablar, no quiso soportar el dolor que le causaba la muerte del joven. Lo único que deseaba era tenderse junto a él y morir también. Así lo encontraron los de la

ambulancia cuando llegaron unos minutos después, en el mismo estado en que Sarah tuvo que cuidarlo mientras ella misma luchaba por superar la pérdida del hijo; en el mismo estado de angustia y odio hacia sí mismo en que lo encontraron dos años después los hombres del general West.

Ahora quería poner fin a todo aquello.

Cuando despertó, Skaara se había sentado a su lado y estaba dibujando en la arena mientras veía pensar a O'Neil. Nunca había conocido a un militar, pero sabía que el coronel era de los buenos. Ya había decidido que quería ser como aquel hombre, con sus mismas cualidades y voluntad para poder proteger a su pueblo.

Cuando Daniel se acercó a la zona más alejada de la gruta, donde Sha'uri había instalado la cocina de campaña debajo de un túnel natural de ventilación, vio algo que le dio mala espina. Feretti y Kawalsky murmuraban como conspiradores. Cuando se aproximó un poco más, se volvieron y lo miraron fijamente hasta que se fue.

Sin apartar la vista de ellos, Daniel entró en la cocina, donde los pastores se habían sentado alrededor del fuego sosteniendo sus cuencos, dispuestos a comer.

—¿Está ya listo? —preguntó a Sha'uri, que estaba atizando el fuego bajo la pequeña olla. Ella asintió. Daniel tomó uno de los cuencos y se sirvió un cazo de salsa y otro de carne antes de devolvérselo a los muchachos, que le miraban atónitos como si se le acabara de salir la lengua por la nariz.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Uno de ellos dijo algo y todos los demás, incluso la misma Sha'uri, empezaron a desternillarse de risa.

—¡Qué pasa! ¡Qué pasa!

Mientras seguían bromeando a un ritmo demasiado rápido y coloquial para Daniel, aparentemente compitiendo por el mejor chiste, Sha'uri llenó dos cuencos y se los llevó a los militares. Daniel, harto ya de tantas risas, tiró a Nabeh al suelo y lo retuvo sin que pudiera moverse.

—¿De qué os reís? —le preguntó en antiguo egipcio. Pero para entonces ya era todo una algarabía de risas y lo único que consiguió la pregunta de Daniel fue que los chicos se retorcieran carcajeándose más todavía. Finalmente Nabeh consiguió serenarse y se lo explicó.

—*Bani ne-ateru ani, hee na'a ani-ben.* —Literalmente: «Los que son maridos no hacen esa clase de trabajo».

—¿Marido? —A Daniel se le pusieron los pelos de punta. Y se abalanzó sobre Nabeh justo cuando volvía Sha'uri—. Sha'uri —dijo, hablando otra vez en egipcio—, este majadero dice que soy tu marido.

Daniel lo dijo al azar, aunque en el fondo esperaba una respuesta. Los chavales estaban a punto de reventar de risa repitiendo las palabras «majadero» y señalando a Nabeh, que captó la broma y le dio un puñetazo en el brazo. Pero para sorpresa de

todos, la muchacha salió corriendo de allí y se retiró a una zona oscura de la caverna. Al igual que los hombres de todas las galaxias, se miraron entre sí entendiendo que habían hecho algo mal, pero sin saber exactamente qué.

Daniel se puso en pie y, tras una pausa conveniente, fue a buscar a Sha'uri, a quien encontró sentada en el mismísimo fondo de la gruta.

—¿Qué pasa? —preguntó, aunque se dio cuenta de que no estaba enfadada, sino avergonzada.

Mientras tanto, los chiquillos se habían acercado sigilosamente para espiar, Sha'uri oyó que su hermano los espantaba, y sólo cuando estuvo segura de que no escuchaban, contestó a Daniel.

—Lo siento mucho. Por favor, no te enfades conmigo, pero yo no se lo dije.

—¿Decirles qué? —preguntó Daniel.

—Que tú no me quisiste.

Daniel se quedó perplejo, hasta que de pronto cayó en la cuenta de que Sha'uri se refería a la noche que fue a su habitación, allá en Nagada, la noche que los habitantes de la ciudad se la habían ofrecido como regalo. Ahora se veía alejada de él, esta frágil criatura a la que apenas entendía, y eso hacía que se sintiera avergonzada y rechazada. Con torpeza, le puso las manos en los hombros sintiendo que se le aceleraba el pulso y se le secaba la boca, sentado allí con aquella mujer a la que tan ardientemente deseaba, queriendo confortarla y tranquilizarla; queriendo solamente besarla, consciente al mismo tiempo del gran abismo que los separaba, de lo poco que se conocían y sabiendo que pronto tendría que abandonar aquel lugar o morir en el intento.

Pero a pesar de todo, la acercó más a él y cuando ella lo miró, empezó a acariciarla. Nuevamente tuvo la sensación de que la conocía, tal como experimentara la primera vez que la había visto, sólo que en esta ocasión supo por qué. Aquel rostro que tenía entre las manos era el mismo que había amado en la Tierra, el mismo que se había llevado a Colorado. Sha'uri podía haber sido perfectamente la modelo de la estatuilla del siglo XIV a. de C. que era su mayor tesoro en la Tierra. Daniel pensó que debía decírselo, explicarle la asombrosa coincidencia, pero para entonces sus labios ya estaban demasiado unidos para hablar, demasiado cercanos para otra cosa que no fueran los besos.



Lo primero que Daniel vio cuando despertó a la mañana siguiente fue la cara de Sha'uri, que seguía durmiendo plácidamente a su lado. Pensó en todo lo que habían dicho y hecho la noche anterior y no pudo evitar una sonrisa de satisfacción. Se tendió de espaldas con las manos debajo de la cabeza y se quedó mirando al techo. Fue entonces cuando vio que también Nabeh dormía a pocos centímetros de él, con el casco aún puesto y con la boca abierta de un modo que le hizo cambiar radicalmente la expresión. No pudo resistirlo y se sentó, y cuando lo hizo se dio cuenta de que todos los pastores se habían concentrado en un cerrado círculo alrededor de él y Sha'uri. Era evidente que tenían una idea de la intimidación muy distinta de la suya.

Vio a Skaara haciendo algo en la entrada de la cueva mientras el humo blanco de una de las hogueras que se estaba consumiendo flotaba por todas partes. Saltó cuidadosamente por encima del anillo de dormilones y cruzó la cueva de puntillas para ver qué estaba haciendo el muchacho. Inspirado por la historia visual que había visto en las catacumbas, el chico había decidido contar su propia historia. Estaba sentado sobre un pedrusco blanco, grabando una escena en el muro.

Kawalsky, el primero en despertarse, estaba haciendo la primera guardia apostado fuera de la gruta y saludó con la cabeza a Daniel, que se sentó junto al artista para ver cómo trabajaba.

Estaba claro que Skaara no era Rembrandt. Empleaba una piedra rojiza blanda para trazar la historia del rescate que él había ayudado a planificar. Se veía una pirámide tambaleante, rodeada de gigantescos muchachos, tiesos como palos, disparando puntos al aire, y por encima de la pirámide colgaban los tres soles bajo el par de aeronaves que espiaban maliciosamente toda la escena. Unos cuantos garabatos representaban a los militares arrodillados en la rampa, mientras Ra (toda su cara un ceño) los miraba sentado. Daniel, con el pelo de punta y tres largos dedos en cada pie, aparecía con un arma disparando a la pirámide, y también se veía a Nabeh, riendo como un maníaco y con la cabeza en forma de media cúpula.

Cuando Daniel se sentó a mirar, Skaara se estaba dibujando a sí mismo. Era la figura más grande de la composición. Con una mano sostenía las largas riendas conduciendo por el desierto a un trío de *mastadges*, mientras con la otra, blandiendo el fusil en el aire, disparaba directamente a uno de los soles. La forma de su cara cambiaba el significado de las demás imágenes. Tenía la boca abierta en un feroz grito de guerra. Daniel observaba fascinado cómo Skaara retorció la boca una y otra vez en una furiosa máscara para intentar plasmarla luego en la imagen de la roca.

Luego fue él quien cambió el gesto. De pronto se dio cuenta de lo que estaba viendo y lo importante que era. Skaara estaba contando la historia de aquel pueblo, la primera crónica que se escribía desde hacía muchos siglos. Y el cronista adolescente, no podía por menos que emocionarse. Para Daniel, allá donde hubiera escritura,

cultura y un intento serio de comprender las lecciones de la historia, siempre había esperanza. Así pues, recuperó la sonrisa. Había probado fortuna y ahora estaba allí sentado, en una caverna de otro planeta, contemplando el amanecer de otra cultura del «Antiguo Egipto».

Era uno de esos momentos perfectos que hay en la vida, pero que trae aparejado el peso de la responsabilidad. Es posible que Skaara pudiera desarrollar su talento de cronista y contagiar así al resto de su pueblo, pero aún tenían que enfrentarse a Ra. Y sentado así en pleno amanecer, puso la mente en blanco. Llevaba varios minutos contemplando la obra de Skaara cuando algo se le escapó de los labios.

—El punto de origen. —Estas primeras palabras del día se le quedaron en la garganta. Kawalsky se volvió y vio que Daniel estaba revolviendo en las brasas intentando buscar un tizón medio quemado.

—¿Qué está haciendo, Jackson?

—¡El punto de origen! —Esta vez su voz se oyó claramente, rasgando el silencio de la cueva como el timbre de un despertador. Sacó un tizón del fuego y con un extremo dibujó el vértice superior de la pirámide. Luego trazó una línea de unión entre los tres soles. Los ángulos eran idénticos, paralelos y encajaban entre sí como las V invertidas de los galones de un sargento. Era un símbolo que ya había visto en la Puerta de las Estrellas. Tenía que ser el séptimo símbolo, el punto de origen, lo que necesitaba para cumplir la promesa de llevarles de vuelta a casa. Ni Kawalsky ni Skaara entendieron por qué estaba destrozando la obra de arte del muchacho.



—¡Lo he encontrado! Tres soles encima de la pirámide. —Todos estaban ya despiertos y mirándolo fijamente—. Aquí está el séptimo signo. ¡Nos vamos a casa!

Episodio XXI

El Caballo de Troya

El procedimiento habitual en los días de envío de cargamento exigía que todas las personas disponibles de Nagada acudieran a la mina para trabajar durante dos o tres horas, sin necesidad de subir la escala de once pisos más de dos veces. Cuando las carretas estaban llenas, un pequeño grupo llevaba el mineral a la pirámide para enviarlo por la Puerta. A primera hora de la tarde, cuando todos regresaban, la ciudad entera estaba preparada para celebrar la fiesta de *Tekfaalit*, que marcaba el final del ciclo de cuarenta días de trabajo.

Las canciones e himnos en honor de Ra proseguían con un banquete al aire libre. Los celebrantes iban de casa en casa, dando y recibiendo comida y bebida. Era el único día que se podía beber el delicioso *tabaa*, un licor dulce hecho de hierbas fermentadas que, al ser ingerido en cantidad suficiente, producía embriaguez. Y los nagadanos procuraban ingerir la cantidad suficiente. Antes de medianoche, la mitad de la población estaba ya como una cuba y el jolgorio en las calles solía durar hasta la mañana siguiente.

Pero ese día, la fiesta de *Tekfaalit* no iba a ser como de costumbre. Ra llevaba años previendo los movimientos de sus súbditos humanos y, aunque podía ser temerario, también sabía ser prudente. Ese día sólo se había permitido el acceso a menos de mil trabajadores y todos ellos eran conducidos celosamente arriba y abajo de la escalera por los secuaces más brutales de Ra. Pero no era el miedo físico a los guardianes lo que llevaba a los obreros a obedecer, sino los mitos en los que creían y que les habían enseñado desde su nacimiento. Ésa era la razón de que Ra sólo necesitara un hombre para controlar a muchos.

Sujeta a la espalda llevaba el arma de cañón largo, pero su herramienta de trabajo preferida era el látigo de cuero y azotaba a los obreros casi continuamente en su ansia por llevar el cargamento a su amo lo antes posible. Unos cuantos trabajadores, más viejos, ya se habían desmayado, pero habían tenido la prudencia de hacerlo fuera de la vista del guardia de casco de halcón.

Por encima de los riscos de la cantera, dispuestos a emprender la marcha en dirección a la pirámide, se hallaban cuatro fuertes *mastadges* unidos a cuatro carretas, todos lavados, acicalados y ataviados con gualdrapas, campanillas y largas guirnaldas de flores secas del desierto. Cada una de las destartadas carretas servía para transportar una tonelada de cuarzo aproximadamente y cuando los obreros acababan de llenarlas saco a saco, se ponían en camino. Según la tradición, la primera carreta se llenaba con los pedruscos mayores, cuyo tamaño no superaba al de una nuez, y la última, la más pesada, sólo transportaba polvo de cuarzo.

Situados en diversos puntos de la cantera había media docena de pabellones de procesamiento, señalados por pequeños obeliscos que sobresalían del techo de lona de una gran tienda de campaña. Era allí donde el cuarzo se seleccionaba, se clasificaba en función del tamaño y la pureza, y luego se lavaba. Todo servía, hasta el más minúsculo grano, que se fundía con otros materiales para producir valiosas aleaciones.

Los obreros llevaban los sacos de mineral hasta la base de las gigantescas escaleras que ascendían como una cicatriz por un lateral de la cantera. Trepar por ellas no era asunto fácil, pero trepar con cincuenta kilos a las espaldas y más de treinta grados al sol no sólo era agotador, sino peligroso. Y aquel día, cuando casi todos los nagadanos habían sido obligados a regresar, los seleccionados para el trabajo tenían que subir muchas veces las escaleras.

Uno de los obreros perdió el sentido y se desmayó cerca del lugar en que se había apostado el guardia Horus. Llevaba un rato esperando su turno al pie de la escalera cuando al parecer fue presa del calor. Varios obreros que estaban cerca intentaron ponerle de pie, pero antes de que les diera tiempo el guardia llegó corriendo y gritando al hombre que se levantara y siguiera trabajando.

Cuando lo tuvo a tiro, el corpulento guerrero lanzó un latigazo a la espalda del hombre, cortándole la gruesa tela de la ropa. El pobre hombre se esforzó por recuperarse, pero volvió a desplomarse sobre la arena, lo que irritó aún más al Horus, que desenvainó una daga dentada, dispuesto a dar una buena lección a los demás.

Sin embargo, en el último segundo el minero saltó ágilmente y apuntó al vigilante con un fusil pulsátil, el mismo que Ra había entregado a Daniel. El guardia, helado, se quedó mirando fijamente al obrero: era el coronel O'Neil. Sin apartar la vista de él, el coronel cargó metódicamente el arma y se puso de pie mientras otros «mineros» sacaban también los fusiles escondidos bajo la ropa y apuntaban al Horus.

Lentamente, el guerrero aflojó los dedos y dejó caer el látigo. Kawalsky se apresuró a quitarle el arma que llevaba a la espalda.

Pero en ese instante se oyó la voz de Kasuf gritando en lo alto. Se acercó aterrado al borde del barranco y observó la confrontación. Cuando vio lo que estaba ocurriendo, se llenó de pánico y empezó a chillar y a señalar con el dedo. Cientos de mineros sorprendidos empezaron a rodear lentamente al heterogéneo comando y a su prisionero, sin saber claramente qué hacer. No obstante, lo que decía Kasuf estaba surtiendo efecto. O'Neil vio que Sha'uri, Skaara y los demás aficionados del grupo miraban y escuchaban al anciano. Sabía que el viejo intentaba asustarlos para que volvieran a obedecer, así que era necesario hacer algo inmediatamente.

—Jackson —gritó el coronel—, ¿qué está diciendo?

Daniel escuchó unos instantes e intentó traducir la arenga de Kasuf.

—Dice que hemos venido a traer la desgracia a este pueblo... rábanos, una

matanza. Que Ra matará a todo el que le desobedezca, y ahora... Ahora les está pidiendo que no colaboren con nosotros... que no despierten la ira de los dioses.

—Que no despierten la ira de los dioses, ¿eh? —O’Neil miró al Horus con desprecio. Tranquilamente, cubrió la distancia que les separaba y miró la máscara dorada, exactamente la garganta de la gran máscara de halcón. Estaba frente a la temida deidad y no le impresionaba lo más mínimo. Todos tenían la atención puesta en él. Y de repente, con la misma indiferencia con que se había acercado, dio la espalda al guerrero, sin alejarse. Sabía que sus hombres lo detendrían en caso de que intentara algo. O’Neil meneó la cabeza fingiendo que no entendía nada.

—¡Este hombre no es ningún dios!

Giró sobre sus talones, apuntó al pecho del Horus y apretó el gatillo. El impacto se estrelló en el peto blindado del corpulento soldado, lanzándolo de espaldas como si lo hubiera atropellado un camión.

—¡*Nghaaaaah!* —gritó Kasuf, como si el disparo lo hubiera recibido él.

Pero el chillido se fue modulando hasta convertirse en un largo y quejumbroso gemido que se difundió por el valle. Kawalsky, O’Neil y Brown, sin saber qué hacer, se concentraron en contener a la multitud con los fusiles. Ninguno de los mineros podía creer lo que acababa de hacer O’Neil. Unos días antes habían sufrido las consecuencias de la ira de Ra, aguantando indefensos mientras su ciudad era saqueada e incendiada por un delito mucho menor, y ahora este violento milagro, este crimen imposible, inimaginable, se había llevado a cabo sin previo aviso delante de sus propios ojos. Unos cuantos mineros se arrodillaron en seguida y, siguiendo el ejemplo de Kasuf, empezaron a orar fervientemente. Pero casi todos estaban demasiado confundidos para reaccionar.

O’Neil ya estaba dispuesto a todo. Se dirigió a sus hombres y gritó la orden.

—A las carretas. ¡Ya! —Y encabezó la marcha abriéndose paso entre la muchedumbre hacia la base de los riscos.

Daniel sabía que había algo que no andaba bien. Rezagado, miraba los rostros del populacho aturdido; rostros asustados y absolutamente perplejos que evitaban su mirada. Era evidente que no entendían lo que había pasado y, sin saber muy bien por qué, advirtió que era necesario que comprendieran que se trataba de un tiranicidio.

—¡Un momento! —exclamó.

Se acercó corriendo al cuerpo sin vida del guerrero y desactivó los enganches del casco. Las láminas de metal de complicados ornamentos se replegaron en el collarín dorado que le cubría la parte superior del pecho. Bajo la máscara se veía la vulgar cara del soldado más negro de Ra, el que había dirigido la matanza de Nagada. A excepción de la armadura y el *udjat* que llevaba tatuado en el hombro, parecía hijo de cualquier familia de la población. Daniel lo incorporó para sentarlo y mostró el cuerpo a los mineros reunidos.

—¡Mirad a vuestros dioses! —gritó en egipcio, para que su voz se oyera por encima de las plegarias de Kasuf—. ¡Es un hombre como los demás!

Al instante, tanto la voz de Daniel como la del anciano quedaron ahogadas por los murmullos que se extendieron como un reguero de pólvora entre las filas de obreros. Fue un momento extraordinario. Daniel contempló cómo a este pueblo maltratado se le caían de los ojos los velos de la ilusión. Con cierta dosis de teatralidad, empujó el cuerpo inerte y lo dejó caído en el fango. Recogió el fusil que le había dado Kawalsky y se apresuró a reunirse con el pelotón.

Casi todos los nagadanos se habían puesto decididamente de su lado. Al pasar por delante de ellos, muchos pronunciaron palabras de ánimo y felicitaciones. Estimulado de este modo, Daniel apretó el paso, pensando en lo bien que había sabido resolver la situación. Entonces divisó a la bella Sha'uri sonriéndole con orgullo, aunque cambió rápidamente su expresión por otra de horror cuando miró en dirección al Horus. Los gritos de la multitud le alertaron del peligro inminente.

El disparo de O'Neil sólo había dañado la armadura. Había dejado inconsciente al hombre, que se había recuperado y ahora blandía ofuscado una herramienta, una piqueta que había cogido del suelo. Cuando Daniel se giró, el guerrero estaba a punto de alcanzarle con el arma. Sin tiempo para pensar, Daniel apuntó con su fusil y disparó. Era la segunda vez en su vida que apretaba un gatillo, pero aquel disparo fue a parar exactamente donde debía, debajo del peto del hombre, destrozándole el estómago. El impacto lo lanzó por los aires y aterrizó dándose con la cabeza en el borde de un muro de contención. Hasta los soldados profesionales hicieron una mueca de dolor en el momento del impacto. Y si los mineros estaban confusos antes, ahora no salían de su asombro. Claro que no había nadie más aturdido que Daniel, que seguía allí con el arma temblándole entre las manos.

—No es tan fácil, ¿eh? —le dijo O'Neil, que había bajado la escalera y le quitaba ya el fusil.

Fue idea de Nabej cambiar al animal que guiaba la caravana por la repugnante y babosa bestia que había salvado la vida a Daniel y O'Neil durante la tormenta, una acción heroica que le había granjeado el derecho de integrarse en el equipo. Con ayuda de las guirnaldas y las ajorcas del otro bicho, los muchachos hicieron cuanto estuvo en sus manos para mejorar su aspecto antes de uncirla a la primera carreta.

En cuanto Daniel acabó de subir la escalera, gritó la orden de que partiera la caravana, orden que Skaara transmitió a los otros pastores. Así pues, con «arres» y otras interjecciones movilizaron a los *mastadges*. Aunque las carretas iban cargadas hasta arriba de pesado mineral, las potentes bestias tiraban de ellas con increíble soltura. O'Neil esperaba un lento y arduo avance por la arena, pero vio que tenía que correr tras la última carreta para mantenerse a la par.

A la sombra de los obeliscos, Daniel vio a un Kasuf furibundo sujetando a Sha'uri

por la manga de la túnica gris. Evidentemente la estaba riñendo por haber tomado parte en lo que él consideraba un acto de locura suicida.

Kawalsky aceleró el paso para unirse a la caravana, pero Daniel se quedó atrás, contemplando la escena con sentimientos encontrados. Sha'uri era una pieza clave en el plan que ella misma había ayudado a crear. El equipo la necesitaba. Por otro lado, era muy peligroso llevarla. Existía la posibilidad de que los mataran a todos, hecho que los pastores parecían no entender. Daniel estaba dispuesto a asumir el riesgo porque quería proteger a la Tierra, pero ¿para qué poner en peligro la vida de Sha'uri por un planeta del que no había oído hablar hasta hacía unos días?

Kasuf continuaba gritando y la muchacha se mostraba visiblemente abatida. Enseñada a obedecer ciegamente, sobre todo a aquel hombre que además de ser su padre era también jefe y patriarca de su pueblo, permaneció inmóvil. Cuando levantó la vista y vio a Daniel, sacó valor para explicar por qué tenía que ir a la pirámide, pero lo único que consiguió fue avivar la ira del anciano.

Desde antes de nacer Sha'uri, Kasuf había predicado la sumisión a Ra, para evitar a su rebaño conflictos de los que inevitablemente saldría perdiendo. Era de los pocos que conocía toda la historia secreta de las antiguas rebeliones de Nagada y sabía lo mal que habían acabado siempre. Su pueblo creía que él ya había probado la venganza de Ra cuando los Horus se presentaron para arrasar la ciudad como castigo, pero el anciano sabía algo más. Sabía lo maligno y despiadado que podía ser el dios sol. Para Kasuf, aquel momento era como el fin del mundo; sentía que el cielo se caía a pedazos encima de él y le parecía que en ese instante Sha'uri era lo único en el mundo que él podía controlar, así que no estaba dispuesto a consentir que aquella jovencita ignorante le dijera cómo tenía que comportarse con su implacable dios.

—Sha'uri.

Cuando escuchó a Daniel pronunciar su nombre, tomó la decisión de una vez por todas. Lenta y deliberadamente, se soltó de Kasuf. Al fin y al cabo, era más fuerte que él. El anciano retrocedió unos pasos, horrorizado ante este acto de insubordinación. Sin rencor alguno, Sha'uri le dijo que era mejor morir de pie que vivir de rodillas. Fue duro decirle aquello a un anciano al que quería. Después salió corriendo para alcanzar a Daniel. Cuando se acercó, Daniel recordó de repente la fórmula de poder que tan alegremente le había confiado Ra: Mito, Fe, Costumbre.

La gente de la mina que había presenciado la confrontación y la ejecución había podido comprobar con sus propios ojos la falsedad de uno de los mitos de Ra: la inmortalidad de los dioses. Esto había minado gravemente su fe. Pero al volver la vista y mirar a Kasuf, Daniel se dio cuenta de que el elemento más difícil de eliminar, el más duradero, era la costumbre.



Ra estaba recostado en un sillón mirando por la gran ventana de la nave piramidal, con la vista perdida en el infinito desierto vacío, acariciando ociosamente al gato negro que yacía tendido en su brazo. Lo había bautizado con el nombre de Hator en honor de la diosa que en una ocasión había salvado su feudo inundándolo con la sangre de los rebeldes. Unos años antes de que la Puerta de las Estrellas quedara sellada y enterrada para siempre, habían llegado a la Tierra versiones muy contradictorias de este hecho. Recogidas por los escribas en papiros y labradas en la piedra por los canteros, Daniel conocía los detalles, pero siempre los había considerado una parte más de la «mitología» egipcia.

El juvenil faraón, sin adornos en la cabeza y mostrando el color tostado y natural de su piel, divisó la caravana serpeando por el mar de arena. Se levantó y la contempló durante unos segundos. Nada distinguía aquella caravana de las muchas que había visto en su vida, pero había algo en la escena que despertó una ligera sonrisa en sus labios. Se alegró de que el hombre de tez clara y con gafas hubiera escapado. Hacía que todo resultara más interesante. Existía incluso la posibilidad de que formara parte del equipo que iba a hacer la entrega del material, disfrazado sin duda como un obrero más.

Balanceándose ligeramente, Ra cayó en una especie de sopor y cuando despertó unos minutos después, su estado de ánimo había cambiado completamente. Gritó una orden y al instante aparecieron dos guardias Horus casi idénticos que se arrodillaron ante él esperando órdenes con la cabeza inclinada. Les dijo que, antes de salir a recibir el cargamento de cuarzo, llevaran a la sala de la Puerta la bandeja con el arma capturada a los terrícolas. Cuando se enviara el cargamento, la bandeja iría también.



Como un par de camareros en un banquete, los soldados recorrieron el salón del trono sosteniendo la gran bandeja cargada con el explosivo nuclear desmantelado.

Siguieron avanzando y se pusieron encima del medallón. Ra miró a Anubis y arqueó una ceja, evidentemente esperando algo. Era un juego sádico al que Ra jugaba con sus servidores cuando estaba enfadado o aburrido: obligarles a adivinar lo que

deseaba. Fallar podía suponer, y con frecuencia así era, un castigo doloroso y brutal, pero esta vez Anubis contaba con suficiente información.

Anubis apretó la joya engastada en el escarabajo de la parte posterior de su muñequera de cuarzo y metal, y el medallón se activó. Cuando la pared circular de luz azulena envolvió a los Horus y su carga, fueron transportados suavemente al medallón de abajo.

Ahora era el joven Skaara quien estaba al mando de la operación. Durante la larga marcha por el árido desierto, O'Neil y el chico fueron encima de los montones de cuarzo, enredados en una calurosa discusión sobre estrategia que escapaba a la comprensión de Daniel. Después de enseñarles unas cuantas palabras, Daniel se limitó a oír cómo se torpedeaban con las respectivas ideas. Con gestos, mímica y veinticinco palabras, el hombre y el muchacho detallaron todo el plan, abandonando ocasionalmente el diálogo para explicar las innovaciones a los demás.

Mucho antes de llegar a la rampa de entrada de la pirámide, dieron por supuesto que les estaban vigilando. Había que observar un estricto protocolo antes de introducir la carga en la pirámide. Las gentes religiosas de Nagada eran muy escrupulosas con la práctica de estos ritos, incluso cuando la pirámide estaba vacía. Skaara había participado en muchas entregas y, como hijo menor de Kasuf, a veces había dirigido la ceremonia. Pero en esta ocasión tenía que hacerlo bajo la atenta mirada de Ra y en compañía de cuatro novatos. Cualquier equivocación o algo fuera de lo normal despertaría sospechas.

Cuando llegaron a la base de la larga rampa, Skaara se arrodilló entre los dos obeliscos y empezó a cantar con voz fuerte y clara.



—*Atema en-Re. Hallam a'ana t'yon shaknom, assar Arem-Re.* —«Ra procedente del Sol, a ti te ofrecemos generosamente los frutos de nuestro trabajo, oh Ra, Sagrado Dios Sol».

Cuando acabó, se puso en pie y miró a Nabeh esperando su opinión. Su excéntrico amigo se encogió de hombros, como diciendo que el cántico había estado muy bien.

—¿Qué es eso? —preguntó Skaara, viendo algo bajo el jaique de Nabeh.

—¿El qué? —dijo el otro, haciéndose el tonto.

—Ahí, debajo del jaique. Es el sombrero verde, ¿verdad?

Nabeh no sabía qué decir, así que se rió nerviosamente. Todos le habían dicho que no podía llevar el casco, pero él se había negado a dejarlo en la cueva. Por la forma en que le hablaba Skaara, dedujo que había cometido un grave error.

A los pocos segundos, sus ojos se llenaron de horror cuando miró por encima del hombro de Skaara y vio en la entrada de la pirámide a tres guerreros Horus con sendos fusiles pulsátiles.



Paralizado, Skaara se quedó un momento imaginando lo que les ocurriría si los guardias descubrían el preciado tesoro de poliuretano que escondía Nabeh. Sin saber muy bien qué hacer, ordenó a los miembros del equipo, todos con las capuchas caladas, que se arrodillaran para presentar sus respetos a los dioses. Después de unos segundos que le parecieron interminables, se puso en pie y desenjaezó al *mastadge* de Daniel, «Un Poco», poniéndolo a un lado y entregando las riendas a Nabeh, a quien le dijo malhumorado en voz muy baja:

—Si encuentran el sombrero, nos matarán.

El tontorrón de Nabeh era incapaz de entender que el casco podía implicarle en la huida que Sha'uri y los chicos habían ideado.

De los laterales de las carretas colgaban gruesas sogas de cáñamo. A una señal de Skaara, los obreros encapuchados asignados a la primera carreta cogieron las sogas y lentamente empezaron a tirar del vehículo para subir la cuesta. Pero, según avanzaban, se les presentó un problema inesperado por culpa del feo y grasiento guía. El *mastadge* de Daniel, lleno de celos, empezó a quejarse y a bramar. Nabeh habló al animalito, intentando desesperadamente que se calmara. Pero, ajena a las amenazas del muchacho, la bestia seguía llorando. Asustados y temiendo ser descubiertos, ninguno de los obreros encapuchados se volvió para mirar al animal, cosa más bien rara.

—¡*Fa'al!* —gritó el jefe Horus, sin quitar el ojo de encima a los obreros que subían la carreta.

—¡*Hassim ni kha'an souf!* —Sin dudar, todos enseñaron las manos.

Receloso aún, el guerrero de cabeza de halcón bajó unos cuantos pasos y miró fijamente a Nabeh, que estaba enredado en una discusión con el ingobernable *mastadge*. Había conseguido tranquilizarlo y se hallaba fuera de la rampa, pero de todos modos llamaba demasiado la atención. Skaara estaba seguro de que el Horus estaba a punto de ordenar al imbécil de su amigo que se diera la vuelta, y entonces todo estaría perdido.

El guerrero descendió unos cuantos metros con la mosca en la oreja, pero finalmente volvió a poner su atención en la primera carreta, donde los seis obreros seguían mirando al frente, con la cabeza gacha. Inspeccionó el vehículo unos momentos y luego indicó a los otros guardias armados que les dejaran pasar.

Cuando el Horus volvió a subir la rampa, todos respiraron aliviados. Skaara lanzó una mirada de reojo a Kawalsky y Feretti, que marchaban descalzos junto al último vehículo. Le devolvieron la mirada y asintieron.

Cuando la primera carreta desapareció en las sombras del Vestíbulo, el *mastadge* intentó por última vez comunicarse con Daniel, lanzando un mugido ensordecedor. El jefe Horus lanzó otra mirada de soslayo al animal y se quedó pensando unos instantes antes de susurrar una orden al oído de los otros dos guardias, quienes inmediatamente dieron media vuelta y entraron, mientras su jefe estudiaba la reacción de los que permanecían al pie de los obeliscos. Pero, una vez más, nadie hizo nada. Al cabo, él también siguió a la carreta hacia la oscuridad.

—Sabía que este maldito truco del Caballo de Troya era una gansada —murmuró Feretti a Kawalsky, tan nervioso e inquieto como siempre—. ¿Cree que debemos entrar?

—Puede que funcione —replicó el teniente.

En el interior, los tres Horus rodearon la carreta. El oficial de mando gritó una orden, pero nadie se movió. Se aproximó a uno de los obreros y le quitó la capucha, dejando al descubierto el rostro aterrado de un pastor pelirrojo. Tiró al muchacho al suelo y pasó al siguiente de la fila; también le quitó la capucha. Sha'uri dio un grito cuando la poderosa mano le arrancó un mechón de cabellos. Asombrados de ver a una mujer, los guardias se miraron. Pero aquello no fue nada comparado con la sorpresa que les esperaba, cuando, saltando del montón de cuarzo, Daniel y O'Neil levantaron las armas, apuntaron y empezaron a disparar. Al mismo tiempo, otras armas convencionales abrieron fuego por debajo de los jaiques de los pastores, iniciando una lluvia de balas en el Vestíbulo que resonaba en todas partes. Desgraciadamente, Daniel y O'Neil habían elegido al jefe Horus como objetivo. Sus disparos habían reducido a pulpa las zonas desprotegidas de su cuerpo. Pero la acción había dado a los otros tiempo suficiente para ocultarse en las sombras.



El pelirrojo salió huyendo hacia la puerta y en la huida un meteorito del tamaño de un puño brotó de uno de los fusiles pulsátiles, cruzó la sala y le alcanzó en la nuca, matándolo en el acto. Daniel saltó a la zona neutral situada entre la carreta y las

columnas, consiguiendo poner a salvo a dos pastores que disparaban impulsivamente, llevándolos detrás del cargamento de cuarzo.



—Vamos, todos adentro —dijo Kawalsky, subiendo rápidamente por la rampa mientras una puerta de guillotina, una gigantesca losa de piedra, descendía de lo alto. Kawalsky era rápido, pero no tanto como para entrar antes de que el monolito sellara la entrada. Cuando se dio cuenta de que no lo conseguiría, redujo la marcha y miró atrás. Nabeh, moviendo las piernas como si fueran de goma y sujetándose el casco con la mano, se acercaba a una velocidad increíble. Kawalsky dudó tanto que el chico lo alcanzó. Alargó la mano, le quitó el casco, lo lanzó como un disco de jugar en la playa y el casco se deslizó por la rampa hacia el menguante hueco de la puerta.

—¡Gooooool!

El casco quedó encajado debajo del pesado bloque de piedra en el momento preciso. Aunque algo aplastado, mantuvo la entrada abierta unos centímetros.

—¡Arranca los maderos de la carreta para hacer palanca!

Kawalsky debía de estar soñando. Aquella losa pesaba tres o cuatro toneladas por lo menos, pero Feretti no dudó en saltar rampa abajo y ayudarle a partir unas cuantas tablas de las carretas.

O'Neil había desaparecido. Sólo estuvo allí unos instantes antes de disparar a los guardias, pero cuando Daniel miró atrás, ya no estaba. Todo se había vuelto oscuro y espectralmente silencioso dentro del Vestíbulo. Una luz lóbrega se filtraba entre las columnas convirtiendo el lugar en un damero de luces y sombras. Daniel, novato en el arte de la guerra, se sintió momentáneamente a salvo. Nadie disparaba y tenía a Sha'uri a su lado. Pensó que los soldados de Ra, inferiores en número aunque no en armas, tal vez hubieran salido huyendo.

Finalmente se le ocurrió que posiblemente estuvieran aprovechando aquel alto el fuego para tornar mejores posiciones. Percatándose de repente de lo vulnerables que eran en medio del gran Vestíbulo, hizo una seña a su pequeño contingente para que se retiraran todos a las columnas que tenían detrás. Era precisamente el error que los guardias de Ra esperaban que cometiera.

Volvieron a concentrarse en el punto más oscuro que encontraron en la zona de las columnas. Pero la seguridad del muro no compensaba el peligro que suponía la luz que se filtraba por las ventanas. Ya no eran invisibles. Murmurando instrucciones, Sha'uri puso a los muchachos entre las columnas, responsabilizando a cada uno de un ángulo. Cuando estuvieron en su lugar, todos contuvieron el aliento y esperaron.

Tal como Daniel había imaginado, los guerreros con casco se estaban moviendo. Un brillante cuchillo de luz solar se filtraba por la rendija que había dejado abierta el casco de Nabeh. Furtivamente, uno de los guardias Horus advirtió el estrecho reborde de la base de la gran puerta, se subió a él y avanzó con cuidado hacia el centro de la sala, a unos centímetros por encima de la luz. Aunque el grupo de asalto vigilaba la zona próxima a la puerta, el soldado, que conocía mejor el terreno, había calculado acertadamente que el haz de luz deslumbraría a cualquiera que mirara en su dirección.

Llegó al final del estrecho saliente, puso los pies en el suelo y, avanzando silenciosamente entre las sombras hasta la primera columna, se internó en el corredor.

Se asomó al espacio situado entre las columnas y el muro exterior, y vio al equipo. Uno de los pastores estaba mirando directamente hacia el lugar donde estaba él, pero la oscuridad lo mantenía oculto. Desde donde estaba, Daniel era un blanco fácil, apenas a veinte metros.

Muy despacio, el guerrero levantó su arma, cargó y apuntó. Sha'uri sintió algo y volvió a mirar a sus espaldas una vez más. Un levísimo destello se reflejó en la pieza de cuarzo incrustada en el fusil pulsátil. El grito de la joven sobresaltó a todos, guerrero incluido, que movió el arma lo suficiente para que el disparo pasara a pocos centímetros de la cabeza de Daniel. Disparó una vez más, pero sólo para despejarse el camino. Avanzó directamente hacia la columna que ocultaba a todo el grupo.

Situado nada más doblar la columna, Daniel sintió como si saboreara el final de su vida. Sha'uri ya había empujado al último muchacho hacia la columna contigua y Daniel, con la espalda pegada al grueso cilindro de piedra, los ojos abiertos al máximo y todos los nervios en alerta total, esperó el primer indicio de movimiento procedente del otro lado.

Sabiendo que la coraza le protegía hasta del más temible impacto del fusil pulsátil del hombre de tez clara, lo primero que asomó el guerrero Horus fue la cabeza, pero cuando ya iba a girarse, sonó un disparo que se estrelló en la parte posterior de su casco, lanzándolo al suelo como si fuera un cubo de basura.

Daniel estaba ya tan tenso y saturado de adrenalina que tenía dificultades para respirar. Uno de los muchachos asomó la cabeza y le preguntó si se encontraba bien. Daniel no respondió, ni siquiera lo miró. Sabía que había por lo menos otro sicario merodeando en las sombras, o tal vez muchos más bajando por el medallón desde la nave en forma de pirámide.

—Venga, a la de tres —dijo Kawalsky mirando a los chicos—. Uno, dos, tres, ¡arriba!

Feretti y Kawalsky empujaron con los hombros las planchas de madera mientras los chicos, por parejas, hacían lo mismo. Y de esta forma, los ocho, empujando juntos

hacia arriba, fueron levantando poco a poco la puerta. Cuando ésta estuvo a unos centímetros por encima del casco, Kawalsky notó de pronto que había aumentado el peso. Skaara había abandonado la palanca en la que trabajaba con Nabeh y trataba de colarse por el hueco.

—¡No! ¡Todavía no! —gritó el hercúleo Kawalsky, con las venas latiéndole en la frente. Pero antes de que se diera cuenta, vio desaparecer la cabeza y los hombros de Skaara—. ¡Sacadle de ahí, maldita sea! —bramó.

Como si entendiera la orden, Nabeh se puso de rodillas y metió la mano por debajo, sacándola un instante después con su abollado tesoro, el casco. Y para compartir la buena noticia se lo enseñó a Kawalsky.

—¡Vuelve a ponerlo en su sitio! ¡Tiene que estar ahí! —gritó otra vez, señalando con la barbilla—. ¡Vuelve a dejarlo donde estaba!

El muchacho, o no entendía lo que quería decirle Kawalsky, o fingía no entenderlo. Se puso el casco en la cabeza, volvió a coger su tablón de madera y se unió a los esfuerzos por levantar la puerta.

Aguzando la vista en la oscuridad, Skaara empezó a buscar a sus compañeros. Divisó una figura moviéndose entre las sombras y lanzó un agudo silbido, una contraseña que llevaban usando entre ellos desde que eran niños. Sha'uri se volvió rápidamente y divisó a Skaara debajo de la puerta. Aprovechó la oportunidad y se apresuró a deslizarse al lado de los otros muchachos para decirles que corrieran hacia allí. Cuando los chicos se volvieron para ver lo que les estaba diciendo Sha'uri, vieron que Skaara les hacía señas frenéticamente.

Nerviosos, todos se miraron para decidir quién sería el primero. Por fin, el elegido tragó saliva y saltó al centro, corriendo lo más deprisa que podía en dirección a la puerta. En cuanto escapó, los demás lo siguieron de inmediato, dirigiéndose a la salida como liebres asustadas. Pero antes de que Sha'uri pudiera concebir la idea de unirse a ellos, sintió en el brazo el tirón de Daniel, que acababa de ver una de las siniestras siluetas dirigirse a toda prisa hacia la puerta, aunque, cuando quiso llegar, el último chico ya se había escabullido por debajo. Daniel y Sha'uri se apretaron contra la columna cuando el guardia volvió al Vestíbulo, sin dejar oír apenas el leve crujido de su armadura.

El peso de la enorme puerta pareció aumentar cuando Kawalsky y Feretti empezaron a acusar el cansancio. Aunque ellos y los chicos seguían intentaran levantarla con la misma determinación, la puerta empezó a caer, deslizándose centímetro a centímetro. Skaara ayudó a escapar al último de los pastores cuando el equipo izador de puertas se quedaba ya sin combustible. Kawalsky iba a dar la orden de soltarla cuando Skaara volvió a deslizarse por el hueco.

—¡Vuelve aquí! —gritó Kawalsky. Pero Skaara podía estar ya a kilómetros de distancia.

—No aguanto más.

—Resiste.

—No, no puedo. Pesa demasiado.

—Te digo que aguantes —repitió Kawalsky con voz firme, tratando de ganar tiempo.

Daniel y Sha'uri contuvieron la respiración cuando el Horus pasó por delante de ellos y se adentró en las sombras. Sintiendo a salvo por el momento, Daniel suspiró y abrazó a Sha'uri. Sin embargo, sin que ambos se dieran cuenta, otro guardia avanzaba por detrás. A diferencia de los otros atacantes, éste se desplazaba con parsimonia. Estaba lo bastante cerca de ellos para hacer un buen blanco, pero quería situarse exactamente detrás, para estar seguro de que no fallaría.

Levantó el arma lentamente y apuntó al cabello claro y desmelenado de Daniel, y pasando la mano con rapidez por la parte inferior del fusil, activó éste. Daniel se giró al oír el sonido, pero antes de que le diera tiempo a reaccionar, se produjo una tremenda explosión. Desgraciadamente para el guardia, no era su fusil el que había disparado. El impacto lo alcanzó por detrás, levantándolo del suelo y arrojándolo al firmamento de sombras.

Cuando el humo se disipó, apareció O'Neil con un fusil pulsátil en la mano. Era la primera vez que Daniel se alegraba de ver al sujeto de la boina negra. O'Neil se llevó un dedo a los labios, advirtiéndoles que guardaran silencio, pero cuando se acercó para consultar con ellos se oyó un grito procedente de la puerta. Skaara.

O'Neil se echó a tierra antes de que el proyectil, perfectamente dirigido, atravesara la oscuridad, rozándole casi la cabeza. Skaara había visto a tiempo al guardia que acechaba tendido cerca de la carreta y que había supuesto que O'Neil, el más peligroso, acudiría a rescatar a sus amigos.

Daniel y Sha'uri se echaron a un lado mientras el coronel rodaba hacia el otro. Aunque los disparos no habían alcanzado a O'Neil, fueron a estrellarse en la gran puerta de piedra, que se cerró de golpe detrás de Skaara.

Pensando que el chico había muerto, una oleada de rabia se apoderó de O'Neil, toda la rabia que no había sido capaz de liberar cuando su propio hijo había muerto desgraciada e inútilmente. Iba a hacer que el Horus aquel pagara por la muerte de ambos. Disparando como un salvaje, se lanzó al ataque con la consigna de «matar o morir».

El guardia, sereno como una balsa de aceite, esperó el mejor momento para disparar. Cuando O'Neil estuvo a veinte metros, supo que era su ocasión.

Por intuición o por pura suerte, O'Neil supo en qué momento se producía el disparo y se tiró al suelo antes de que la silbante carga explosiva rasgara el aire. El impacto no llegó al destino deseado, pero sirvió para delatar la posición del adversario y, al rodar, el coronel aprovechó para disparar al halcón en el entrecejo. El

casco se le cayó hacia atrás, arrastrando el resto del cuerpo, que cayó hacia atrás y resbaló por el suelo hacia las sombras.

—Vamos, coronel —dijo Daniel, saliendo a la luz. Detrás de él estaba Sha'uri con una pistola que le había pasado Feretti por debajo de la puerta.

Al verlos, O'Neil recordó dónde estaba. Vengar la muerte de Skaara no formaba parte de la misión. Intentó reprimir sus sentimientos y dirigirse a la Puerta de las Estrellas, pero no llegó muy lejos. Se dio la vuelta y avanzó entre las sombras buscando al Horus caído. Cuando lo encontró, se arrodilló, desenfundó la pistola y descargó cinco tiros en el abdomen descubierto del hombre.

—Bien —dijo, saliendo de nuevo a la luz—. Vamos.

En el exterior, Kawalsky parecía el pediatra más sudoroso y enfadado del mundo. Sujetando por un tobillo al recién liberado Skaara, levantó al larguirucho muchacho de catorce años todo lo que pudo hasta que quedaron frente a frente.

—No vuelvas a hacerlo —dijo, soltando cada palabra como un petardo.

La ráfaga del fusil había destrozado la plancha de madera que el teniente estaba utilizando como palanca. La puerta se había venido abajo de golpe, pero no sin que Kawalsky sujetase a Skaara y tirase de él en el último segundo.

Colgando todavía en el aire, el muchacho señaló al cielo y gritó:

—¡Udajit!

Los planeadores.

Como un par de cóndores remontando el vuelo, sólo que mucho más veloces, las dos naves gemelas salieron disparadas de la pirámide y giraron de costado hacia la vulnerable posición del pelotón.



—¡Dispersaos! ¡Dispersaos! —Kawalsky comprendió que iba a haber bajas.

Mientras el grupo trataba de ponerse a cubierto, el teniente apoyó la espalda en la enorme puerta y agitó los brazos para que las naves tuvieran un blanco fácil al que disparar. Esperaba que la descarga abriese una brecha en la piedra. Los silenciosos reactores lanzaron sendas ráfagas de proyectiles hacia la plataforma, que explotaron lo bastante cerca para duchar a Kawalsky con metralla pétreo, pero también lo bastante lejos para dejar ilesa la puerta. Se habían dado cuenta de las intenciones del teniente.

Mientras los planeadores viraban y empezaban a caer en picado para el siguiente ataque, Kawalsky inició la carrera hacia los obeliscos.



—¡Vienen dos más! ¡A cubierto! —Feretti dio el aviso desde una zanja que había encontrado en el borde de la rampa.



Kawalsky, bajando a toda prisa por la pendiente, miró atrás. Otras dos naves se acercaban a toda velocidad por el otro lado de la pirámide. Al verle, ambos pilotos dispararon al mismo tiempo. Cuando las dos potentes bolas explosivas trazaron una larga estela en el cielo, Kawalsky se giró y saltó de cabeza hacia las dunas un segundo antes de que gran parte de la rampa saltara por los aires hecha pedazos.

Episodio XXII

Espéreme

Cuando quería, Ra era un experto jugador. Solía ganar, pero no sólo por su pericia, sino por algo más importante: su inflexible deseo de dominar y estar por encima de todos. Era muy mal perdedor.

Mientras las escaramuzas continuaban al pie de la pirámide, Ra se entretenía con dos juegos a la vez, seguro de que iba a ganarlos. Rodeado de su colección de niños en la cámara de reposo, se distraía jugando a un antiguo juego de estrategia, mientras dirigía la destrucción de los terrícolas.

Sentado muy tieso en un sillón de madera noble cuyos brazos estaban profusamente decorados con una excelente escena de caza, parecía estar completamente absorto en una partida de senet. Este juego, llamado antaño «ajedrez de los faraones» y que aún se juega a lo largo del Nilo, exigía la máxima concentración. Su contrincante era un guapo joven de trece años que, al igual que todos los demás niños llevados a bordo, había sido elegido personalmente por Ra por su extraordinaria belleza física. Ra admiraba a este muchacho más que a los demás no sólo por la pureza de su piel y el gracioso contorno de su cuerpo, sino también por su inteligencia; podía llegar a ser el amigo y compañero que nunca había podido encontrar.

Jugador muy superior, Ra había dado ventaja al otro y sólo miraba las piezas (pirámides y obeliscos) cuando movía el contrincante, lo cual añadía una dimensión psicológica al juego que verdaderamente le hacía disfrutar: conocer la mente de su adversario para prever lo que haría a continuación.

Pero la complicada ventaja de que gozaba en el torneo contra los terrícolas era lo que verdaderamente le entretenía. Escogiendo a propósito a una niña tímida que tartamudeaba al hablar, le había ordenado que se sentara en el alféizar de la ventana y le fuera contando exactamente el desarrollo de la escena que estaba teniendo lugar en la base de la pirámide. La había amenazado con tirarla abajo si se olvidaba de mencionar algo importante. Aterrada, la chica se enganchaba al hablar más que de costumbre y, luchando contra el miedo y las palabras, balbucía datos a veces incomprensibles.

Esta forma de aprovecharse de las circunstancias convertía el trabajo sucio en un artificioso reto intelectual. No contento con matar a los intrusos, deseaba orquestar su ejecución como una composición musical. Y además pensaba hacerlo con una mano atada a la espalda.

Cuando los invasores anunciaron su llegada iniciando el fuego cruzado en el Vestíbulo, Ra no esperó a que la chica escupiera la noticia. Todos los que se hallaban

allí escucharon los disparos en el silencio del desierto con la misma claridad que si alguno de los presentes se hubiera puesto a batir palmas. Entonces ordenó a Anubis que sellara la entrada de la pirámide.

Acto seguido, convocó a los guardias de seguridad que aún le quedaban, cuatro Horus, y ordenó que atacaran desde el cielo, que destrozaran a la chusma reunida al pie de los obeliscos, descargando toda la munición de las aeronaves. Habría bastado con dos *udajit*, pero como siempre, Ra buscaba la destrucción con toda la fuerza que tenía a su alcance. Sin decir palabra, los guerreros dieron media vuelta y se dirigieron a toda prisa a los hangares mientras activaban sus cascos, transformándose en una escuadrilla de temibles halcones.

Absolutamente complacido consigo mismo, Ra se inclinó para comer la pirámide del muchacho con un obelisco, movimiento que ponía la partida a su merced. Pero, ante su sorpresa, ni su oponente ni los demás niños contemplaban su victoria. Atraídos por la información de la joven tartamuda, se habían agrupado junto a la ventana para ver con sus propios ojos lo que ocurría abajo.

—¿Es así como me servís? —chilló, barriendo el tablero de un manotazo y dispersando todas las piezas. Al instante se puso en pie como si fuera a pegar al que tenía más cerca, un niño de once años, pero se dirigió a Anubis—: Prepara la bomba y envíala. ¡Rápido!

—Se hará lo que ordenas —dijo Anubis, haciendo una reverencia mientras retrocedía hacia la puerta— o moriré en el intento.

Con la última bengala disponible, O'Neil encabezó la marcha hacia la Puerta de las Estrellas. Al llegar al pequeño corredor donde estaban los dos medallones de cuarzo incrustados en el suelo y el techo, se paró en seco, alarmado. Había antorchas encendidas y colocadas a lo largo de las paredes. Junto a la Puerta de las Estrellas, sobre una mesa que antes no había estado allí, se veía claramente la bomba desmantelada, encima de la misma bandeja de plata que O'Neil había visto en su visita al piso de arriba.

Daniel quiso entrar en la sala, pero el coronel le dio el alto con el brazo. Después de los muchos obstáculos que habían tenido que salvar hasta llegar a aquel punto, no podía creer que Ra dejara sin vigilancia el lugar.

Avanzó hacia la puerta escondiendo la bengala en la espalda y, después de arrojarla al fondo de la sala, se lanzó tras ella, dispuesto a esquivar a los francotiradores.

La sala estaba vacía.

—De acuerdo, Jackson. Actívela.

Daniel, ansioso por salir de allí cuanto antes, soltó la mano de Sha'uri, dejó el fusil al pie del enorme anillo de cuarzo y empezó a trabajar.

Sha'uri había oído hablar toda su vida de la Puerta de las Estrellas, pero era la primera vez que la veía y estaba tan sorprendida por su serena belleza como todos los que habían visto a su gemela en la Tierra. A diferencia de sus compañeros, se sentía una intrusa, como si estuviera profanando un lugar sagrado. Recordaba todo lo que había aprendido en las catacumbas acerca de Ra y este lugar, pero no podía vencer la culpa por lo que estaban haciendo. Y por si esto no fuera ya bastante complicado, sabía que cuando se activara el anillo tendría que elegir entre lanzarse a otro mundo como un saco de patatas o enfrentarse al destino que los soldados de Ra hubieran reservado para ella.

Daniel se metió la mano en el bolsillo y sacó el cuaderno de notas donde estaban los seis símbolos que había copiado del cartucho de las catacumbas. Arrancó la hoja y deslizó la mano en el anillo interior del artefacto, que giró sin apenas dificultad. Colocó el primer símbolo en su lugar. El anillo hizo un ligero chasquido y un segundo después se abrió la abrazadera de encima, dejando al descubierto la piedra de cuarzo situada en el centro. Pero mientras lo hacía girar para situar encima la segunda constelación, sintió que Sha'uri le tiraba de la manga.

—¿*Nani*? —preguntó él.

—*Koner onio* —dijo la chica.

Al ver que no entendía, Sha'uri señaló la mesa donde el coronel estaba montando la bomba. Era increíble. Estaban a punto de salir por fin de allí y el coronel iba a hacer que saltaran por los aires.

—¡Eh! ¿Qué está haciendo? —preguntó Daniel—. Creí que había dicho que lo que había que destruir era la Puerta de la Tierra.

O'Neil levantó la vista, pero continuó con su trabajo. En una lucha feroz contra el tiempo, se secó el sudor de la frente y siguió ensamblando el mortal artilugio.

—Eso es precisamente lo que espero que haga usted, Jackson: regresar al silo y destruir aquella Puerta.

—Pero yo pensaba que habíamos acordado regresar juntos y...

—Los planes han cambiado, Jackson. —Su tono de voz daba a entender que no estaba dispuesto a negociar—. Yo me quedo.

—¿Que se queda? ¿Por qué? ¿De qué está hablando?

—Tengo que asegurarme de que esto estalle. He de cumplir mi misión. —Y al decirlo, O'Neil introdujo la llave naranja en la ranura situada entre los dos cilindros de la bomba y tecleó las instrucciones en el miniteclado del artilugio. En cuanto pulsó la tecla de introducción de datos, empezaron a parpadear unos números rojos en un pequeño visor: 12:00, 12:00, 12:00.

—¿Qué pasa con Kawalsky y Feretti? ¿y con ella? —preguntó Daniel, señalando a Sha'uri.

—Se los puede llevar con usted si quiere, pero dése prisa. —Y pulsando otra vez

la tecla de antes, se inició la cuenta atrás: 11:59, 11:58, 11:57. Daniel estaba pasmado. Se quedó allí sin entender lo que hacía O'Neil—. Se está quedando sin tiempo, Jackson.

Daniel miró a Sha'uri y luego al coronel. Estaba a punto de decir algo cuando un agudo chasquido en la sala contigua les dejó a todos inmóviles en su sitio. Al instante siguiente, un silbante proyectil blanco penetró en la sala y alcanzó a Sha'uri entre los hombros. Daniel cogió el fusil, rodó a un lado y empezó a disparar a ciegas. Tres impactos seguidos explotaron en el abdomen del guerrero, partiéndolo casi por la mitad.



Daniel corrió al lado de la muchacha, que yacía en el suelo junto a la puerta, y la acunó en sus brazos. Sangraba mucho y estaba inconsciente. La besó en la frente y le suplicó que reaccionara, que tuviera fortaleza para sobrevivir hasta que pudiera llevarla al otro lado de la Puerta y recibir asistencia médica.

O'Neil se acercó para ver qué podía hacerse con las heridas de Sha'uri. Intentó encontrarle el pulso, pero no tenía. Había muerto.



10:45, 10:44, 10:43.

—Nos tienen cogidos, tío. De ésta no salimos. Nos tienen con los pantalones en los tobillos. Estamos más perdidos que Carracuca.

—Contrólese, soldado —ordenó Kawalsky.

Saltaron a un hueco poco profundo entre la arena y el lateral de la rampa, que no suponía una gran protección frente a las aeronaves. El teniente levantó la cabeza y examinó la zona. Al parecer, Feretti tenía razón.

El ataque aéreo los había cogido totalmente por sorpresa. La unidad estaba ahora diseminada a ambos lados de la rampa, ocultándose en todo lo que pareciera un refugio. No tenían radio, ningún idioma común y, lo que era peor, no tenían ningún plan.

Las aeronaves pasaron por encima bombardeando la zona. A cada pasada que

hacían recibían menos fuego desde tierra y, al menos de momento, daba la impresión de que estaban más interesados por tener atrapados a los invasores que por barrerlos de la faz de la tierra. O tal vez no. Como salido de ninguna parte, uno de los planeadores lanzó una ráfaga, destrozando la rampa a menos de un metro y abriendo un agujero en su estructura como si ésta estuviera hecha de espuma acrílica.

—Estamos haciendo el canelo aquí, tío. Y esos tipos lo saben.

—No te preocupes, tengo un plan —murmuró Kawalsky.

—¿Un plan? —Feretti pensó que era un chiste—. Estamos totalmente al descubierto, somos un blanco fácil, hemos perdido la comunicación, no tenemos armas, la mochila más cercana está lejos. Tenga lo que tenga en la cabeza, teniente, yo me lo pensaría dos veces antes de decir que es un plan.

Kawalsky no le hizo caso. Se asomó ligeramente y miró al lugar donde estaban las carretas con el cuarzo.

—De acuerdo. ¿Quieres ver el plan? ¡Pues mira! —Saltó de la zanja y corrió por la arena a velocidad de vértigo esquivando los disparos.

—Jackson, la puerta. —O’Neil le puso la mano en el hombro y le dio un apretón—. No tenemos tiempo, tiene que regresar al silo. ¿Me escucha, Jackson? —El coronel se quedó unos instantes mirando a Daniel, que abrazaba con fuerza el cuerpo de Sha’uri. Sabía lo que era sentir un dolor así, pasar el punto en que uno sabe que todo ha acabado. Él lo había pasado hacía más de dos años, pero no podía consentir que Daniel se permitiera aquel lujo. Le enderezó los dedos de una mano y luego los de la otra, obligándole a ponerse en pie. Luego le dio el consejo hueco y nada confortante que él mismo había oído muchas veces—: Se acabó, Jackson. Está muerta. Despéjese y continúe trabajando. Le necesitamos para cruzar.

Pero Daniel no necesitaba despejarse. La conmoción de haber perdido a Sha’uri había surtido ese efecto en él. Permaneció inmóvil a la entrada de la Puerta, incapaz de recordar quién era y qué estaba haciendo allí.

—Parece que tenemos compañía —oyó decir a O’Neil.

Una púa de luz azulada surgió de repente del medallón del suelo, subió hasta el techo y empezó a extenderse a un lado y a otro. Cuando Daniel se volvió y cuando vio aquello sólo se le ocurrió pensar en una cosa: el sarcófago. Si a él le había devuelto la vida, podía hacer lo mismo con Sha’uri.

O’Neil se acercó a las escaleras situadas en la base del gigantesco anillo, con intención de recoger el arma que había dejado en la mesa de la bandeja. Pero no se detuvo allí. Daniel le dio un empujón y, al estrellarse contra la mesa, cayó rodando al otro lado junto con la bomba.

Cuando O’Neil quiso incorporarse y llegar al medallón, Daniel estaba ya detrás de la brillante cortina de luz sosteniendo a Sha’uri en brazos. Ajeno al peligro, dejó

que las piernas de la chica quedaran demasiado cerca del haz de luz y cuando los rayos se cerraron formando un cilindro, un pliegue de la túnica de la muchacha quedó fuera. El rayo atravesó la tela y la cortó limpiamente. O'Neil la vio caer al suelo.

—Jackson, ¿qué demonios está haciendo? ¡La bomba! Cuando ya empezaba a desaparecer, Daniel le dijo algo tras la cortina luminosa. Ningún sonido podía cruzar aquella barrera, pero el coronel estaba seguro de haber leído en sus labios la palabra «espéreme».



Luego se desvaneció, desintegrándose en una ráfaga de luz ascendente.

O'Neil se giró para comprobar el reloj: 11:08.

Un golpe violento. El coronel lo recibió en la barbilla y cayó de espaldas. Cuando levantó la vista, sintió un hormigueo punzante en la nuca. Sabía que tenía que llegar este momento. Acechándole desde arriba, en actitud asesina, estaba el fósil deformado que tanto le había dado que pensar en el silo: el imponente guerrero con armadura y cabeza de chacal. El mejor guerrero de Ra: Anubis.

Tenía que llegar a la bomba y detener la cuenta atrás para dar tiempo a que volviera Jackson.

Kawalsky lo intentó con todas sus fuerzas, pero no pudo mover la carreta. Cuando los dos primeros pastores salieron de las dunas, se agazapó contra un lateral del vehículo y les explicó a toda prisa su plan.

—Lo primero es volcar esta carreta. Luego esa otra para traerla aquí y construirnos un pequeño fuerte, ¿estamos?

—¡Shtamos! —exclamaron entusiasmados los chicos. Kawalsky los miró de nuevo—. No habéis entendido una palabra de lo que he dicho, ¿verdad?

Verdad. Ninguno había comprendido el plan del teniente. Pero sí habían captado la esencia de sus palabras: va a ocurrir algo y tenéis que colaborar.

Cuando vio que el cielo estaba despejado, Kawalsky saltó, colocó a los chicos a ambos lados y, todos juntos, consiguieron volcar la carreta, esparciendo el

cargamento de cuarzo por la arena. Después de arrastrar un poco el vehículo y darle la vuelta, se dirigieron al segundo.

Skaara y Feretti llegaron a tiempo para echarles una mano. Tiraron fácilmente la carga, dieron la vuelta a la carreta y después se metieron debajo para evitar la siguiente pasada de las aeronaves.

A cuatro patas, Kawalsky calculó el peso de la carreta y acto seguido, al igual que Atlas, la fue levantando poco a poco con los hombros. Los demás le imitaron, levantaron la carreta y retrocedieron después hacia los obeliscos.

Una vez instalado el puesto de mando temporal, Skaara llamó a los demás pastores para que se refugiaron allí. Kawalsky y Feretti les cubrieron y los chicos salieron corriendo de entre las dunas esquivando a los planeadores.

—¡Nabeh! *Anda ni, anda ni* —gritó Skaara.

Nabeh estaba todavía en lo alto de la rampa, casi a cien metros de ellos. Reuniendo todo su coraje, empezó a bajar como un patizambo hacia el centro de la pendiente a toda velocidad, sin que hubiera ninguna nave a la vista. Pero cuando estaba a medio camino, uno de los pilotos lo divisó y viró hacia allí.

Skaara trató de advertirle.

—¡*Khem eem, khem eem!*

Pero Nabeh, paralizado por el impulso de la carrera, siguió avanzando. Skaara salió del refugio antes de que pudieran detenerlo, corriendo e indicando a Nabeh que saltara de la rampa, pero antes de poder hacer nada, el pequeño reactor disparó dos veces seguidas. La tierra que había delante de Nabeh estalló en piedras y polvo. Skaara sintió la oleada de calor pasar por delante de sus mejillas un segundo antes de ser golpeado por la primera piedra voladora.

La brisa llevó el polvo directamente hacia los rebeldes. Cuando finalmente se despejó, no había rastro de Nabeh ni de lo que había ocurrido. La única pista era el casco verde deformado que llegó rodando con el humo como un neumático borracho.

Skaara llamó desesperadamente a su amigo, pero pronto se vio arrastrado hacia atrás. Tenía la manaza de Kawalsky en la muñeca y tiraba de él hacia la barricada. Lo metió debajo de la carreta y lo retuvo hasta que dejó de forcejear. Consultó con Feretti las opciones que tenían y en menos de un minuto llegaron a la conclusión de que ya no les quedaba ninguna.

—Bueno, al menos podemos concentrar todo el fuego en el mismo objetivo —dijo Kawalsky, montando el lanzagranadas que habían rescatado los pastores—. Me voy a cargar esos aviones con este bicharraco.

Feretti rodó de espaldas y sacó tres granadas de su larga túnica.

—En circunstancias normales le explicaría por qué esto no es un plan, técnicamente hablando. Le daría una lista de razones para que entendiera que no es más que un patético sucedáneo de plan. Pero en este instante me parece un plan. Así

que llevémoslo a cabo.

En cuanto quedó explicada la estrategia, uno de los planeadores se aproximó lentamente, estornudando una serie de disparos bien calculados. Los militares apuntaron a la nave y los chicos comprendieron en el acto.

—¡Ahora! —gritó Kawalsky. Diez fusiles convencionales más Feretti con el lanzagranadas salieron repentinamente del búnker, apuntaron y empezaron a hacer agujeros en el cielo.

Una de las granadas rozó la cola del planeador. No había dañado su estructura, pero consiguió desestabilizarlo y por un instante pareció como si el desviado *udajit* fuera a estrellarse contra las carretas. Pero el piloto recuperó el control. Sin embargo, se oyó un violento impacto cuando el ala se partió al chocar con uno de los obeliscos, cayó en barrena como una estrella fugaz y explotó en una bola de fuego.

Daniel llegó al palacio y se encontró frente a la bruñida escultura del dios carnero Khnum. Miró a su alrededor dispuesto a enfrentarse con quien fuera preciso, pero la sala estaba completamente vacía.



Con Sha'uri en brazos, empezó a correr hacia el espléndido salón del trono mientras las colosales figuras talladas en las columnas parecían seguirle con la mirada. El claqueteo de sus botas resonó en las paredes cuando atravesó el corto pasillo que conducía al sarcófago que le había resucitado.

Estaba abierto. Depositó a Sha'uri en el duro lecho del sarcófago y retrocedió unos pasos cuando la máquina empezó a funcionar. Observó cómo el cuerpo de Sha'uri se deslizaba en el interior de la tumba vivificadora y cómo sus gruesas paredes se cerraban lentamente. Cuando la joven desapareció de su vista, Daniel se dio cuenta de lo estúpido que era todo aquello. No tenía idea de cuánto podía durar el proceso, ni siquiera sabía si tenía que activar la máquina de algún modo. Estaba atrapado en la ciudadela de Ra y no tenía salida. Mientras transportaba a Sha'uri al medallón, le había pasado vagamente por la cabeza la idea de razonar con Ra, suplicarle, darle algo a cambio. Ahora que tenía más tiempo para pensar, se daba cuenta de lo absurdo de la ocurrencia.



Ocultándose tras el dorado féretro, intentó no pensar en las implicaciones de lo que había hecho. Bajó la mirada y vio que aún sostenía en la mano la hoja de papel con las coordenadas de la Tierra. Se golpeó la cabeza contra el sarcófago varias veces. Había malgastado la oportunidad de volver al silo y cerrar definitivamente esta caja de Pandora antes de que escupiera sus demonios en las montañas de Colorado.

Se dio la vuelta y empezó a estudiar el lateral del sarcófago, esperando hallar alguna pista. Grabada en los largos paneles de oro estaba la historia de Osiris, descuartizado por sus enemigos, cuyos restos habían sido esparcidos por todos los rincones del Nilo. Su esposa, Isis, vagó mucho tiempo por el país reuniendo poco a poco los pedazos. Cuando tuvo el cuerpo completo, lo envolvió con tela y papel. La última parte del grabado mostraba a Osiris renacido.

Daniel levantó la vista y vio a Ra, erguido serenamente al pie del misterioso ataúd. Retrocedió al otro extremo de la caja y dio unos pasos hacia la puerta. Ra no hizo nada por detenerlo. En la entrada del pasadizo, Daniel vio a los niños que salían de los aposentos de Ra y bajaban la escalera del trono. Su primer impulso fue salir huyendo, pero luego recordó la bomba que estaba abajo. No tenía adónde ir.

Ra se adelantó desconcertado, situándose entre Daniel y el lugar donde estaba Sha'uri.

—¿Por qué? —preguntó con voz áspera—. ¿Por qué venir aquí ahora? —Daniel no se movió, no respondió—. ¿Por esto? —Ra echó un vistazo al sarcófago y volvió a mirarle—. ¿Has puesto algo dentro?

Daniel se abalanzó sobre Ra, pero fue sometido rápida y violentamente. Ra abrió la palma de la mano y mostró el letal medallón con el que tanto le gustaba experimentar. Incluso antes de que Daniel se aproximara, la pequeña joya lo lanzó hacia atrás como si hubiera chocado contra un autobús, dejándole la piel escocida, sensación que recordaba haber sentido en el viaje a través de la Puerta.



Ra sonrió y se acercó a la máquina. Pasó la mano por encima, fascinado al ver la ansiedad en el rostro de Daniel. La tapa del ataúd se abrió y dejó ver a Sha'uri, que dormía plácidamente. La costra de la frente, resto de la herida que le habían hecho los soldados de Ra durante la invasión de Nagada, estaba casi curada.



—*Hana'i hana'e* —musitó Ra. Era una expresión que Daniel no conocía y que venía a significar «qué romántico». Metió la mano en el sarcófago y con sus dedos dorados recorrió los delicados rasgos de la chica—. Muy, muy astuto —dijo. Parecía verdaderamente impresionado—. Ahora podréis morir juntos.

El instinto de O'Neil tomó la iniciativa. Antes de que su contrincante pudiera reaccionar, el coronel le había encajado el largo fusil en el cuello del casco, haciéndolo retroceder. Golpeó al hombrón contra la pared del estrecho corredor y luego lo zarandeó con el fusil. Pero Anubis era demasiado fuerte. El arma se negaba a moverse y un segundo después el guante de hierro del chacal se estrelló en la mejilla de O'Neil con fuerza suficiente para derribarlo.

Pero antes de tocar el suelo, el coronel se apartó para esquivar el disparo del fusil que sabía le iba a llegar, rodando bruscamente y cambiando de dirección. El lugar donde había caído saltó por los aires. La estrechez del corredor le permitió apoyar las manos en la pared a modo de palanca y descargar una patada en la cabeza de Anubis. El golpe propulsó al monstruoso combatiente al interior de la Puerta, pero no llegó a abatirlo. Anubis recuperó el equilibrio y apuntó, dispuesto a disparar otra vez contra O'Neil.

Cuando el coronel se dio cuenta de la situación, giró rápidamente por la esquina y entró en la Gran Galería. El disparo se estrelló en las losas del arco de la entrada y se

perdió en las sombras. Entonces O'Neil hizo la única cosa sensata que podía hacer: huir.

La Gran Galería que tenía detrás estaba más negra que la tinta y esperaba que esta circunstancia le permitiera echarse encima de Anubis. Corrió lo más deprisa que pudo al interior de aquel vacío antes de empezar a perder el equilibrio. Se dio la vuelta y vio que el gran guerrero entraba tranquilamente en la sala de la Puerta de las Estrellas.

Anubis no tardó en ir en busca de O'Neil, aunque no con la premura que el coronel deseaba. Agazapado en el interior de aquel lago oscuro, vio la gran cabeza de chacal asomando en la penumbra. Después de avanzar unos pasos, el cazador se llevó la mano al collarín del casco, hizo algún ajuste y penetró en la sala. Antes de perderlo de vista, O'Neil vio que el casco se replegaba.

El roce, apenas audible, de metal contra metal le llegó un poco más cerca y cesó. El coronel intentaba controlar la respiración, aguzando el oído como nunca lo había hecho. De repente, un roce continuo invadió el lugar. Cuando O'Neil llegó a darse cuenta de lo que estaba pasando, ya era demasiado tarde. El cañón del fusil pulsátil se aproximó rozando el suelo como un bastón de invidente y tocó la pierna del coronel.

O'Neil retrocedió unos pasos escuchando, esperando. Sin previo aviso, el extremo romo del fusil le dio en la boca, partiéndole el labio. Siguió retrocediendo, moviendo frenéticamente las manos en círculo para detener el siguiente golpe invisible. Un silbido le hizo echar atrás la cabeza. El arma pasó por delante de su cara como un hacha a toda velocidad y mientras Anubis segaba el aire con el arma, O'Neil se adelantó y le asestó un codazo en la nariz.

Oyó que el arma caía al suelo y se abalanzó sobre el punto de donde había partido el ruido. Tentando por todas partes, echó una mano al arma justo en el instante en que Anubis se disponía a recogerla. O'Neil intentó apartarla de un manotazo, pero el guerrero tenía demasiada fuerza.

Sabiendo que el primero que se hiciera con el fusil mataría al otro, empezaron a darse patadas y puñetazos como en un combate de gladiadores. O'Neil puso en práctica todos los trucos que conocía, pero seguían empatados. Finalmente llegó a la conclusión de que el juego era demasiado peligroso y lento, así que esperó el momento apropiado para soltar repentinamente el arma y salir corriendo hacia la luz de la sala de la Puerta. Al huir, oyó la culada que se pegaba Anubis.

05:20, 05:19, 05:18, 05:17

Uno de los planeadores salió zumbando por un lateral de la pirámide, a unos quinientos metros, e inició un ataque en picado. Kawalsky hizo que todos se concentraran en él y empezó lentamente la cuenta atrás, comenzando por el 5.

Nadie se fijó en que llegaba otro volando a ras de las dunas. A la orden de «ya»,

todos empezaron a disparar. Pero aunque las órdenes de Kawalsky eran claras como el agua, algunos muchachos se alejaron del refugio. De pronto, el primer avión se alejó y los dejó a tiro para el rápido ataque del segundo.

La lluvia de blancos destellos mató en el acto a cinco muchachos. Otro murió por accidente, cuando uno de los chicos se giraba mientras disparaba al azar, abatiendo al muchacho que tenía delante. Al ver lo que había hecho, cayó de rodillas mientras las descargas seguían sembrando el pánico a su alrededor. Feretti tuvo que salir a rastras para cogerlo y llevarlo adentro. Sólo faltaba eso: un chiquillo llorando histéricamente.

Minutos después, las aeronaves intentaron el mismo truco, sólo que esta vez no había un señuelo, sino dos. El segundo avión sobrevolaría las dunas como el anterior, aceleraría al estar encima de las carretas y viraría a la derecha para evitar la pirámide.

La situación debajo de las carretas era tan caótica que Kawalsky no consiguió comunicarse con sus soldados, que volvieron a caer en la misma trampa.

Sin embargo, Feretti entendió lo que estaba pasando. Esperó a que el primer avión virara para ponerse a salvo y salió de repente de debajo de la carreta apuntando ya con el lanzagranadas. El segundo piloto, concentrado en el brusco giro que tenía que dar, no efectuó ni un solo disparo y aceleró por encima de las carretas en el preciso instante en que Feretti lanzaba el último proyectil que quedaba y que penetró por la cola del avión, destrozando su fuselaje como si fuera de plástico.

—¡Abajo, vamos! ¡Todos abajo! —gritó Kawalsky, poniéndolos a salvo antes de que la tercera nave cayera en picado sobre ellos.

El planeador tocado continuó avanzando hacia la pirámide, pero en el último segundo inició un ascenso vertical, evitando por muy poco la impresionante mole de piedra. Sin embargo, chocó con el saliente de la nave espacial estacionada en la cúspide, desintegrándose con un espantoso rugido de fuego y luces azules.

Cuando la llameante chatarra cayó por el lateral de la pirámide, los chicos volvieron a salir gritando como locos a la bola de fuego y disparando hasta quedarse sin munición.

O'Neil corrió como el rayo en busca del contenido de la mesa volcada y entre la maraña de pertrechos confiscados se puso a buscar por todas partes la tarjeta de acceso. Miró la bomba: 04:39, 04:38.

Desde la puerta le llegó el inconfundible chasquido metálico que produce un arma cuando se monta. Estaba sin protección, no tenía donde esconderse; ni siquiera tenía tiempo para girarse y mirar. En cuanto oyó el disparo, O'Neil levantó la bandeja de plata y se la puso de escudo. La superficie reflectante desvió el proyectil y lo lanzó en la dirección por la que había llegado. O'Neil se quedó de pie y lanzó la bandeja hacia la puerta como si fuera una cuchilla voladora. Anubis se refugió detrás de la puerta, pero cuando salió para efectuar un segundo disparo se encontró con las dos botas del

coronel que le propinaron un soberbio golpe en el pecho.

El chacal cayó de vientre. Intentó ponerse de pie, pero dos rodillas aterrizaron de golpe en sus omóplatos obligándole a permanecer en posición horizontal. Notó que le retorcían violentamente el pico del casco. O'Neil quería partirle el cuello sin darse cuenta de que lo impedía la base del casco, que era de cuarzo.

El coronel vio el largo fusil tirado allí cerca y tomó una decisión inmediata. Sin abandonar la espalda de Anubis, estiró la pierna y lanzó el arma a las oscuras profundidades de la Gran Galería. Desactivaría la bomba y después le ajustaría cuentas a aquel cretino. Y desapareció con la misma velocidad con que había atacado. Anubis se levantó con el cuello dolorido y se giró para enfrentarse a O'Neil, pero éste había desaparecido ya en la sala de la Puerta. Sin embargo, antes de ir tras él, el chacal ajustó el escarabajo que llevaba en el dorso de la muñequera. Cuatro garras afiladas salieron de ella, siguiendo la curva natural de la mano. Al igual que el casco, los cuchillos estaban fabricados con polvo de cuarzo que se adaptaba formando una tenue membrana. Anubis giró la muñequera para centrar las garras y avanzó hacia la Puerta, donde O'Neil estaba a cuatro patas.

Los dos levantaron la vista cuando oyeron la explosión.

Ra intentaba convencer a Daniel de que se acercara al sarcófago, prometiendo no hacer daño a Sha'uri si se aproximaba un poco más. El juego se vio interrumpido por la estridente explosión del planeador al chocar con un lateral de la nave nodriza.

Todos los que estaban en el interior se sobresaltaron, pero ninguno más que Ra. Se agachó tras el sarcófago chillando y temblando de miedo, y estuvo unos instantes con la cabeza entre las manos. Cuando por fin dejó de gritar, miró a Daniel extrañado. Su expresión parecía suplicar que le comprendiera, como si aquel terrible ataque a su fortaleza debiera ser motivo natural de preocupación para todos.

Cuando se apartó del ataúd, Daniel saltó al otro lado de la sala, pero Ra ya no estaba interesado por él. No era ninguna amenaza, por lo que podía ocuparse de él más tarde.

Daniel vio al extraño ser de oro subir corriendo las escaleras y perderse por la puerta situada detrás del trono. Aprovechando el momento, se acercó al sarcófago en el que Sha'uri empezaba a moverse. El cofre la había recuperado en buena medida, pero no había completado su obra. Daniel la tomó en sus brazos y corrió a zancadas hacia el salón del trono.

Desde su ventana, Ra observaba tanto el accidente de la nave como las diminutas figuras exultantes que había entre los obeliscos, y mientras las veía celebrar su victoria, comprendió que estaba obligado a pasar mucho más tiempo del que deseaba en aquel desolado e insignificante rincón de su imperio. Habría que exterminar a toda la población y trasladar a otra. Miró el ondulante desierto y recordó por qué odiaba

tanto aquella colonia, la primera. Le recordaba demasiado su lugar de origen.

Cuando se aseguró de que los pilotos tenían la situación controlada, dio media vuelta y fue a buscar a Daniel para matarlo.

Kawalsky y compañía se habían quedado sin munición y los pilotos lo sabían. Acechaban desde el cielo, invitando descaradamente a abrir fuego antiaéreo, pero la única resistencia que encontraron fueron los gritos enfurecidos de los muchachos.

Dispuestos en formación, los *udajit* se alejaron sobrevolando el desierto vacío, pero cuando ya parecía que se marchaban, aterrizaron suavemente en la entrada del inmenso anfiteatro de arena que rodeaba a la pirámide. Un instante después se abrieron las dos compuertas y descendieron los dos Horus, fusil en mano, marchando decididamente hacia los obeliscos.

O'Neil escuchó los pasos y supo que Anubis le había seguido hasta la sala, pero siguió trabajando. Haciendo una increíble manifestación de temple, o tal vez de imprudencia suicida, acababa de introducir la orden de cancelación cuando levantó la vista y vio la garra mortal de Anubis a punto de caer sobre él.

El corte que dejó fue profundo, pero no en el coronel, sino en la edición de 1931 del *Aegypticus* de Sir A.E. Wallis Budge, propiedad de Daniel.

Anubis miró el libro hecho trizas y también vio sus garras enterradas en sus aburridos e insoportables capítulos. Pero O'Neil no le dio tiempo a que se aburriera leyéndolos. Con una violenta contorsión, obligó al chacal a girarse y le bloqueó el brazo por detrás. Cuando estaba a punto de romperle los huesos, se inclinó y le susurró al oído:

—Perro malo.

Se escuchó un chasquido hueco y húmedo cuando el hueso se salió de la articulación. Aullando de dolor, Anubis sintió la patada de O'Neil en la espalda, girando bruscamente para tragarse un puño lleno de gruesos nudillos. Como un feroz boxeador de peso pesado, el coronel hizo retroceder a Anubis con una rápida descarga de puñetazos, sacudiéndole la cabeza y llevándolo a golpes hasta la sala del medallón.

Tambaleándose, Anubis intentó zafarse, pero el coronel lo dobló y le largó un rodillazo en la ya aturdida cabeza, y con una patada por la espalda lo lanzó violentamente al suelo.

Después se abalanzó sobre él y lo inmovilizó, manteniendo la mitad del cuerpo del chacal dentro y la otra mitad fuera del medallón.

Daniel llevaba a Sha'uri a hombros mientras se encaminaba al medallón de palacio. La depositó suavemente sobre el círculo y empezó a buscar frenéticamente alguna forma de activarlo. Pasó los dedos por la siniestra estatua de Khnum en busca de algún panel oculto, un botón, cualquier cosa, pero nada.

Contrariado, se volvió para mirar a los niños que le habían seguido por curiosidad, para ver lo que iba a hacer el raro visitante.

—Ayudadnos —les dijo, con el terror reflejado en los ojos. Los niños se limitaron a mirarlo como a una atracción de circo y se apartaron—. No tengáis miedo —añadió, bajando de la plataforma y acercándose con expresión amable—. *Semmoun* —continuó, señalándose a sí mismo—. *Semmoun*, amigo.

Los niños entendieron lo que quería decir y un par estalló en risitas nerviosas por su forma de pronunciar las palabras.

—¡*Ya'ani!* —gritó Ra, inundando el corredor con el alarido. Los niños salieron corriendo en todas direcciones alejándose de allí—. Se acabó la hora de los juegos —dijo, avanzando hacia ellos.

Como a una imagen repulsiva de un sueño olvidado hace mucho, Daniel contempló al faraón dorado, a aquel adolescente bárbaro e inmortal que se aproximaba a él, con las sandalias de oro claqueteando en el frío mosaico del suelo a un ritmo uniforme e inexorable. Se volvió para mirar a Sha'uri, que empezaba a moverse encima del medallón. Necesitaba algo más de tiempo para hacerla revivir.

Ra estaba casi en el medallón cuando Daniel arremetió contra él. Sin ningún esfuerzo, su oponente detuvo su impulso abriendo simplemente la mano y lanzándolo hacia atrás hasta hacerlo caer junto a Sha'uri.



Con toda su audacia, Daniel insistió e intentó atacar nuevamente, pero esta vez el castigo fue más severo. Ra lo detuvo con toda la fuerza paralizante del aparato, retorciéndole los brazos mientras con la mano le obligaba a bajar la cabeza y arrodillarse sumisamente a sus pies. Instantes después, la cara de Daniel empezó a

deformarse como el reflejo de un espejo líquido. Todos sus huesos y órganos comenzaron a dilatarse y contraerse, cambiando de forma a medida que el cuarzo, una versión reducida de la Puerta de las Estrellas, empezaba a descomponerlo a nivel molecular. En pocos segundos estaría muerto.

Todavía retenido en el medallón de abajo, Anubis intentaba quitarse de encima al coronel. Pero O'Neil vio el dispositivo que el chacal llevaba en la palma de la mano y recordó que le había visto usarlo para activar el medallón cuando les habían capturado. Era la oportunidad que tenía para acabar con aquello de una vez por todas.

—Recuerdos a Tutijamón.

Levantó la muñeca de Anubis y la puso contra el suelo de un golpe, activando el dispositivo que se ocultaba en el escarabajo. El láser azul empezó a cortar el aire a pocos centímetros de la cabeza de Anubis. Cuando éste vio que el haz luminoso ocupaba el círculo del disco del techo, olvidó el dolor que sentía y se puso como loco. Retorciéndose, sacudiéndose y chillando de horror, buscó un punto de apoyo para apartar a O'Neil. El coronel recordaba que el rayo había partido el pliegue de la ropa de Sha'uri y retuvo medio cuerpo de Anubis dentro del medallón. Esperó a ver qué pasaba cuando la cortina de luz completara el circuito.

Cuando el rayo azul surgió como una daga en el aire, Ra reaccionó aflojando ligeramente la presa sobre Daniel mientras intentaba apartarse. A pesar del dolor, Daniel se dio cuenta de lo que estaba pasando. O'Neil. Estaba en el medallón de abajo tratando de señalarle la forma de salvarse.

Reuniendo las pocas energías que le quedaban, se estiró y agarró la mano de Ra. El faraón no entendía. ¿Por qué quería sujetarle de aquel modo? Apretó el dispositivo y aumentó la intensidad para obligar a su prisionero a aflojar las manos, pero de nada sirvió. Daniel seguía aferrándose.

Las dificultades de Ra eran mayores de lo que había previsto. El cilindro de luz azul había recorrido las tres cuartas partes de su trayectoria. Cuando Daniel vio lo cerca que estaban los dos, empezó a pensar que tal vez pudiera vencer. Levantó ambas manos y sujetó la muñeca de Ra.

—¡Suéltame! —ordenó éste. Pero Ra estaba tan asustado que había cerrado la mano antes incluso de liberarla.

Daniel empezó a sentirse más despejado. Cuando vio que el láser estaba a menos de medio metro, apretó con más fuerza el brazo de Ra, con los dientes hundidos en la parte blanda del hueso. Parpadeó y vio algo que colgaba del cuello de Ra: el disco solar que Catherine le había regalado para desearle suerte.

Al verlo, soltó de pronto una mano y lo arrancó en el preciso instante en que la

cortina de luz terminaba su recorrido.

El muro luminoso inmovilizó el brazo del faraón. Daniel se apartó y miró a Ra, que estaba como pegado al medallón, luchando en vano por liberarse. Cuando Daniel y Sha'uri empezaron a difuminarse, también lo hizo parte del brazo de Ra, segado por el rayo. El rey cayó de espaldas sin dejar de chillar de dolor mientras se contemplaba el muñón. A su vez, la máquina le presentó la cabeza recién cortada de su único guerrero capacitado, Anubis, cuyas mandíbulas aún se agitaban.

El faraón adolescente se desplomó y empezó a pedir socorro. Tenía que llegar al sarcófago. Por sus experimentos sabía que la máquina era capaz de reconstruir miembros mutilados, pero de nada le servía saberlo si se desangraba antes de llegar.

Volvió a llamar a sus ayudantes, pero los niños habían huido de la sala o procuraban mantenerse bien ocultos. Enfurecido por la insubordinación, Ra se puso en pie y se envolvió el brazo en los pliegues del faldón dorado. Avanzó hacia el trono tambaleándose, gritando, sin dejar de jurar que castigaría a todos los que habían desatendido su llamada.

Episodio XXIII

El poder supremo

O'Neil reconoció en el acto la mano mutilada de Ra, con el instrumento torturador aún en la palma. Pero cuando apartó la vista del decapitado Anubis, descubrió que Daniel y Sha'uri estaban allí helados, exhaustos y destrozados.

Presas del pánico, el coronel corrió hacia la bomba. 03:45 y continuaba retrocediendo.

Aunque Daniel estuviera consciente, tardaría más tiempo en activar la Puerta de las Estrellas. O'Neil sabía que tenía que despertar a Daniel y detener la bomba, así que corrió hacia ella, tecleó la orden de cancelación y, una vez escrito el último número, pulsó la tecla de introducción y respiró aliviado. Pero fue un respiro prematuro, pues la cuenta atrás continuaba.

03:22... 03:21...

Aterrado, el coronel se devanó los sesos intentando recordar. ¿Qué había olvidado? ¿Por qué no funcionaba el código? Probó nuevamente los códigos y todos volvieron a fallar.

Sin munición, con varias bajas y a falta de cuchillos y bayonetas, Kawalsky no tenía ya ninguna opción. A excepción de Skaara, que quería luchar hasta el final, los demás pastores estaban heridos y agotados.

Las aeronaves habían aterrizado por fin y los dos Horus se estaban aproximando. El teniente sabía que era inútil oponer resistencia.

—Tenemos que rendimos —gruñó.

—¿Qué? —ladró Feretti.

—Perderemos cualquier batalla que iniciemos aquí. Tenemos que rendimos y rezar porque O'Neil esté vivo todavía.

—Si el coronel está vivo, seguro que ya está en Colorado.

—No estoy preocupado por nosotros, Feretti, sino por los niños. Si no oponemos resistencia, puede que sólo los hagan prisioneros.

Sin embargo, aquélla era la única opción que Feretti no estaba dispuesto a aceptar: entregarse. Era algo que se le había grabado en el cerebro desde que iniciara los entrenamientos en las fuerzas especiales. No rendirse jamás. No obstante, cuando echó un vistazo a los chicos heridos, se dio cuenta de que Kawalsky tenía razón.

El teniente tiró a un lado el fusil vacío y fue al encuentro de los dos guardias. Skaara no podía creer lo que veía. Feretti también arrojó su arma y siguió a Kawalsky con los brazos en alto.

Uno a uno les fueron siguiendo los pastores, alejándose de la barricada con las manos en alto. Aunque lo intentó, Skaara no pudo convencerles de que lucharan hasta la muerte. Cuando el último muchacho pasó por delante de él, se resignó, tiró su pistola e hizo lo mismo que los demás.

Anduvieron unos cuantos metros por la arena y se pusieron de rodillas. Kawalsky esperaba que este gesto los salvara de la ejecución. Los guardias estaban aún a más de cincuenta metros cuando de repente montaron los fusiles, dispuestos a disparar. En el silencio del desierto el ruido de esta acción se oía mucho más cerca. Los halcones levantaron las armas, dispuestos a fusilar a todo el equipo. Kawalsky pensó que si veían caer primero a los soldados, tal vez los chicos empezaran a correr, así que se adelantó rápidamente para recibir el primer impacto, pero en ese instante su corazón y sus pies se pararon solos.

Eco de tambores. Los soldados miraron el anillo de dunas que les rodeaba, vacío mientras el ensordecedor caos acústico resonaba en el desierto. Parecía el fragor de mil tambores, golpeados con brutalidad por personas ajenas al tiempo y al ritmo.

Uno de los halcones se volvió y disparó dos veces a los supervivientes y sus carretas, pero todos se pusieron a cubierto un segundo antes de que la pulsación lanzara un ardiente y seco silbido por encima de sus cabezas. Cuando volvieron a levantar los ojos, vieron a un millar de hombres de Nagada al pie de la colina contemplando la escena y a otros cien a sus espaldas, mientras el ruido seguía aumentando de volumen y furor.

Los dos Horus se mantuvieron firmes sin dejar de mirar a los nuevos intrusos, cuyo número aumentaba. Miraron a otro lado y vieron a otro centenar de hombres en una loma, formando una muralla humana entre los pilotos y sus naves. Y cientos y cientos que se acercaban batiendo cacerolas con cucharas, empuñando herramientas de la cantera, cuchillos, escobas, adoquines. Ocuparon las cimas de las dunas, no cientos sino miles, todos contribuyendo a hacer insoportable el ruido. Musculosos jóvenes ejecutaban una rítmica danza riendo y gritando, sintiendo el regocijo de ser colectividad por primera vez en toda su vida. Como animales retenidos durante demasiado tiempo, vibraban de energía, dispuestos a entrar en acción inmediatamente.

Y de repente apareció Kasuf en lo alto de la duna más alta, y cuando levantó los brazos toda la atención se concentró en él. La orden de que cesaran los tambores pasó de boca en boca y en pocos segundos todo quedó en silencio. El anciano se puso delante de la gigantesca horda, pero hacía falta un milagro para detener a la multitud. Bajó a la mitad de la pendiente y se volvió hacia la multitud, indicando que guardaran silencio.



Uno de los pilotos aprovechó el momento para invocar el temor a Ra y, repitiendo una letanía que él y el pueblo conocían muy bien, gritó:

—*Aten-Re, tiyi harukha khare na'aran Ba, Henten. Re.* —Ra, Señor del Sol, recompensa la piedad y castiga la sedición. Ra, Señor de la Justicia.

Kasuf respondió levantando el báculo en el aire y gritando con todas sus fuerzas:
—*¡Bani dharam Ka!* —¡Poder supremo!

En seguida, todo el pueblo bajó las dunas, invadiendo como un maremoto la arena. Ambos guerreros empezaron a disparar al ritmo que les permitían las armas, sin detener aquella loca invasión. De repente salió de la muchedumbre un largo y sostenido grito de guerra. Nadie lo había planificado, pero ahora que todos vibraban con la misma nota, el grito se convirtió en fuente de fortaleza, recordándoles que eran un solo pueblo y uniéndolos para conseguir una meta común. Y se acercaron en aplastante mayoría como un mar vengativo.





Ra llegó presuroso al sarcófago y se abalanzó sobre la losa del interior. Temblando descontroladamente, se cubrió con el sudario mientras la tapa se cerraba lentamente por encima de él. El sordo zumbido de la máquina era tan sedante como una canción de cuna. Aquello significaba que cesaría el terrible dolor del brazo, que despertaría con un muñón curado que con el tiempo se convertiría en mano. Pero había más. Estar en la máquina significaba la placidez total y el voluptuoso sueño de la muerte. El sarcófago era lo único por lo que sentía cierto afecto; se arrastraba hasta su interior siempre que necesitaba aliviar su enfermedad crónica: la soledad.

Ra no tenía amigos, carecía de relaciones. Desconfiaba de todo el mundo excepto de sus niños, pero éstos eran tan incultos que no resultaban una compañía grata. En realidad, sólo eran sus mascotas. Y no tenía a nadie con quien hablar. Llevaba miles de años ganando todas las discusiones, aunque fueran por una memez. Había prohibido la escritura y todos los planes de enseñanza de la cultura anterior a la esclavitud. En menos de cien años de gobierno, sus súbditos se comportaban ya como si hubieran sufrido una lobotomía. Dueño de su propio destino, el mundo que le rodeaba era fiel reflejo suyo, y este mundo era árido y estéril. Ser tan viejo tenía sus desventajas.

Poco antes de que se cerrara la tapa del sarcófago, como un recién nacido que vuelve al vientre materno, oyó el espantoso ruido de voces que había estallado afuera.

Alarmado, salió del sarcófago y fue tambaleándose a sus aposentos privados, dirigiéndose al enorme ventanal para ver el feroz espectáculo que se había improvisado en la arena. Cuando sus soldados salieron corriendo, no le hizo falta ver más. Lo único que podía hacer era escapar.

Fue al panel de control y programó los instrumentos. En seguida empezaron a chirriar los elevadores mientras las gigantescas argollas de cuarzo despedían cantidades ingentes de aire bajo los laterales de la pirámide. Cuando las grandes secciones doradas de la nave espacial empezaron a plegarse, algunos niños se habían reunido ya en los brazos de Khnum, pataleando encima del medallón como habían visto hacer a Daniel, intentando escapar antes de que Ra cumpliera la amenaza de castigarles.



Como un banco de pirañas, la muchedumbre acudió desde todos lados y cayó encima de los soldados, arrancándoles los miembros uno por uno. El ataque continuó hasta que los dioses no fueron más que manchas de sangre en manos de la gente.

Al mismo tiempo, otra multitud se apiñó en la rampa, esforzándose para derribar la colosal puerta de piedra. Trabajando a las órdenes de Kawalsky, la levantaron con facilidad y pusieron montones de piedras sueltas para calzarla y mantenerla abierta. Casi todos los que entraron se quedaron merodeando por el Vestíbulo, temerosos aún de penetrar en la oscuridad y enfrentarse al mismísimo Ra.

No existía un plan de ataque concreto, sólo un desfile continuo de personas por el desierto para impedir que Ra hiciera daño a Sha'uri, los pastores y los terrícolas. Una vez eliminados los Horus, que eran el primer objetivo, la entrada volvió a convertirse en un caos. Kasuf convocó inmediatamente a los Ancianos para consultarlos.

De pronto se oyó en el cielo un estallido que acalló a la multitud en un abrir y cerrar de ojos. Siguió el profundo rugido de la maquinaria interna de la nave entrando en funcionamiento. Las largas pinzas de los brazos estabilizadores se soltaron solas y los paneles de la megalítica vidriera empezaron a deslizarse. Ra huía.

Los nagadanos habían ganado. Cuando fueron tomando conciencia de este hecho, un grito de alegría estalló en la multitud, el grito de victoria de unos conquistadores sin afán de conquista, porque lo cierto era que no habían acudido allí para obtener una victoria; habían ido a defender a los terrícolas y a los pastores, héroes de la ciudad.

Pero a un nivel más profundo, habían acudido porque podían hacerlo. Por primera

vez en la memoria colectiva del pueblo, vieron que podían elegir. Cuando los soldados de Ra llegaron a la ciudad matando y quemando indiscriminadamente, nadie se enfrentó a ellos; ni siquiera el hombre más fuerte que hubiera presenciado el asesinato de su hijo se habría atrevido a rebelarse. Luego llegaron aquellos hombres, los primeros visitantes de la historia, y cambiaron radicalmente las cosas. Con ayuda de dos hijos de Kasuf habían matado al malvado Horus en la cantera y luego habían ido a desafiar a Ra en su propio templo. Si un milagro es un acontecimiento que inesperada y masivamente amplía la definición de lo posible, entonces la llegada de *Dan-yor* y los soldados podía considerarse como tal. Cuando empezaron a difundirse las noticias de sus hazañas, un sentimiento vivificante inundó la ciudad, la intuición de que súbitamente cualquier cosa era posible. Así pues, habían acudido dispuestos a acabar con Ra.

Se les había caído la venda de los ojos y el hábito de la obediencia había sido reemplazado por la sed de justicia.

Toda la cara de Daniel era una magulladura morada y azul, como lo eran también sus manos y sus hombros, todas las zonas de su cuerpo que habían recibido el impacto del dolorosísimo poder desintegrador de la joya de cuarzo. La sangre que le salía de la nariz y los oídos indicaba claramente la posibilidad de que tuviera alguna hemorragia interna. Pero sus constantes vitales eran normales. Las heridas parecían más graves de lo que realmente eran, porque el instrumento no había tenido tiempo de alcanzar la masa crítica y licuar a Daniel por dentro. Una vez liberado de la magia negra del pequeño medallón, el daño había cesado al instante.

El rugido de la nave espacial durante el despegue despertó a Daniel, obligándole a abrir los ojos de golpe. Sonrió al ver a Sha'uri, que también empezaba a recuperar la conciencia. Tenían los dos un aspecto horrible. Ella le devolvió la sonrisa.

De repente Daniel recuperó la memoria. ¿Dónde estaba O'Neil? ¿Y la bomba? Se incorporó y escrutó la sala, divisando al coronel junto al artefacto, tocando todos los paneles de control que encontraba. No había conseguido detener la cuenta atrás.

00:41, 00:40, 00:39.

Daniel se puso en pie de un salto y corrió hacia él asustado, tambaleándose mientras la sala temblaba violentamente.

00:32, 00:31, 00:30.

—¡Párela! ¡Ra se marcha! ¡Hemos ganado!

—¡Ya lo intento! ¡Está manipulada! No puedo detenerla!

—¿Manipulada? ¿Por quién? —La respuesta era una fea y siniestra verdad que O'Neil sólo deseaba fuera una broma.

—Servicio de Información Militar —dijo.

00:22, 00:21, 00:20. Ambos hombres miraron la bomba atónitos. Luego se miraron

entre sí y se pusieron a hablar a la vez. Habían tenido la misma idea.



En el momento en que la enorme nave espacial despegó de la pirámide, los millares de ciudadanos se volvieron locos de alegría y bailaron como dementes, saltando de cabeza en la arena, cantando, burlándose de la nave y sus herramientas. Saltaban unos encima de otros, se abrazaban y se cogían de las manos. Cualquier cosa servía para expresar el desbordante gozo que les fluía de dentro.

La única persona que no disfrutaba de la victoria era Skaara. Sabía que habían ganado y que había valido la pena. Pero él había perdido a su amigo Nabeh.

Entre la turbulenta multitud divisó el casco que estaba caído junto a la base de la rampa y pensó quedárselo de recuerdo, así que se abrió paso agresivamente para acercarse y recogerlo antes de que se lo quedara cualquier alegre nagadano.

Le faltaba menos de un metro cuando vio una mano quemada que se estiraba y asía el casco. Skaara se aproximó para ver quién era. Nabeh. Chamuscado y sangrando, pero vivo, arrastrándose con sus últimas fuerzas para recuperar el codiciado tesoro. Skaara apartó a la gente a puñetazos para llegar junto a él, cogió a su amigo y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—¿Me viste, Skaara? Volaba.

Skaara sonrió con lágrimas de alegría en los ojos.

—Te vi, Nabeh.

Los otros pastores también vieron a Nabeh y llegaron corriendo, y lo mismo les ocurrió a Kawalsky y Feretti, dominados por la emoción del momento. El teniente, preparado para atender heridas en campañas militares, inspeccionó en el acto las de Nabeh. Feretti lo miró preocupado.

—No está tan mal como parece. Se pondrá bien.

Skaara y Nabeh miraron a Kawalsky sin entender una palabra, pero el teniente estaba seguro de que entendieron su tono de voz.

—Te vas a poner bien. Eres un tío duro.

Disfrutando de la victoria, Kasuf casi había olvidado lo de Skaara cuando vio a los muchachos reunidos en torno a Nabeh. El anciano se acercó lo más deprisa que pudo, vio que el joven seguía con vida y, al mirar a Skaara, todos los planes que había hecho para mostrarse inflexible con él se vinieron abajo. Cogió al muchacho y lo abrazó, levantándolo como si fuera un niño, gritando como los demás.

Los niños de Ra salieron corriendo de todas partes. La chica de más edad salió disparada como un rayo hacia la sala de baños, donde sabía que se ocultaban los más pequeños. Los reunió rápidamente, se los llevó al medallón y empujaba al último de ellos cuando Ra salió de su cámara privada y se desplomó en el trono, inclinando el orgulloso porte sobre la mano mutilada y dolorida. Sabía que era demasiado tarde para detener el rayo. Se irguió lentamente y bajó las escaleras, acercándose a los niños, mientras las lágrimas afloraban a sus ojos de color ámbar.

—¡No podéis abandonarme! —chilló.

En parte era una orden y en parte una súplica. Pero, en cualquier caso, llegaba demasiado tarde. La despiadada pared de luz azul estaba a punto de sellarse y, en cuanto lo hiciera, los niños desaparecerían absorbidos desde abajo en una ráfaga de luz.



En el lugar donde habían estado los niños se materializó de pronto la bomba de O'Neil. Fue lo último que vería Ra. Los números rojos de la cuenta atrás parpadeaban en los contadores gemelos, anunciando a Ra su propia destrucción.

00:09, 00:08, 00:07.

Cuando comprendió quién le había enviado el odioso regalo, frunció los labios dejando los dientes al descubierto y emitió un aullido fantasmal cual ráfaga de aire envenenado procedente del infierno.

00:02, 00:01. Hubo un relámpago y acabó todo. La criatura semejante a la luz se volvió sólida y reventó en un millón de partículas diminutas.



Daniel, Sha'uri y O'Neil salieron de la pirámide tambaleándose, a tiempo de observar cómo desaparecía de la vista la nave de Ra. La muchedumbre apiñada abajo no pudo apartar los ojos cuando la nave empezó a desaparecer.

—Se va —anunció Daniel.

La nave estaba ya a kilómetros de distancia, alejándose a toda velocidad hacia el punto de fuga cuando el contador llegó a cero. Pero si no hubiera estado desplazándose a esa velocidad, el estallido de luz blanca habría cegado incluso a aquella distancia a todos los que estaban abajo. Lo que percibieron tras la brillante pulsación inicial fue un fabuloso espectáculo de fuegos artificiales. A causa no sólo de la reacción nuclear en sí, sino también como resultado de la alta temperatura, que superó el punto de fusión del cuarzo, la nave estalló en mil pedazos, formando largos arcos en el cielo.



—Se va para no volver —añadió O’Neil.

Cuando la gente se dio cuenta de que Sha’uri, Daniel y O’Neil habían salido de la pirámide sanos y salvos, otro rugido de alegría estalló entre la muchedumbre.

Detrás de ellos iban los niños medio desnudos, los jóvenes esclavos de Ra. Miraban a su alrededor y se sentían fuera de lugar entre las gentes toscamente vestidas de las canteras. O’Neil quería hacer una advertencia a todo el que deseara agredir a cualquiera de aquellos niños, tomándolos por símbolos de Ra, así que se puso a uno en la cadera y con la otra mano enseñó su pistola.

Kasuf y su séquito se arrodillaron para rezar, pero Skaara dejó atrás a su padre y subió hasta la mitad de la rampa mirando a O’Neil y a los demás. Con una dilatada sonrisa, el joven se llevó la mano a la sien a modo de saludo militar. Hubo algo en el gesto que conmovió a O’Neil, que se quedó mirando al chico sin poder hablar. Poco a poco, todo el equipo de pastores se puso detrás de Skaara y saludó.



A Kawalsky y Feretti se les caía la baba. Querían a aquellos muchachos por todo lo que habían hecho por ellos. Finalmente, se unieron a la formación de los pastores y saludaron también.



O’Neil no sabía qué hacer. Sabía que era una tontería, pero estaba emocionado.

Lentamente, levantó la mano y devolvió el saludo al joven Skaara.



Sha'uri se volvió, tomó la mano de Daniel y la puso en alto. La muchedumbre aulló al unísono y todos levantaron la mano en solidaridad con el hombre de pelo claro al que hacía aún muy poco habían temido como a un dios, pero al que ahora respetaban como hombre y como amigo.

Daniel abrazó a Sha'uri y la besó. Por primera vez en toda su vida sentía que pertenecía a algo o a alguien; que alguien lo había llamado por necesidad y él había acudido.



La ruidosa multitud se puso en pie y lo vitoreó durante unos minutos hasta que los hombres subieron a la pareja a hombros y se la llevaron fuera de escena.



Y mientras se alejaban casi flotando por el desierto, Daniel divisó, sin saber muy bien lo que sentía, a su *mastadge* preferido, al hediondo «Un Poco» que se paseaba en lo alto de una duna esperando la ocasión de felicitar al héroe del día.

Sha'uri vio que la expresión de Daniel cambiaba al mirar al animal más asqueroso que se había encontrado en el planeta y gritó una serie de órdenes a los hombres que llevaban a Daniel a hombros. Riendo y burlándose, lo llevaron corriendo directamente hacia el fétido aliento y las babosas caricias del híbrido que rebuznaba. Antes de que la caliente lengua de «Un Poco» le chupeteara la mejilla, Daniel lanzó a la chica una mirada de las que se pueden traducir a cualquier idioma: «Me las pagarás».

Epílogo

«Me ha traído suerte»

Daniel llevaba una bengala en una mano y el cuaderno de notas en la otra. Siguiendo sus instrucciones, Kawalsky giró el anillo interno de la Puerta de las Estrellas, poniendo en la parte superior la constelación correspondiente, según el orden prescrito. En cuanto el último símbolo quedó en su lugar y se oyó el chasquido, la extraña máquina empezó a funcionar sola. Daniel arrojó la bengala y los dos hombres salieron corriendo para unirse a los que esperaban en la sala del medallón.

El estrecho corredor donde se hallaba éste, así como la Gran Galería de detrás, estaban abarrotados de espectadores e iluminados con antorchas de Nagada. Aunque ya lo habían visto, Daniel, Feretti, Kawalsky y O'Neil observaban desde un rincón como un puñado de chavales que se hubiera colado de rondón en el cine. El espectáculo era fantástico.

La luz empezó a fluir desde las siete abrazaderas como cuerdas de agua que se lanzaran hacia arriba desafiando a la gravedad, llenando poco a poco el centro del anillo hasta convertirlo en la deslumbrante superficie blanca de un turbulento estanque.

Pero esta vez la estrella del espectáculo no fue la luz del anillo, sino la música. La habían escuchado antes en el silo, tras el vidrio de seguridad, junto a los ordenadores y al otro lado de grandes puertas de asbesto. En esta ocasión, sentados bajo la cálida luz de las antorchas, rodeados por los muros catedralicios de la pirámide, comprendieron que la música del anillo era algo más que la elevación de una frecuencia sonora. Era una melodía con lentas variaciones y un poder creciente, una rapsodia de doce tonos creada por aquel sintetizador orgánico natural. Allí, en el entorno natural de la Puerta de las Estrellas, la música del anillo era verdaderamente sobrecogedora. Cuando la melodía alcanzó su punto culminante y el agitado estanque de luz empezó a desbordarse, Daniel puso a Sha'uri a salvo tras el umbral. Un instante después llegó el momento que esperaban los terrícolas: la súbita y violenta erupción de energía, la luz líquida que salpicaba toda la sala, como la mano tendida de Dios. O de los dioses.

Incluso los que se hallaban al fondo de la Gran Galería se quedaron boquiabiertos y retrocedieron al ver el terrorífico poder de la misteriosa máquina. Cuando se asomaron después por las esquinas o se quitaron las manos de los ojos, la luz ya había sido succionada por el anillo mientras la energía recorría el perímetro del aparato como el viento de una explosión nuclear. El tubo circular de energía desapareció en el grueso muro de la pirámide a menos de dos metros detrás del anillo.

Los terrícolas se pusieron en pie y entraron en la sala. Había llegado el momento

de irse. Skaara salió de entre la multitud, se dirigió a O'Neil y levantó la mano, pero, a diferencia de su primer encuentro con el coronel, esta vez no salió corriendo y chillando cuando O'Neil se la estrechó. La verdad es que Skaara no volvería a huir de nada más en toda su vida.

También lo supo O'Neil en aquel instante. Y supo que, en cierto modo, también él había salido huyendo a su estilo. Gracias en parte al valor de aquel joven, no volvería a hacerlo. El coronel sonrió en señal de despedida.

Mientras el equipo se dirigía al corto tramo de peldaños que llevaba a la Puerta, Feretti se volvió a Daniel.

—A propósito —preguntó, elevando el tono de voz por encima del zumbido de la Puerta—, ¿recuperaste los libros?

—Sí. Uno está un poco estropeado —dijo, mirando de reojo a O'Neil—, pero sí, gracias.

—Quiero que sepas —dijo Feretti, pegándole la boca al oído— que siempre estuve seguro de que nos devolverías a casa —añadió, mintiendo como un bellaco.

—Sí, claro, yo también —comentó Kawalsky, alargando la mano para despedirse de Daniel—. Gracias.

Daniel asintió para decir «de nada» y se volvió al militar de la boina negra.



—¿Cree que estará bien? —preguntó O'Neil, aunque de sobra sabía cuál iba a ser la respuesta.

Daniel miró a Sha'uri y sonrió. La joven, que estaba a su lado, entendió más o menos de qué estaban hablando.

—Sí, creo que sí. —Sarcásticamente, le devolvió la pregunta—. ¿Y usted?



El coronel sabía muy bien a qué se refería Daniel y no le importaba contestar. Daniel había dado en el clavo la vez que estuvieron en la cueva. El coronel no tenía prisa por morir. No en aquel momento. Aquel día pensaba en Sarah, en volver a su lado lo antes posible. Tal vez no fuera demasiado tarde. Tal vez aún estuviera a tiempo de salvar su matrimonio. Pasara lo que pasase, al menos quería intentarlo.

Intentarlo y volver a vivir.

—Sí, estaré bien —respondió. Y con estas palabras Daniel supo que era cierto, que estaría bien.

—Este lugar le va muy bien, Jackson. Probablemente se pasará el próximo medio año metido en esas catacumbas.

—Espero que vengan a visitarme. —No lo había dicho al principio en son de broma, pero inmediatamente cayó en la cuenta de la ligereza con que invitaba a personas que estarían a millones de años luz de allí. Qué cosas tenía la vida.

—¿Qué puedo decirle? —dijo O’Neil—. Yo no tomo las decisiones. Sólo obedezco las órdenes de mis superiores.

—¿Información militar? —preguntó Daniel.

—Si algo caracteriza a los militares, es que nunca informan de nada.

—Hágame un favor —dijo Daniel, entregándole el medallón de Catherine—. Dígale a Catherine que me trajo suerte.



—Claro. —Y antes de dejarse arrastrar por la emoción, O’Neil dio media vuelta, subió los escalones y penetró directamente en el haz de la Puerta.



Kawalsky y Feretti lo siguieron, sus imágenes congeladas y suspendidas brevemente antes de desaparecer como una mancha borrosa. Cada vez que un hombre se sumergía en el estanque de intensa luz blanca, todos los nagadanos se quedaban sin aliento. Por fin, los tres desaparecieron. Se habían ido.





Skaara, Daniel y Sha'uri se quedaron mirando un rato, hasta que el anillo giró, se cerró y las entrañas de la pirámide quedaron iluminadas sólo por las antorchas. Se pusieron en cabeza de la comitiva y salieron al desierto, donde el último de los tres soles se ocultaba ya por el horizonte.

Mientras iniciaban el largo camino de regreso a la ciudad, «Un Poco» remontó la cima de una gran duna. Situado entre los nagadanos y la luna oval del planeta, dejó escapar un hermoso grito de queja.

Fin